

CRISTINA RODRÍGUEZ TRUEBA



*¿Confías
en mí?*



CRISTINA RODRÍGUEZ TRUEBA



*¿Confías
en mí?*



¿Confías en mí?

CRISTINA RODRÍGUEZ TRUEBA



SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Bolígrafo rojo y bolígrafo azul, y me pregunto a mí misma, porque nadie mejor que yo para formularme las preguntas que deseo escuchar: ¿quién escogió estos colores? Los que tengo en mi mano los compré yo voluntariamente, no me apuntaron con una pistola, pero fue una decisión condicionada.

Desde pequeña me fueron preparando para que esos dos colores fueran mi elección. El azul para escribir y el rojo para subrayar, y en el caso de las profesoras también para corregir. Y me hago una nueva pregunta que seguramente haya estado en la mente de todos alguna vez: ¿qué tienen de malo el negro y el verde?, ¿es más cara su tinta?, ¿no tendría más sentido poner las notas a un examen con un bolígrafo verde?

Verde, el color de la esperanza, ¿quién inventó eso? Alguien tuvo que ser el primero en pensarlo, y debió de hacerlo hace bastantes años. Seguro que fue un hombre. O unos cuantos juntos que estaban rodeados de color verde. ¿Estaban en el bosque quizá?

Dicen que las grandes ideas surgen en momentos insospechados por lo que se les ocurriría de un modo inocente. El que abría la expedición se pararía a tomar aire en un bosque y rodeado de tanta belleza diría: «¿Sabéis lo que estoy sintiendo?: esperanza.» El amigo que estaba escarbando con un palito para joderle el día a un escarabajo que no le había hecho daño a nadie le respondería: «Siempre que miro algo en tono verde me viene una sensación al cuerpo que no puedo descifrar y tú la has descubierto. ¿Y qué te parece si,

ahora que lo sabemos, lo usamos para hacer el bien en el mundo? Podríamos empezar sugiriéndoles a los directivos de hospitales que pintasen los quirófanos de color verde, que la gente que entre tenga como última visión antes de quedar anestesiados el tono de las paredes y techo, ¿seguro que les daría un subidón saber que están rodeados de tanta esperanza!»

«Mejor aún», apuntó el tercero que había estado muy calladito hasta entonces porque había aprovechado la parada para regar a un pobre arbusto que seguramente se marchitaría a los pocos días. Había estado de boda y era un milagro que estuviera en pie y caminando con la cantidad de alcohol que había metido al cuerpo. «Que pinten todos los hospitales de ese color; desde la zona de admisión hasta los baños de las salas de espera, que no se deprima nadie, ni los del mantenimiento, que cuando reparen una manilla de una puerta piensen que también para ellos hay esperanza.» «¿De qué?», le preguntó el primero sintiendo que el asunto del tono verde se le estaba escapando de las manos. «Yo qué sé, tío, hay que dejar a la gente que piense algo, no darles todo hecho, vamos a sentarnos a comer aquí mismo el bocadillo, que estoy agotado.» Desconozco qué oficio tendrían estos tres coleguitas a los que tan imaginativamente les he atribuido el descubrimiento, pero la profesión de médico queda descartada. Estudia durante años quedándote en casa fines de semana para preparar los exámenes, haz prácticas, sustituciones, guardias interminables con sueldos miserables para acabar vestido, por sugerencia de alguien que quizá lleve muerto más de cincuenta años, con un pantalón verde y una casaca a juego. Un descerebrado que tuvo la brillante idea de que vistiendo así al médico la paciente de turno tendrá mayor confianza en que el profesional que le va a quitar los juanetes le va a hacer un trabajo fino. Un diseño tan soso que parece un pijama. Yo creo que dejan el bolígrafo dentro del minibolsillo del pecho para que no les confundan con un paciente.

¿Y el pobre color rojo?, tan querido en ocasiones y odiado en otras. Rojo pasión, será porque te pones rojo como un tomate cuando haces el amor con intensidad. También es roja la sangre pero no me imagino a nadie cortándose por pelar patatas con mucha pasión, pelar es una de las actividades menos pasionales que se puede hacer en esta vida, tanto que hay gente que nunca come fruta por no pelarla. Rojo peligro, ese sí está bien pensado, si te caes

por las escaleras y ves tu ropa roja cuando hace un segundo era azul, ahí deberías empezar a preocuparte.

Y en los centros escolares, ¿quién fue el iluminado que compró los primeros rotuladores rojos que solo se usaban para poner las notas de los exámenes? Cuando la maestra pasaba por las filas con el taco de los controles en la mano y las niñas veíamos esos símbolos rojos sin poder saber a qué alumna pertenecían, la tensión de la clase aumentaba. Era uno de los escasos momentos en los que sin necesidad de amenazarnos con un castigo nos callábamos todas. Más de una se libró de ser «cuellicorta» por tanto como se estiró tratando de leer el nombre de la alumna cuyo examen estaba a punto de repartir la profesora.

Podría entender una nota de un tres con cinco escrita en color rojo, sería una advertencia: «A ver, niña, que te estoy avisando, como no te esfuerces más te quedarán las matemáticas para el verano y tu madre es capaz de apuntarte a clases particulares de cinco a siete, para asegurarse que no vas a pisar la playa en todo el mes de agosto.» Ese tipo de castigos tiene el certificado «made in mama».

Las mujeres tenemos, desde que nacemos, una glándula en el cerebro que tiene como exclusiva función generar ideas vengativas. Yo la debo de tener atrofiada pero doy fe de que algunas de mis congéneres la tienen muy desarrollada. Raquel Ontalvilla, ¡menuda pieza!, una muchacha del barrio que donde ponía el ojo dejaba un cartel de propiedad privada. Como se encaprichase de un muchacho ya nos podíamos andar todas con cuidado. Ni invitarte a pipas podía el pobre chaval, una miradita o un pequeño gesto del mocete hacia alguna de nosotras y declaraba la guerra. Concentraba todas sus fuerzas; principalmente dos buenas tetas que le habían brotado de un modo muy precoz, en seducir a todos los que nos gustaban para demostrar que a ella no le pisaba el territorio nadie. Cuando alguno caía en sus garras la muy guarrilla nos lo paseaba para demostrar que si ella quería, no había varón que se le resistiera, qué manía le tenía... Probablemente tendrá ahora un par de hijos que estarán sufriendo sus malévolas venganzas cuando se porten mal.

Pero, ¿qué sentido tenía un nueve escrito en bolígrafo rojo rodeado por un círculo?, ¿qué mensaje me estaba dando la profesora? Quizás un «caliente

caliente, casi llegas al diez», o algo así como «ves como estudiando sí que puedes, míralo y que lo vea toda la clase para que sirva de ejemplo». Odiaba esos momentos cuando te exponían ante el resto de las alumnas, que te miraban con ganas de arrancarte los pelos. ¿Por qué todos los docentes de educación primaria hacían lo mismo?, ¿venía en el manual que les entregaban junto con el título?, capítulo n.º 1: cómo conseguir que veinte niños se planteen de modo simultáneo darle un balonazo en el recreo a la única que ha sacado un nueve con cinco en historia.

¡A tomar viento el boli rojo! Lo dejo sobre la mesa para coger el único bolígrafo verde que he comprado en toda mi vida y que aún mantiene la tinta casi íntegra. ¡Pues ya me estoy sintiendo un poquito mejor y todo! Y este sentimiento va a ir en aumento porque estoy lanzada, en el bote hay dos bolígrafos rojos más, los tres van a ir directos a la basura, que es donde deberían haber terminado hace mucho tiempo.

Volvamos a empezar; bolígrafo verde y bolígrafo azul. Me parece a mí que no me va a gustar el resultado, son de punta fina y lo que escriba apenas tendrá fuerza. Pero claro, cómo iba yo a saber cuando los compré el uso que les iba a dar unos años después. Put... punta fina, si hubiera utilizado unos de punta normal sería ahora una mujer feliz. Si es que estaba claro que solo las «raritas» los pedíamos así en las papelerías... necesito rotuladores. Han pasado tantos años desde la última vez que usé uno en esta habitación que, aunque los encuentre, estarán más secos que un palito de regaliz. Abro los cajones del escritorio que están tan bien ordenados como siempre. En el estuche que usé para ir a la Universidad aparecen. ¿Dónde iban a estar? Marta, tienes la cabeza echada a perder y todo por ese hijo de la gran pu... ¡Alto ahí!, espera unos minutos, y podrás llamarle de todo y quedarte tan pancha.

Saco un folio del paquete y me siento en la silla donde pasé tantas tardes, estudiando unos ratos y otros soñando despierta. Miro mis manos y me levanto como si me hubiera clavado un pincho en el culo. No estoy estudiando, ¡ya no soy estudiante!, y este acto no puede realizarse como si estuviera preparando un examen de lengua o haciendo una plantilla con el horario de las clases de tercero de económicas.

Esto tienes que tomártelo con seriedad, Marta, y me lo digo a mí misma a

ver si me entero de una vez por todas. Coge las riendas de tu vida, ten el control, y todo lo demás irá surgiendo de modo natural. Qué bonito suena, ¡hasta yo me lo estoy creyendo! No tengo por qué ser un lastre emocional para mi familia. Desde que regresé a casa parezco un perrito abandonado al que han adoptado, dan cariño y comida con una palmadita en la cabeza.

Voy a recuperar a la Marta que dejé tirada hace siete años para convertirme en una gilipollas y de las buenas. Siempre he sido muy aplicada y constante y si había que convertirse en gilipollas yo debía ser la mejor, y vaya si lo logré. Medalla de oro a la más tonta del barrio, primer puesto a la más boba de Santander y a las pruebas internacionales no llegué porque me quedé fuera en los cuartos de final frente a una «lela» de Murcia.

El primer paso hacia mi recuperación será tumbarme en la cama para escribir. Y es una lástima porque la colcha que mi madre me hizo estilo patchwork está impecablemente estirada y siento el impulso de respetarla. A ver, Marta, ¿en qué has quedado contigo misma hace dos minutos?, si se arruga que le den, aunque no veo la necesidad de hacerlo a lo bestia, siempre es mejor pasar por un periodo de adaptación. Debo preparar mi mente y mi cuerpo. Me tumbaré, sí, pero lo haré despacio. Es la colcha de mi madre y ella no me ha hecho nada.

Retiro el atlas de la estantería y lo poso en la cama; es el libro más grande que tengo y lo utilizaré para poder escribir sin perforar el papel. Imposible no recordar los «pu...» rotuladores que me regalaron en mi décimo cumpleaños. Serían buenos y les costarían una pasta a mis padrinos pero me fastidieron medio cuaderno de lengua con tanta tinta como soltaban. Odio el color violeta por esos rotuladores. Durante dos años llevé, a regañadientes, la bata del colegio con el bolsillo izquierdo tintado de ese color. Se le cayó la tapa y cuando me quise dar cuenta ya tenía un cerco que ni todos los productos y remedios caseros consiguieron eliminar. La bata era nueva y mi madre dijo que así la llevaría; se notaba perfectamente que estaba limpia y que se debía a un accidente, que además podría repetirse, por lo que no se compraría bata nueva hasta que me quedase pequeña. Y así estuve, con la bata de los coj... esperando que llegase el famoso estirón para que me quedara pequeña y que a mi madre no le quedara más remedio que comprarme otra.

Pero no crecí ni dos centímetros en los dieciocho meses siguientes, lo cual provocó muchos cuchicheos a mis espaldas. Que digo yo que podrían haberse ahorrado ese modo de hablar porque se entendía todo. Nadie comprendía cómo era posible que me estuvieran superando en estatura todas mis amigas y las primas de mi edad. Yo siempre había sido de las más altas de mi clase y me estaba quedando «bajita». Sería por algún familiar lejano, y por parte de madre, sentenciaba mi padre cada dos por tres. Porque en su familia todos eran altos y mi madre con su metro sesenta y cinco tampoco era ningún tapón.

Por suerte, la tela de las batas dejó de fabricarse y al comienzo de sexto curso todas estrenamos nuevo modelo; ya no más cuadritos azules y negros, la moda era el verde y a mi cuerpo le encantó el cambio. Empecé a crecer como la «mala hierba» y no paré de hacerlo en dos años. Recuperé mi puesto y me dediqué a explicar, a todo aquel que comentaba mi cambio, las causas. Los ingredientes del rotulador me habían estado perjudicando. Ya lo había dicho un día la profesora, los productos químicos son muy nocivos para nuestro organismo, y yo había estado cerca de una mezcla letal, que había resistido todos los intentos de mi madre por hacerla desaparecer, cinco días a la semana, durante diecisiete meses.

Era un milagro que no me hubiera quedado enanita para toda la vida, le soltaba a mi madre cada vez que se agachaba para comprobar si era cierto cuando le decía que los zapatos me hacían daño en el dedo gordo. Menos mal que me quité la bata todo lo que pude esos años con las excusas más inverosímiles que una niña puede inventar y soltar por la boca convencida de que los adultos las van a tomar como buenas; la bata estaría un mes en la tintorería para recibir un tratamiento especial antimanchas, se había ido «volando» del colgador de ropa y había aparecido una semana después, me la había dejado en casa de mis primos.

Ahora tengo claro que las monjas eran muy buena gente. No llamaron a mi madre para contarle todas las sandeces que les solté con cara de no haber roto un plato en mi vida porque entendieron el suplicio que supuso para una niña como yo; tan ordenada y pulcra, pasearse por todo el colegio con esa mancha violeta en el bolsillo.

Me siento como si hubiera regresado a los quince años, cuando dibujaba

corazones con la fecha atravesándolos. Ahora sí que clavaría la flecha en el corazón de un desgraciado y no en sentido figurado. Pero antes, y por el pequeño detalle de que muerto no me podría escuchar, le diría unas cuantas cositas, y ninguna sería agradable. Por su culpa estoy haciendo una lista con todos los insultos que se me ocurren en la fila izquierda y mi adaptación personal al lado derecho. Siento una necesidad horrible de decirlos, de hecho se me están escapando constantemente, hasta ahora han sido pensados o dichos en tono bajo, pero no creo que los pueda contener por mucho tiempo.

Desde los tres añitos estuve estudiando en el colegio de monjas, donde los tacos solo los decían las niñas malas. Era un colegio grande y en cada clase había una niña que apuntaba maneras. Todas ellas formaban un grupo aparte, nos miraban a las demás como si fuéramos tontas de remate. Salían con chicos cuando nosotras, las tontas, todavía estábamos jugando a saltar la comba, llevaban la cajetilla de tabaco en la mano y en cuanto salían del centro ya tenían el cigarrillo en los labios y el encendedor preparado. Llevaban la falda del uniforme por encima de la rodilla, aunque había algo que realmente las diferenciaba: llevaban tangas minúsculos. Yo no entendía qué pintaba una braga a la que le faltaba casi la totalidad de la tela que tapa el culo y que tenía una tira que se metía entre los cachetes. Hoy es el día en que tampoco entiendo qué sentido, aparte del estético, tiene esa prenda que ni da calor, ni tapa lo necesario y en ocasiones se convierte en una tortura por lo incómoda que puede llegar a ser.

«¡Es comodísimo, ni te enteras de que lo llevas puesto!» Estoy hasta los mismísimos cataplínes de escuchar eso, ¿llevar qué? Para poder notar hay que tener algo más rodeando el culo y las caderas, ¿es cómoda una cuerdilla? A mí que no me cuenten tonterías.

Mi abuela siempre decía «no hay nada más frío que el hocico de un perro y el culo de una mujer». Si eso pasaba hace setenta años, cuando por debajo de las faldas se podían encontrar más capas de ropa que tiene una cebolla, yo me pregunto cómo sería el refrán si alguien lo actualizase. He llegado a oír que salir a la calle en pleno febrero con un vaquero y tanga es un ejercicio

reafirmante, y que hace el mismo efecto que las cremas tonificadoras. Eso es mentira, pero te deja las carnes del culote más frías que una *mousse* de limón. Para el hombre puede llegar a ser la prueba de que su virilidad está fuera de toda duda ya que si toca, en plena excitación, un culo helado y consigue mantener el tipo, entonces podrá presumir de macho ibérico.

Recuerdo sus miradas al adelantarnos en la calle, transmitían misterio, conocimiento del mundo masculino. El resto de las asignaturas no les debían de interesar lo más mínimo teniendo en cuenta el número de suspensos que coleccionaban. No se mezclaban con el resto, eran un grupo cerrado y los tacos sí formaban parte de su vocabulario. Ni se imaginan cuánto me alegré años después de salir del colegio de no pertenecer a su grupito. Mi vida será aburrida pero la de cada una de ellas es para escribir un libro de terror.

En mi casa mis padres nunca han pronunciado ningún improperio delante de mí, así que ahora, con treinta años, no pienso tolerar que se adueñen de mi lenguaje. Pasaré este trago yo solita, sin ir a ningún psicólogo, sin terapias, sin llorar delante de nadie, pero necesito ese desahogo, y por eso empezaré por la primera palabra.

Cuando me quiero dar cuenta tengo el hombro izquierdo dormido, pero dolorido, por estar tanto rato boca abajo aguantando el peso de la parte superior de mi cuerpo para poder tener ángulo que me permita escribir con soltura.

¿Quién fue el iluminado que dijo que este dolor del brazo se da cuando se te «duerme» esta parte del cuerpo? Que yo sepa, si estoy durmiendo es porque no me duele nada, si lo hiciera me despertaría. ¡Este mundo no hay quien lo entienda! Yo al menos cada vez lo tengo menos claro y animo a quien lo sepa a que me lo explique.

Ruedo como una pelota y sin nada de elegancia, que para eso estoy sola y no tengo que impresionar a nadie, hasta ponerme boca arriba y me levanto frotándome el brazo y girando el hombro hasta que el dolor cede y siento que se normaliza. Siempre fui torpe, hay que reconocerlo, de esas que no progresaban en ningún deporte; sin elasticidad para hacer gimnasia rítmica, sin

agilidad para jugar al baloncesto, sin velocidad para hacer atletismo, la profesora de gimnasia no sabía dónde meterme y el único ejercicio que se le ocurrió fue usar el balón medicinal. Cada vez que cogía la pesada pelota y la pasaba entre las piernas para dársela a otra torpe y desahuciada como yo pensaba en cómo se llamaría este deporte, en la televisión no emitían partidos de pasarse el balón, ahí había algo raro.

Tomo la hoja y la separo de mis ojos todo lo que puedo para ver el conjunto. El resultado es bueno, parece el esquema de una asignatura. No lo voy a poder situar a la vista de mi madre porque todos los días entra para dejarme la ropa que ha planchado encima de la cama. Podría acercarme a una librería bien alejada de las zonas que frecuento para hacer unas cuantas fotocopias. Incluso podría solicitar que lo redujeran para después plastificarlo, como si fuera un calendario de esos que regalan con propaganda y que mucha gente lleva en su cartera.

Esto último es otra de las múltiples sandeces que se me pasan por la cabeza desde que regresé a casa. Si voy por la calle y un tipo se cruza conmigo golpeándome la pierna con su bolsa ¿qué haría?, ¿me paro, saco mi cartera, busco la tarjeta y selecciono el insulto apropiado? Para entonces el sujeto ya estaría en la siguiente manzana. Podría sacarle la tarjeta como si yo fuera un árbitro, seguro que lo entendía mejor aunque para ello tendría que ser una cartulina roja.

¡Lo que hace el aburrimiento!, quién me iba a decir a mí que dedicaría la tarde del domingo a semejante tontería. Con no decir más tacos hubiera bastado, pero me aburro, me encuentro triste, estoy agobiada y ni sé cuántas cosas más y tengo que distraerme como sea.

De momento lo guardaré en la mesilla, pero antes le daré un repaso para ver si me he aprendido la lección. Soy tan responsable que no me puedo resistir, mejor saberlo antes y repasar después si hace falta:

Hijo de puta Hígado de fruta

Cabrón Oveja

Capullo Clavelito

Me cago en tu puta madre Te traigo la fruta madre

Ostia Pan de molde
Zorra (ya puestos) Lince

Debería ser sencillo acordarme, guardan relación, mira tú para qué sirve eso de la asociación de ideas. Me autoexaminaré más tarde yo solita, no me veo diciéndole a nadie algo como: «pregúntame a ver si me sé todos los tacos que se pueden decir al hombre que me ha puesto los cuernos con unas cuantas *Linces*» (ves, Marta, si te lo sabes).

He dejado espacio suficiente para diez o doce insultos nuevos, tiene que haberlos aunque a mí ahora mismo no se me ocurran. Y mira que en algunos momentos me he escandalizado por escuchar más tacos que palabras «normales» en una sola frase, y ahora no consigo que me vengan a la mente. Seguro que si me doy un golpe con alguna esquina todos los que ahora no quieren aparecer lo harían saliendo de mi boca como las balas en una ametralladora.

—Marta, hija, Sonia pregunta si puede hablar contigo un minuto.

—¿Tu amiga, mamá? Qué raro, ¿qué querrá?

Guardo la hoja y abro la puerta de mi habitación. Mi madre está fuera esperando con el teléfono en la mano y cara de interrogación. Le respondo con un gesto que quiere decir «yo tampoco lo sé pero saldremos de esta duda ahora mismo, pásame el teléfono que ya estás tardando».

Unos minutos de conversación y al colgar y devolverle el teléfono a mi madre soy otra, al menos mi brazo se extiende de diferente modo.

¿Es cierto o estas transformaciones que estoy notando están únicamente en mi mente? Ni lo sé ni me preocupa. Yo, que soy la única que importa en esta cuestión, sí siento que otra persona ha ocupado mi cuerpo, una con ilusiones nuevas, y estoy ansiosa por disfrutarme a tope.

Voy a vivir en un piso de una calle muy céntrica de Santander. La asesoría donde trabajo está a cinco minutos caminando de la que será a partir de hoy mi nueva residencia. No más autobuses repletos de olores que no son de mi devoción. ¿Tanto cuesta lavarse, aunque sea los sobaquillos, antes de montarse en un transporte público?, ¿y los dientes?, ¿y el pelo? Quizá sea un poquito maniática en cuestión de higiene del cabello pero si yo, que lo tengo largo, me

lo lavo las veces que sean necesarias para que luzca siempre brillante, sin caspa y sin grasa, me pregunto por qué algunos hombres, que lo tienen corto, no lo hacen todos los días. Si se puede incluso saber hacia qué lado han tenido apoyada la cabeza en la almohada mientras dormían por la zona de pelos de punta que han intentado domar con un poco de agua y la fuerza de sus manos. ¡Aggg qué asco!, a ver quién es la guapa que pasa sus dedos entre esos cabellos, de ahí se puede sacar grasa para tres tostadas francesas.

También se terminaron los grandes paseos desde el trabajo a casa con la excusa de que hay que hacer ejercicio. En el norte puedes salir a las nueve de la mañana con un sol radiante de junio, ponerte un conjunto veraniego que incluya sandalias y al llegar la hora de volver a casa estar lloviendo a mares con un descenso de ocho grados en la temperatura. ¡Y mira que jode eso aunque haya nacido y crecido en esta verde tierra! No hay quien se acostumbre.

Regresar a casa caminando se hace misión imposible y llegar a la parada de autobuses va unido a un remojón involuntario de los pies. Aprendí que no se debe correr en sandalias de charol cuando una tormenta veraniega me sorprendió caminando donde no tenía ni un diminuto alero para resguardarme de las gotas de tamaño de ciruelas que caían «con rabia». Decidí correr hasta la marquesina del autobús y un pie se me deslizó hasta que la brillante tira no resistió la tensión y se rompió. Resultado: un esguince de categoría uno y un momento de los más vergonzosos que puedo recordar al recorrer los cien metros que me separaban del autobús caminando como si llevara aletas de nadar en tierra. Mi maltrecha sandalia se mantenía unida al pie por la tira del tobillo y cada vez que levantaba la pierna se quedaba colgando. Ahora no corro, camino con normalidad, disimulo como si a mí la lluvia no me estuviera mojando y cuando llego a casa tengo que ponerme calcetines para hacer que entren en calor los dos tempanitos en que se han convertido mis pobres pies.

El piso al que me mudaré hoy mismo es propiedad de unos amigos de mis padres; Antonio y Sonia. A él tres infartos le dejaron más muerto que vivo hace dos navidades. Daba penita cruzarse con él; encogido, pálido y amargado ante la dieta de lechuga y poco más que, a modo de cadena perpetua, le había impuesto el cardiólogo que le trataba. La mujer, siempre tan dicharachera, se

estaba marchitando a su lado hasta que un día la suerte de los dos cambió. Quién iba a decirme a mí que yo también iba a notar las consecuencias de ese giro en sus vidas.

Hace varios días (día arriba o día abajo) acompañé a mi madre a nuestro médico de familia porque se sentía mareada. Yo estaba de vacaciones, obligada a disfrutarlas para no perderlas pero sin planes en mi vida. Así que ahí estaba yo, en el centro de salud, sentada en una silla de plástico que estaba unida a otras dos por una barra de hierro. Mi madre ocupaba la silla siguiente, y la tercera no sé cómo era posible que soportase, sin romperse, el peso de un señor enorme en todos los sentidos. Cada vez que se revolvía en su asiento mi madre y yo dábamos pequeños botes involuntarios.

¿Y por qué habíamos elegido ese grupo de sillas para sentarnos? Por la misma razón por la que el resto de pacientes la habían dejado libre. Por el orondo señor. Cierto que resoplaba al respirar y que estaba colorado como un mejillón, pero parecía sano. Ni estornudaba, ni carraspeaba, ni estaba pañuelo en mano intentando arrancar del cuerpo los escurridizos mocos.

¿De dónde salen tantos?, ¿por qué el cuerpo no adelgaza más cuando tenemos un catarro de esos que te dejan sin hambre y usamos cinco paquetes de pañuelos higiénicos al día llenos de masa verde? ¡Puñetero organismo! Hemos debido de pasar mucha hambre en la prehistoria porque estamos diseñados para aprovechar hasta el agua y nuestro cuerpo solo entiende la palabra recibir. Dar no está en nuestros genes, «todo se guarda por si hace falta». ¿Para qué necesito yo esta capa de grasa en la tripa? ¡Joder!, que no estoy viviendo en una caverna en el periodo de glaciación, que tengo calefacción desde que nací y ropa para taparme. A los hombres se les cae el pelo, según he oído por la evolución, ¡y una porra!, ha debido de haber calvos en toda la existencia de la raza humana. ¡Uf! Espero que atiendan pronto a mi madre, me está afectando tanto virus.

Haciéndome preguntas tan vitales para la existencia el tiempo iba pasando hasta que un temblor de tierra interrumpió mi estado de meditación trascendental. La enfermera había citado al enorme paciente que, cuando pudo incorporarse de la silla, se acercó pasito a pasito hasta la consulta del médico. Fue entonces cuando apareció Sonia, venía a recoger recetas para su marido,

se marchaban a Benidorm a la semana siguiente y estaba haciendo los últimos recados antes de preparar la maleta.

Yo desconocía que Sonia visitara Benidorm. Seguramente mi madre me lo había contado pero como no estaba en mis mejores momentos lo había olvidado. Sin nada que hacer esa mañana, aparte de pensar en lo injusta que era la vida conmigo con lo buena persona que yo siempre había sido, puse atención a la conversación.

Según contaba Sonia, fue un acto desesperado el que la llevó a dejarse caer por una agencia de viajes. No recordaba cómo había pasado de pensar qué segundo plato comprar para la cena (lubinas al horno que le encantan o pollo a la plancha con ensalada para dar como casi siempre gusto a su marido) a estar sentada en una silla de la agencia de viajes escuchando cómo la empleada que estaba al otro lado de la mesa le ofrecía posibles fechas de viaje. Un cuarto de hora después de entrar salía con la reserva de dos plazas de autobús y una semana de estancia en un hotel en segunda línea de playa en Benidorm en régimen de pensión completa con bebidas nacionales incluidas.

Los días previos al viaje se dedicó en cuerpo y alma a ignorar todos los intentos de su marido para que se desanimase hasta el punto de ir a la agencia de viajes a cancelar las vacaciones. ¡Y mira que un hombre puede ser pesado e insistente cuando se lo propone! Para eso se inventó la sordera selectiva, que consiste en la capacidad de escuchar solo aquello que nos interesa. Sonia tenía alguna experiencia en esa técnica y la usó todas las veces que pudo. Es un estudio muy del gusto de los hombres, muchos de ellos al terminar esta carrera hacen tesis, máster y cinco años de prácticas.

No dejó plantado al marido en el autobús la buena de Sonia porque es una mujer educada a la antigua usanza. Su Antonio le había puesto un anillo en su dedo un sábado que llovía a cántaros, y ella había prometido ante el cura que les casó que le seguiría y aguantaría hasta que la muerte los separase. ¡Pero cuánto le estaba costando cumplir su promesa!, no había parado de quejarse desde el kilómetro uno. Entre Santander y Benidorm hay mucha distancia, y al pasar por las llanuras de Teruel le dieron unas ganas horribles de pedir al conductor que parase. Pasar frío a la intemperie seguro que era menos doloroso que seguir oyendo un minuto más los lamentos sobre lo incómodo del

viaje, el horrible destino que había elegido, la manera en que tiraban el dinero... total, él ya no podía hacer casi nada, hasta el sexo había que controlarlo y los orgasmos tenían que ser light. ¡Para qué ir a un sitio donde tendrían que hacer lo mismo que en casa pero con menos comodidades!

Menos mal que al llegar a Sagunto cayó rendido y se hizo el deseado silencio. Antonio se había quedado por fin dormido con la cabeza apoyada en su hombro y ella ni se movió durante el resto del viaje. Fue un trueque; se despidió del dolor de cabeza y a cambio recibió dolor de hombro.

¡Benidorm!, el premio gordo, así lo llamaba ahora Antonio. Los dos primeros días pasearon descolocados por las calles abarrotadas de jubilados. Nunca antes habían caminado sin rumbo, lo de ellos habían sido los viajes culturales; recorrer en una semana Italia, crucero por las islas griegas, visitar castillos franceses («todos»)..

El tercer día, cuando Sonia comenzaba a plantearse si su idea había sido la correcta la suerte tocó a su puerta, y lo hizo de un modo que nunca hubiera adivinado. El ascensor del hotel que habían tomado para bajar al hall paró en la quinta planta y una pareja española se montó sonriente.

—Hola, ¿llegamos a tiempo, verdad? No recuerdo si el cartel ponía las siete o las siete y media.

—Lo siento —comentó Sonia, ya que a Antonio no le salían las palabras de lo deprimido que se encontraba—, pero no sé de qué estás hablando.

—¡Del baile, mujer! Hay clases para principiantes en el salón de actos del hotel y vamos a probar.

Antonio, que conocía a su mujer del principio al fin, la miró asustado. Si Sonia sonreía era señal de que la idea le gustaba, y estaba enseñando todos los dientes y tres muelas en cada lado. Se asomaron a la puerta del salón «solo para mirar», dijo Sonia, quien sujetaba a Antonio del brazo para que no pudiera escapar.

Había bastantes parejas de jubilados y no todas eran españolas. En cuanto aparecieron sobre el escenario los profesores Antonio tiró de Sonia para escapar pero ella le pidió unos segundos más: «¿tienes prisa?, tenemos toda la tarde para dar vueltas, déjame mirar un poquito, por favor, que yo he visto partidos de fútbol para rellenar cuatro vidas».

Antonio bufó pero dejó sus pies clavados en el suelo pensando que en realidad le daba igual estar en esa sala que deambulando como un zombi por las calles del centro. La pareja de profesores se presentó y comenzó a organizar a todos los alumnos incluyéndoles a ellos. «De eso nada», le dijo a Sonia cuando vio que el profesor se acercaba, «dijiste que miraríamos, no que bailaríamos», pero antes de poder darse media vuelta el cubano con el pantalón más ajustado que él nunca hubiese visto le agarró y le situó dentro de la clase.

Los primeros minutos de clase le pareció que mover, como hacía el cubano, la cadera a ambos lados con tanto ímpetu era un acto poco masculino y que ningún hombre de su edad debería estar haciendo el ridículo con ese movimiento de culito.

Sin saber cómo se encontró intentando sentir la música que el profesor de baile señalaba elevando un dedo. ¡Valiente tontería!, ni que las notas estuvieran flotando sobre su cabeza. Tan escéptico estaba que le costó asimilar que su pie izquierdo se movía y su cadera se elevaba al ritmo de la música. ¡Vaya si tenía razón el monitor!, ahí estaban las notas, rodeándole, pidiéndole a gritos que se dejara llevar por lo que le hacían sentir.

Acudieron a las clases los cuatro días siguientes. Al subir al autobús de regreso a casa, el hombre rendido que se había montado en Santander se había esfumado, el color había vuelto a su cara y estaba impaciente por pedir cita a su médico para consultarle qué bailes podía practicar y hasta dónde podría exigir a su dañado corazón.

Organizaron un nuevo viaje a las pocas semanas y la vivienda de Santander quedó vacía. Al regresar descubrieron, por desgracia, que a los propietarios del piso superior se les había estropeado el desagüe de la ducha y sin nadie en casa que pudiera dar la voz de alarma el agua, que se había filtrado por el techo, se había ido extendiendo hasta dañar incluso el pasillo.

Ahora, tenían intención de pasar al menos seis meses sin regresar y querían que alguien vigilase para que no se volviese a producir un daño tan grande por causa de una nueva fuga. El edificio, con más de cuarenta años de antigüedad,

tenía las tuberías originales y el vecino del segundo derecha también había visto dañada su cocina por una rotura en un codo de la bajante de la cocina en el piso superior.

Yo había comenzado mi régimen número ciento cincuenta y tres. «La dieta de los zumos» y había tomado en el desayuno un combinado de tres naranjas, un limón, un pomelo, dos kiwis y una manzana verde. Si ya al sentarme al lado del señor gordo empecé a notar que tanto líquido no podría retenerlo por mucho tiempo, oír hablar de fugas de agua me dio unas ganas horribles de eliminar todas las vitaminas y minerales que flotaban en mi vejiga.

Las dejé solas no más de cinco minutos en la sala de espera para ir al baño, ahí debió de ser cuando dejaron de hablar de tuberías rotas y mi madre le contó algo sobre las causas de mi regreso a la casa familiar. Eso explicaría el ofrecimiento de Sonia.

Si por algo soy famosa en mi entorno es por lo ordenada y cuidadosa que siempre he sido con mis libros, mis apuntes (que todos en la universidad querían fotocopiar, me podría haber forrado vendiendo la fotocopia a cinco céntimos) y mi ropa. Ni cayéndome al suelo de bruces he roto nunca un pantalón. Mis zapatos y mi calzado deportivo tenían lista de espera en el barrio. Lo dejaba pequeño y nuevo.

Nunca he visto el piso, pero en cuanto me ha dicho la calle he contestado «sí» intentando que mi voz no sonase muy desesperada. Está claro que mi suerte está cambiando, me ofrecen una vivienda en el centro de la capital y casualmente a pocos metros de mi espacio de trabajo. No tendré que pagar alquiler, únicamente deberé colaborar con los consumos de agua y de luz que yo genere. Resumiendo; un sueño que aún no había tenido pero que le ha dado un giro de ciento ochenta grados a mi sosa tarde de domingo.

En cuanto me meto en la habitación, que volvió a ser la mía tras mi aventura como mujer adulta e independiente, cierro los puños y abro la boca chillando en silencio. ¡Una nueva vida!, yo solita, no tendré que dar explicaciones a nadie sobre las horas a las que entro o salgo. Dejé mi casa para vivir con mi novio y regresé hundida y humillada. Creo en las recompensas y esta es la mía, por resistir el impulso de embestir con mi coche al malnacido a quien quise con locura y que correspondió a mi amor con la mayor humillación que puede

sentir una mujer enamorada. Bien caro me salió contener mis deseos asesinos. Pensé todos los tacos e insultos que se me ocurrieron y algunos que me inventé porque no encontraba las palabras que recogiesen bien lo hijo de pu... que había sido el muy capullo.

Y por pensarlos tanto se han ido colando en mi vocabulario. No me gusta decirlos, pero salen antes de que sea consciente y siento rabia. Ahora todo eso va a cambiar, tengo la «chuleta mágica» y el ánimo renovado para buscarme, recogerme y hacer una mejor versión de mí.

Me tumbo en la cama boca abajo, dejando medio cuerpo fuera para alcanzar la maleta que guardo debajo. La abro y me doy el capricho de ir echando todo en ella como en las películas, casi arrojándolo, de cualquier manera. Reconozco que soy incapaz de maltratar la ropa que está recién planchada, con lo que cuesta y lo bien que la ha dejado mami. Estoy intentando ser más liberal pero no soy tan tonta como para tener que volver a plancharla yo.

«Distinguido cliente, les comunicamos que la oferta del día es el cambio de vida, por solo nueve con noventa y cinco euros llévese un futuro y si compra dos unidades la segunda con un descuento del setenta por ciento, y todo con la garantía de nuestra marca, su amiga de confianza...»

«Hola, chicas, tengo una buena noticia que daros, me mudo a la calle Calderón de la Barca, esta noche dormiré allí.» Pulso enviar y continúo metiendo objetos y ropa en mi maleta hasta que no queda espacio ni para un tanga. Los odio, está claro, y no creo que nadie se atreva a regalarme algo que he dedicado a criticar desde hace años. Pero hay pantalones cuya tela es tan fina que nunca se me ocurriría ponerlos con braguita ya que en numerosas ocasiones he podido comprobar el estrago que unos kilitos de más, una braguita con talla de menos y un pantalón pitillo pueden hacer en la retaguardia de una mujer. O los llevo a «pelo» o me pongo el torturante tanga. Personalmente prefiero la primera opción, pero si me pasase algo y me tuvieran que llevar a un hospital mi madre me leería todo el antiguo testamento y parte del nuevo como purga a mi pecado. Qué ingenua, no sabe que su peor castigo sería que me llevase, para «salir del paso», las bragas de algodón con refuerzo en la tripa que me compraría en su mercería de toda la vida.

«¿Cómooooo?», responde Nuria llenando la pantalla de mi móvil con letras y símbolos de interrogación. «Largo de contar», respondo sentándome en la cama para pensar qué más puedo necesitar para esta noche.

«¿Qué pasa?», apunta Andrea, «estoy dando de merendar a mis querubines, no puedo escribir mucho pero leer perfectamente». «A la noche os cuento», respondo yo recordando mi champú y mi suavizante. Lo había olvidado y salgo de mi habitación a buscarlos cuando me encuentro de bruces con mi madre que me mira con cara de forzada alegría.

—No tienes por qué hacerlo, Marta.

—Estoy contenta, mamá. Os voy a echar de menos pero básicamente desayunaré, cenaré y dormiré allí, así que mucho tiempo no tendré para aburrirme en esa casa.

Entro en el baño y el espejo me muestra a mi madre con cara de preocupación. En cuanto descubre que la estoy observando borra su gesto con su mejor sonrisa.

—Os voy a echar de menos, pero creo que lo necesito. Estar con vosotros estos meses ha sido mi salvación pero tengo que hacerme dura y si continuáis mimándome tanto no podré conseguirlo. ¿Lo entiendes?

—Claro, hija, por supuesto que lo entiendo. Y me alegro por ti, pero no quiero que sufras, ven siempre que te apetezca.

—Me vas a ver un día sí y otro también, y tranquila que no soy masoquista, si veo que se me hace cuesta arriba vivir sola en esa casa me vuelvo sin ningún problema, que ya iríamos a verla tú y yo dando un paseo una vez por semana.

—Eso espero. Si no me necesitas me voy a sentar a padecer en silencio una película de estas tan horribles con las que nos torturan los directivos de las cadenas de televisión las tardes de los sábados y domingos.

Mi madre, en apariencia más tranquila, se retira y yo regreso con mi bote de champú y mi tarro de suavizante. El teléfono está parpadeando y la causa es una llamada perdida. Es Nuria, la habré dejado tan intrigada que no se ha podido resistir. La imagino tocándose los rizos, haciendo pasar mechones entre sus dedos. No le voy a hacer esperar no sea que se haga un nudo que tenga que cortar con tijera.

—Buenas tardes, ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa?, a mí nada, pero tú tienes algo que contarme. ¿Os marcháis del barrio?, no me ha dicho nada mi madre.

—Solo yo, mis padres se quedan. Ahora mismo estoy haciendo la maleta.

—Estamos regresando de Bilbao, hemos visto una exposición y como sé que no voy a poder parar hasta saber lo que sucede le voy a proponer a Ángel que te ayudemos en la mudanza.

—No es necesario, hoy solo voy a llevar una maleta.

—Entonces te ayudaré con esa maleta. Ángel se retira, dice que dos chicas juntas son demasiado peligrosas para sus oídos. Se quedará en casa y yo me acercaré con el coche, así no tendrás que coger el autobús.

—¡Estupendo!, espero que vengas con ganas de merendar porque mi madre ha hecho tarta de queso.

—¿No me digas? Ja, ja, ja, en tu casa siempre hay tarta los domingos, de hecho, mi visita es puramente egoísta. A mí tu misteriosa mudanza no me importa lo más mínimo, estaba pensando preguntarte incluso qué tarta había hecho tu madre pero como me gustan todas, preferí la sorpresa.

—Ya puedes venir con mucha hambre, recordarás entonces que a mi madre pocas cosas le alegran tanto como dar de comer y se ha quedado un poco triste cuando le he contado que me mudaba.

—Yo nací con hambre, Marta, y si tengo delante algo dulce mi hambre se multiplica por dos. Ya estoy salivando y al mismo tiempo notando remordimientos porque hoy ya cubrí mi cupo de excesos en Bilbao y dentro de media hora lo voy a duplicar. Menuda semana de «pasto» me espera. Venga, nos vemos en un ratito.

Cuelgo riéndome. Nuria odia la verdura, de cualquier tipo, según ella es comida de rumiantes. Si los humanos estuviéramos diseñados para comer verdura tendríamos más de un estómago como las vacas, y no nos hincharíamos comiendo ensalada. Eso no sucede si cenas chuletón con patatas. Te sientes llena, satisfecha y te duermes como un angelito. Con la verdura te vas a la cama llena de aire, insatisfecha y duermes mal las primeras horas, porque el resto de la noche la pasas soñando despierta con comida apetitosa mientras tu estómago ruge quejándose por el vacío al que le sometes.

Estoy de acuerdo en parte con sus argumentos. A mí me gusta la verdura, pero como primer plato o como guarnición. Después de un largo día de trabajo, llegar a casa y tomar una ensalada sin apenas aceite para luego irte a la cama es una dura prueba. Hace falta tener un par de buenos coj... para no echarse a llorar. Eso deprime a la más valiente. Hay que darle algo de fundamento al cuerpo; una pechuguita, una tortilla (aunque sea francesa), algo para no cabrearle. Se trata de estar delgada, pero no quiero ir por la calle con cara de haber atropellado a un perro.

—¿Qué tal la película, mamá?

—Para flagelarse, hija, o parar reír de lo absurda que es, como todas las que suelen dar. Mira a tu padre, ese ha sido más listo y se ha quedado dormido. A ver quién le aguanta esta noche, si no puede dormir yo tampoco. Comienza a dar vueltas en la cama como una peonza hasta que me enfado, enciendo la luz de la mesita y amenazo con irme a dormir a la habitación de tu hermana.

—¿Y te vas?

—Bueno, no suelo porque me pide que le dé mi pastilla para dormir...

—¿Tienes insomnio?

—¿Yo? ¡Qué va!, lo que quiere es... ya sabes... y luego duerme como un bebé.

—¡Ahhhh!, ja, ja, ja, entonces tú también dormirás muy bien esas noches en que le das la «pastilla».

—No me quejo —responde mi madre ruborizándose. Yo también me estoy sintiendo bastante incómoda. Pensar en mis padres dándole rienda suelta a la pasión es algo extraño y prefiero cambiar de tema.

—Enseguida llegará Nuria. Le he hablado de mi mudanza y de tu tarta de queso y ha propuesto venir para ayudarme a llevar la maleta y a probar tu postre.

—¡Qué bien!, así la termináis y me quitáis la tentación de la nevera. —Mi madre también está encantada con el cambio de tema.

—Dirás la terminamos, ¿no pensarás que vamos a merendar Nuria y yo toda la tarta?, tú te sientas y comes. —Pienso en darle como argumento que luego tendrán la casa entera para mi padre y ella, podrán tomar pastillas hasta que se cansen y de paso quemar calorías. Gracias a Dios me doy cuenta antes de soltarlo por mi boquita de piñón.

—Me sentaré con vosotras y también comeré una porción. Hay que darle alegría al cuerpo de vez en cuando, hija. Voy a hacer café que Nuria lo toma como si fuera agua. No sé cómo luego puede dormir.

—No importa si ha tomado media docena de Coca-Colas o tres litros de café. Se mete en la cama, cruza los brazos sobre el pecho, y en dos minutos está tan profundamente dormida que no la despierta ni un terremoto. Lo que tú

no sabes es que duerme con los ojos medio abiertos, da miedo. Menuda noche pasé la primera vez que fuimos de excursión con las monjas y nos quedamos a dormir en el internado aquel de Zaragoza. Me tocó compartir cama con ella y no pequé ojo en toda la noche.

—No me extraña. Mira, ahí la tienes, abre tú mientras pongo la cafetera al fuego.

Una hora más tarde estamos saliendo de casa de mis padres con el estómago lleno y dolorido por las risas que nos ha provocado Nuria con sus anécdotas sobre alguno de los modelos que posaban desnudos en la facultad de Bellas Artes para que los alumnos los pintasen.

—Recordaré a ese hombre toda mi vida. Fue muy difícil dibujarle con tanto pelo como tenía por todo el cuerpo. Cuanto más dibujaba más me parecía que lo que tenía delante de mí era un eslabón perdido en la cadena evolutiva del hombre. El único buen recuerdo de aquel trabajo fue dibujar sus genitales.

—¿Cómo los tenía?

—Nunca lo sabré, entre las piernas tenía un bosque tropical de pelos que ocultaba todo. Vete tú a saber cómo se las apañaba para ir al baño. Se retiraría los mechones con una mano y se la cogería con la otra, o se recogería el pelo con un par de horquillas para dejar libre la zona de maniobras y no empaparse.

—¡Que exagerada!

—De eso nada, nunca vi, ni creo que vea porque es imposible, un pene tan bien abrigadito. Yo creo que se aplicaba mascarilla y se secaba con secador la entrepierna. Aquello lucía más esponjoso que la melena del Rey León.

—¿Y las chicas? —le pregunto saliendo del portal haciendo musiquita con las ruedas de la maleta.

—Hubo de todo: gordas, delgadas, feas, guapas, pero «miss tetas libres» fue todo un puntazo. Recuerdo el primer día que llegó con su albornoz rosa. Se subió a la plataforma, se sentó como los indios, se soltó el cinturón y dejó deslizar la prenda por sus brazos. ¡Menuda impresión!, las tetas le llegaban a los muslos, parecían dos corbatas. Casi logró que me alegrara de mis pechitos

tamaño melocotón en almíbar marca blanca.

—¿Los tenía grandes?

—Los tenía como dos lenguas de perro jadeando. ¡Hasta dónde se pueden caer!

—He visto alguna mujer de esas en el gimnasio y es cuando piensas «santa Rita, santa Rita, que me quede como estoy».

—Imagina cómo sería que todos fuimos «amables» al dibujarla y se las subimos un poquito.

Montamos en el coche de Nuria. Recorremos las calles que en domingo y a esa hora están bastante vacías. Nuria, como siempre, se ofrece para dormir conmigo cualquier noche que me sienta tristonza. Andrea también ha estado ofreciendo su ayuda a través del chat del grupo.

—Si quieres busco aparcamiento y subo contigo.

—¡Ni se te ocurra!, gracias pero estoy y estaré bien.

—¡Hace tiempo que no duermo con los ojos abiertos!

—¿Y cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado a Ángel. Y tengo una foto que lo demuestra.

—Ese hombre te quiere mucho, Nuria, ja, ja, ja.

—Me la hizo una noche que tuvo cena de amigos y llegó a las tantas de la madrugada.

—Voy a estar perfectamente, muchas gracias, dame un besito y ve con Ángel, que me va a coger manía.

—Estará tumbado en el sofá, mando a distancia en una mano, cambiando constantemente de canal en la tele, y con una cerveza en la otra. Ya te anticipo yo que te estará dando las gracias por concederle el trono del reino durante unas horas. Mañana te llamo.

A las ocho ya estoy saliendo del bar donde Sonia me ha dejado el manajo de llaves. Su autobús salía a las siete de la estación así que la casa todavía estará calentita. Tirando de la maleta y con el bolso colgando del hombro contrario entro en el portal riéndome sola. Parezco una botella de gaseosa, quiero saltar, cantar, bailar... compartir con alguien estos nervios ante mi primera noche como mujer sofisticada que vive sola y no necesita un hombre cerca (ni lejos).

Ascensor ocupado, aprovecho para buscar la llave de la puerta y así tenerla

ya entre mis dedos. Me olvido de que no he sido yo quien ha pulsado llamada y casi me cuesta un golpe con quien sale. Se me cae el bolso al esquivarle y solo consigo ver que es un hombre y a notar que huele divinamente. Debe de tener más prisa que yo porque nos disculpamos al unísono y nuestras voces se mezclan. No estoy yo para hombres, y me meto en la cabina concentrándome de nuevo en todos los planes que se agolpan en mi cabeza para ponerme al día en mis correrías como treintañera recién estrenada.

No he preguntado nada de la vivienda. Es un piso, uno que no tengo que pagar, está amueblado, y me permitirá levantarme con el tiempo justo para arreglarme e ir a trabajar. Como casi siempre, llego a la quinta planta sin saber dónde he tenido la mente en esos segundos.

Hay dos puertas, una a cada lado del ascensor. Compruebo que me dirijo a la letra «A». Espero que la otra vivienda esté ocupada por gente agradable. Me imagino presentándome como hacen las vecinas de las urbanizaciones de Estados Unidos; con una tarta casera. «No cuesta nada ser amable», dice siempre mi madre pero yo no sé hacer tartas, solo comprarlas. Y lo que no dice ningún refrán es lo que cuesta aguantar a un vecino pesado y cotilla, así que por si acaso la puerta letra «B» se quedará sin presentación, ya nos veremos por la escalera si se da la coincidencia.

Bueno, pues aquí estoy yo, en el descansillo de la quinta planta metiendo la llave para entrar. Mi maleta descansa en el suelo a mi izquierda y a la derecha el bolso, que he tenido que dejar también posado porque no tengo fuerza para abrir la puerta de dura que está.

¡Cuca puerta de los melocotones! Menudo insulto de los coj... que me ha salido. Está claro que si no lo digo por un lado por otro se me escapa. Si mi madre me oyese se caía al suelo de la impresión, hasta yo me estoy asustando de mí misma.

Por fin la cerradura cede. Acercó la maleta pero la tengo que soltar de nuevo ya que soy zurda y de un modo inconsciente uso esa mano para buscar en la pared derecha el interruptor. La maleta no ha debido de quedar estable y cae sobre mi pie izquierdo dejándome el dedo pequeño más plano que un sello. ¡Eh!, encima no me sé el sustituto de la palabra «joder», que es lo que procede. De hecho no creo que haya tenido en cuenta este insulto y es muy

socorrido: «joder, qué golpe me acabo de dar», «joder, qué tío más macizo», «no me jodas»... Lo tengo que apuntar para llevarlo a la hoja-chuleta.

La primera impresión es terrible, una luz cegadora se proyecta desde el techo. Miro hacia arriba y hay una lámpara de esas que llaman de lágrimas, llena de cristales que imitan a diamantes y que cuelgan como racimos de uvas. Me niego a tocarla y menos a limpiarla, vamos que cuando me marche va a estar tal y como la estoy encontrando ahora, pero con más polvo. Buena idea, así dejará pasar menos luz y se parecerá menos al foco de la silla de un dentista.

¿Y qué ilumina esta recargada lámpara?, una alfombra con motivos que me parecen árabes y un mueble de color muy oscuro y que apenas tiene zonas donde no hayan hecho filigranas a la madera. Sobre la parte superior hay una pieza de granito blanco con vetas negras que parece una lápida robada del cementerio. El espejo, que tiene biselados sus bordes, es demasiado grande y su situación hace que sea imposible no verse al entrar en la casa.

No me gusta, parece que fuera a devolver la mirada de otra persona, como en las películas de miedo cuando la protagonista se sitúa delante. Ve reflejada su imagen, es ella pero no lo es, es un ser malévolo quien está al otro lado y cuando la actriz sonríe confiada, su supuesto reflejo no lo hace. Ante la mirada incrédula de la pobre chica abre la boca al tiempo que sus rasgos comienzan a deformarse. Es un espíritu prisionero y busca venganza. Su cabeza y sus brazos consiguen salir del plano del espejo y atrapan a la chica. Los gritos de terror serán los últimos sonidos que saldrán de su cuerpo antes de ser devorada por el horripilante ente.

¡Joder!, qué miedo me estoy dando. Ya no podré mirarme en este espejo durante días. Lo tendré frente a mí cuando entre en casa, lo mejor será taparlo con papel de regalo. ¡Se va a enterar el fantasma ese!, voy a comprarlo con dibujos de Mickey Mouse y a ver si tiene coj... de meterse con el ratón. Esta palabrota la cambié por otra hace unos minutos, estoy segura aunque ya no recuerde cuál usé, tengo que apuntarla también.

Retrocedo medio metro y agarro mi maleta y el bolso. Cerrando el ojo izquierdo para no vencer al deseo de mirar al espejo entro y cierro la puerta. Pienso que, aunque el recibidor es feo para mi gusto hasta decir basta, son

solo muebles, me puedo acostumbrar. ¿Que me va a costar?, por supuesto que sí, pero soy fuerte y lo lograré. Además el resto de la vivienda no tiene por qué ser tan recargada. Tú repítete, Marta: es gratis, GRATIS. ¿A qué ahora lo ves más bonito? Todavía no pero es cuestión de insistir, a fuerza de decirlo seguro que se produce el milagro.

Unas grandes puertas de madera oscura con cristal haciendo círculos aíslan el hall del resto de la vivienda. El vidrio es horrible, de color coñac (un modo elegante de decir color «caca») haciendo círculos de diferentes tamaños.

Giro el pomo y abro, ¡a mí me va a dar algo!, la alfombra que cubre casi la totalidad del suelo del pasillo es granate y verde, y aunque estaba el listón muy alto consigue ser aún más fea que la del recibidor. ¡A ver si va a salirme un genio si la froto! Podría ser un chico guapo, ojos misteriosos bordeados de largas pestañas, con el torso al aire... cambia, Marta, que ese calor que te está entrando donde tú ya sabes no vale para nada, únicamente para amargarte.

Solo hay puertas a mano derecha, la mano izquierda es una larga pared llena de fotos de comuniones, bautizos y bodas. Menos mal que todos están sonriendo, aun así me dan un poquito de miedo. Necesitaré tres rollos de papel de cuadritos para tapar tanto retrato.

Abro la primera puerta. El salón es clásico, clásico y clásico, ¡esto ya no hay quien lo resista!, me estoy empezando a marear. Estoy tan contenta por mi nueva vida de mujer soltera independizada que ni veinte estancias como esta podrían estropear mi buen humor. Pero he de reconocer que la impresión ha sido en esta ocasión muy fuerte, todavía estaba recuperándome de lo vivido en el recibidor. Es una habitación bastante grande. Eso mismo debieron de pensar Sonia y Antonio cuando acudieron a la mueblería a comprar lo necesario para disfrutar de una tarde de domingo en familia viendo una película. ¡Como hay mucho espacio podemos meter muchos muebles, Antonio! Y por lo que veo se aplicaron a fondo para no dejar ni un hueco sin tapar. El sofá es la pieza principal, a ver quién se atreve a quitarle el trono a la gran rinconera de terciopelo granate. Unos ridículos botones forrados del mismo material aplastan la tela contra el relleno. Sin sentarme ya me está doliendo el culo imaginándome ahí, con el dichoso botón debajo de mi cuerpo.

Los muebles del salón son idénticos a los de la entrada. Las vitrinas están

llenas de copas, de vasos, de floreros. Estos últimos tienen flores de tela, flores de papel e incluso flores de ganchillo. También hay todo tipo de figuritas repartidas por cualquier lugar al que mire. Esta mujer colecciona hasta los regalitos que viven dentro de los huevos kínder.

La mesa del salón es redonda y tiene una única pata central que en su base se divide en cuatro y simula la garra de un león. Un tapete de ganchillo en color crema está inmovilizado debajo de un jarrón de cristal verde lleno de frutas de mentira. El tapizado que tienen las sillas es de idéntico color y material al que cubre el sofá. Un gran ventanal ocupa una de las paredes. Las cortinas son de encaje y a ambos lados y sobre la caja de la persiana cuelga el resto de terciopelo granate que se fabricó hace treinta años. No me extrañaría encontrar una placa conmemorativa agradeciendo a esta familia su colaboración para mantener la producción de terciopelo en España en mil novecientos setenta y cinco.

Cordoncillos que me recuerdan a los que los monjes se colocan en sus vestiduras penden atados de unos pasadores con forma de cabeza de león. Imagino que Sonia atará los encajes con este material, yo me limitaré a dejar las cortinas recogidas a ambos lados de la ventana. No creo que se vayan a cerrar ellas solas. Si esto pasase, tendría que plantearme muy seriamente si es posible que los espíritus convivan con nosotros. Y lo haría dentro de la casa de mis padres que es adonde me iría corriendo.

Lo voy a hacer ahora mismo; descorrer las cortinas de encaje, por lo que muevo con el dedo la recargada tela y veo la calle principal. Dejaré siempre las cortinas abiertas, ya que delante hay un parque y nadie podrá ver nada. Y aunque pudieran hacerlo el mayor cacho de carne mío que verían sería el comprendido entre la rodilla y el dedo gordo del pie.

La siguiente estancia es la cocina. Aquí los decoradores de la familia se han cortado un poco y es bastante funcional. Por la ventana entra poca luz. La razón es sencilla, la cocina da a un patio de luces muy oscuro, todavía hay tres pisos por encima y hace mucho que no lo pintan, si algún día fue blanco ahora es gris. Estas cortinas con dibujitos de tomates, berenjenas y cebollas se quedarán siempre cerradas. Hay ventanas muy cerca y me temo que no tendré la suerte de ver a un vecino escultural abriendo la puerta de la nevera para

beber directamente de la botella, sudoroso, con unos vaqueros desgastados como única prenda, sonriéndome...Tendré más posibilidades de ver a doña Paca echando agua al vaso donde deja la dentadura postiza.

Las dos siguientes estancias también tienen ventanas a este patio de luces. La habitación es la de matrimonio. Para qué decir o pensar nada cuando lo mejor es cerrar la puerta para evitar que mis ojos sigan enviando a mi cerebro imágenes que pueden causar daños irreparables. He sido muy rápida, pero el cerebro lo es aún más y se están formando unas secuencias muy poco agradables: un hombre y una mujer en esta habitación, desnudos imagino ya que están debajo de las sábanas haciendo el amor con la postura del misionero.

¿Y por qué están teniendo un sexo tan convencional?, porque es imposible imaginar a un hombre atando las manos de la mujer a la cabecera de la cama para comerla de arriba abajo con estos muebles tan recargados y sobre la colcha esa que he tenido el disgusto de ver, rosa, de raso brillante y volantes en sus bordes. Es normal que me imagine que lo hacen entre las sábanas, encima del raso resultaría peligroso. Dos abrazos apasionados y acabarían los dos deslizándose y cayendo de bruces al suelo.

Estoy segura de que mi subconsciente está siendo atacado por esta horrenda visión, por eso estoy teniendo el disgusto de pensar en sexo entre un hombre y una mujer que no soy yo y donde la escena no me está excitando lo más mínimo.

El baño está reformado. Claro, aquí fue donde se produjo la fuga, los azulejos son clásicos pero se aprecia el cambio, tienen otro aire al ser recién comprados. Lo que yo no sabía es que todavía se podían encontrar los conjuntos de alfombrillas que contienen, además de la que se suele colocar en la ducha para no darse un patinazo de muerte al salir del agua, la que se adapta al suelo alrededor del inodoro, al lavabo y la que cubre la tapa del inodoro. Son de color rosa claro con unos motivos blancos. Esto lo quito yo ahora mismo, ya buscaré dónde guardarlo, porque creo que no podría hacer nada con estos pintorescos tejidos a mi alrededor.

Las dos últimas puertas son dos habitaciones con cama individual. Tienen el típico mueble «puente» que llamaba mi madre. Un armario ropero a cada lado,

la cama encajada entre ambos y sobre esta hay, a una altura prudencial para no dejarse la cabeza, una fila de armarios unidos a los roperos. Un modo tradicional y bastante práctico de aprovechar el espacio.

Me acerco a cada ventana y descubro un nuevo y minúsculo patio de luces, como está recién pintado no me cabe duda de que es otro y no el que he visto desde la ventana de la cocina. ¿Hasta dónde profundiza esta vivienda? Mañana cuando salga a trabajar me fijaré, esta manzana tiene que ser enorme para tener tanto patio. Es como un hormiguero, lleno de pasadizos y de cubículos. ¡Ufl, otra visión que no me está gustando nada, a ver si va a ser verdad que esta casa me está afectando y seriamente. No estoy yo para estos trotes, si en unos días los síntomas no desaparecen cojo mi maleta y regreso al nido.

No sé ni cómo han podido estudiar tanto y tan bien los dos hijos de esta pareja rodeados de tanto raso azul, porque tampoco ellos se libraron de las colchas de material brillante y volantes en sus bordes para tapar bien el colchón y el somier. El imprescindible cojín con volantitos descansa sobre la almohada. Son mayores que yo, sobre unos seis y cuatro años, y eso, cuando eres niña, es un abismo. Creo recordar que están en California los dos, en la enorme multinacional de la informática, viviendo el sueño americano. ¿Habría sido el raso la causa de su éxito? ¿Podría echarle a mi madre la culpa de mi desastrosa situación al no tener una colcha de rasito rosa con el cojín a juego?

Fui yo quien pidió tener una colcha de patchwork en mi cama cuando tenía doce años. En la serie americana que todas las niñas veíamos la protagonista tenía una y se llevaba de calle a todos los chicos incluyendo al que la tenía enamorada. Mi madre se armó de paciencia y fue a una tienda de telas muy de toda la vida donde la dependienta más joven no tendría menos de sesenta años y pidió que le sacasen retales para hacer la colcha. El resultado fue y continúa siendo de revista pero si pienso en el origen de este tipo de cubrecamas está claro que era la necesidad. Los granjeros no tenían dinero para comprar una colcha de una sola pieza de tela que en aquellos tiempos debía de ser un lujo y tiraban de su ingenio para calentarse. Y ahora estoy como ellos, sin un duro porque lo poco que había ahorrado lo gasté en algo que ni quiero ni puedo recuperar.

Las dos habitaciones son iguales así que escojo una, la más cercana a la

puerta de la vivienda. La casa queda reducida a lo inevitable e imprescindible: recibidor (porque no puedo entrar y salir por una ventana si no me lo saltaba), salón (porque en algún sitio tendré que ver la tele en las horas muertas que me van a quedar), cocina (será rápido mi paso por ella, voy a empezar a hacer ensaladas con todo tipo de ingredientes para darle pasaporte a estos dos kilos que vinieron a pasar unas vacaciones y se han quedado de modo permanente) y baño, porque limpia lo soy un rato y porque lo necesito como todo humano que coma y beba, aunque yo sea una princesa.

Me apoyo en un marco y pienso si seré capaz de soportar este ambiente opresivo y deprimente. Estoy en horas bajas y tengo justificación; he pasado por muy mala experiencia, así que estoy muy sensible. Si pudiera me tiraría al suelo y lloraría como la mejor protagonista de culebrón. Pero a mí no me sale y además me canso solo de pensarlo. Mejor me quedo rumiando mi desdicha que es lo que mejor se me da.

Una cosa es cierta como que me llamo Marta, muy apurada me tendría que encontrar para tener que usar esa colcha esta noche. La retiro y encuentro otra joyita de los años sesenta debajo; la manta marrón con dibujo de tigre incluido. ¡Esa se queda!, con algo tengo que taparme, pero mañana mismo traeré la colcha que compré en IKEA. Verla me recordará que nunca más deberé permitir que un hombre tome las riendas de mi vida.

«La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida... ay, ay, ay... si naciste para martillo del cielo te caen los clavos...»

3

—Estamos en la puerta.

—Okey, chicas, os abro. No olvidéis cerrar con cuidado porque están los dos dormidos y tienen un sueño muy ligero.

—¡Ya!, no te preocupes. Abre de una vez que empieza a llover y hemos dejado los paraguas en el coche. —Nuria me mira despreocupada. Tiene unos rizos a prueba de bomba, llueva o haga viento sur su pelo siempre está igual.

—Solo a ti se te ocurre alisarte el pelo con el día que hace.

—Es sábado, Nuria, es cuando tengo tiempo. Además, si esperase a que ni lloviese ni hiciese humedad creo que me quedarían dos sábados del año para hacerlo. Y si a esos dos le restamos el que no tengo ganas de arreglarme y el que no salgo de casa, ya me contarás para qué he comprado yo las planchas del pelo que me han costado un ojo y dejado miope el otro.

Nuria me mira como si hablase de vida en el cuadrante «x» de la galaxia «p» perteneciente a la constelación «estoy a tomar viento». Pero de vez en cuando me gusta poder pasar los dedos por el pelo, peinarlo, hacer una raya a un lado y dejar que caiga sobre mi cara de modo misterioso. Y mientras no encuentre a ningún hombre con quien me apetezca hacerme la misteriosa iré practicando con quienes hacen cola en el banco.

—También es verdad. Y te queda genial. ¡Ojalá pudiera yo alisármelo en casa! Solo en la peluquería lo han conseguido y a base de meter horas. ¿Viste la última vez lo largo que lo tenía?, me llegaba casi a la cintura. —Nuria se lleva la mano a la espalda señalando hasta dónde le caía la melena. Exagera

pero la dejo porque le hace ilusión recordarlo y además a mí ni me quita ni me pone.

—Dejad los abrigos en el perchero de la entrada y venid a la cocina.

Estoy preparando el chocolate.

—¡A la porra la dieta! Toda la semana a judías verdes para dos minutos de placer. —Nuria ha recogido el pensamiento de las dos. Estamos firmes, nada de dulces ni de paquetitos durante la semana y eso se nota, he perdido dos kilos y conseguirlo me ha dado ánimos a intentar bajar otros dos.

—Es sábado, Nuria, se puede hacer un exceso —se lo digo porque ya estoy convencida, porque las normas están para saltárselas, porque hace quince días que no pruebo el chocolate y solo con nombrarlo estoy salivando, como el perrito ese del experimento.

—¿Un exceso?, ¿sabes que solo he bajado medio kilo y no me he saltado ni un paso de la dieta? ¿Y eso qué significa?, que si me tomo el chocolate lo volveré a acoger entre mis carnes. ¿Y qué lugar elegiré para vivir?, mi culo, y no lo entiendo, ahí atrás no se ve nada, siempre aplastado por el pantalón o por la silla. Se podría colocar en los pechos que tienen mucho espacio libre y estaría en primera línea para ver todo lo que sucede.

Este razonamiento de Nuria lo hemos oído miles de veces desde que con catorce años nuestros cuerpos comenzaron a cambiar. A ella le creció el culo, ¡y de qué manera! Tiene una talla ochenta de pecho, y esta desigualdad entre su mitad inferior y su mitad superior le provoca numerosas pataletas.

—Si yo hubiese nacido en el siglo XV habría sido modelo para pintores. Ahora estaría expuesta en los mejores museos del mundo luciendo como vine al mundo. Pero por quinientos años de nada estoy pasada de moda.

—Te estoy oyendo, Nuria, y si no hablas más bajito mis hijos también lo harán.

Andrea se ha asomado por la puerta de la cocina con una cuchara de madera en la mano. Al instante desaparece y dejamos los bolsos colgados junto a los abrigos para ir a su encuentro.

—¡Qué bien huele!, seguro que también engorda estar en esta cocina respirando este aire.

—Señorita Nuria, me vas a tener que hacer mucho la pelota esta tarde. He

recorrido media docena de supermercados esta semana para encontrar este chocolate para hacer a la taza, es *light*, la leche también es desnatada, y en el horno hay un bizcocho que no lleva ni mantequilla ni aceite. A ver si se puede comer.

—Gracias, «miss Andrea», seguro que está todo buenísimo.

—¿Miss Andrea? Menos guasa que mira qué pintas tengo.

—Estás guapísima como siempre. —Hasta el recogido ese informal que se ha hecho en el pelo con una pinza parece sacado de una revista de moda—. Y esos vaqueros rotos te quedan genial. —Yo quiero que me queden igual de bien, un aliciente más para mantenerme a dieta.

—Gracias, esto son amigas y lo demás es cuento. No tengo ni tiempo de comprar ropa, las tiendas de moda de mujer se han convertido en agujeros negros para mis ojos. Estoy en modo automático y solo me fijo en las que tienen pañales, juguetes, comida para los niños y en las farmacias. Estas últimas me las conozco todas. «Andrea, especialista en farmacias de guardia. Vamos a jugar por quinientos euros, ¿sabría decirme qué farmacia de Santander estaba abierta el doce de mayo de dos mil quince a las diez horas y cuarenta y cinco minutos?, por supuesto, la de la calle de las Cruces y me atendió Mireia, es un encanto, me dio varias muestras de crema para la irritación del culito.»

Andrea suspira mientras continúa removiendo el chocolate para que no se pegue en el fondo de la cazuela. La miro y no me puedo creer que esté tan hermosa. Es muy alta y delgada, tiene una piel alucinante, parece que brille, lo mismo le sucede a su pelo, liso y abundante, tiene un rubio dorado que solo puede verse en los anuncios de tintes.

Tiene cara de ángel pero cuerpo para el pecado, eso se lo han dicho unos cuantos hombres, al menos delante de mí. A saber en cuántos habrá provocado este pensamiento. Somos amigas desde que íbamos en el cochecito. Nuestras madres estaban recién mudadas al barrio y congeniaron enseguida. Nosotras también lo hicimos. Es como mi hermana, la adoro y sé que ella también me quiere con locura. Es preciosa y muy buena persona, siempre ha pasado de los halagos, sabe que es guapa, se lo han dicho desde que ella recuerde pero sin más, nada de incidir en lo mismo.

Nuria ha entrado y, acercando su naricilla, está relamiéndose ante el espeso chocolate. Apareció una tarde por el parque donde estábamos jugando con barro, haciendo pastelitos. Se habían mudado al cambiarle al padre de puesto de trabajo. Son extremeños, gente generosa que enseguida encajó en el barrio. De pequeña me volvía loca su pelo, tan rizado. Cuando mi madre me dio permiso me hice una permanente para intentar tenerlo como ella. Por supuesto a mí no me quedó igual. Durante tres meses fui Marta *la Electrocutada* y lógicamente pasé de repetir experiencia.

Tuvimos una época muy imaginativa y nos declaramos los Ángeles de Charlie, Nuria, la morena temperamental, Andrea, la rubia surfera y yo, la castaña misteriosa. Esas éramos nosotras, y aquí estamos ahora unos cuantos años después.

—¿Sabéis en lo que estoy pensando?

—¿En que el chocolate seguramente tenga el sabor de alguien que lo ha chupado y luego lo ha vuelto a dejar en la cazuela?

—Ja, ja, ja, eso lo he tenido claro nada más saber que estaba hecho con leche desnatada, lo que puedo imaginar es cómo será su sabor teniendo en cuenta que también el chocolate a la taza es *light*. Pero lo que ahora estaba recordando es lo curiosa que es la vida, planeamos algo y los resultados pueden ser completamente opuestos.

—Mira, Marta, se trata solo de un chocolate entre amigas, si te vas a poner profunda saco la botella de Orujo de Potes que guardo para las ocasiones. — Andrea ha puesto sus brazos en jarras y me mira interrogante.

—Tú sácalo por si acaso —apunta Nuria con cara de no haber roto nunca un plato.

—Recuerdo cuando nos sentábamos debajo del sauce llorón del parque y nos imaginábamos cómo serían nuestras vidas. Tú, Andrea, viajarías por todo el mundo, trabajarías para una gran multinacional del mundo de la moda; serías modelo, diseñadora, editora de una revista... y tendrías un apartamento en Nueva York.

—¡Me he acordado de esa conversación unas cuantas veces cuando acudo por las noches desde mi habitación a la de los niños, son mis viajes «intrapasillánicos»!. Deberían acumular puntos en la tarjeta Iberia.

—¿Y tú, Nuria?, ibas a pintar rostros de personas, te sentarías en una plaza de Florencia y simplemente dibujarías a la gente, después recogerías tus cosas y buscarías otro entorno, quizá París, o San Petersburgo.

—Es cierto, y mira a lo que me dedico ahora, a la publicidad, y los únicos retratos que hago son los de mis amigos y parientes.

—Y yo, que iba a casarme pronto y a tener dos o tres hijos, estoy a punto de celebrar mis treinta y un años y estoy sola. Por no tener no tengo ni proyecto de novio, ni casa propia, ni un futuro laboral brillante. ¡Me estoy deprimiendo por momentos!, ¿dónde está ese orujo?, necesito un vasito, pero de los de agua y hasta arriba.

—¿Y qué me dices de la experiencia que estás viviendo en esa casa de los amigos de tus padres? Eso no lo puede contar mucha gente, ja, ja, ja. —Nuria, que siempre ha sido la más payasa del grupo, sí que sabe sacar lo bueno de cada situación.

—Anda, ven aquí y deja que te demos un abrazo. —Lo hago gustosa y parece que volviera a los quince años, al tronco del árbol, donde nos protegíamos del sol debajo de las largas ramas del sauce, cuando aún no me habían hecho daño.

—Vale, vale, nada de lamentos, ya se me ha pasado. —Mentira y de las gordas, pero ellas no deben sufrir más de lo que ya lo hacen por mi situación actual—. No me faltan las piernas, ni me han diagnosticado una enfermedad incurable, tampoco me han echado del trabajo, así que no es nada que no tenga solución, solo hay que esperar un poco a que las cosas sucedan. Si me ha pasado algo malo lo justo sería que me tocara algo bueno para equilibrar la balanza.

—Por supuesto que sucederán, Marta, y si te animases de una vez por todas a enseñar algo tu escote tendrías todas las que tú quisieras. —Nuria lo dice convencida, de eso no tengo duda—. Coge la bandeja, que yo me encargo de los platos. Andrea, ¿qué más hay que llevar?

—Id que el resto ahora lo cojo, voy a echar un vistazo a los niños y bajo disparada.

Sube las escaleras de dos en dos mientras sonrío pensando en la obsesión de Nuria por los pechos. Según su opinión, que por cierto expone muy

convincientemente, es mucho más fácil entablar una conversación con un chico si tienes un bonito pecho. Ojos y tetas están colocados en el mismo lado del cuerpo y puedes comprobar al instante si hay atracción. Un culo bonito es algo muy deseable, pero no puedes ver quién te está mirando el culo y menos sonreírle. Necesitas colaboración, por lo que si se pudiera elegir uno de los dos atributos ella se quedaría sin pensarlo con el pecho bonito. Cualquiera día de estos la veo en la portada de un libro, lo que no sé es la sección donde la colocarían: ¿anatomía, romántica, autoayuda...?

—Mira, Marta —comienza la frase Nuria hablando bajito—, estás comparando tu situación actual con la de Andrea y/o con la mía. Hace dos años yo estaba sin novio y sin trabajo, y ¿cómo estaba Andrea? Pues vomitando todo lo que metía al estómago. ¿Y cómo estabas tú?, feliz buscando apartamento para alquilar.

Dentro de unos meses volveremos a hacer la comparación y seguro que habrá cambios, espero que todos buenos para las tres pero eso no se sabrá hasta que llegue el momento. La vida da muchas vueltas y esta frase hecha lo es por tantos millones de veces en las que se ha cumplido el dicho.

—¡Lo sé!, y creo en ello, pero hasta que eso suceda, como no puedo ver en una bola de cristal mi fabuloso futuro en ocasiones me siento algo depre, ¡que se me pasará!, no tengo dudas. Y para que lo haga rápido vamos a decirle a Andrea que sí queremos el orujo. Si luego no puedes conducir cogemos un taxi o nos quedaremos a dormir aquí, a mí por lo menos nadie me espera para ofrecerme una noche de sexo salvaje.

—¡Así se habla!, por mí tampoco te preocupes, cuando le dije a Ángel que había quedado con vosotras ya le puse sobre aviso; «no sé a qué hora llegaré a casa». Le sugerí que aprovechase a estar hasta que se cansase en el taller de pintura de su amigo Manu, porque a mí me aburre horrores estar allí.

—¿Manu es el tipo ese de las gafas rojas que tiene cara de soportar el peso del mundo?

—El mismo, es muy cansino. Habla tanto y tan despacio que a veces me quedo mirándole y pensando en cómo será este hombre en la cama. Si es igual de lento para todo las dormiré de aburrimiento y presumiré de dejarlas tan satisfechas que duermen como angelitos. Menos mal que mi chico no es así,

me daría un patatús.

—¿Y cómo te va con Ángel?, ¿será este el definitivo?

Nuria está colocando las servilletas en la mesa del salón. No lo demuestra pero sé que está pensando en lo que le he preguntado y en cuál será su respuesta. Yo la dejo, cuando quiera ya hablará y si no quiere tampoco me importa, esa es su vida, si yo muestro interés es porque me preocupa que ella esté bien.

—Contando a Ángel es el sexto novio que he tenido. No está mal para una rizosa con el culo más grande que un tambor.

—Tus rizos son estupendos y a los hombres les gustan los culos grandes, ¡estás de moda, nena!

Se incorpora y camina por el salón de puntillas moviendo sus caderas todo lo que puede, cuando llega a la ventana se para y gira la cabeza imitando un posado de famosa. Nuria es así; espontánea, y por eso siempre ha tenido a todos los chicos que ha querido bebiendo de su mano. Me encanta su carácter y espero que nunca pierda esa frescura.

—Ángel tiene muchas papeletas para ser el futuro padre de mis hijos. Hace ocho meses que estamos juntos y se me ha pasado el tiempo «volando». Tiene sus defectillos como todos pero es bueno, cariñoso, me deja mi espacio...

—Y se vuelve loco por tus huesos.

—Ahí te doy toda la razón, no me puedo quejar, bueno, si de algo me quejo es de lo dispuesto que está siempre. Cuando salgo de la ducha y voy con el tiempo justo para llegar puntual al trabajo tengo que meter la ropa en el baño. Si intento llegar a la habitación, tapada solo con la toalla, en el pasillo me aborda y la verdad es que siempre tiene muy buenos argumentos. Y yo, que no consigo aguantar la toalla con estos dos pechillos de liliputiense...

—¿He oído bien?, ¿has dicho «mis hijos»? no me lo puedo creer, Nuria, que siempre ha proclamado que los niños y ella no eran compatibles, ha pensado en ellos. Porque lo ha dicho en plural, lo he escuchado muy bien.

—¡Ehhh!, que yo no he dicho ni cuántos ni cuándo, es un modo de hablar. — No mira a Andrea, señal de que esta ha dado en el clavo.

—Los míos no son un modo de hablar y están como dos angelitos, a ver si nos dejan al menos tomar el chocolate recién hecho. —Andrea tiene las

palmas de las manos juntas en señal de plegaria y la cabeza mirando al techo.

—¿Qué tiene, poderes la lámpara?

—¿Cómo? —responde Andrea que como casi siempre no se ha enterado de que Nuria está guaseando.

—Digo que si tu lámpara del techo, a la que estás rogando para que tus hijos no se despierten enseguida, tiene poderes, échate a un lado que tengo una gran lista.

Y dicho y hecho, justo cuando Andrea entiende el sentido de la conversación, Nuria la aparta de un culazo y se sitúa justo en el lugar que ha dejado Andrea.

—¡Oh, genio de la lámpara del techo! Tú que todo lo ves, porque a algo tienes que dedicar tu tiempo libre, mírame. Coge papel y boli o saca tu Tablet y apunta porque tienes que hacerme unos favorcillos.

Andrea está tapándose la boca con la mano porque Nuria se ha puesto de rodillas y está levantando los brazos y moviendo las manos como una posesa.

—Quiero cuatro kilos menos en mi culo, uno lo vas a repartir a partes iguales en cada teta y los otros tres tú sabrás lo que haces con ellos pero sácalos de mi trasero. ¿Lo tienes bien anotado?, porque voy con la siguiente petición; un aumento de sueldo, y generoso, quiero ir a Venecia y no me salen las cuentas. También quiero... espera un rato que luego te lo digo. El chocolate se va a enfriar y no me gusta recalentarlo. Tú ve mientras tanto trabajando en lo que te he dicho.

—Avísame si da resultado y yo también me pondré debajo. —Me apunto a lo que sea—. De momento me quito los zapatos que quiero ver a Marcos y Damián.

—Yo también voy si me prometéis que no me van a contagiar nada. La última vez que cogí a un niño en brazos me puse mala al día siguiente y me duraron los mocos una semana. —Nuria lo recuerda con cara de asco.

—Están sanísimos y voy a cruzar los dedos porque no es lo habitual. Uno empieza y se lo pasa al otro y luego a mí. El padre no sé cómo lo hace pero siempre se libra.

Subimos caminando de puntillas y asomamos la cabeza, están los dos en la cama de Andrea durmiendo agarraditos. Están para comérselos.

—¿Y esas barricadas? ¿Esperamos algún seísmo? No he oído nada en las noticias y quizá mi vida esté pendiendo de un hilo y yo aquí gastando las últimas horas cuando podría estar poniéndome morada a donuts. —Nuria no entiende que los niños se pueden mover muy rápido cuando duermen y que no controlan si están en el suelo o a tres metros de altura.

—¡Cómo se nota que no has cuidado nunca a un niño pequeño!

—Por supuesto que no, y si puedo seguiré sin hacerlo por mucho tiempo. Aquí os quedáis, prefiero poner tabiques entre estos querubines y mi útero, no quiero que descubra lo que realmente puede producir, lo tengo engañado.

—¿Y cómo lo has hecho? —A saber qué responde Nuria, miro a Andrea, que me sonrío con una elevación de cejas.

—Le llamo corazón, y el muy tonto se lo cree.

—Necesito ese orujo, eres un caso, Nuria. Vamos a por esa merienda que nos está llamando.

Tomo el primer sorbo de chocolate y espero.

—¿Qué tal?, ¿se puede tomar? —pregunta Andrea expectante.

—No está mal, realmente no sabe mal, lo que no tiene es apenas sabor, parece que estuviera mezclado con agua. Muchas gracias, Andrea, es un detalle que tú que no necesitas privarte de nada lo estés tomando con nosotras, pero es...

—¡Horrible!, no te cortes, Marta, es horroroso, no hay quien lo tome, ja, ja, ja. —Nuria está tirada en la alfombra doblada del ataque de risa que le ha dado.

—Creo que vamos a pasar del bizcocho dietético. Voy a por los vasitos de orujo y a por unas galletas auténticas, con sus calorías y sus grasas. Ahora vuelvo.

Andrea se marcha llevándose las tazas del casi-chocolate a la taza y el casi-bizcocho. Me estoy secando una lágrima de esas que me llenan los ojos cuando me río mucho y apenas me dejan ver, así que me parece que un borrón se aproxima hasta mis piernas. Es Marcos, que llega silencioso con el chupete en la boca y la mantita cogida por una punta.

—¿Mamá? —Es todo ojos, azul claro como la madre, y su vocecita me provoca una punzada en el corazón.

—En la cocina, Marcos, ya sabes que soy tita Marta, ¿verdad?

Asiente con la cabeza pero creo que no lo dice muy convencido. Me ha visto varias veces desde que mi vida sentimental se esfumó. Andrea me ha llamado casi todos los días, y yo creo que con la disculpa de que necesitaba una mano con los niños me ha sacado de casa bastantes sábados y domingos.

—¿Vamos a ver a mamá y le damos un susto?

Otro asentimiento, le gusta dar sustos, se lo he enseñado yo, Andrea simula que no nos ve y nosotros le chillamos cuando pasa. Marcos se ríe tanto que le entra hipo. Le cojo en brazos y no se echa a llorar, con eso me doy por satisfecha.

—Mira, mami, a quién me he encontrado en el salón. ¿A que te asustas mucho?

—¡Ah, qué susto tan grande!, ven a darme un abrazo para que se me pase.

No le acabo de soltar cuando se oye llorando al pequeño, se acabó la conversación adulta. Observo a Marcos e interpreto que es consciente de que su hermano pequeño demanda atención y eso se la podría quitar a él. Pobrecillo, yo también tenía mucha «pelusa» de mi hermana, así que lo dejo con su madre y subo a por Damián que, como ya está llorando, no puede rechazarme de peor modo. ¡Ese sí que no puede decir tacos!

Le tomo en brazos, cesa de llorar al instante y me mira, según mi experta interpretación de gestos de bebés, me está evaluando. Abre de nuevo la boca para tomar aire pero al confirmar que le saco de la habitación la cierra y se mantiene a la espera. ¡Ahí picaron, tú sabes mucho!, este quiere que le atiendan, y desciendo a la planta baja cantando la primera canción que se me ocurre. ¡Joder! No le gusta, cambio de registro y pincho una más alegre. ¡Acierto!, esta la canto yo hasta que se me pegue la lengua al paladar.

—¡Ehhh!, lo tienes ganado. —Andrea se acerca bailando con Marcos y se suma a la canción. Nuria también se aproxima, nos hace los coros al tiempo que mueve la cabeza a ambos lados.

—¡Ufff!, qué olor más horrible, Marta, ¿qué colonia te has puesto? Así no te colocamos por muy buena chica que seas.

—Muy graciosa, Nuria, los hombres son desagradecidos desde que nacen. Le canto, le bailo y mira cómo me corresponde. Menuda tarta ha dejado en el

pañal para lo pequeño que es, y qué cara de satisfacción que me ha puesto cuando ha terminado.

—Os necesito, amigas, cuando estoy sola siempre tengo que dejar a Marcos a un lado para cambiar al supercagón este. ¿Lo podríais hacer vosotras? En su habitación tenéis el cambiador y a un lado pañales y toallitas.

—Yo nunca he cambiado un pañal pero tan difícil no creo que sea. Vamos, Rizos.

—¿Cómo que vamos, Rizos?, ¿qué quieres, que me desmaye?

—Quiero que me ayudes, cuando terminemos si quieres te desmayas. Pero elige un lugar que no tenga esquinas, no tengo ganas de ir a Urgencias.

—Yo voy, pero no garantizo nada.

—Seguro que es un éxito, mientras lo hacéis Marcos y yo vamos a preparar su merienda.

Se oyen los grititos del niño. Está encantado por tener a su madre solo para él, así que Nuria y yo nos consolamos pensando que todo será por una buena causa. Poso a Damián en el cambiador, mi asustada amiga se sitúa a mi lado con una toallita en la mano esperando que yo destape el premio.

Saco el pantaloncito de Damián, no le gusta este cambio y empieza a hacer pucheros, así que retomo el éxito del verano pasado. Decide ser bueno conmigo y no llorar aunque no parece que le vaya a durar mucho, así que acelero el destape.

—¡Argggg! Me estoy mareando. ¿Pero qué ha comido este niño?

—Luego se lo preguntas a la madre, ten todo a mano que voy a quitarle el pañal.

—Lo tengo, toallitas y pañal limpio dispuesto. Sé rápida, por favor.

—Parece chocolate, con una toallita no tenemos ni para empezar, saca unas cuantas más, Nuria.

—Menuda experiencia, voy a quedar traumatizada de por vida, ¡Damián, hijo!, con lo guapo que tú eres no deberías hacernos pasar por este trance.

—Una última y le doy crema, que es lo que hacen en los anuncios. —Dejo las toallitas sucias encima del pañal usado. Damián está encantado con tener el culo fresquito y está haciendo gorgoritos.

—Mira qué feliz está enseñando lo que tiene, desde pequeños son unos

exhibicionistas.

—Atenta que voy a hacer una bola con el pañal para que el olor no llegue hasta la cocina.

—Entendido, me pongo delante, ¿oye, Damián, no será esto que veo lo que estoy pensando? Tú eres muy pequeño para eso, ¡ohhh, ayuda, Marta! Tápale con algo que me está meando y con qué ímpetu. ¡Si parece una fuente!

—Ja, ja, ja, se ha vengado de ti por ponerle cara de asco. Pásame las toallitas, le tengo que volver a limpiar antes de ponerle el pañal y la ropa. No ha manchado su ropa, solo la tuya, eso sí que es tener mala baba.

—Ya te digo, dame ese pañal radiactivo que tal y como estoy no me importa llevarlo a la basura. Voy a pedirle a Andrea una camiseta limpia.

Reviso el resultado y me concedo un siete, el aspecto no parece muy diferente al del pañal que retiré. Como experiencia no está mal pero que no me pidan que repita, esto solo se hace a gusto cuando el hijo es tuyo, y yo quiero mucho a Damián pero no a sus cacas.

Colocarle los leotardos, o como se llame lo que lleva puesto Damián, es complicado. Patalea como si estuviera participando en un concurso de natación sincronizada y cuando agarro su tobillo lo noto tan suave y delicado que tengo miedo de hacerle daño. Que se los ponga su madre. Tomo a Damián en brazos, agarro como puedo el pantaloncito y voy en busca de su mami, estoy saturada de bebés por un ratito.

Lo que veo en el salón me deja con la palabra «coño» colgada de los labios. Nuria tiene puesta una camiseta de Rolling Stones que le llega hasta medio muslo y unos leggins negros. Está sentada encima de la alfombra, con la espalda apoyada en el sofá. La mesa, que aún contiene los restos de nuestra fallida merienda, está desplazada contra una pared. Marcos está sacando todo el contenido de su caja de juguetes y parece tener un doble fondo porque hay multitud de dinosaurios de goma, un robot plateado, un coche de carreras de peluche, un teléfono móvil del tamaño de un ladrillo, un camión amarillo a juego de una excavadora con dos palas y otros tantos objetos que no consigo identificar. Nuria está montando una especie de caseta con piezas gigantes de colores.

—¿Preparada para el concierto?, si me esperas paso por casa para ponerme

a juego y voy contigo. Aunque no sé si tendré algo en mi armario que no desentone con tu *look* roquero.

—Ríete lo que te dé la gana, pero estoy cómoda y, lo más importante, seca. Andrea me ha tenido que dejar una camiseta de Javier. No tiene nada que no sea talla treinta y seis y ahí no entro yo.

—¿Y los leggins?, te quedan bien.

—Del armario de su maridito han salido también. Se supone que deberían quedar por debajo de las rodillas pero a mí me llegan al tobillo. ¿No opinas que me favorece mucho el color negro?, además huelen a suavizante y muy bien por cierto. Le pediré a Andrea que me apunte en un papel qué marca usa. Ya he tenido mi experiencia con bebés, ha sido muy interesante pero de momento no tengo intención de repetir, así que mantén a una distancia prudencial a Damián.

—Piensa que cuando crezca podrás contárselo, —Andrea ha entrado al salón con un biberón al que está haciendo girar entre sus manos para que se disuelva completamente la leche en polvo—. También hay muy buenos momentos. Cuando toma biberón es un cielo. Prueba y me darás la razón.

—Te creo, Andrea, no tengo que probar. —Nuria está haciendo muecas a Marcos que, a su vez, le está respondiendo con el gesto más feo que se le ocurre.

—No quiero que Damián sea el responsable del descenso de natalidad. Siéntate en ese butacón para que Marta te deje a Damián. Y no te preocupes que tiene el pañal perfectamente puesto y cuando hay comida mi niño no se anda con juegos. Con lo tragón que es nunca ha dejado caer ni una gota.

Nuria no está muy convencida pero a Marcos la idea le gusta y no para de decir sí corriendo alrededor de sus piernas. Espero que salga todo bien porque de lo contrario no creo que volvamos a ver a Nuria en esta casa por mucho tiempo.

—En cuanto me digas te lo paso. —Pobrecita, está acomodándose en el butacón con cara de susto. No se ha visto en otra igual en su vida pero como la estamos presionando no quiere soltar un «no» descarado. En cuanto Damián nota la tetina del biberón en los labios se lanza como si la vida le fuera en ello. Menuda manera de tragar. Alarga sus brazos y agarra la mano de Nuria

con fuerza. Miro a mi amiga y pienso que es una lástima no tener a mano el teléfono para poder filmarla. Su cara se ha ido transformando, incluso sus hombros se van relajando.

—Todavía me cuesta hacerme a la idea de que tú tienes dos hijos. Ibas a ser modelo, a vivir en Nueva York, Nuria y yo te visitaríamos y tú nos llevarías a los lugares más exclusivos a bailar y nos presentarías a hombres guapísimos y riquísimos.

—¿Te acuerdas? Ja, ja, ja, menudos planes hicimos ese verano en la playa. Lo pasábamos genial, nos emocionábamos imaginando nuestros futuros y mirando a las cuadrillas de chicos. Fue ese año cuando me dieron mi primer beso auténtico.

—Todavía me entra la risa recordándolo. Aquel chico, Enrique, te estuvo rondando durante semanas hasta que le dijiste que sí. ¡Qué guapo era! Eras la primera en tener una cita así que todos los días te preguntábamos qué hacíais por ahí los dos solitos.

—No sé a ti, Marta, pero a mí se me hicieron larguísimas las dos semanas que estuvieron comiendo pipas, no avanzaban y yo estaba deseando saber.

—Y a mí. El día que dijo: «nos hemos besado» se me aceleró el corazón, y no era a mí a quien le había sucedido. Quería saberlo todo. —Yo a lo más que había llegado había sido a un casto beso con los labios bien apretados.

—Menudo repelús cuando dijiste que te había metido la lengua hasta dentro.

—¿Qué? —No entiendo el codazo que me ha dado Andrea, si de este tema hemos hablado muchas veces. ¡Ah!, que había olvidado que estamos con Marcos. Está jugando con aspecto de total concentración sobre la alfombra pero es cierto que los niños, aunque parece que no se enteran de nada, siempre tienen una de las dos orejas enfocadas hacia lo que conversan los adultos.

—Tuve pesadillas durante varias noches. Mira tú qué tonta. Pero en ese momento me pareció la cosa más cochina del mundo. ¡Meterla!, buscando como quien mete la punta en el cucurucho para sacar los restos del helado.

—Nuria, hija, dicho así me está dando asco hasta a mí, ja, ja, ja. —Andrea sacude la cabeza arriba y abajo antes de soltar lo siguiente—: Aunque eso pasó a ser una anécdota cuando tu prima de Barcelona contó lo de chupar.

—¿Quién de las dos fue? ¿Montse o Rosa?, imagino que sería Rosa, es dos

años mayor que yo y para nosotras que teníamos quince era una gran diferencia.

—Cuando lo contó había un chaval que estaba meando contra un árbol, yo escuché lo que se chupaban hombres y mujeres en el instante en que terminaba y se la meneaba al terminar. Os juro que durante un tiempo me planteé seriamente ser misionera. Ya me había parecido un poco repulsivo cómo me habían besado, y escuchar qué más cosas hacían hombres y mujeres en la intimidad me dejó en *shock*.

—Recordad nuestro refrán: nunca digas este p... no chuparé. Porque está claro que todas hacemos lo que nos apetece, lengüetazo más o lengüetazo menos. —No digo la palabra en cuestión porque no quiero que Marcos repita como un loro «este pene no chuparé», los hombres tienen memoria selectiva y aunque todavía es un niño los genes ahí están.

—Calla, Nuria, ja, ja, ja, que me has recordado a las lenguas de las vacas y no sé si voy a dejar que el padre de estos querubines se me acerque mañana cuando regrese del viaje. Mejor cambiamos de tema que mira cómo tenemos a Marcos, ven aquí, cariño, dame un besito.

El pobre no entiende por qué estamos riéndonos y nos mira alucinado. Andrea le sienta sobre sus rodillas y nos quedamos calladas durante unos instantes recordando, yo al menos, aquellos días de descubrimientos en los que la mayoría de las conversaciones se limitaba a chicos, sexo, chicos, sexo, chicos, sexo...

—Parece un angelito, ¿verdad? —Andrea está embobada mirando a Damián. A mí también me gusta lo que veo, es algo hermoso.

—Sí, tiene las manos calientes y suaves y me está mirando con esos ojazos azules como el cielo, como para pensar en otra cosa. Reconozco que esta experiencia me gusta mucho más que la anterior. No estoy todavía preparada, me gustan tus hijos porque son tuyos y porque cuando me canso me marchó a mi casa y ellos no vienen conmigo.

—Tú no estás preparada y yo no tengo con quién prepararme, menos mal que no me ha llegado todavía la llamada de la maternidad.

—Seguro que hay un hombre perfecto para ti y lo conocerás cuando menos lo esperes. Ahora estás libre y tienes que aprovechar para conocer gente

nueva, y dejar que las cosas sucedan.

—Te tomo la palabra, Andrea, tendré paciencia. —Qué remedio, no me queda otra.

—Un consejo de amiga te doy, cuando le conozcas no le invites a la casa donde vives, ese ambiente no es el ideal para una velada romántica. —Nuria no me ha dicho nada que yo no supiera, ni llenando la casa de velas aromáticas parecería un lugar acogedor. En todo caso parecería la casa del terror, con la cera resbalando por los muebles hasta el suelo.

—¿Pero para tanto es?, mira que vosotras sois muy exageradas, no puede ser tan cutre. —Andrea no la ha visto, normal entonces que no pueda coincidir con nosotras.

—Es para tanto y para más, mejor que no la veas, nada productivo puede salir de esa visita. Invítala una noche a cenar allí contigo, Marta, seguro que después de una visita guiada dejaba de parecerle demasiado funcional esta casa. —Nuria levanta los brazos como las azafatas de avión para señalar las vacías paredes del salón—. ¿Has pensado en lo que tardarías en limpiar si colocases estanterías y en cada balda tres adornos?

—Eso es cierto, tal y como está se limpia enseguida. Pero me parece demasiado impersonal, como si fuera un hotel.

—Ya te traeré yo dos cuadros del chino que hay debajo de mi casa con una puesta de sol en un jardín japonés. —Nuria se acerca a una de las paredes del salón sugiriendo su posible ubicación.

—Yo me pido entonces el gato ese dorado que mueve el brazo para dar suerte, lo podrías poner encima de la tele. —Es lo único que se me ocurre que puede ser todavía más horrible que esos cuadros.

—Pensándolo bien, así no está tan mal, ja, ja, ja.

Y así pasamos la tarde, recordando buenos momentos, atendiendo a los niños que están encantados con nuestra visita y merendado todo lo que Andrea trae de la cocina.

Nos tiramos al suelo y hacemos de caballito para Marcos, llevamos a Damián en brazos turnándonos entre Nuria y yo. Está encantado, pero a eso de

las ocho y media empieza a bostezar.

—Este ya no puede más, apenas ha echado siesta y no ha parado de mover los brazos y las piernas desde que se despertó. —Andrea está recogiendo por quinta vez los juguetes ya que Marcos los esparce por toda la alfombra y no queda espacio para poner nuestros pies.

—Te ayudo a recoger. —Antes ya he probado lo doloroso que es pisar una de las piezas de montar y no quiero repetir experiencia.

—Quizás esta noche no se despierten y puedas dormir de un tirón. Del dinero que te vamos a cobrar ya hablaremos mañana.

—Tú piensa un precio por hora y, dependiendo de lo que me digas, es muy probable que te vuelva a contratar. Ya que estáis tan dispuestas a ayudar, ¿qué tal si subimos y les bañamos y luego ya hacemos cuentas? Os adelanto que tengo la cartilla en números rojos desde que soy madre.

—Nos lo cobraremos en carne entonces, el día de mi cumpleaños nos pasamos antes por aquí y nos maquillas. Cuando me pintas los ojos parezco misteriosa. —A mí no me sale y mira que me fijo cuando maquilla a Nuria, pero para todo hay que tener mano y yo no la tengo.

—Me parece buen trueque, y ahora lo mejor será pasar el mal trago de una vez. —Nuria ya se está levantado con cuidado para no caerse de morros con Damián en brazos.

—¡Agua! ¡Agua! —Marcos ha abierto los ojos como platos y sale corriendo escaleras arriba.

—Le encanta, se podría pasar horas en la bañera. Tengo una colección de patitos de goma que dentro de unos años valdrá millones.

—¿Quieres meterte con ellos, Rizos? Te veo hoy muy dispuesta.

—No te pases, que esta tarde te la hemos dedicado a ti y a tus querubines, pero la próxima vez restringiré el acceso a menores de dieciocho años. La edad límite serán cuarenta y cinco años, su altura no podrá ser inferior a un metro y ochenta centímetros y el tamaño de su...

—Avísame con tiempo qué día o noche tendrá lugar ese soñado encuentro porque tendré que pedir cita para depilarme. No quisiera encontrar al hombre de mi vida y que se dedicase a hacerme unas trencillas en los pelos de las piernas.

—¿Pero no te estabas haciendo la depilación láser?, si fuimos juntas un par de veces a la clínica. —Nuria se sube un bajo del pantalón y elevando la pierna me demuestra que no hay ni un solo pelo que estropee el paisaje de su piel.

—Estaba, ahí lo dijiste bien. Pero sucedió lo que ya sabéis y dejé de ir a las dos últimas sesiones que ya tenía pagadas. Tengo pocos y dispersos pero se notan. Ya han pasado varios meses y no sé si tendré que abonar de nuevo.

—De pagar nada —salta mi amiga, que como consumidora se las sabe todas —, si no pone cuándo caduca tienes derecho a consumirlas o a recibir el dinero. El lunes te acompaño que tú por no molestar ni abres la boca.

—Vale, iremos y me despido de ellos para siempre.

—Muchacha, eso ha sido el invento del siglo. Adiós a la cera, a la crema, a las maquinillas de afeitar. ¿Sabes tú los estropicios que yo me hacía ahí abajo pasando la cuchilla? Parecía que me había picado la zona un pollo. Y créeme que eso no es nada sexi.

—Ya te digo. Ahora sí que puedes hacerlo en cualquier momento sin tener que pensar si estás depilada o entre las piernas se pueden encender cerillas.

—De momento no tengo ese problema, chicas, no hay cola en la puerta de mi nueva casa para comprobar si tengo el chiringuito despejado o la entrada está tapada por las zarzas.

—Eso nunca se sabe, Marta, el amor está en el aire.

—Ya veo. ¿Y a ti cuándo te queda tiempo, Andrea? ¿No estarás pensando en aumentar la familia? —De esta chica cualquier cosa me espero.

—No, ja, ja, ja, de momento nos hemos plantado en dos. Pero que yo sepa el sexo no solo se practica para procrear. Y porque haya tenido hijos las ganas no se me han quitado. Tenemos menos tiempo pero cuando consigo colocar a estos dos un par de horitas nos damos un atracón de los buenos.

—¿De esos que te dejan las piernas con agujetas? —Para Nuria la conversación se ha puesto de lo más interesante. A mí no me han dejado agujetas en la vida, ¿qué cojones he estado yo haciendo?, ¿ganchillo?

—De esos en los que luego te duele todo pero en el momento ni te enteras.

—Hummm —suelta Nuria dejando a Damián en su adaptador dentro de la bañera—, me parece que voy a llamar a Ángel para que esté en casa dentro

de..., ¿cuánto se tarda en bañar, vestir, dar de cenar y dejar dormiditos a estos dos? Bueno, le digo que en un par de horas.

—¿Y cómo se lo dirías? —Siempre se aprenden cosas nuevas, me podrían servir y la rizada para eso es única.

—A las veintitrés horas, en la cama, prohibido llevar ropa, trae una botella de agua para hidratarnos.

—¿Así de sencillo?, parece un telegrama, menuda economía de palabras.

—Suficiente, cuando les interesa los hombres son bastante inteligentes.

A ver si yo encuentro uno de esos especímenes raros de los que hablan mis amigas. La siguiente media hora paseamos patitos por el agua de la bañera, jabonamos pelos, aclaramos y hacemos pompas hasta que sentimos las rodillas doloridas por la postura.

A las diez y media están dormidos en sus cuartos, el baño y el salón están recogidos y nosotras tres estamos cansadas.

—¿Continúas con ganas, Nuria? —A mí ahora mismo no me importa lo más mínimo que nadie me esté esperando para hacer el amor en tres posturas del *Kamasutra*.

—Se han esfumado, pero de regreso a casa bajo la ventanilla del coche y ya verás tú como me despejo.

—Y yo me quedaré helada. Nadie me va a dar calor esta noche, eso es ser muy mala amiga.

—En el maletero tengo una manta. Te tapas y listo.

—Venga, vámonos, que a cualquiera que le cuentes la razón por la que me vas a llevar a casa con la ventilla bajada y tapada con una manta...

—Chicas, muchísimas gracias por la ayuda. Me meto en la cama en cuanto me cepille los dientes. No quiero desaprovechar ni un minuto, a saber cuándo se despertarán Marcos o Damián.

A mí no me despertará nadie esta noche, no sentiré el calor de otro cuerpo, ni el aire frío que entra por las ventanillas bajadas del minicoche de mi amiga se lleva esta melancolía que se ha apoderado de mí. Necesito amor y sexo y acepto que vengan por separado. Estoy pensando si a las mujeres nos pasará ahí abajo como les sucede a las orejas. Si tienes agujeros para los pendientes y no te los pones en una larga temporada parece que se «cierren» los orificios

y cuesta encontrarlos para meter el metal. ¡Lo que me faltaba, que en la próxima, futura e incierta cita sexual estuviese más cerrada que una caja blindada! Voy a tener que comprar un consolador (por razones puramente funcionales, ¿para qué si no iba yo a necesitar eso?

«*Sex shop* “La soltera necesitada” presenta en exclusiva el consolador mágico, por solo treinta y nueve euros y noventa y nueve céntimos mantendrá su chiringuito siempre a punto. (Pilas no incluidas en el PVP.)»

¡Uf!, ya me está haciendo efecto la casa, es muy intenso su poder, es lo que tiene el terciopelo, el raso y las alfombras árabes. Probablemente los de «Cuarto Milenio» encontrarían hasta cacofonías. Con razón los dueños se han marchado a Benidorm, ¡esto es muy fuerte!, hace falta estar preparada psicológicamente para que no te afecte, Marta, pero tú eres una superviviente, y si no lo sientes así busca el coñac que guardarán en el mueble bar del salón, que una ayudita nunca viene mal.

Estoy sentada en el sofá de terciopelo. He encontrado, después de varios días de práctica, un hueco donde poner mi culo de princesa sin que los simpáticos botones me dejen marca. Pero mi postura no es lo que se dice «cómoda». Estoy al borde del sofá con las piernas juntas, y una tartera con tortilla de patata y pimientos rojos descansa sobre mis rodillas. Menú cortesía de mami, quien me pregunta casi todos los días si quiero cena. Ella sale a caminar con sus amigas todas las tardes, llueva o haga sol. Siempre dice que les da igual hacerlo hacia el este o hacia el oeste.

Después de consultar a Sonia hice una copia de la llave del portal y de la puerta de su casa para dársela a mi madre. Yo bromeo con ella, la animo a que monte un negocio de catering de comida casera. Seguro que como yo hay muchos otros habitantes en la ciudad, personas que viven solas y que agradecerían estos platos tan reconstituyentes.

Al cenar esta noche la tortilla de patatas estoy haciendo una excepción. Nunca antes me había sentido tan convencida para hacer dieta y privarme de

todos los extras que no aportan nada bueno a mi cuerpo. Pero esta noche necesito darme gusto. Dicen que la ansiedad es mala y con cada pedazo de tortilla que me meto en la boca me doy una dosis de medicina. ¡Pero qué bien me justifico!, ¡fuera remordimientos! La tele está encendida y me muestra cómo caminan por una playa un hombre y una mujer desnudos. ¿Adónde iremos a parar?, no me importa demasiado, yo no pienso salir en un programa de esos. ¿Cuánto les pagarán para que lo hagan? Debe de haber algo más, tiene que satisfacerles porque no lo hacen por un caso de extrema necesidad. Les gusta lucirse y hacerlo en un programa de televisión asegura que millones de personas les vean.

Yo no podría apuntarme, pero sí que puedo mirar, y eso es lo que hago. Él está bien, muy musculado, a su cuerpo le otorgo un ocho y medio sobre diez. Su cara es lo que no me acaba de convencer, no es que sea feo, al contrario, sus rasgos son bonitos pero tiene las cejas depiladas de tal modo que parece que le hubieran caracterizado para actuar en una película de chinos. ¡Y su pelo!, tiene un tupé que ha sido muy trabajado con un cepillo y secador de pelo. A mí me gustan los hombres que se arreglan, pero no los que dedican tres cuartos de hora cada mañana para colocarse cada mechón de pelo.

Dicen que los extremos nunca son buenos, por supuesto que me espanta que un hombre tenga lianas asomando por la nariz, o las orejas más peludas que un pastor alemán. Con una tijerita se soluciona en dos minutos, o con ese aparatito que es un cortacésped para orificios, que digo yo que quien lo inventó lo hizo pensando en que se usase. Yo valoro que los hombres se cuiden y se preocupen por su apariencia, pero que mi hipotética pareja tenga más cremas que yo es demasiado.

Vuelvo a bajar la vista hacia su ombligo y más abajo. Así en frío no parece gran cosa. No me extraña, rodeado de tantos músculos su pene es un gusanito arrugado. Quiero pensar que es debido a un efecto óptico y que sí tiene un tamaño aceptable. Parece contento su gusanito, se balancea ligeramente mientras el chico avanza por la playa, como si dijera: «Bonita excursión, ya era hora de que me dejasen ver algo. Cuando se me hinchan mucho las narices ante tanto enclaustramiento me sacan pero ¡hala, a ver cuevas!, si yo lo que quiero es ver mundo y no meterme en sitios oscuros y húmedos.»

En cuanto pierdo el interés por el tipo lleno de tatuajes que pasea su alegría totalmente depilada me vuelve a asaltar una sensación desagradable. Soy humana y me concedo unos minutos para compadecerme de mí misma.

Lleva tiempo guardado; siete meses y diecinueve días. Recuerdo ese 8 de abril demasiado bien. Mi madre y yo habíamos ido a la popular tienda sueca a hacer unas compras para continuar amueblando el piso que habíamos alquilado el «hígado de fruta» de mi novio y yo. Nuestro nidito de amor, eso al menos era para mí. Le había comentado que regresaría por la noche ya que teníamos intención de aprovechar el viaje y hacer una visita a una prima de mi madre que vivía cerca.

Es curioso cómo un pequeño cambio de planes puede traer consecuencias tan importantes en una vida. Regresamos antes, la mujer estaba en la cama con un episodio de lumbago y no era cuestión de ir. A ella le dolería, pero yo siempre le agradeceré ese detalle de estar fastidiada. Regresar tres o cuatro horas antes de lo previsto hizo que esa tarde fuera la más horrible de mi vida pero, ante algo que al final iba a saberse, mejor pasar el dolor de una sola vez.

Entramos en Santander por la calle Marqués de la Hermida. La primavera había decidido mostrarse ese día, esos momentos en el norte de España son mágicos; huele a hierba, a calor, los pájaros pían hasta desgañitarse, se pueden ver las primeras sandalias y las heladerías hacen una buena caja. Y los desgraciados que tienen pareja y no la respetan se dedican a prácticas sexuales con otras hembras cuando creen que no pueden ser descubiertos porque su mujer está ocupada comprando sábanas y colchas con las que ambos se tapan.

Uno de los múltiples semáforos de esa calle se puso en rojo para nosotras. Entre los peatones que cruzaban nos llamó la atención un chico con más músculos que pelos en la cabeza llevando en un brazo a un perrito de raza chihuahua. Nos reíamos mi madre y yo ante lo chocante de la situación. A mí todo el cachondeo se me atragantó cuando vi cómo mi novio salía de un portal de la manzana siguiente a la que nos encontrábamos.

Estaba pensando qué podría estar haciendo a esas horas del mediodía saliendo de un edificio donde, que yo supiera, no tenía a ningún conocido, cuando del balcón del primer piso salió una mujer con pantaloncito corto y

camiseta de tirantes arrojándole un beso con la mano. Tenía el pelo revuelto, una sonrisa de oreja a oreja y miraba hacia la acera. Si todavía me quedaba alguna duda, el cabrón de él (ese insulto no me lo sé ni me importa porque estoy en mi momento débil) levantó la cabeza y le lanzó otro beso.

Miré a mi madre y lo que vi me confirmó que yo no estaba equivocada. El «hígado de fruta» se despedía de su amante. Es abogado y trabaja en un bufete que montó con dos amigos de la facultad. No vende enciclopedias, ni arregla lavadoras, no es inspector de calderas, ni notario, nada que pudiera justificar los gestos de ella y la respuesta de él.

No recuerdo cómo llegamos hasta el aparcamiento que hay a la entrada del Palacio de la Magdalena. Bajamos del coche y caminamos. Mi madre me había cogido de la mano y la apretaba para que supiera que me daba mi tiempo; ella estaba ahí para cuando yo quisiera hablar.

Me dolía tanto el pecho que apenas podía respirar y daba cada paso como si mis piernas estuvieran forradas de plomo. Eso le salvó al sinvergüenza de probar mi ira. De haber podido me hubiera presentado en su bufete de abogados y ante sus socios y clientes le habría dejado para que comprobase en sus carnes lo que duele una humillación.

Nos sentamos mirando al mar y cuando pensé que podría decir algo sin que las lágrimas se me escapasen la miré a los ojos.

—No has dicho nada, mamá, ¿lo sabías?

—Nunca vi nada raro, Marta, pero un día en la peluquería sí que escuché algo. Me estaban lavando la cabeza cuando entraron dos mujeres a pedir cita. Las conozco y tú también. Son del barrio y te habrás cruzado con ellas un millón de veces. Ellas no me podían ver y mientras esperaban a que le dieran cita a una de ellas para peinarla se pusieron a hablar. Dijeron tu nombre y a él le nombraron como tu novio. Hay más Martas en el mundo y podían estar hablando de otra. Le acababan de ver besándose con una mujer con ropa muy ajustada.

—¿Y no me dijiste nada?

—Yo no lo había visto, ellas podían estar equivocadas y el desgraciado de Juan siempre había sido educado contigo, y tú no parabas de alabarle. Yo no tenía pruebas, solo un cotilleo. ¿Tú qué habrías hecho?

—Tienes razón, pero mira por dónde sí era cierto lo que dijeron.

Nos habíamos conocido en las fiestas de la universidad, todos esperábamos durante todo el curso académico que llegasen esas celebraciones para hablar con chicos de otras facultades. Hicimos una cuadrilla mixta entre Económicas y Derecho. Nuestro noviazgo fue bastante tradicional. En cuanto los dos encontramos trabajo nos planteamos irnos a vivir juntos.

Yo vivía en mi nube, miraba pisos que no podíamos permitirnos. Ahora me doy cuenta de que él simplemente dejaba la cuerda floja para que me cansase. Fue convenciéndome poco a poco. Alquilar, esa era nuestra mejor opción, nada de ataduras. En otros países de Europa es lo que se hacía y en España pronto se convertiría en el sistema más usado para vivir.

¡Cuánto daño hace el amor en el cerebro femenino!, que él quisiera compartir su vida conmigo me había vuelto gilipollas porque si lo pienso bien ya había síntomas de que aquí la que estaba dando el cien por cien era yo. Él me daba el diez por ciento y el noventa por ciento restante lo repartía entre varias féminas.

¿Me fue fiel alguna vez? Los primeros meses lo hacíamos como locos, después todo se fue espaciando. Yo pensaba que era algo natural, no puedes estar dale que te pego a todas horas, ¿o sí? Habíamos sustituido pasión por amor. Marta, lo habías sustituido tú. Él seguía queriendo pasión, pero no conmigo. Durante semanas se mostraba atento pero sin esa chispa que al principio hacía que nos deseásemos como locos después de un largo día de trabajo. De repente, y sin que yo intuyese la razón, me besaba con fuerza un jueves cualquiera, me decía que me quería y me transportaba a aquellos primeros días.

Yo soy mujer, eso además de una afirmación significa que tengo instintos sexuales. Si algún hombre piensa que solo ellos tienen ganas de meter su alegría en chiringuitos ajenos ya puede ir cambiando de idea. Me gustaba el sexo con mi novio, mucho los primeros meses, pero una vez probadas todas las posturas varias veces los nervios por cómo iba a desarrollarse el encuentro sexual desaparecieron y la monotonía se hizo un hueco en nuestra

cama.

Cuando ya conoces todos los rincones del chico y sabes interpretar sus gestos la tensión de lo desconocido se evapora. Y eso es lo que nos gusta a todos, no queremos que ese gusanillo que provoca latidos en ciertas partes del cuerpo se marche de nuestra vida. Queremos sentir siempre la emoción del primer beso, de la primera caricia. Pero un día descubres que ya no hay hormiguitas recorriendo la piel y es entonces cuando tienes que echar mano del amor para seguir hacia delante.

¿Y qué hacía yo cuando me entraban ganas de probar otra alegría? Simplemente me aguantaba, me conformaba pensando que yo tenía el amor verdadero y eso valía mil veces más que todos los revolcones de una noche. Pero fantasear no es pecar, si nadie lo sabe y no se hace, no existe, solo son pensamientos que no dañan. Durante unos días ese hombre deseado se convertía en el protagonista de todas mis fantasías y me lo pasaba de maravilla. Era el heredero de una gran fortuna, y aun así era sencillo y cariñoso. Estaba enamorado de mí desde hacía años, me admiraba en la distancia y me lo confirmaba recordándome escenarios donde yo había estado, la ropa que había llevado... ¿Cómo era posible que yo no lo recordara?, muy sencillo, me había visto acompañada por mi novio y se había mantenido en la distancia. Sabía que tarde o temprano yo le dejaría, era una mujer que necesitaba algo más y él esperaba todo el tiempo que fuera necesario hasta que yo sintiera esa necesidad. Entonces él me reclamaría, y yo acudiría. ¡Qué bonita me quedaba la historia!

Una vez configurada su personalidad y como nos conocíamos me tocaba planear el acercamiento, el modo en que nos acariciábamos por primera vez, eso me mantenía entusiasmada al menos dos días. Cuando ya me metía en faena y creaba nuestros encuentros sexuales pasaba a tener serios fallos de memoria, olvidaba dónde había dejado las llaves, me golpeaba contra las puertas porque soñaba despierta. Mi mente estaba en otro sitio, ¿dónde?, en su apartamento de la última planta con vistas al mar y allí no había puertas puñeteras, solo grandes espacios y una cama de tamaño *king size* con sábanas de algodón egipcio.

¿Y cuándo aparecían estas ganas de fantasear?, cuando me dejaba de prestar

atención el capullo de mi ex, cuando nuestra convivencia se volvía monótona y él no valoraba los detalles que yo tenía con él a lo largo del día. Cuando él respondía con una sonrisa mecánica a todos los «te quiero» que le susurraba cuando nos acostábamos. Cuando me ponía la ropa interior más sexi que tenía, paseaba por la habitación fingiendo recoger todo delante de sus narices y él correspondía con un bostezo.

¿Y en qué momento desaparecía de mi cabeza el hombre perfecto?, en el que me decía el primer te quiero después de varias semanas de silencios. Me cogía por la espalda y me abrazaba, me susurraba las palabras que sabía me encantaba oír y me llevaba a la cama cuando menos lo esperaba para hacerme el amor intensamente. Yo recuperaba de golpe todos mis conocimientos como licenciada en tonta del bote y mordía el anzuelo con fuerza. Había sido la tensión del trabajo, o algún problema familiar, pero nuestro amor estaba intacto. Dos justificaciones que yo misma ideaba y le volvía a dejar en el pedestal, de nuevo bien alto, donde pudiera admirarlo. Esto no me va a pasar de nuevo, de todo se aprende y descubrir cómo el capullo de mi novio me ponía los cuernos habitualmente fue un curso intensivo.

Una vez que me tuvo bien convencidita sobre las ventajas de alquilar soltó nuevamente la cuerda. Dudo que dejase más de cinco o seis viviendas sin mirar. Mi madre me solía acompañar cuando podía y como me veía tan ilusionada sonreía ante cada comentario mío.

Tengo una hermana, tiene cinco años menos que yo. Estudió Turismo y desde hace un par de años trabaja en hoteles de las islas Canarias. Siempre ha sido más liberal que yo; más moderna y aunque solo había cruzado dos saludos con ese pedazo de mam... que creí mi príncipe azul y resultó ser un sapo y de los feos, le pareció estupendo que alquilásemos.

Encontré el piso perfecto, lleno de luz natural; muy *loft*. Mi ex (olvidé voluntariamente su nombre y no quiero recordarlo) no había visto ninguna de las anteriores opciones, yo pensaba que la razón era su estresante vida laboral. El bufete le tenía atrapado, en ocasiones hasta altas horas de la noche, ¡y una mierda! No se me ocurrió nunca hacer una comprobación pero seguro que estaba por ahí dando rienda suelta a sus fantasías sexuales. A saber en qué cuevas mugrientas llegó a meter su «herramienta». Y yo, tonta como siempre,

pensando que estaba obsesionado con la limpieza ya que muchas noches cuando llegaba a casa se duchaba. Y lo que realmente hacía era asegurarse de que no quedase nada, ningún olor ni marca que pudiera delatar que había tenido mandanga con otra.

El apartamento tenía una sola habitación y un baño. La cocina y el salón eran una única estancia. Tenía los muebles imprescindibles; sofá, cama y un gran armario empotrado en la habitación. La inspección del innombrable no duró más de dos minutos. Me miró condescendiente y firmó el contrato. Por suerte para mí en ese momento sus ingresos ya eran bastante más altos que los míos y el dueño exigió que se pusiera a su nombre el contrato de alquiler.

Hacía tiempo que no recordaba tantos detalles de aquellos meses, quizá no ha sido tan buena idea venir a vivir sola a este piso, donde el ambiente me deprime bastante.

A ver, Marta, es un piso, no te va a comer aunque lo parezca. Tú dirás lo que prefieres; vivir aquí sola y tomar las riendas de tu vida o volver a casa de tus padres. Ellos me cuidan demasiado, necesito hacerme dura y aquí lo podré conseguir.

Ese tiempo ya pasó y estoy segura de que todos los recuerdos, los buenos y los malos, he conseguido meterlos dentro de una maleta. Solo hay una pequeña cuestión por resolver; cómo cerrarla. Está tan llena que aunque me coloco encima y aplasto el contenido no tengo fuerzas para que las dos partes encajen y se puedan echar los cierres. Algún día de estos lo lograré.

Debería resistirme pero no tengo ganas, quiero pensar por última vez en ese capullo antes de tirar la maleta al fondo de la bahía de Santander.

Cuando lo descubrí y después de asegurar a mi madre que estaba bien (mentira y de las gordas) fui a casa. Ni me quité la ropa, solo esperé sentada en el sofá a que apareciese. Venía cariñoso, mientras se quitaba la gabardina y la dejaba en el armario conté mentalmente las veces que había llegado a casa con ese ánimo en el año que llevábamos viviendo juntos; ¿con cuántas mujeres había estado el muy «oveja»?

Ni se disculpó cuando se lo solté a la cara. Era algo normal, a mí me quería y a ellas las utilizaba para follar. Conmigo hacía el amor. Tenía muchas necesidades y no quería lastimarme. Le hubiera matado en ese momento de

haber podido reaccionar. Le pedí tiempo para asimilarlo y me fui a la cama. Él aceptó durmiendo en el sofá. A la mañana siguiente me hice la adormilada cuando se acercó a darme un beso antes de irse al despacho. Yo le contesté con los ojos cerrados que todo tenía arreglo y me di media vuelta para que no viera cómo las lágrimas se me escapaban.

En cuanto cerró la puerta miré la hora. Eran las ocho, a las nueve tenía que estar en el trabajo. Me levanté de un salto, me hice una coleta, saqué mi maleta y metí en ella todo lo que pude. Para el resto utilicé bolsas de basura. Cuando ya no quedaba más que la ropa que iba a ponerme me metí en la ducha, me arreglé estableciendo un nuevo récord personal y llamé a un taxi.

Dejé todo en la entrada, cogí un cuchillo de la cocina, el más grande que encontré y rajé todo lo que se me puso a tiro; cortinas, sofá, cama... tiré el cuchillo y saqué del bolsillo de mi chaqueta las tres barras de labios permanentes que había comprado impulsivamente en un centro comercial hacía semanas y todavía no había estrenado. Las paredes me quedaron monísimas. Abrí la puerta, llamé al ascensor, saqué mis bolsas, metí la llave de casa por la parte interior de la cerradura y cerré.

Pensé que trabajando estaría mejor, pero primero tenía que dejar mis bolsas en algún sitio y solo tenía la vivienda de mis padres. Le dije al taxista que esperase. Así tendría una excusa para salir rápidamente de casa. No hizo falta, mis padres no estaban así que metí todo en mi cuarto y regresé al taxi para llegar a tiempo al trabajo. Fueron las ocho horas más largas de mi vida.

Volví a casa con las orejas gachas. Ni mis padres ni mi hermana me preguntaron nada. En esa vivienda se olvidó a mi novio, mi vida con él, los meses que habitamos en ese apartamento. Simplemente desapareció de nuestras conversaciones, hicimos como si no hubiera existido tratando de borrarlo para siempre de nuestra historia. Ni me llamó por teléfono, esperaba sus súplicas para pisotearle o quizá su cabreo por los daños que había causado en el apartamento y que él tendría que asumir ya que mi nombre no aparecía en ningún documento. Pero ni una cosa ni la otra pudieron escuchar mis oídos. Nunca llamó y fue lo mejor que me pudo suceder.

Esta es la última vez que recuerdo a ese mamón, sus gestos, su «te voy a hacer el amor», a la madre que lo parió. Ponte encima de la «pu...» maleta,

Marta, y salta si es necesario, pero ciérrala de una vez y arrójala por la ventana, o déjala en la habitación de matrimonio de Antonio y Sonia que seguro que es mejor castigo, lo que tú quieras pero esta historia se acaba aquí y ahora.

Ya no está en la tele el muchacho con el pene pequeño. La tortilla también ha desaparecido pero continúo con el tenedor en la mano y una sensación desagradable en el estómago. Llamaré a mi madre para arrancarme esta tristeza y meterla en la maleta para que no pueda volver a joderme una cena.

—Mama, ¿qué tal estáis?

—Bien, hija, recogiendo la cocina, ¿y tú?

—Bien también. Acabo de cenar tu tortilla que estaba buenísima como todas las que me traes.

—Me alegro, yo la hago siempre lo mejor que puedo. ¿Quieres que te deje puré de verduras en el congelador? Voy a hacer mucha cantidad mañana y te lo puedo meter en tarros de cristal que tú podrás descongelar cuando te apetezca. Ya sabes que no tiene nada de aceite, tómalo sin miedo que no vas a estropear el régimen.

—No tienes que cocinar pensando en mí. Yo puedo comer menos cantidad de lo que prepares, de algo me tengo que alimentar. También puedo cocinar, sería un buen modo de ocupar parte del tiempo libre que tengo.

—Sé que puedes cocinar y que te defiendes muy bien. Lo voy a hacer pensando en los tres. Ahora tengo demasiadas horas libres al día y cocinar me distrae. Y haré puré porque a tu padre y a mí nos conviene perder unos kilillos. Y esto de las dietas es como el tabaco, si todos estamos unidos se consigue más fácilmente.

—Ja, ja, ja, ¿vas a tener a verdura a papá? Se le va a poner un humor de perros. Y ya sabes que cuando se vean resultados le dirá a todo el mundo que no le ha costado nada hacerlo.

—Por mí como si se pone del humor de todos los animales que montó Noé en su arca. No me gusta ni su barriguilla de embarazado ni mi flotador de playa. Y como yo soy quien compra la comida y cocina en esta casa tendrá que

adaptarse. Además no será para tanto, gruñirá los tres primeros días y luego se resignará como siempre. Y cuando haya bajado peso les contará a todos sus amigos lo fácil que ha sido conseguirlo, como si la idea hubiera sido suya. Si no vuelvo a oírle quejarse de lo justos que le quedan los pantalones estaré encantada de que se atribuya todo el mérito. Puede escribir incluso un telegrama al Rey de España para decírselo.

—Entonces acepto. Pero no vengas caminando con más de dos tarros, que pesan y tampoco voy a cenarlos todos en una noche.

—No te preocupes por eso porque yo llevaré dos y la otra bolsa se la pasaré a Carmen.

—¿Ha vuelto a caminar por las tardes?, con esa mujer a tu lado solo puedes pasar vergüenza, mamá.

—Tranquila que se operó hace un mes y ya no le sucede.

—Ya le costó pasar por quirófano. —Su vejiga había sufrido mucho por sus cuatro embarazos y no podía aguantar apenas tiempo sin ir a un baño. En nuestro barrio no hay problemas, todos nos conocemos y además de su casa recurría al baño de las tiendas, al de las vecinas... pero cuando salía a caminar la cosa se complicaba bastante.

—Ahora aguanta más que yo así que caminamos tanto que la que tiene que resistir las ganas de ir al baño soy yo. Casi todos los días acabo con un botellín de agua en la mano porque tengo que entrar en un bar para ir al servicio y es la consumición que pido siempre.

—Todavía recuerdo el bochorno que pasé el día que fui con vosotras y Carmen se metió entre los arbustos del parque de Mataleñas a orinar. ¡Si estaba lleno de gente! Eso al ir, porque al volver más de lo mismo, como los perritos que van marcando territorio.

—Le costó mucho decidirse, lo hizo cuando ya no podía más. Tenía pánico a los hospitales. Ahora aconseja a todas las que están en su situación a que se operen porque no se enteró de nada y está encantada con el resultado.

—Dale un abrazo de mi parte, te dejo porque mañana hay que trabajar. Nos vemos, mamá, un beso para los dos.

Cinco minutos hablando con mi madre y ya me encuentro mejor, y presiento que mañana será un buen día y si no sale como planeo ya me encargaré yo de

cambiarlo.

«Madre no hay más que una y a ti te encontré en la calle...»

«Cocina de concepto abierto», suena de maravilla, tanto que se me llena la boca al pronunciarlo. Armarios blancos sin adornos, me niego a soportar ni una sola filigrana en el material, quiero una superficie lisa y pomos sencillos. La encimera es negra, ni me preocupo en pensar si es granito o sintético, yo de eso no entiendo pero debe ser resistente y mate.

La isleta, esa pieza enorme cuyo sentido no acabo de encontrar (debe ser porque la cocina donde me he criado es la típica española: puerta, a un lado mesa pegada a una pared y en la contraria los muebles de cocina con el fregadero, los fuegos, una zona para dejar los utensilios y el frigorífico), tiene cuatro taburetes en uno de sus lados. En todas las casas de diseño hay una enorme isleta en la cocina, así que en la mía también aunque no la use en la vida. Y lo de los taburetes tampoco lo veo yo muy práctico, donde esté una buena silla con su respaldo... Los electrodomésticos de metal en tono plateado le dan un ligero toque industrial y son de eficiencia energética «A» con todas las «x» posibles.

La mesa del comedor ha sido construida por un artesano que únicamente utiliza materiales que ya tuvieron otro uso. En este caso las vigas de las vías de tren están tratadas con un tipo de aceite que potencia su oscuro color. No ha retirado las piezas metálicas que están incrustadas en la madera. Las patas son poderosas, algo necesario para soportar el peso de los tablones. Son postes de señales de tráfico y están abollados, muestra de los golpes de coches que tuvieron que soportar en su anterior vida.

Esta pieza tan grande separa sin lugar a dudas la zona de trabajo de la destinada al descanso. Ocho sillas de metacrilato transparente esperan a los comensales. Un número perfecto para una velada animada con amigos. Me veo, con una copa de vino tinto en mi mano, riendo las ocurrencias de alguien y contestando con ingenio al resto del grupo, que me mira con interés.

Los sofás de suave cuero color crema alrededor de la chimenea de pizarra negra piden a gritos que hombres y mujeres con vidas y profesiones atractivas se sienten en ellos con aire indolente.

Este espacio deberá tener como mínimo ochenta metros cuadrados para que todos los elementos que estoy visualizando se distribuyan sin molestar. Es mejor ser generosa con el espacio, cien metros cuadrados es la dimensión perfecta.

Grandes ventanales dejan entrar los rayos del sol que chocan contra la cerámica del suelo. El jardín es amplio, y la *infinity pool* invita a posar los brazos en su borde para ver cómo el sol se oculta por el horizonte dando un tono rojizo temporal a las aguas del mar. Nadie puede ver ni la casa ni el terreno, está diseñado de tal manera que la intimidad es total por lo que las cortinas siempre estarán recogidas a ambos lados permitiendo que el interior y el exterior se fundan visualmente.

Yo me deslizo con gracia sobre mis tacones de infarto con la copa en la mano hasta el sofá donde el hombre más guapo del mundo me mira embelesado. Mejor lo borro; yo con tacones de aguja de diez centímetros no tengo mucha gracia, las cosas como son. Tendré que practicar a solas hasta conseguir ese modo de deslizarse, con aire de despreocupación, de las modelos en la pasarela. ¡Fuera tacones!, camino descalza, y ¿qué ropa llevo?, ¿un vestido vaporoso?, no me convence, tengo curvas, más de las que necesito para mi día a día. Los tacones molestan pero dan elegancia, sin tacones estaré cómoda pero sin gracia alguna. Me salto los pasos entre la cocina y el sofá y directamente estoy a la altura del sofá.

Llevo uno de esos jerséis de cuello alto que parece que te envuelven. Me siento en el sofá y pliego mis piernas hasta ocultarlas dentro del tejido de punto. Quizá debería sustituir la copa por una taza de chocolate caliente. A fin de cuentas esa prenda no se lleva cuando en la calle hay treinta grados. Esta

imagen de chica con moño medio desecho, mejillas sonrojadas, labios hinchados por haber sido besados y mordisqueados, llevando únicamente el jersey grueso de lana de aspecto esponjoso no me parece a mí muy realista. Nadie se abriga de cintura para arriba para luego dejar el resto del cuerpo al aire. Una de dos, o estás pasando un calor de muerte, o tienes las piernas y los pies más duros y fríos que un cubito de hielo. Si mi hombre metiera sus grandes y cálidas manos por debajo de la ropa y me encontrara sudorosa toda la magia del momento se iría a la basura. Más de lo mismo sucedería si me dijera que colocase mis largas piernas sobre las suyas para darme un masaje en los pies. ¿A quién le gusta tocar unos pies fríos?

¿Y qué ropa interior tengo puesta?, sujetador sería conveniente. El jersey quedaría mejor así que también debería llevar una braguita, nada de tanga que descalza mi culo tiende a mirar al suelo. Una pieza de encaje negro, eso siempre es una buena apuesta. Pero sigo sin verlo claro, ¿cómo va a hacer frío en mi casa ideal!

¡No puede ser que me atasque en algo que debería resultar sencillo! Elijo una camisa blanca, la de él, es el *look* perfecto. Eso queda bien a todas las mujeres, y se lleva cuando hace calor. Como él es alto la camisa me llega hasta encima de las rodillas. Dejo que las mangas largas tapen mis manos y ato los botones justos para que, sin verse nada, todo se insinúe.

Decido caminar despacio, con aire de gatita satisfecha, labios pintados de color rojo, el mismo de las uñas de mis pies, pasos cortos para exagerar ese aire de niña buena que ha hecho cosas malas en el dormitorio, en el baño, en la hamaca, en la isleta de la cocina (que para algo me tiene que servir ese armatoste en medio de la cocina), en la alfombra del salón...

¡Él!, es mi hombre ideal: alto, tiene un cuerpo de jugador de baloncesto con hombros anchos y músculos marcados pero sin que le den aspecto de agarrotado. Su voz es grave, sus labios gruesos, las manos de largos dedos siempre están calientes y pueden ser delicadas o tratar mi cuerpo con rudeza controlada.

No necesito definir más sus facciones, de momento no es ni rubio ni moreno, sus ojos son misteriosos y profundos, el color está en el aire. Quizá sea arquitecto o trabaje en una ONG, tendrá una profesión sobre la cual me

encantará preguntarle cuando estemos relajados en el sofá.

Está ahí, todo para mí, atento a mis necesidades, dispuesto a satisfacerme hasta que mi cuerpo quede exhausto y dolorido por un sexo increíble. De momento es todo lo que necesito saber de él.

Por un pasillo con cuadros de sombreros en blanco y negro se... ¡se nada, Marta, se nada!, ve terminando que se agota el tiempo. La casa me está quedando preciosa, yo creo que en esta habitación no voy a realizar más cambios. Mañana remataré el pasillo, no tengo prisa, es un proyecto a medio plazo, bueno, a largo plazo. Mi *look* está impecable pero de momento me quedaré sentada un ratito más en mi fabuloso sillón, sintiendo mi piel erizarse donde él posa sus ojos...

Durante veinticuatro días he estado muy ocupada, construir la casa de mis sueños no es algo que se deba tomar a la ligera y yo para eso soy muy seria. Todas las mañanas le dedico mis diez primeros minutos de cordura. Eso sí, con los ojos cerrados, si los abriese me resultaría imposible concentrarme en soñar despierta con la vivienda de mis sueños. Tiene que darse un ambiente favorable, un entorno que propicie ese tipo de cavilaciones y si miro a mi alrededor el único pensamiento que me viene a la cabeza es vestirme rápidamente y huir.

¡Hora de levantarse, Marta, hora de dejar de soñar despierta!, ya sabes que solamente pueden ser cinco minutos extra para no coger vicio. Esa casa de mis sueños quizá nunca llegue a verla con mis ojos, aunque al mismo tiempo una vocecilla me susurra que si otras personas la consiguen yo también podría estar en ese grupo. Es lo que yo denomino pensamiento optimista, no es una ilusión, es una posibilidad y solo imaginándolo me alegro.

Hoy es viernes, último día de trabajo, de la semana, y del mes. El domingo celebraremos en casa de mis padres mi cumpleaños. Serán treinta y uno, me parece increíble cómo pasan los años, pero rápidamente aplasto esta sensación. Los minutos van a sucederse lo piense o no, y lo mejor que se puede hacer es aprovechar todos los instantes; nada de desperdiciar ni un segundo meditando sobre cómo pasa de rápida la vida porque eso es ser doblemente tonta.

Mi hermana llegará mañana de Canarias. Ha tomado una semana de

vacaciones, dice que añora el viento frío y los días nublados del norte. Por mí como si se los lleva todos de regreso a las islas Canarias. Mucho me tendría yo que aburrir de sol y buen clima para desear el típico día de viento, lluvia y frío que hace que no den ganas de salir a ninguna parte. Algo le habrá contado mi madre y lo entiendo, somos una familia unida y si le han dado libertad en el trabajo para elegir semana de otoño me alegra que quiera hacer coincidir sus vacaciones con la comida familiar.

Mi tía Mary también acudirá. Es la hermana menor de mi padre. De hecho es la menor de todos los hermanos, la única chica. Cinco chicos, todos seguidos y después de unos cuantos años sin que ningún alumbramiento más se produjese en casa de mis abuelos de repente llegó Mari Carmen. Tan descolgada del resto de los hermanos que nadie piensa que es mi tía, parece más una prima o una hermana mayor.

Mary tiene cuarenta magníficos años. Ojalá yo esté así dentro de nueve. Es puro nervio, delgada y espigada, aparenta más altura de la que realmente tiene. Hay que llamarla Mary si lo que deseas es que te atienda. Mari Carmen no la llaman ni mi padre ni sus hermanos.

Es moderna; supermoderna, es mucho más moderna que yo y más moderna que mi hermana. En ocasiones nos recuerda que cuando cumplió veinte años ya tenía bastantes sobrinos a su alrededor para comprobar con sus propios ojos los enfados de sus hermanos con sus mujeres a causa de cuestiones relativas a los niños, sus preocupaciones, el cambio de vida que suponía la llegada de un bebé a una casa. Todo eso le quedó tan grabado que se prometió a sí misma que nunca caería en ello y hasta ahora ha cumplido.

Tiene un trabajo fabuloso que le encanta y por el cual le pagan un sueldazo y si lo comparamos con el mío... mejor no hacerlo. Es responsable en la península de una multinacional farmacéutica. Recorre España y Portugal. En todas las ciudades tiene buenas amistades con las que disfruta de cenas, espectáculos y viajes exóticos. A veces no me gusta oírle, y no porque tenga razón alguna de fundamento, yo la quiero con locura y me alegro por cómo disfruta de la vida. Lo que me da una rabia terrible es que cuando la escucho yo recuerdo que mi vida no se parece en nada a la de ella. La suya es fascinante y la mía, terriblemente aburrida y predecible.

Con mi tía Mary en la mesa la diversión está asegurada, hace varios meses que no coincidimos así que tendrá una buena cantidad de anécdotas que contarnos. Pero todavía hay que pasar el viernes y es hora de levantarse, me demoro unos segundos, el hombre guapo sentado en el sofá de la casa de mis sueños me mira seductor. «Ven —me dice con su voz ronca—, quiero besarte hasta que no quede en tu mente otro pensamiento que no sean mis labios, mi lengua jugando con la tuya», «voy, voy»... bueno, adonde voy disparada es a la cocina a por el primer café de la mañana, el que me coloca con los pies en el suelo. No te alejes mucho, chico malo, que en cuanto pueda retomo donde lo hemos dejado...

Duermo con la persiana subida, en este segundo patio no entra apenas luz así que siempre parece que estuviera anocheciendo o que el día fuera muy oscuro. Para averiguar con qué climatología me enfrentaré hoy habrá que asomar la cabeza por la puerta del salón. Dejo que el microondas caliente el café y de dos saltitos ya estoy mirando. Algo bueno tiene que tener la alfombra de Aladino que recubre el suelo del pasillo, puedo caminar descalza sin ponerme de mal humor.

Un rápido vistazo y sin necesidad de sacar la mano puedo afirmar que fuera hace demasiado frío para este mes. Estamos a últimos de octubre y parece que el otoño haya hecho las maletas buscando un lugar mejor para vivir. Las nubes pasan rápidas y están cargadas de agua.

Me tomo la mitad del café de dos tragos y me meto en la ducha. Esta media hora extra que tengo es maravillosa, no he atrasado el despertador y como no voy a coger ningún transporte para acercarme al trabajo me puedo arreglar bien la mayoría de las veces. No espero que el espejo del baño me devuelva una imagen tan impecable que no pueda mejorarme. Es el único espejo al que le he dado el visto bueno como inofensivo y verdadero. Del resto no me fío. Y el de la entrada continuará cubierto hasta el día en que me marche para no volver.

Me encanta la ducha, y si tuviera a un hombre enjabonándome la espalda me gustaría aún más. Creo que es el único momento del día en el que realmente

puedo dejar la mente en blanco. Me pasaría horas pero tampoco es gratis así que cierro el grifo pensando de qué manera voy a intentar peinar mi pelo. Lo tengo ondulado pero a su antojo, a veces no hago nada y queda bien, a veces lo toco y queda bien, a veces lo toco y me veo horrible... depende del día. Mi pelo es muy caprichoso y no se deja seducir por ninguna crema ni mascarilla, las quiere un día y la siguiente las desprecia, es un chulo. Treinta años de convivencia y todavía no tenemos una amistad profunda.

Salgo y paso con ímpetu la toalla por mi cuerpo, es algo que me estimula y creo que prepara mi piel para la crema hidratante. Y lo más importante; uno de los pocos vicios gratuitos que he encontrado hasta la fecha. Solo hay un problemilla que mi abuela resumía como nacer con piel de rica en cuerpo de pobre.

Desde pequeña he oído: «Marta tiene la piel delicada.» Lo que tengo es una piel de mala calidad. Porque la crema, que yo sepa, no existía en la edad de piedra y dudo que todas las mujeres fueran dejando el suelo de la cueva perdido con restos de piel. ¡Vete a saber!, nadie ha podido verlo. No creo que tuvieran mucha afición al agua y menos a la caliente, aunque igual se equivocan todos los arqueólogos y demás estudiosos y vivían a cuerpo de rey cerca de las fuentes termales dándole todo el día al sexo desenfrenado. Con tan poca ropa y sin trabajos a los que acudir, ni casas que limpiar, ni gimnasios, ni cafeterías, ¡algo tendrían que hacer para pasar el tiempo!

Me obligo a desayunar bien, cereales integrales con leche (nada de azúcar aunque me encanta todo lo que sea dulce) y una pieza de fruta. De lo que se trata es de asegurar que mi estómago salga de casa hacia el trabajo lo suficientemente satisfecho con comida sana para que a media mañana no esté aullando sin control, y que yo para aplacarlo me dedique a abrir las bolsas de chucherías que tanto me gustan. Serán muy sanos y nutritivos los cereales integrales, pero es la cosa más sosa y áspera que me he metido nunca en la boca, y masticarlos debe ser lo que hace que no engorden. Hay que apretar las mandíbulas con tanta fuerza que se quemarán más calorías de las que el alimento aporta.

Esas muchachitas, tan monas ellas, que aparecen en los anuncios de cereales integrales me causan risa. En primer lugar no creo que ninguna mujer por las mañanas ande por casa con esos miniculotes brasileños con un bol en la mano. El segundo motivo de risa es, sin duda alguna, esa manía de ponerlas a todas a saltar y brincar sonriendo. Yo no conozco a nadie que se levante a las siete para ir a trabajar y que baile por la cocina como si estuviera en un *summer festival*.

¿Y si lo que anuncian son cereales integrales con trocitos de chocolate?, el bol que lleva la escultural pero atlética morena con culote blanco para resaltar mejor sus torneados glúteos está lleno de virutas de chocolate. Deben de haberle tocado todos los pedacitos a la del anuncio porque yo he abierto más de diez paquetes y se pueden contar con los dedos de las dos manos los minitrocitos de chocolate que contiene cada bolsa.

La agradable voz femenina del anuncio te asegura que desayunando sus cereales tu cuerpo estará cuidado y además adelgazarás. Imposible leer lo que, con letra diminuta y a más velocidad que el tren AVE, atraviesa la parte inferior de la pantalla del televisor. Imagino que será lo mismo que se puede leer en las cajas: se recomienda una dosis diaria de treinta gramos. ¿Alguien ha comprobado alguna vez lo que son treinta gramos de cereales? ¡Se han quedado calvos sus fabricantes!, ¡por supuesto que con esa dosis adelgazas! Yo también tengo un método infalible para adelgazar: no comer. Una caja tiene trescientos gramos y rellenan, sin llegar al borde, cinco cuencos como el que tengo en mi mano, así que son sesenta gramos, y aun así es poco para quitar el hambre. No hay dieta mágica, hay que sufrir, sufrir y sufrir.

Antes me tomaba solo el café, pensando que así adelgazaría, y no hay que ser muy lista para comprobar que eso no se ha producido, así que estoy apretando mandíbula y realizando otros cambios. ¿El primero?: apuntarme a un gimnasio, ¿El segundo?: ir todos los días. ¿Y el tercero?: comprar una báscula para comprobar los resultados. ¡A ver lo que me dura esta fuerza de voluntad!

Siendo sincera diré que no me puedo quejar del cuerpo que tengo y aunque lo haga y le monte la bronca no me lo imagino encogiéndose y adaptándose a mis demandas. Poco ejercicio y mucha comida basura, es un milagro que no

tenga veinte kilos más.

Tengo mis puntos fuertes y otros que no lo son tanto, lo que no suelo hacer es revisarlos ante el espejo, me conozco de sobra y la ropa se encarga de hacer de báscula. A todos nos pasa, cuando hay que meter tripilla para que suba un pantalón que hace un par de semanas se ataba sin problemas, ahí están las hamburguesas, la barbacoa con alcohol incluido y la caja de bombones tamaño familiar que has ido comiendo uno a uno en cada visita a la cocina.

Reviso mi armario, estoy intentando hacer unos cambios después de unos meses comprando ropa compulsivamente en tiendas de bajo coste, tan bajo que no me la probaba y ni siquiera me molestaba en ir a devolverla cuando comprobaba en casa que no me sentaba bien. Considero esas visitas a las tiendas como parte de mi tratamiento, los hay que van al psicólogo, otros se ponen de copas hasta las orejas y a otros les da por correr y una vez que empiezan ya no saben parar.

Estos últimos me dan repelús, se centran en el deporte para olvidar un divorcio. Hacer ejercicio está muy bien en cualquier circunstancia, pero algunos se obsesionan y se van quedando tan delgados que cuando los veo no puedo evitar imaginarlos tras unas rejas. Me recuerdan a las imágenes de los campos de concentración; son solo ojos y pómulos. Seguramente alguna mujer los encontrará atractivos pero yo me imagino un beso pasional con un hombre de estos y solo pensar en los huesos de sus caderas clavándose en mi carne se me cierra el chiringuito automáticamente.

Abro las dos puertas y reviso. Tengo un montón de ropa negra, alguna blanca y unas pocas prendas de color. El negro siempre va con todo, es el color vago, el que se usa cuando no hay ganas de pensar o de arriesgarse; es una apuesta segura. Cuando miro a otras chicas que van vestidas de colores y están tan guapas, durante unos días me prometo a mí misma que la próxima vez que vaya de compras buscaré y compraré prendas de colores alegres, pero cuando luego me meto en la tienda y veo negro ahí voy yo, como las polillas, lo agarro «por si acaso», y acabo pagando el pantalón negro, la camiseta negra, la chaqueta negra y los socorridos botines negros que «pegan» con todo.

Con el bol de cereales en una mano y la cuchara sopera en la otra entro en el salón. Como yo estoy solita me aseguraré de no manchar nada, pero me niego a

desayunar en esa cocina, al menos en el salón entra algo de luz de la calle.

Enciendo la tele, a esas horas todo son informativos y me da igual uno que otro. La cuestión es que la presentadora me haga compañía mientras voy masticando los cereales.

La verdad es que no sé nunca lo que están dando, veo la pantalla pero en realidad no la estoy mirando, estoy pensando lo que voy a hacer, lo que voy a dejar de comer para bajar peso, el champú que tengo que comprar sin falta si no quiero enjabonarme el pelo con la pastilla de jabón de manos. Mi mente es como una autopista de esas enormes que salen en la ciudad de Los Ángeles, las ideas se cruzan, van y vienen, pasan unas por encima de otras, algunas transcurren paralelas, otras en sentido contrario.

Miro el reloj: las ocho y veinte, tengo tiempo de sobra. Parece que va tomando buena definición así que de momento no lo toco. Me cepillo los dientes y decido esperar unos minutos para maquillarme, tengo todavía media hora. Desde que salgo del portal son dos minutos lo que tardo en llegar hasta la puerta de la oficina. He entrado muchas veces antes de tiempo y nunca me he marchado antes de la hora. Bastantes veces sí que me he ido tarde, así que ahora controlo muy bien a qué hora entro. No quiero sentir rabia al no ser correspondida por algo que nadie me ha pedido y que yo, sin embargo, sí que espero me sea reconocido.

Cojo el móvil, soy una mujer de WhatsApp, de redes sociales. En realidad la mayoría de las veces soy mujer de pasar el tiempo copiando y pegando chistes o frases ingeniosas. Como somos millones de personas haciendo lo mismo los datos van pasando de unos a otros pero al final son como un bumerán y siempre vuelven a casa los chistecitos.

Casi paso los diez minutos siguientes leyendo, pulsando «me gusta», comentando, felicitando a quienes cumplen años...

Mi teléfono suena, es un número larguísimo y muy raro, tanto que no sé si me están llamando desde la calle contigua o desde Nueva Zelanda. Marco la tecla de descolgar bastante recelosa.

—Buenos días, mi nombre es Fabio Soler, le llamo desde Cádiz y pregunto por doña Marta Uslé Castañeda.

—Soy yo. ¿Quién ha dicho que era?, ¿y desde Cádiz?, yo no conozco a nadie

en esa provincia.

—Buenos días, encantado de saludarla.

¿Y qué querrá este hombre? Miro el reloj, son las ocho y media, una hora extraña para que me llamen con la intención de venderme un plan de pensiones.

—Hola, perdona, no te he entendido antes, ¿de dónde me has dicho que llamabas?

—Usted tiene una línea de telefonía móvil contratada con nuestra empresa. Pertenezco al departamento de control de calidad y estamos efectuando una encuesta para saber el grado de satisfacción de nuestros servicios.

—¡Ah!, es bueno, no tengo quejas de momento.

—Disculpe, señorita Uslé, pero se trataría de una pequeña encuesta donde yo le formularía una pregunta y le ofrecería cuatro posibles respuestas. No serán más de cinco minutos.

Pronuncia mal mi apellido y eso me hace gracia, además tampoco puedo decir que me haya sacado de una reunión de las Naciones Unidas, y parece tan majo que decido contestar a su encuesta porque estará hasta el gorro de llamar a gente y recibir alguna que otra respuesta desagradable.

—Si es así te contestaré.

—Muchas gracias, señorita Uslé.

—Marta, por favor, que no tiene letra «s» y te será más fácil.

—Muchas gracias, Marta, ja, ja, ja, lo intento pero no resulta sencillo la verdad. Antes de comenzar las preguntas debo informarte de que la conversación será grabada y esa será la primera pregunta que formule.

—Ningún problema, no creo que me vayas a hacer preguntas indiscretas.

—Por supuesto que no. —Lo ha soltado como asustado—. Empezamos si te parece, Marta.

—Bien.

—Marta Uslé Castañeda, ¿te han informado de que esta conversación será grabada?

—Sí.

—¿Permites esta grabación?

—Sí.

—¿Tienes una línea con número 696969696?

—Sí.

—¿Cómo definirías la atención recibida por nuestro personal cuando has llamado para solucionar algún problema relacionado con tus servicios contratados: muy satisfactorio, bastante satisfactorio, regular o malo?

—Muy satisfactorio.

—¿Cómo definirías las soluciones aportadas por la empresa?: muy satisfactorias, bastante... —ya me veo diciendo «muy satisfactoria» unas cuantas veces más. Las preguntas se suceden y al mirar el reloj compruebo que han pasado ya cuatro minutos. Tengo todavía seis de margen.

—Perdona, ¿faltan muchas preguntas?, lo digo porque me tengo que ir a trabajar y puedes poner en todas muy satisfactorio. —Nunca había dicho tantas veces la palabra «satisfactorio» y precisamente en esta etapa de mi vida, cuando no me encuentro nada satisfecha.

—Dos preguntas, Marta, terminamos ahora mismo.

—Está bien, pero solo dos más.

Respondo muy satisfactoria conteniendo las risas, y al otro lado del teléfono algo similar debe de estar sucediéndole a Fabio.

—Te informo, Marta, que la grabación ha finalizado. Muchas gracias en nombre de la empresa por dedicarnos tu tiempo.

—De nada, que tengas buen día.

No acabo de colgar cuando suena de nuevo el teléfono. ¿Qué pasa hoy?

—¿Sí?

—Soy Fabio.

—¿El de la entrevista?

—Sí.

—¿Había que contestar a más preguntas?

—No, y te estoy llamando desde mi número personal.

—¡Ah!

—Tienes una voz tan bonita...

—Pues muchas gracias.

—¿De Santander?

—Exacto.

—Me gustaría conocer esa zona.

—Te gustaría, Cantabria es preciosa.

—¿Y si fuese, tú serías mi guía?

—¿Estás diciéndolo en serio? —No me lo puedo creer.

—Ha sido un impulso llamarte, nunca lo había hecho pero tu voz tiene algo...

—Y mi cuerpo tiene que ir a trabajar.

—Perdona, me lo has dicho. Guardaré tu número, quizá la próxima Semana Santa te pida que me enseñes los rincones de tu tierra.

—Faltan bastantes meses, pero si me llamas y estoy libre te llevaré de ruta por Santander. Ahora tengo que colgar.

—Claro, hasta luego.

Esto no me lo esperaba, desde luego hay días en que me dan ganas de buscar la cámara oculta. Meses sin cruzar dos palabras de coqueteo con un chico y me va a buscar el que vive en la otra punta de España. Y ni siquiera sé cómo es. ¿Tendrá foto en su perfil de WhatsApp? Tiene y le felicito a esa neurona mía que ha tenido la idea de buscar su rostro. Solo le falta el gorro de rejoneador. Lo siento, Fabio, pero Cantabria tendrá que enseñártela otra porque no me gustas.

Miro el reloj, todavía faltan diez minutos. Hoy como ayer, y como casi siempre, llegaré pronto. Marta, asúmelo, tú eres así, las hay que llegan a todas partes tarde y tú llegarías pronto aunque sin tú saberlo te hubieran atrasado el reloj.

Me resigno atándome el chaquetón. Abro la puerta y oigo cómo la del vecino se cierra. La primera vez, desde que me instalé, que coincido con el dueño de la casa. Se oyen pisadas pero ninguna voz, así que continúo sin saber quién vive.

Salgo al descansillo e inmediatamente noto el olor a comida, alguien está cocinando coliflor, está buenísima pero qué mal huele la puñetera, y a estas horas. El olor es muy fuerte, ¿pero qué hacen, cocinan con la puerta de casa abierta?, porque si las cocinas están en los patios, ¿cómo han hecho para que el olor se desplace hasta el hueco de la escalera?

¿De qué sirve ducharse con esmero y darse crema, desodorante y colonia si

en el último instante te envuelve el olor de la coliflor en plena ebullición? Es una prueba decisiva para el perfumista; ¿dominará su fórmula o por el contrario el olor a pedo ganará a las delicadas notas de bergamota, mandarina y flores de loto? El resultado en unos minutos, en cuanto salga a la calle y me huela la manga del abrigo.

Todavía pensando en estas tonterías salgo a calle. «Pan de molde», qué frío. Esto no es lo mismo, «ostia» tiene fuerza, parece que incluso da calor, pero «pan de molde» no vale ni para tomar por cu... Voy a intentar dejar los insultos. Esto va a ser como el mono de la nicotina, hay que pasarlo y punto.

¡Pero mira que ha enfriado!, se me han puesto los pezones como tornillos medievales. A caminar deprisa, el remedio natural contra este viento que se cuele por las mangas de la chaqueta y hace que los ojos se me estén poniendo llorosos, así no hay quien ligue, si parece que me acaben de rociar con caldo de cebolla.

Voy buscando la llave de la oficina, es un privilegio que me gané hace un año. Soy de fiar y buena trabajadora y ¿qué merezco?, una llave, una copia que ha costado cinco euros y que solo tengo a modo de préstamo. Un aumento de sueldo sí que hubiera estado bien.

Entro y dejo ya abierta la puerta. Son menos cinco y no voy a levantarme dentro de unos minutos para que mi asiento vuelva a enfriarse. Si total quien va a atender a los clientes que entren voy a ser yo, me da lo mismo hacerlo unos segundos antes que unos después. Soy incapaz de dejar a un cliente fuera, y menos en invierno.

Enciendo mi ordenador y la impresora. Hay que esperar dos minutos a poder utilizarlos así que aprovecho para revisar la agenda. Soy bastante ordenada y si hay algo importante y urgente lo dejo apuntado para no olvidarlo.

Las dos primeras horas son tranquilas; llamadas de rigor, papeles, fotocopias... vamos bien. A las once y media se abre la puerta y sin levantar la cabeza ya sé que es Luis, quien con cara de recién levantado y duchado me está saludando.

Tiene un bar en la zona de copas de Santander. Durante el invierno solo lo abre los viernes y los sábados y en verano todos los días de la semana. Está acostumbrado a acostarse tarde y a levantarse después de las once de la

mañana. Y lo sé porque me lo ha comentado en alguna ocasión, no porque lo haya podido comprobar personalmente, quizá debiera pedir una prueba, despertar a las once un domingo y hacerlo en compañía...

Tiene el aspecto que me gusta en un chico, lo que suele denominarse «mi tipo», aunque luego aparezca otro que no se parezca en nada y te enamores perdidamente de él. Alto, pelo rubio y ojos verdes, barba de tres días, apariencia de estar siempre recién salido de la ducha. La mayor parte del tiempo está sonriendo, y lo hace por dos motivos, porque se nota que disfruta de cada momento y porque sabe que es uno de sus puntos fuertes.

—Buenos días, Marta.

—Hola, Luis, ¿qué tal estás?

—Ahora que te tengo delante mucho mejor.

Este hombre siempre tan directo, no pierde el tiempo, desde que supo por boca de Nuria que yo estaba libre me entra como un toro al capote.

—Si verme hace que te sientas mejor me alegro —estoy practicando coqueteos, de momento estoy un poco oxidada pero si soy constante seguro que mejoro.

—Mejor es decir poco. He entrado en calor, creo que voy a tener que pasar por aquí todas las mañanas para no sentir el frío.

—Ahhh, ja, ja, ja. —Eso no me lo esperaba y no tengo respuesta. Piensa, Marta, piensa algo ocurrente que decir, que encaje con cualquier frase que este ligón pueda soltarte.

—Te ríes, te sienta de maravilla. Sería estupendo verte reír de nuevo, a solas tú y yo, en mi casa. ¿Por qué no vienes a comer hoy conmigo?, preparo un arroz con bogavante que no olvidarías.

Ya sé yo que no lo olvidarías, pero él sí que lo haría. Por su casa han pasado unas cuantas chicas, según los rumores que he tenido oportunidad de escuchar, y no parece que tenga intención de dejar a una de modo permanente. Le gustan las relaciones rápidas, sin ataduras, y me parece bien, no engaña a nadie, y seguramente me vendría bien para hacer un paréntesis en mi vida como me sugirió Andrea. Es fuerte, y lo sé porque en verano las camisetas negras de manga corta que suele usar resaltan sus bíceps y sus anchos hombros.

Una de mis fantasías es que un hombre me levante y me haga el amor contra

una pared. Tendría que ser alguien fuerte y alto y la casa también debería reunir una serie de condiciones. Nada de cuadros colgados de las paredes, un pequeño impacto de mi espalda contra una pared lisa podría resultar excitante, pero hacerlo contra un marco y notar cómo se me clava en la espalda no creo yo que excitase lo más mínimo a mi cuerpo.

Las puertas deberían ser amplias. En las películas los amantes están concentrados en besarse, en morderse, en suspirar pasando los dedos por el pelo de su pareja. El hombre está tan concentrado en esos detalles que pasa excitado por habitaciones buscando el máximo placer y no quisiera que mis rodillas se fueran despellejando a base de golpes contra los marcos de las puertas. ¿Sería Luis un amante de ese tipo?, ¿cómo he llegado a tener esta visión tan sugerente si sus últimas palabras han sido «arroz con bogavante»?

—No lo pongo en duda, así que quizás algún día me anime si la oferta sigue en pie. —¿He sido yo?, no hay nadie más, y por cómo me mira los labios han sido estos los que han formado esas letras. Y han dado en el clavo por la mirada picarona que acompaña a su sonrisa más cautivadora.

—Por supuesto que la mantendré. No te quiero poner en un compromiso en tu puesto de trabajo. Si no me equivoco tienes media hora libre a media mañana.

—Sí, pensaba salir ahora a tomar algo ya que por la cara de frío con la que has entrado se me han quitado las ganas de dar una vuelta para estirar las piernas. —Sí que me tiene controlada. No te emociones, Marta, que Luis es un depredador y como tal acecha a su presa, a mí, a la vecina del segundo, a la chica que reparte los donuts...

—Te dejo entonces las facturas del bar que he traído y me voy a la cafetería a la que tú vas siempre. Si te animas ya sabes dónde encontrarme. Y no pongas esa carita que es un lugar público y no voy a comerte, de momento.

Y sale de la oficina sonriendo. Menuda facilidad, se le nota la práctica. ¡Pues no que me he puesto colorada y le ha gustado! Tengo que pensar en cómo aprovechar estos colores que aparecen sin que pueda hacer nada por evitarlos. Para un tipo como Luis resulta la confirmación de que sus palabras han dado en la diana.

—Olga, salgo a tomar algo, ¿o prefieres hacerlo tú primero?

—Marta, os he oído y os he visto. Pásame esos papeles y sal ahora mismo, pero antes de hacerlo píntate bien esos labios que el color rojo te favorece.

—Solo es un refresco, Olga, no supongas que voy a hacer nada raro.

Es un cliente, no debería tomar algo con él. Lo mejor será llamarle al móvil ya que tengo su número en la agenda del trabajo y poner como excusa que han entrado varios clientes. Pensándolo bien, no he firmado ninguna cláusula que impida que pueda entrar en la misma cafetería que Luis.

—No supongo nada, y nada es raro, Marta, eres libre, joven y Luis está para mojar pan. Podéis hacer lo que gustéis, pero ten cuidado que no te queden marcas, ja, ja, ja.

—¿En un baño público, y a las once y media de la mañana?

—Yo solo te digo que vivas la vida, no tienes que dar explicaciones a nadie y puedes hacer y deshacer a tu antojo. No quiero verte otros ocho meses con esa cara.

—¿Qué cara?

—La que has tratado de ocultar. Nos conocemos hace años y paso contigo más horas al día que con mi marido y mis hijos.

—Pensaba que lo conseguía disimular bien. De haberlo sabido me hubiera ahorrado las agujetas en los músculos de la cara al tratar de sonreír durante horas.

—Apenas conocí a ese desgraciado y me alegro. Si no puedo reconocerlo por la calle él estará seguro y yo mantendré mi libertad. Porque con lo buena que tú eres no merecías a un cabrón como ese. Lo estoy pensando y ya me están dando ganas de darle con el bolso, y dentro llevo la Tablet, tres juegos de llaves completos, el móvil, y no sé cuántas cosas más que pueden llegar a hacer mucho daño, créeme.

—Te creo, alguna vez he cogido tu bolso y serviría para hacer pesas. Lo que no sabía es lo que piensas sobre mi ex. Solo lo comenté una vez y que yo recuerde no te dije las causas de nuestra ruptura. —Olga es buena compañera pero la diferencia de edad que hay entre nosotras hace que siempre le haya tenido el mismo respeto que al jefe.

—No hace falta ser un premio Nobel para deducir que tu tristeza tenía que estar relacionada con él. Además tu amiga Andrea me pidió que te vigilase, si

veía cualquier síntoma raro debería avisarla y, claro, me tuvo que contar lo que había pasado. No se te ocurra enfadarte con ella porque sabes que te quiere muchísimo y lo ha hecho porque se preocupa por ti.

—Tranquila que la conozco muy bien y durante estos meses he podido comprobar lo que ya sabía, que es la mejor amiga que alguien puede tener y que, aunque con dos niños pequeños apenas puede quedarle tiempo libre, siempre está vigilando que yo esté bien.

—Me tienes aquí para lo que necesites, voy a ser abuela dentro de dos meses pero los dramas del corazón son los mismos ahora que hace treinta años. En eso no hemos cambiado. Ahora sal y tómate algo con Luis y no te preocupes por el tiempo. Yo te cubro.

Paso lanzada por el baño, me retoco los labios y sonriendo me pongo el chaquetón para ir al encuentro de Luis.

—Empezaba a pensar que no vendrías.

—Tranquilo que no has perdido facultades. Tuve que atender una llamada.

—Mentira pero es lo primero que se me ha ocurrido.

—Eso y que te has pintado los labios. Te queda muy bien ese color. Deberías usarlo a diario.

—Gracias, te fijas en todo.

—Solo en las cosas bonitas y tú lo eres.

¡Uf!, ya no sé qué contestar y estoy notando calor en la cara. Seguro que me estoy poniendo roja de nuevo. Tomo aire y miro hacia el camarero para pedirle una infusión.

—Solo era un piropo, sincero, pero sin intenciones ocultas. Ya sabes que me gustas y mucho. Y que me gustaría compartir algo más que un café contigo. No voy a mentirte, te noto muy nerviosa y quiero aclarar que no busco una relación digamos «convencional». Quisiera pasar tiempo contigo pero sin compromisos. Me gusta mi vida, mi libertad, levantarme cuando me da la gana y dejar la cama revuelta. Quizás algún día me vuelva loco por una mujer, podrías ser tú, y entonces seré yo quien le ofrezca mi corazón en una bandeja. Y lo más probable es que esa chica de la que me enamore le dé un puntapié y lo arroje a la bahía dejándome como me merezco: destrozado.

—Sé a quién tengo delante, te agradezco tu sinceridad. Estoy nerviosa pero

no creo que sea por estar tomando algo contigo. Es por lo que supone, es la primera vez en muchos meses que tengo ilusión por salir, charlar con un hombre, por arreglarme, sentirme atractiva. —Con Luis me siento bien, demasiado, y como resultado de esa relajación me he confesado sin haber sido interrogada.

—¿Te has preparado pensando en mí?, si es cierto el viernes ha comenzado de la mejor manera posible.

—Sé perfectamente que sueles venir los viernes, pero hasta que te he visto aparecer no sabía si también vendrías hoy a la asesoría. Lo que quiero decir es que después de varios meses en una especie de estado de letargo, me estoy empezando a animar de nuevo. Prueba de ello es que estoy aquí contigo charlando de algo que se supone es bastante alejado de IVA, retenciones, pagos a cuenta...

—Desde luego esta conversación es mucho más interesante que la que habitualmente mantenemos en la oficina. Pero incluso hablándome de impuestos me gustas. Dicho por esos labios tan carnosos no es tan duro oír hablar de la cantidad que me van a retirar de la cuenta bancaria el día veinte de cada trimestre.

—Hay cifras que suenan mal las diga quien las diga, y mira que intento ser suave, pero hay gente que se lo toma como algo personal. Como si las normas las pusiéramos nosotros y sacásemos las cifras de un bombo; «hola, cliente número cuarenta y cuatro, te ha tocado pagar cuatro mil ochocientos noventa y ocho, ¿tanto? Es lo que hay, a ver la próxima vez si hay más suerte y sale una bolita con signo negativo».

—Espero tener a la diosa fortuna de mi lado en ese sorteo. ¿No estarán incluidas también citas con las empleadas? «Vale por dos horas con Marta, podrás llevarla a comer y a tomar un helado de postre, se ruega la devuelvan en el mismo estado en el que la entregamos.»

—Ja, ja, ja, no le des ideas al jefe que este es muy capaz. Y seguro que además no recibía yo un solo euro extra por ello.

—Yo te atendería muy bien esas dos horas, que me parecen muy pocas para todo lo que me gustaría hacer contigo.

—¿Qué cosas? —Se me ha escapado la pregunta. Pero la verdad es que

quiero oír su respuesta, me gusta este juego verbal en el que estoy entrando.

—Necesito una aclaración, ¿las dos horas de premio contigo tendríamos que buscarlas dentro de tu horario de trabajo?

—Por supuesto.

—¡Lástima!, pero no hay problema. Escogería un día como hoy, viernes, y te recogería a las dos del mediodía. Podría invitarte a comer, pero como ya me has rechazado no usaría esa opción.

—No te he rechazado, solo he dicho que no he aceptado de momento, pero la semana que viene, ¿quién sabe qué respuesta te daría si me lo propusieses de nuevo?

—Interesante... tengo esperanzas, lo recordaré, Marta.

—Y yo. —En qué lío me estoy metiendo, y lo peor es que no quiero salir.

—Mientras espero ese momento te diré que tomaríamos dos o tres vinos en los locales que te gustan, acompañaríamos el alcohol con tus tapas preferidas y como postre te compraría un helado de chocolate blanco.

—¡Me encanta! ¿Y cómo sabes tú que ese es mi sabor favorito? —Qué misterio.

—Los dueños son amigos míos y te he visto saliendo un par de veces. Tu cara al pasar la lengua por la bola de helado era de puro placer.

—¡Ah! —Lo ha dicho mirando mi boca y su tono al hablarme se ha vuelto de repente más grave. Este hombre es un profesional de la seducción y ha conseguido que mi piel se despierte de golpe.

—Quisiera probar ese sabor, Marta, y me encantaría hacerlo directamente de tus labios.

—¿Y después?

—Te acompañaría a tu casa.

Qué desilusión, no me esperaba esta respuesta.

—No me pongas esa cara, son dos horas, los minutos no se pueden estirar y no me gusta hacer las cosas con prisas. Debería servir para conocernos un poquito más, intimar y quedarnos con las ganas de descubrir cómo sería saborearnos en un ambiente íntimo, sin límite de horas, solo las que tú y yo quisiéramos.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad?

—Soñar es libre y si tú sueñas lo mismo que yo sería muy fácil convertirlo en realidad.

—Lo meditaré, no te prometo nada, pero quizás algún día te sorprenda y te pida que me enseñes dónde cocinas.

—Me rompes el corazón, Marta.

—Seguro que tienes otras candidatas para probar tu arroz. —No me cabe duda, casi me da pena su carita de niño bueno pero se cómo es, él mismo me lo acaba de decir y lo único que he lastimado es su orgullo.

—¿Como tú?, ninguna, tómate el té que se te va a quedar frío. Si me lo permites yo continuaré insistiendo.

—Y me encantará que lo hagas. —Esto está resultando más fácil y más agradable de lo que imaginaba.

«¿Arroz con bogavante?, la mejor propuesta para una comida elegante...»

6

Hoy no estoy para soñar con la casa de mis sueños, hoy tendrá que esperar. No estoy para diseñar pasillos ni habitaciones relajantes. Estoy hecha polvo y la causante es la salida de ayer. Espero que fuera apoteósica porque lo último que recuerdo es que Nuria me preguntaba la hora y yo le contestaba que muy pronto; las dos y veinte. Si no consigo recordar lo que sucedió de nada habrá servido. ¿Habré hecho el ridículo?, me da igual, ventaja de no ser capaz de visualizar ni cómo llegué a casa.

La primera salida de chicas que tengo desde hace siglos y tiene que coincidir en el mismo fin de semana en el que mi madre se meterá en la cocina desde primera hora de la mañana para cocinar un «mucho de todo» con lo que celebrar mi cumpleaños.

Lo había planificado con tiempo, mi madre siempre organiza la comida el domingo más cercano a mi cumpleaños. Por medio del WhatsApp propuse a Nuria y a Andrea dos posibles sábados; el anterior o el posterior. Ni uno ni otro estaban libres, Andrea tuvo familiares de su marido en casa el fin de semana pasado.

¡Pobrecilla! Me propuso acudir a la cena, quedarse a dormir conmigo hasta las siete de la mañana y a esa hora levantarse, ducharse y volver a su casa para atender a los niños. Eso no es salir, eso es un castigo divino y tanto Nuria como yo nos negamos en redondo. Una hermana del padre de Javier se casó con un uruguayo y desde hace más de treinta años viven en Montevideo. El hijo mayor es de la misma edad que Javier y, aunque se ven cada cuatro o

cinco años son como hermanos. La verdad es que Manuel es un encanto. Estuvo en Madrid un invierno haciendo un máster y vino a Santander varias veces. Le vuelve loco la comida española y cada fin de semana que venía Andrea y Javier, que no tenían todavía a sus hijos y podían hacer planes, le preparaban visitas a Potes a comer cocido lebaniego, a San Sebastián a comer pinchitos...

A mi ex no le gustaba Manuel, decía que era demasiado gracioso. Tendría que haberme dado cuenta entonces de lo gilipollas que era mi ex. ¡Si me lo estaba diciendo a gritos!

El que quedaba libre Nuria tampoco podía. Su novio y ella han reservado avión y hotel para ver una exposición en el Museo Reina Sofía. ¡Qué mala suerte!, nada que hacer en todo el otoño y el mismo fin de semana celebro mi cumpleaños por partida doble. A la mierda lo conseguido con la dieta esta semana.

Son las once de la mañana, tengo el estómago revuelto y ganas de vomitar. La habitación me da vueltas y eso es un doble castigo porque es horrible, como si estuviera en una atracción de la casa del terror. Los armarios que están sobre el cabecero de la cama parece que me fueran a aplastar de un momento a otro. No quiero mirar y cierro los ojos como única opción.

He quedado con mis padres a la una del mediodía en un bar del barrio. Los dueños son casi de la familia, ahí hemos celebrado todos los acontecimientos importantes, los cumpleaños, mi comunión y la de mis amigas. Hay tanta confianza que Tere y Paco tienen más llaves de vecinos que una cerrajería. Y el almacén del bar parece un trastero comunitario, repartidos entre las cajas de refrescos y cerveza se pueden encontrar carros de la compra que dejan las vecinas durante un par de horas cuando tienen que hacer un recado urgente y no pueden subirlo a su casa, la sillita de los mellizos de la propietaria del primero izquierda y balones que se quedan huérfanos...

Tere hace los mejores huevos rellenos que yo haya probado en mi vida. Y no debería estar ahora pensando en ellos después de los excesos que cometí anoche y de los que, sin duda, cometeré hoy en casa de mis padres. Bueno, me comeré solo uno y subiré andando las escaleras para «bajarlo». Una octava planta son muchas escaleras, alguna caloría debería quemar.

Prescindir del vermut no será ningún suplicio. Solo de pensar en bebidas alcohólicas se me llena la boca de saliva y se me contrae el estómago. ¿Pediré zumo de tomate como en las películas? De eso nada, que llamen zumo a lo que extraen de un tomate y que hagan si quieren lo mismo con el pepino, pero yo no pienso beberme una ensalada por muy reconfortante que sea. Y mucho menos comerme la ramita de apio que creo he visto que añaden y mastican como si fuera un regaliz. Estos americanos son muy suyos y quizás a sus cuerpos, acostumbrados a tanta hamburguesa con doble de queso y bacón, les funcione. Pero en España nadie en su sano juicio se toma un gazpacho para quitar la resaca. Pediré una infusión a ver si así se calma el monstruo que me tragué anoche y que todavía está bailando dentro de mi cuerpo.

Si el día está soleado las gafas me ayudarán a disimular la cara de resaca que seguro tengo, y si está nublado, las llevaré también puestas aunque piensen que soy una ridícula.

Me levanto con cuidado, si consigo aguantar el café y algo sólido quizás el daño no sea irreparable. Añado dos cucharadas de azúcar. Necesito energía, no tengo fuerzas ni para aguantar mis piernas, anoche debí de quedarme sola en la pista bailando, por lo que me duelen los pies. Mira qué bien, si tengo agujetas es porque hice ejercicio y eso quemó todos mis excesos y con un poco de suerte todo lo que pienso comer hoy en cuanto me encuentre bien.

Con el café pensando si continúa bajando hacia el estómago o por el contrario se da media vuelta acojonado por la mezcla de queso mozzarella de la ensalada del restaurante italiano donde cenamos y alcoholes varios que flota en mi estómago, me voy directa al baño. Hoy la ducha va a ser muy larga, quizás hasta me siente en el suelo de la bañera. Me enjabono el pelo, lo aclaro y lo vuelvo a enjabonar. No mejoro, pero tampoco estoy peor y me doy por vencida aplicándome una buena cantidad de mascarilla para intentar desenredar mis pelos de bruja.

Una manopla de esas que parecen lija está adosada al bote de gel, un regalo que voy a usar ahora para descubrir si vale para algo o tiene los minutos contados hasta llegar al cubo de la basura. No es el mejor día para rascarse la piel a lo masoquista pero ya no puedo encontrarme peor así que, ¿por qué no?

Froto, froto y vuelvo a frotar hasta que parece que algo de energía vuelve a

mis piernas y brazos. Han reaccionado asustados, corrían riesgo de quedar despellejados si continuaba sin sentirlos.

Escojo una toalla verde fosforito, creo en el poder de los colores de las toallas, me gustan de colores vivos, y las verdes me encantan si son del tono de la hierba recién cortada. Me froto el pelo con otra toalla naranja y una vez que he retirado la mayor parte de la humedad me envuelvo el pelo en la toalla y el cuerpo en la de color verde fosforito.

Sesión de cromoterapia finalizada. Bien baratita y, lo más importante, respetuosa con el medio ambiente. Materiales reutilizables y de algodón. Miedo me está dando mirarme al espejo, pero no me queda más remedio. No estoy tan mal como esperaba. No puedo decir que mis ojos brillen pero tampoco es tan terrible como me temía atendiendo a lo mal que me encuentro.

Miro el reloj y son las 11:30 horas, tengo tiempo de sobra. Mejor, así me acostumbro a estar en posición vertical porque todavía me parece que el suelo tiembla debajo de mis pies. Retiro la toalla del pelo. Se secará al aire, si bien antes de dejarlo libre me aplicaré un producto antiencrespamiento. No siempre se cumplen treinta y un años y si hay un buen momento para sacar la artillería pesada en cuestión de cosmética es este.

Desde que puedo recordar mi madre ha comprado crema suavizante para mi rebelde cabello. Durante años en una esquina de la bañera hubo un bote de suavizante de hierbas. Cuando me echaba una cantidad en la palma de mi mano similar a la de una nuez (eso ponían las indicaciones) y veía la crema verde pensaba en que hierbas serían, podría ser hierba de un prado o brócoli, por el olor imposible hacerse una idea.

Y así pasaron los años, comprando botes rellenos de una pasta verde inidentificable, hasta que un buen día se puso de moda el suavizante de huevo, el de hierbas ya no valía para nada, había que usar el de huevo y así pasé otros dos años. Si usar unas hierbas machacadas para suavizar mi pelo me había parecido un poco surrealista, comprar pasta de huevos a precio de solomillo cuando en la nevera había huevos y eran mucho más baratos me llegó a provocar dolor de cabeza. No lo entendía, pero mi madre dijo que la peluquera sabía más de pelo que ella y que yo, y no hubo quien la hiciera cambiar de idea. Incluso en la playa me ponía el suavizante después del baño

para que hiciese más efecto potenciado por los rayos del sol.

Si todo el dinero que gastó mi madre en productos para el pelo lo hubiese ahorrado, yo habría aparecido con pelos de loca en todas las fotos de mi infancia y adolescencia. Pero mis padres podrían haberse ido de vacaciones a Venecia, que siempre fue la ilusión de mi madre.

De momento soy incapaz de sugerirle a mi estómago que acepte algo sólido. Lo noto terriblemente enfadado y es mejor dejar tranquilo a un león dormido. Hasta las doce y media no voy a salir de casa y todavía son las doce menos cuarto, ¡tres cuartos de hora para arreglarme! Eso no lo he probado yo en mi vida, pero a los treinta y un años me ha llegado la hora.

¿Qué sorpresa me deparará el destino el día que cumpla treinta y dos años? Disponer de tiempo para tapar los estragos que una noche de copas ha causado en mi cara no es algo muy excitante. Yo preferiría sentir mis piernas enredadas en las de un hombre; mi hombre, que me susurraría «felicidades, ¿me dejas que te dé tu regalo?». Por supuesto que le dejaría, bajaría de inmediato la sábana para que pudiera dármelo sin obstáculos. Eso sí que sería un buen regalo de cumpleaños y es lo que tendría que haberme autorregalado, a un chico escultural. Ahora podría estar en una habitación de hotel, y me sobrarían las vistas al mar. Para qué querría yo perder el tiempo mirando a las gaviotas pudiendo enfocar mi vista en otra especie de mamífero.

Me voy a esmerar, a descubrir cuánto puedo embellecerme yo solita. Anoche Andrea hizo conmigo un trabajo increíble y observé cómo dejaba a Nuria irreconocible. Aplicar antiojeras y una crema hidratante con color no es complicado. Difícil si va a ser intentar que mis ojos se parezcan en algo a la maravilla que obró mi amiga combinando varias sombras.

Mi estuche con las pinturas de guerra está en el baño. Andrea es tan blanca y sus ojos son tan azules que opté por llevar mis productos. Continúo sin recordar pero el neceser de mi maquillaje lo dejé en el coche de Nuria cuando aparcamos en el centro para ir a cenar. Si ahora lo tengo es debido a que ella me acercó a casa. Estas deducciones son dignas de un capítulo de serie de equipo de investigación. A la noche la llamaré para que me rellene esas horas.

De momento me centraré en qué puedo hacer para ponerme guapa.

Mis ojos son grandes y marrones, nada de castaño claro, castaño oscuro o una definición como verdosos. Yo creo que todos los ojos marrones tienen alguna pinta verde cuando les diriges un foco de luz, pero no por eso dejamos de tener ojos marrones. Son grandes y están protegidos por largas pestañas. Y punto, ni los veo almendrados, ni misteriosos, ni son profundos. No distingo ninguno de esos calificativos, tan comunes en las descripciones de las novelas románticas, cuando me miro, pero si algún admirador los encuentra yo estaré encantada y no pondré pegas.

Ya puestos a examinar, y sin nada mejor que hacer, desciendo hacia mi nariz, clásica, vamos, normalita, ni grande ni pequeña, está bien integrada en mi cara y ni me gusta ni me disgusta. Pasemos a mis labios, ahí sí que me tengo que alegrar, son carnosos y tienen una bonita forma. Cuando los pinto toda mi cara se ilumina.

El conjunto no está mal, de la misma manera que no está mal el noventa y cinco por ciento de la población femenina. Todas (vale, casi todas) tenemos rasgos que son bellos o que se pueden embellecer con algún cosmético. Solo hay que averiguar cuál es nuestro punto fuerte.

Mido 1,68, casi llegó a la barrera del 1,70. No me quejo de altura. Y ahora que he conseguido perder tres kilos me doy un siete en cuanto a cuerpo se refiere. ¡Joder, Marta!, cuánta necesidad tienes, me tengo que piropear a mí misma porque no tengo a nadie que lo haga. Esto es muy triste y bastante humillante. Quizá tomar un par de vermús no sea tan mala idea, estar sobria hoy me está sentando fatal.

Opto como siempre por pantalón negro, botines negros y una blusa roja. Los treinta y uno se merecen este tono y tengo una barra de labios de idéntico color. ¡Luis!, ahora me acuerdo. ¿Fuimos a su bar?, a saber lo que le pude decir, tengo que hablar con las chicas hoy, no quiero presentarme el lunes en el trabajo y que entre por la puerta sin tener idea de qué tipo de conversación mantuvimos.

¿Hice algo con Luis?, ¿por qué tendría que ser él? ¿Hice algo con alguien? Si así fue no me dejó ninguna marca visible. Pregunto por ahí abajo, el silencio es total. Deducción: si lo hubo fue normalito... ¿pasable?...

¿mediocre?... ¿horrible y lo he borrado para protegerme mentalmente? Ahí no pasó nada, de algo me acordaría, ¡joder!, y nunca mejor expresado.

Les dejo un mensaje en el chat del minigrupo que formamos: «necesito saber si hice algo inapropiado anoche porque os comunico por si no lo habéis deducido que no recuerdo las tres últimas horas. ¿Fuimos al bar de Luis?, y si entramos, ¿me visteis hablando con él? Si estáis sorprendidas con esta última duda está claro que no os conté nada y lo haré en cuanto nos podamos reunir. «Un beso.»

No sé si quiero saber la respuesta, la conversación que mantuvimos tomando un café el viernes me trastocó más de lo que yo hubiera deseado. Hace años que nos conocemos pero antes incluso de que se convirtiera en cliente de nuestra asesoría ya sabía yo sobre las correrías amorosas de Luis. Lo que desconocía es lo eficaz que es seduciendo. Me digo y me repito que ese tira y afloja lo tendrá con todas las mujeres a las que intente llevar a su casa, pero en un rinconcito de mi cerebro quiero creer que yo soy diferente para él. El resto de las chicas pensarán lo mismo seguramente y es un gran error porque no es así, pero su fórmula funciona. Me hizo sentir especial y me gustó mucho; demasiado. Y si tengo amnesia y resaca es porque tomé copas, algo peligroso para mi mente, he hecho unas cuentas tonterías en las escasas ocasiones en que me he emborrachado. Eso es lo que tiene ser siempre tan correcta y contenida, cuando me suelto lo doy todo.

Dedico quince minutos a maquillarme con esmero. Cuando he terminado el resultado no me desagrada, no he logrado el *look* que me dio Andrea pero sí que he mejorado el mío habitual. El pelo también me quiere complacer en este día tan señalado y las ondas que se están formando son bonitas.

Miro por la ventana y confirmo que hoy todo me sale bien porque hay un sol radiante, demasiado. Seguro que hay viento del norte, de ese que te corta la cara como solemos decir los que vivimos a orillas del mar Cantábrico.

Doce y veinte cuando ya estoy arreglada y no se me ocurre nada más que hacer. Saco un bolso grande del armario. Si voy a ir caminando no puedo hacerlo con mis botines favoritos porque tienen bastante tacón. Los meto en una bolsa de plástico del supermercado y me calzo unas manoletinas negras. Unos metros antes de llegar al bar me cambiaré de calzado y listo. Para volver

a casa vuelta a las manoleínas y habré salvado mis pies y mis gemelos para el resto de la semana.

Abro la puerta y el golpe de otra al cerrarse me confirma que es verdad lo que escuché el otro día, la vivienda contigua sí está habitada.

Solo puedo ver a un hombre bajando las escaleras de dos en dos (está en forma). Se para en el descansillo entre pisos y gira la cabeza, demasiado rápido para que pueda verle con claridad, solo tengo un segundo y lo dedico a contemplar su sonrisa, y es de las que me quitan el aliento.

—Hasta luego.

—Hasta luego —respondo yo en modo automático. Y desaparece sin que pueda fijarme en si es alto o bajo, si tiene ojos claros u oscuros, si su nariz es fina o la tiene como un águila real. Solo sé dos cosas, su voz es cálida y su sonrisa, de cuento de príncipes y princesas. El día va mejorando a cada minuto. ¿Me esperan nuevas sorpresas? Si son buenas estupendo, las malas que se den media vuelta y regresen adonde se crearon.

Camino rápido, hace un frío horrible y es el método tradicional para entrar en calor. Voy esquivando la sombra en las calles, si alguien me siguiese pensaría ¿qué demonios hace esta mujer cambiando de acera constantemente? ¡Joder!, pues buscar el sol que tonta no soy y por la sombra no hay quien aguante.

Justo donde voy a pararme para cambiarme de calzado ya se oyen las voces de mis padres y la risa de mi tía. Es normal, cuando ella está en una reunión los momentos serios se pueden contar con los dedos de una mano y sobran tres.

—Ven aquí, que te voy a tirar de las orejas.

—Mary, que estoy un poco crecidita para eso —de hecho desde los quince no he crecido ni un centímetro a lo alto; a lo ancho ni los cuento.

—Nunca hay que perder esas costumbres. Estás guapísima y más delgada.

—Espera a que me quite las gafas —le comento al oído, es como mi hermana y como sé que le voy a contar la salida de anoche se lo adelanto y así me ahorro su mirada interrogante.

—¿Algún hombre te mantuvo despierta toda la noche? Si es así con que muevas la cabeza de arriba abajo me sirve. Los detalles te los guardas que

eres mi sobrina.

—Salida de amigas, y no recuerdo cómo llegué a casa.

—¿Ni con quién?

—Eso ya te lo digo yo, sola solita, ahí abajo no ha habido visitas, me acordaría, o lo notaría.

—¿De qué estáis hablando si puede saberse?

—De trabajo, le hacía unas preguntas sobre impuestos. Mi asesor no para de decirme que soy afortunada por pagar tantos impuestos, eso es señal de que gano dinero. Yo no lo tengo tan claro, por un lado me entran cuatro y por otro me salen tres.

Mi madre no hace más preguntas, sabe de sobra que entre nosotras dos hay algo especial que nos pertenece, una conexión instantánea. De no ser mi tía sería mi mejor amiga, pero la sangre se impone y hay cosas que no se pueden contar.

—Tere, un zumo para mi sobri, y saca algún pinchito para acompañarlo que le va a venir muy bien.

—De naranja, y si los huevos rellenos los tienes recién hechos ponme dos, por favor.

—Deja sitio para todo lo que he preparado en casa.

—No te preocupes que hoy no voy a hacer régimen, ya retomaré mañana los purés de verduras. Hoy toca barra libre.

—¡Hola, vieja!

—Ya está aquí la canaria, no te me acerques que con ese moreno parece que tengo hepatitis. —Mi hermana Mónica coloca su cara al lado de la mía para que aprecie mejor lo blanca que estoy yo y el moreno tropical que luce la muy petarda.

—Cuando queráis os hago un hueco en mi piso de lujo con vistas a las rocas volcánicas.

—Cuidado con lo que dices porque cualquier día vamos tu padre y yo y nos quedamos una temporada.

—Si os parece bien el sofá para dormir por mí cuando queráis, mamá.

—Esta es mi sobri, lo has hecho a propósito, poco sitio para que nadie se quede más de una noche.

Mi madre mira a Mary intentando seguir el ritmo de la conversación. Para cuando se da cuenta ya hemos cambiado de tema y mi tía está contando una anécdota sobre su último viaje en avión.

La comida es un éxito, ahí es mi madre la protagonista. Ha cocinado lo que nos gusta a cada uno de nosotros y, aunque me tienta con su ofrecimiento para meterme los restos en una tartera para que los cene, me mantengo firme. Lo que he conseguido me ha costado muchos rugidos de tripa y no voy a ceder aunque la oferta sea muy tentadora. Mi plan para hoy se parece al que te imponen en el hospital el día antes de una intervención quirúrgica; nada de alimentos a partir de las seis de la tarde.

—Necesito fumar mi cigarro de después de comer. Tranquila, cuñada, que recuerdo las normas y saldré al balcón. ¿Me acompañas, Marta?

—Claro. Espera que busco hacia dónde corre el viento y me coloco para que no me vaya el humo.

—Rápido, antes de que venga alguien, toma tu regalo y mételo en un bolsillo. A la noche lo abres, ¡ahora no!

Cojo el sobre que ha sacado de su bolso y plegándolo lo meto en el bolsillo trasero de mi pitillo. ¡A saber lo que me ha regalado este año! Quizás un bono para un Spa o un vale para canjear en una tienda de ropa, no me imagino qué más puede transmitirse por medio de un folio. Decido no volverme loca pensándolo y disfrutar de lo que queda de tarde.

—Familia, sintiéndolo mucho tengo que dejaros. Mañana cogeré el avión de las ocho de la mañana a Madrid y no he hecho la maleta ni he revisado los papeles de la reunión que tengo a las once.

—Hermana, nos ha encantado que sacaras tiempo para venir a comer con nosotros. —Mi padre la quiere con locura, aunque no lo demuestre casi nunca.

—Me lo he pasado genial, si no vengo más a menudo es por este trabajo, que me gusta no lo voy a negar, pero viajo más que una azafata de Iberia.

—¿Tienes el coche cerca?, ha empezado a llover y parece que va a hacerlo con fuerza de un momento a otro.

—Sí, justo frente al portal.

—Entonces me podrías acercar a casa, vas a pasar por allí para salir de Santander.

—Claro, y así veo la calle donde vives ahora.

—¿Hasta qué día te quedarás? —Le pregunto a mi hermana mientras me pongo el chaquetón—. Podríamos ir de compras mañana o pasado si te viene bien.

—Toda la semana, así que mañana si quieres te paso a buscar a media mañana al trabajo, desayunamos juntas y hablamos.

—Perfecto, en eso quedamos.

Cuando estamos en el portal la lluvia se ha convertido en un chaparrón de grado dos que nos obliga a correr para meternos en el coche.

—En cuanto llegue a casa y me quite esta ropa mojada abro tu sobre, Mary.

—Mi regalo ha sido elegido con cariño, no te lo tomes a mal, si no te gusta con romperlo basta pero no te enfades conmigo, ¿entendido?

—Sea lo que sea no me enfadaré, estaría bueno.

—Eso ya lo pensarás cuando estés a solas, pero no lo rompas nada más leerlo. Déjalo un par de horas, si continúas pensando igual, entonces lo tiras, ¿entendido?

—Entendido de nuevo ja, ja, ja, mira, es aquí, y me bajo que parece que hay un claro y casi no llueve. Ten cuidado con el coche.

—Lo tendré, ya me contarás...

¡Joder!, paso del sustituto, estoy pensando y eso no cuenta como taco. He metido el pie en un charco y me ha entrado el agua dentro del botín. ¿Cuándo tocan elecciones municipales? Se celebrarán la próxima primavera así que este socavón en la acera tendré que recordarlo porque el invierno no ha llegado, lo de esta tarde solo ha sido para asustar.

¿Pero dónde he dejado las llaves? Este bolso tiene tantos compartimentos que debería haberme anotado en un papel en cuál de ellos las dejaba, y poner el papelito en un bolsillo del pantalón, y cambiarme de mano el reloj para recordar que tenía que mirar la chuleta y...

—Si me dejas un hueco abro yo.

—¿Eh?, ah sí, perdona. —Se coloca delante de mí antes de que pueda verlo pero me deja su olor a modo de carta de presentación y me gusta.

Entra en el portal y me sujeta la puerta sonriendo; ¡es el chico de esta mañana! Y además de tener una sonrisa inolvidable ¡es guapo! Paso a su lado dando las gracias para el cuello de mi camisa y me reprocho mi timidez en los siete pasos que nos separan del ascensor.

Antes de llegar ya lo tengo abriendo la puerta y aguantándola para que yo entre primero. De nuevo su olor me seduce, es solo una fórmula diseñada en un laboratorio pero ayuda y bastante a que hombres y mujeres se aproximen y rompan el hielo.

—Ya estás perfectamente recuperada por lo que veo.

Lo miro tratando de recordar por qué él sabe que antes no estaba bien y ahora sí lo estoy, y en qué concretamente debía recuperarme, pero ese archivo está vacío o dañado.

—¿No te acuerdas de mí, verdad?, normal pero no por ello resulta menos frustrante. Siempre alimenta el ego saber que has provocado un recuerdo en una persona, al menos cuando este es agradable.

El ascensor para y los dos nos bajamos. Sigo sin saber qué decir y sin encontrar las llaves, así que no me queda más remedio que meter la mano en todos los bolsillos.

—Menos mal que anoche llevabas las llaves en la mano.

—¿Anoche?, ¿estabas aquí cuando llegué a casa? —¿Y qué estaría haciendo yo?, si no consigo recordarlo, ¿qué hago, pregunto o me hago la tonta y lo dejo correr?

—No pasó nada, no pongas esa cara de susto. Oí a alguien hablando y me pareció raro porque solo se escuchaba tu voz. Miré por la mirilla, estabas sentada en las escaleras charlando contigo misma. Así que salí para ayudarte.

—¿Y qué es lo que hiciste? Porque ya ves que no me acuerdo de nada, nos pasamos con los chupitos, no me había sucedido antes, pero nunca es tarde para emborracharse por primera vez. —La sinceridad es el único modo de comunicación que domino y no me parece este un momento para andarme con sutilezas.

—Te efectué una revisión, cogí tus llaves y abrí la puerta.

—¿Me revisaste? —¿Qué me revisó este hombre?, esa palabra puede ser peligrosa.

—Soy médico, tranquila, solo comprobé que estabas como tú dices, borracha. Pero cuando te levantaste con tus botines en la mano caminabas bastante bien, movías las caderas, incluso me tarareaste una canción. Entraste en casa, te devolví las llaves, cerraste la puerta y eso es todo.

—Te doy las gracias. —Si no me acuerdo de nada cómo saber si sucedió así o la historia fue diferente. Mejor lo dejamos así, y con un poco de suerte no me volveré a cruzar con este vecino en una temporada.

—Esta mañana andaba con mucha prisa, aunque verte me confirmó que estabas ya bastante recuperada.

—Sí. —Quitando lo extraño que resulta estar dialogando sobre algo que no recuerdo el resto de la conversación me gusta; su voz, su rostro, su altura, el modo en que sus ojos brillan cuando sonrío...

—¿Richard?, te estoy oyendo hablar y no me lo puedo creer. ¿Para eso me has sacado de la cama el domingo? Te recuerdo que mañana madrugo y quisiera terminar antes de las diez.

—No me seas exagerada, que has dormido hasta las doce del mediodía.

La chica, que perfectamente podría ostentar un récord en hablar sin tomar aire, está en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Parece una guerrera de esas de las películas medievales. Tiene una melena de color caoba que le llega casi a la cintura, la piel tan blanca que se podría estudiar el aparato circulatorio en un ser vivo solo mirándola y unos ojos verdes que quitan el sentido.

—¡Lo siento!, pensaba que estabas hablando por teléfono.

—Ya ves que no. —La voz de Richard, porque en el nombre me he fijado perfectamente, ha sonado complaciente. ¡Ufff!, eso no me gusta nada, estos dos llevan tiempo ya viviendo juntos me parece a mí y viendo la pose de la chica lo mejor es no llevarle la contraria.

—Perdona, andamos un poco «pillados de tiempo» y estoy cansada, por eso me he puesto tan gruñona.

—Tranquila, yo tengo también que dejar todo preparado para ir al trabajo. —La pila de ropa que tengo pidiendo plancha es considerable. No tengo otra cosa mejor que hacer así que sacaré la tabla de planchar, la pondré frente a la tele y este será el emocionante final de mi extraño domingo.

—Hasta otro día. —Richard se despide elevando los hombros. Odio los hombres que se muestran tan sumisos con sus mujeres que parecen esclavos de ellas. Y odio a los hombres que obligan a sus mujeres, valiéndose del miedo, a ser sumisas hasta el punto de anularlas.

—Hasta mañana —digo cerrando la puerta de mi provisional casa. Ya me parecía a mí imposible que un hombre tan atractivo y educado estuviera libre. ¡Como para meterse con la amazona esa!

Me descalzo y al caminar por el pasillo hacia mi habitación oigo la voz de ella. No entiendo lo que dice pero parece que le está recriminando. ¡Menuda arpía!, solamente estaba siendo educado conmigo. Ojalá no me cruce con ella en mucho tiempo.

Él ha dicho que es médico. ¡A saber a qué se dedica ella! ¿Domadora de leones?, no me lo quiero ni imaginar. Estos pitillos me están apretando demasiado la cintura. Me están recordando todo lo que he comido y que debería haberse quedado en el plato. Tengo que quitármelos antes de que sea demasiado tarde, el botón no aguante más tiempo la presión y salga disparado para incrustarse en la pared.

¡El sobre de tía Mary!, con la escenita del rellano lo había olvidado totalmente. Menos mal que se ha caído al suelo. El pantalón iba directo a la lavadora. La plancha tendrá que esperar. Me pongo un leggín viejo, una sudadera y me tumbo en la cama. Dentro hay una carta escrita a ordenador, lo cual agradezco ya que mi tía tiene una letra que solo puede entender ella y a veces le cuesta.

Querida Sobrina, antes de nada quiero que sepas que durante unos días no voy a responder tus posibles llamadas así que, si al leer esta carta te entran ganas de llamarme, te estoy ahorrando ese trabajo.

Mi regalo este año es algo que yo ya he probado y por eso me ha parecido buena idea. Para mí fue todo un descubrimiento y espero que suceda lo mismo contigo. Por eso te pido que no te enfades conmigo si no es de tu agrado, porque lo he hecho con cariño.

Desde el viernes estás registrada en una red social. Hombres y mujeres de todo el mundo se apuntan con diversos motivos; conocer gente en la zona, chatear, tener citas: cada uno busca aquello que le interesa. Es una opción estupenda que nos ofrece la tecnología y que mucha gente ya ha incorporado como algo natural en su modo de relacionarse.

Cuando entres (algo que espero que hagas) comprobarás que personas desconocidas y otras que tú conoces han puesto su foto, sus gustos, aficiones, y lo que buscan en su perfil. Sé que estarás poniendo los ojos en blanco mientras lees pero quiero aclararte varias cosas que espero hagan que tus ojos recobren su posición natural:

- Tú tienes Facebook, no por ello estás diciendo a la gente que no sabes relacionarte cara a cara con tus amigos o conocidos. Es un modo más de interactuar con la gente. Este tipo de redes sociales funciona de modo muy similar.*
- Yo lo he probado, me considero bastante normal y la gente que he conocido también lo es.*
- Tú decides cómo usarlo, si quieres contestar a los «holas» que los chicos te enviarán como primera aproximación, si quieres tú tomar la iniciativa y saludar a algún chico o si por el contrario quieres dejarlo aparcado por una temporada.*
- Por último recuerda que con ello no te estoy diciendo que necesites la red social para relacionarte, tú eres muy capaz de hacerlo según el método tradicional, pero nunca viene mal algo que ayude a romper el hielo. Cuando acuerdes verte con un chico el programa dejará de tener utilidad, a partir de ese momento estaréis tu cita y tú.*

He generado un correo electrónico y una contraseña para darte de alta; por favor, la primera vez que entres cambia la contraseña, no quiero poder fisgar tu perfil, tus visitas ni tus chats.

Tómalo como un juego y disfrútalo, Feliz cumpleaños.

—¡Joder!

Tenía que decirlo en alto.

¿Y ahora qué hago?

Me esperaba algo raro pero ¿inscribirme en una página de contactos? Porque esto es lo que es. ¡Como para adivinar su regalo! No lo hubiera hecho ni en un millón de años.

Que le llamen red social, que la llamen como quieran, pero esas páginas están pensadas para relacionarse sentimentalmente. ¿Y ahora qué hago? Romper la hoja no, por respeto hacia mi tía. La sensatez que me ha acompañado hasta cumplir los treinta y un años me impulsa a convertir en una pelotilla la cuartilla de papel y a echarla en el inodoro. Ahí reposaría toda la noche para reblandecerse y poder tirar de la cadena, aunque el riesgo de atascar la tubería sea considerable. Los residentes de las plantas inferiores no deben sufrir mi ira así que propuesta olvidada.

De momento la dejaré en el sofá del salón. Tengo que anular mi perfil para que nadie me vea. Espera un poco, Marta, desconozco qué tipo de datos ha podido incluir. ¿Y si hay tres fotos mías y estoy expuesta a la vista de todos los hombres de Santander? Solo de pensarlo noto las mejillas calientes. No soy capaz de mirar, menuda cobardía la mía.

Plancha con intensidad la siguiente media hora. El primer pantalón queda tan brillante después de pasar una y otra vez con fuerza que tengo que volver a llevarlo a la lavadora ya que lo he dejado inservible. Con más cuidado me dedico al resto de la ropa mirando de reojo el papel.

¿Yo en un escaparate? Como si fuera un perrito abandonado pidiendo que alguien me adopte. Desde que oí hablar la primera vez de ese tipo de redes sociales me hice una idea que todavía hoy mantengo; eso es el último recurso. Me ha gustado el coqueteo que he mantenido el viernes con Luis. Esa especie de burbuja que se generó entre los dos y que hizo que los minutos se me escapasen entre las manos por lo rápido de pasaron.

¿Y si lo mirase un poquito?, solo fisgar. ¡No!, ¿y si es verdad que ha puesto una foto mía y tengo algún admirador a quien conozco y nos cruzamos por la calle? Qué vergüenza, ¿y si no tengo ningún admirador?, ¿si me han estado mirando pero a nadie le he interesado? Decido que me iré a la cama con todas mis dudas. Mejor esto que la certeza de un fracaso.

Guardo la plancha y la tabla. La ropa parece que la hubiera planchado un elefante a base de pisarla en todos los sentidos. Las nueve y media de la noche, estoy cansada, como si el exceso de alcohol hubiera reservado esta hora para resurgir y caer de golpe sobre mi cuerpo.

Cojo la carta y la leo de nuevo. Esta mujer me conoce perfectamente y me ha dado los argumentos justos para rebatir cada uno de los míos. Hay texto en el reverso que no había leído.

He visto muchas veces la expresión de tu cara cuanto te he contado alguna de mis correrías como soltera. Como creo que te conozco muy bien puedo afirmar que aunque te escandalizas al oírme, te gustaría vivir esas experiencias. Recuerda cómo eras antes de conocer al innombrable. Seguro que la Marta atrevida está ahí esperando su oportunidad. Ayúdala a recuperar su espacio.

He incluido aquellos gustos que me parecen interesantes, pero podrás cambiar todo aquello que desees. Y por tu identidad (que sé que te estará martirizando) no temas. No he puesto foto tuya, exigían una foto de una persona así que sí hay, pero de una chica que tiene bastante parecido contigo encontrada al azar en Internet. Nadie sabe que eres tú así que ¿por qué no hechas un vistazo?

¡Ah! Me han quitado veinte kilos de peso de repente. Eso ya es otra cosa. Saber que nadie conoce quién se esconde detrás de ese perfil me ha relajado tanto que los párpados se me cierran caminando por el pasillo. La carta continúa en mi mano y decido dejarla en la cocina, al lado del microondas, un lugar que sin duda visitaré en cuanto me levante.

Se oyen ruidos de muebles al moverse. Es algo suave y controlado. Las voces de mi vecino y su mujer también se escuchan pero hablan bajo y no se puede entender lo que dicen. ¡Menudo chasco!, un chico encantador y tiene de compañera a una arpía. Y me parece bien, así no le pasará como a mí, que he debido ser la novia más tonta que un hombre puede encontrar. Aunque estar todo el tiempo controlando a tu pareja me parece agotador y en cierta manera

un modo de menospreciarme. Quiero que me quieran y respeten por lo que soy. A otras les servirá estar como perro guardián día y noche vigilando que su marido realmente hace todo aquello que les cuenta. Yo no quiero eso, no podría soportarlo. Mira tú por dónde ahora no tengo que soportar nada. Quizá mi tía no haya tenido tan mala idea y sea hora de divertirse un poco. Pensado así suena estupendamente, qué lista soy, en la cama y a estas horas me hago la valiente pero ya veremos mañana si me levanto con la misma determinación.

Mi móvil me dice que he recibido un mensaje del chat del grupo. Lo sé porque tengo la música de la serie *Los Ángeles de Charlie* que me avisa cada vez que mis dos amigas escriben algo. «Duerme tranquila, porque falta te hará después de la cantidad de chupitos que tomaste anoche. No hiciste nada de lo que tengas que arrepentirte. Y sobre ese Luis ya nos contarás porqué te negaste a entrar en su bar.» ¡Qué alivio! «Lo mismo digo», ha puesto Andrea a continuación, yo remato con un «Ok» y una sonrisita de emoticono y me meto en la cama relajada. Hasta mañana.

«Buenas noches, señorita, control de alcoholemia...sople, sople, sople... ¡pare, señorita!, no continúe que me va a quemar el alcoholímetro, y quíteme esa sonrisilla porque por si no se había enterado ha triplicado la tasa de vida desastrosa que se considera normal en una mujer de su edad...»

¿Y ese ruido?, juraría que es un teléfono. ¿Por qué nadie contesta?, ¿es que no lo oyen? El dueño tendría que acudir al especialista para que le revisara el oído. Mira qué casualidad, tiene el mismo tono que elegí yo, es una canción de ABBA, el primer disco que entró en mi casa y que mi madre puso hasta que mi hermana y yo nos aprendimos todas sus canciones sin saber inglés.

Menos mal que han descolgado. Se me estaba metiendo el sonido en la cabeza y me molestaba. ¡Otra vez comienza!, ¿pero es que no se da cuenta de que le están llamando? A ver si averiguo de quién es para que responda de una maldita vez. ¡No veo!, ¡me he quedado ciega!, ¡no puedo ver nada!

Vale, vale, qué susto más tonto, estoy durmiendo y el teléfono que suena es el mío. ¿Y qué quieren?, ¿no saben que es domingo?, maleducados, que somos españoles y el domingo es sagrado.

—¿Sí?

—Marta, ¿dónde tenías el teléfono, dentro del congelador?

—¿Y para eso me despiertas?, ¿para preguntarme dónde tengo el teléfono?, Mónica hay veces en las que no te sigo.

—Yo pensaba que era rápida arreglándome por las mañanas pero tú bates el récord. ¿En media hora te duchas, te arreglas y desayunas?, menuda máquina.

—¿Qué dices de media hora! —Mi hermana está misteriosa, no la entiendo.

—Que son las ocho y media, Marta, despierta de una vez que vas a llegar tarde al trabajo.

—¡Socorro! —No dejé el despertador conectado.

—No cuelgues, Marta, escucha, ¿a qué hora te paso a buscar por el trabajo?

—A las once y media, adiós.

Nunca me había duchado tan velozmente. Tres minutos y estoy aclarada y saliendo del baño. Me seco todo lo rápido que puedo y salgo disparada de nuevo hacia la habitación.

Nada de pararse a pensar, me pongo uno de los conjuntos que ya está experimentado. De vuelta al baño para peinar el pelo. Espuma para domarlo, tendrá que quedar bien sí o sí. Pongo el café y el minuto del microondas lo uso para maquillarme. Al regresar veo la carta de mi tía. La meto al bolso. Casi me escaldo la lengua tomando el primer sorbo sin comprobar previamente si está a temperatura aceptable.

Menos diez, ¡no me lo puedo creer!, otro día que llegaré antes de tiempo. Y encima continúa lloviendo. Incluso viéndolo desde el salón me parece sentir la humedad. Mantengo la vista en la calle mientras me abrocho la gabardina. Por el tamaño de los charcos se puede deducir que ha llovido bastante y hace poco tiempo.

Paraguas en una mano y llaves en la otra cierro la puerta. Llamo al ascensor y me acuerdo de mis vecinos. Ahora no se escucha nada pero aun así siento cómo me arde la cara recordando cómo me miró Richard cuando me dijo que me había reconocido.

—¡Buenos días, Marta!

—Hola, Olga, ¡qué frío!

—¡Y qué modo de llover!

—Has llegado muy pronto hoy.

—Tenía cita en el centro de salud a las ocho para que me sacasen sangre para una analítica, a las ocho y diez ya estaba fuera. He desayunado, he leído el periódico y cuando ya no sabía qué hacer he decidido venir a la oficina.

—¿Algún problema?

—No, un chequeo de rutina. Tengo algo alto el colesterol y necesito vigilarlo. Cosas de la edad. Aprovecha tu juventud, Marta.

—¿La estoy desperdiciando?, ¿cuántos meses han pasado?, nueve y son

muchos. Mi coqueteo con Luis debería ser un punto de inflexión y servirme de ejemplo. Me gustó y mucho tomar algo con él aunque dudo que pueda cambiar de opinión sobre su propuesta.

Una cosa es liberarme, dejar de estar tan encorsetada, tomarme a los hombres menos en serio, disfrutar de su compañía sin analizarme, sin pensar demasiado si cuando me hablan dicen la verdad o mienten. Yo también podría empezar a hacerlo, a ser un poquito bruja y jugar con ellos para demostrarme que también se me da bien. Pero hacerlo con Luis sería como intentar hacerlo en la liga profesional siendo yo una *amateur*.

Los programas del ordenador se están cargando y el zumbido que emite el aparato y la tranquilidad del teléfono a estas horas me invita a pensar un poquito más en lo que necesito. Debería haberlo hecho en mi tiempo libre, sola, y no al lado de Olga y rodeada de facturas y pagarés, pero las cosas de la mente son caprichosas. Despertar de golpe por medio de una llamada telefónica y correr por toda la casa para arreglarme en un tiempo récord ha debido de activar zonas de mi cerebro que estaban dormidas porque de repente lo veo claro.

Necesito relacionarme, y no estoy pensando en mis amigas ni en mi familia. Quiero sentirme deseada, despertar interés. Estoy libre y quiero disfrutar de esa faceta. Jugar a seducir y a que me seduzcan. Y para ello tengo que liberarme de una vez de esta especie de papel celofán que me tiene prisionera. Mis inseguridades me están ahogando y no me dejan vivir. Hace un día horrible, así que si hoy tomo una decisión en cuanto salga el sol las cosas solo podrán mejorar y eso es lo que voy a hacer porque no quiero pasar un día más en esta especie de «pausa».

—Marta, ¿estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué me lo preguntas?

—Llevas cinco minutos mirando la pantalla del ordenador y gesticulando sola. Y como nunca te había visto así de concentrada me ha parecido raro.

—No me había dado cuenta. —Ha sido un momento revelador. Y sé que lo he pensado en el momento correcto: cuando estoy preparada. ¡Qué sabios somos sin que lo sepamos!

—Por los años que tengo a mis espaldas y porque te conozco muy bien

puedo decir que este día y esta hora son el comienzo de algo importante. Si lo llego a saber traigo una botellita de cava para celebrarlo.

—Cuando salga a tomar el café compro algo. ¿Qué te parece si traigo un par de donuts rellenos de dulce de leche? El sábado el alcohol me borró tres horas de recuerdos y aún no las he recuperado. Hasta que también olvide ese detalle no tengo intención de probar nada que contenga graduación.

—Me parece estupendo. No todos los días se toman decisiones y hay que celebrar cuando eso sucede.

Retomaré mi dieta al mediodía, el donut sellará este pacto conmigo misma y veremos qué sucede.

—¡Ufff, menuda mañanita!, ni sé para qué me he molestado en traer paraguas. He luchado dos manzanas y a la tercera no me ha quedado más remedio que cerrarlo con una varilla totalmente doblada y un golpe en la frente con el mango por una ráfaga de viento que me ha pillado desprevenida.

—¿No querías viento y lluvia?, es esto por si no lo recordabas.

—Sé lo que es, graciosa, pero yo me refería a un llover tranquilo con su brisilla y su humedad. No a este temporal. Tengo el pantalón mojado hasta los muslos y estoy helada.

—Eso se especifica, Mónica, y la próxima vez que vengas de vacaciones, ¿qué tal si pides un viento sur y dieciocho grados? Eso sí que sería un buen deseo, podríamos hacer hasta una recolecta: «¿Usted quiere tres días de sol y calor en noviembre? Solo tiene que donar un euro y por ese simbólico precio mi hermana Mónica lo deseará, vendrá de Canarias y le dará sol hasta que se harte.»

—Ja, ja, ja, ya veo que te ha sentado bien cumplir años. Hola, Olga, ¿qué tal estás? Bueno, no sé para qué pregunto si estás tan bien como siempre. ¿Qué tienes, algún tipo de pacto o pócima secreta? Cada vez que vengo solo aprecio en ti una diferencia.

—¿Ah sí?

—La ropa. Por ti no pasan los años.

—Es la mesa esta que me mantiene en la eterna juventud. Pero si me separo

de ella me pasaría como a los protagonistas de esa película que encontraban un valle entre las montañas donde se conservaban jóvenes eternamente. Había una especie de pasadizo entre las rocas para entrar y salir y si alguno abandonaba el lugar inmediatamente se hacía viejo y moría.

—Tú tienes ventaja, te puedes llevar la mesa. Es un poco aparatoso, ¿pero quién dijo que fuera fácil mantenerse joven?

—Ya firmarí yo por que fuera así. Como si tengo que comprar un remolque.

—Iba a resultar un poco raro verte entrando en el supermercado tirando de la mesa o en la playa en verano.

—¡Para jugar a las cartas, estupenda!

—¡Ya te digo!, bueno, Olga, te dejo en tu mesa, no quiero ser la responsable de una sola arruga. Me llevo a esta mujer a desayunar que mira cómo se nos está quedando, en los huesos.

—Ojalá fuera verdad. —Bajar tres kilos me ha costado mucho.

—¿Dónde venden autoestima?, debo hacer un regalo a alguien muy especial y voy a necesitar bastante por lo que veo.

—¡Serás tonta!, vámonos antes de que entre algún cliente y me tenga que volver a sentar.

—Qué lugar más cuqui. Esta cafetería no estaba aquí la última vez que vine a verte.

—Antes era una ferretería y si te fijas han conservado las antiguas estanterías y parte del mostrador de madera, es un lugar original para lo que estamos acostumbrados a ver en Santander.

—Me encanta que espacios con tanta historia se reutilicen para otras actividades que nada tienen que ver y que aun así se conserven los muebles, la decoración...

—Tienen una pequeña tienda donde puedes comprar pan, bocadillos, zumos naturales y batidos. Hace unos días compré pan de centeno y semillas y a mamá le encantó.

—Hoy no voy a comer con ellos. He quedado con la pandilla. Pero mañana me paso fijo. Me encanta este tipo de productos más artesanales. Aunque tú ya

sabes que soy perfectamente capaz de alimentarme de casi cualquier cosa.

—Lo sé perfectamente. Los fines de semana te ofrecen *brunch*. Si puedes comértelo todo te ahorras la comida. Es imposible tener hambre en horas con todo lo que incluye.

—¡Chica, qué cosmopolitas os estáis poniendo por aquí!

—Es muy bonito pero para mí es una tentación horrible. Entrar y tomar solo un café es una prueba muy dura. —Aquí tienen esos dónuts tan deliciosos rellenos de dulce de leche con los que voy a brindar por mi recién estrenada audacia con Olga.

—Una mesa libre, voy corriendo que esa pareja también le ha echado el ojo.

—Dime qué te pido, no sirven en mesa.

—Sorpréndeme, no he desayunado y estoy hambrienta.

Mónica tiene un monstruo en la boca del estómago. Devora casi todo lo que ella ingiere, por lo que está muy delgada aunque come más que muchos hombres. La palabra monstruo no está elegida al azar. Si nota hambre y no se alimenta en esos instantes los rugidos de su tripa se oyen a varios metros de distancia. Ahí tiene que tener algo. ¡No es normal!, ¡odio comer a su lado!

Yo creo que está tan acostumbrada al sonido que hace su cuerpo cuando pide comida que no se da cuenta de la distancia que pueden alcanzar los aullidos de su tripa. Es muy incómodo entrar a su lado en un supermercado y que la gente nos mire a las dos porque no sabe de qué cuerpo salen tan horrendos sonidos. Por esta razón se ha librado muchas veces de hacer la compra cuando nuestra madre nos mandaba juntas con la lista de lo que necesitaba y un par de bolsas reutilizables de cuadros blancos y azules. Incluso al pasar por la sección de pescadería le entraba hambre y empezaba a gemir. Mejor hacerlo sola y cargar con las bolsas que ponerme colorada en la cola del supermercado.

Pido los cafés, dos dónuts para llevar y para mi hermana el sándwich de la casa: «la torre de pisa», porque tiene muchas capas y cuando lo intentas partir tiende a desmoronarse.

Busco la cartera para pagar. Consideraré que todavía estoy celebrando mi cumpleaños aunque ya tenga treinta y un años y quince horas. Y revolviendo en mi bolso aparece la carta de Mary. Ahora o nunca. Mi hermana es un poco friki pero me conoce muy bien y necesito una opinión exterior.

«La torre de Pisa» no ha tenido oportunidad de justificar a su nombre. Mónica la ha devorado antes de que pudiera torcerse ni un poquito. El café tampoco se le resiste y pasándose la servilleta por los labios me mira sonriente.

—Muy rico, ¿qué más me recomiendas?, todavía tengo hambre.

—No me digas que vas a continuar comiendo. Entonces pídemme a mí lo mismo. No podría soportar ver cómo devoras de nuevo mientras yo revuelvo mi café con leche desnatada y sacarina. Mañana reanudaré la dieta.

—Venga, miro y traigo dos de lo que me apetezca y cuando regrese ya puedes ir soltando lo que tienes guardado porque tú estás rara.

Por supuesto que se lo suelto. Si yo salgo por la noche entra dentro de lo razonable que me relacione con chicos ya que estoy más libre que un pajarillo. Estar en una red social para conocer chicos es lo mismo ¿o no?... ¿o sí?... Necesito una opinión, me están comiendo los nervios y cuando eso sucede me entra aún más hambre.

Mónica vuelve con un plato que contiene dos pasteles y una palmera de tres chocolates. Lo deja encima de la mesa y con una sonrisa picarona me deja de nuevo sola para acercarse a la barra. Dos minutos de intriga después regresa con un plato de cerámica verde. Lo posa y veo que hay huevos revueltos, dos medias tostadas y taquitos de bacón. Me pasa un tenedor y se sienta relamiéndose.

—Me encanta mezclar salado y dulce, ¡ojo!, no revuelto, primero una cosa y luego la otra. Cuando tengo el turno de mañana en el hotel, y puedo, desayuno el buffet. ¡Come que se enfría y luego no sabe igual! ¡Hummm!, este bacón está de muerte. A ver qué me quieres contar...

—Yo no quiero contarte nada, Mónica, no me lées que te conozco. Tú me has preguntado y no te voy a decir nada, vas a leerlo, como hice yo anoche. —Y le paso la carta doblada. Mi hermana se frota las manos para eliminar los restos del pan tostado y lee.

La miro interrogante pero ni levanta la vista ni cambia de gesto. Espero paciente y cuando termina la vuelve a doblar y me la entrega.

—¿Y qué apodo tienes?

—¿Qué?

—Pregunto que cómo te llamas en la página. Es difícil que pueda ver tu perfil porque dentro de mis intereses no están las mujeres pero por si acaso.

—¿Tú también estás registrada?

—Por supuesto. Ahora apenas la uso porque tengo muchos amigos y amigas en las islas y no podría atender a más personas. Tú ya me entiendes, de qué serviría conversar con un nuevo chico si no tengo tiempo de tomar un café con él.

—No he entrado, Mónica, anoche lo leí sin decidir si haría uso de ello.

—Así que no sabes qué ha puesto Mary sobre ti. Solo que no ha dejado foto real tuya. Registrarse es gratuito, Marta, así que si ella te lo ha regalado seguramente haya ingresado un montón de dinero para que durante mucho tiempo tengas poderes.

—¿Qué tipo de poderes? —Como si me estuviera hablando en ruso.

—Modo de invisibilidad, por ejemplo, podrás mirar a otros perfiles y ellos no sabrán que tú lo haces. Podrás iniciar una conversación, en modo gratuito puedes mirar y responder pero solo pagando puedes dar el primer paso, y más cosas que ahora no recuerdo pero es un sistema muy sencillo y si te tomas cinco minutos seguro que lo sabrás todo.

—Si me decido...

—Mira que te has vuelto sosa. ¿Te espera alguien en casa esta noche?, no, y mañana, ¿te esperará alguien?, mira tú qué casualidad, la respuesta es no otra vez, una última, ¿y el viernes?, pues va a ser que tampoco. ¿Y en tus contactos del móvil?, ¿tienes algún amigo especial a quien podrías pedirle una noche de sexo salvaje y estupendo?, ¿alguien dispuesto a calmar el hambre que te pueda entrar de repente?

Como no llame a mi madre, y le pida un pincho de tortilla...

—Has dejado claro que no hay nadie en mi vida actualmente. Pero, ¿cómo saber qué persona es la ideal para mí?

—No se puede saber, Marta, ni a través de una red social ni saliendo de noche a bailar. Es un modo de conocerse. Si existiera un cartel en la puerta de cada bar, cada gimnasio, tienda de fruta... que dijera que dentro solo hay personas que no tienen pareja y están dispuestas a intentarlo, ¿tú entrarías en esos establecimientos o por el contrario te irías a los que están llenos de

hombres felizmente casados?

—Me daría vergüenza pero entraría en los que tienen hombres solteros, Mónica.

—Te pondrías colorada el primer día y los cinco primeros minutos. Después pasaría a ser algo normal para ti y ni te darías cuenta. Esto es algo similar, no es ni mejor ni peor que conocer a alguien a las dos de la madrugada para decir cuatro frases a grito pelado e intercambiar los teléfonos.

—Cuando veo a un chico puedo observar sus gestos, cómo se ríe, qué ropa lleva, si está limpio, su tono de voz cuando me habla...

—Cierto, pero eso no te asegura que sea interesante, ni que te guste cómo se expresa, y dime una cosa, ¿cuántas noches tienes que salir para que ese tipo de encuentros se produzcan? De este modo te saltas ese paso. Puedes quedar para conocerlo, nadie espera más de la primera cita. Un primer contacto, si hay química tú decides si das otro paso. Si no la hay siempre puedes tener un nuevo amigo.

—Pero me imagino que habrá mucho loco de la vida que aproveche esta facilidad para burlarse o para pasar el rato con perfiles falsos, ¡yo qué sé!

—No quiero hurgar en la herida, Marta, pero no me digas que has olvidado lo que ese desgraciado te hizo, y si no me equivoco le conociste en un entorno tradicional, os hicisteis novios de un modo muy tradicional y él sí que continuó con la tradición de ser infiel. Y siento habértelo recordado pero creo que era necesario para zanjar este asunto.

Me ha callado la boca como solo ella sabe hacer. Y tiene más razón que un santo. Debo tener la mente abierta aunque me va a costar. No se cambia de la noche a la mañana.

—Tienes razón, Mónica, y no me ha molestado que me hablaras del capullo. Ya no me duele, y para algo tiene que servir, para que me abra los ojos y me deje proseguir.

—¿Sabes que me parece increíble que sea yo quien esté intentando convencerte de las posibilidades que tiene una red social para conocer gente?

—¿Lo dices porque yo soy la mayor? —Son cinco años, no me parece demasiado.

—Cuando nos hacemos adultos cinco años más o menos no tiene ya

importancia. Lo que es raro es lo «clásica» que te has vuelto. Antes no eras así. Estar con el capullo te cambió, Marta. Siempre has sido responsable pero reconoce que las has hecho bien «gordas».

—¿Yo?, no me acuerdo.

—El último año del colegio, cuando metiste aquel ratón dentro de la clase de ciencias naturales.

—No fue exactamente así, fui al baño y encontré un ratón. Lo cogí del rabo y entré en la clase para decirle a sor Tomasa que me dejase salir del colegio para dejarlo en el jardín. Todos son hijos de Dios. Cuando se lo enseñé para que comprobara que no estaba diciendo mentiras aquella mujer se asustó tanto que el pobre ratón se me escapó de la mano y cayó al suelo. Eso sí que fue un milagro, que soportase el susto que le dio la monja y también la caída hasta el suelo.

—Tendrías que habérselo propuesto a la directora. Enviar una carta al Vaticano contando el milagro del roedor inmortal.

—La pobre mujer se subió a la mesa y comenzó a chillar como si la vida le fuera en ello. Llegaron las monjas que estaban dando clase en las aulas contiguas y se unieron al coro porque todas gritaban como histéricas.

—Recuerdo que mi clase estaba en la planta inferior y se empezaron a oír los gritos y el sonido de muchos zapatos corriendo. Sor Alicia, que estaba dándonos música, también salió preocupada y mandó a la repelente de Matilde Asensio que nos cuidase.

—¿La hermana de Francisco, el chuleta al viento?

—La misma, igual de tontos los dos, él más preocupado por su flequillo que por el fin del mundo y ella, una chivata de manual.

—Los recuerdo, pero hace años que no he visto a ninguno de los dos.

—Se mudaron a Málaga, el padre se quedó sin trabajo. Se fue unos meses y cuando regresó se llevó a toda la familia. Al parecer montó un bar en Fuengirola y le funciona muy bien. Seguro que Matilde es la responsable de vigilar a todos los empleados. Y continuará apuntando todo en un cuadernillo rojo. Como hizo cuando nos quedamos solas el día del ratón. Se debió de quedar sin hojas porque todas salimos al pasillo para ver las causas de tanto alboroto.

—Yo intentaba coger el ratón y al abrir la puerta otra monja el animalito aprovechó y salió. Ahí es donde comenzó el caos. Recuerdo a sor Tomasa, sujetándose la cofia, con la cara morada y gritándome para hacerse entender entre tanto grito histérico. Tenía el brazo extendido y me señalaba la puerta para que cogiese al roedor.

—¿Y lo atrapaste?

—¡Yo qué sé!, con la cantidad de bichitos que había en ese caserón a saber cuál cogí. Estaba alucinada con tanto escándalo por parte de las profesoras, ya sabíamos que había otros habitantes en el colegio. Todas habíamos visto alguna vez un ratón o las cagaditas que dejaban. Las monjas deberían estar acostumbradas. Porque si las niñas gritábamos cuando los veíamos era porque sabíamos que ellas se ponían como locas. Cuando bajé las escaleras todas chillabais corriendo con la falda del uniforme recogida para no tropezar. En la planta baja, en el cuarto donde había siempre paraguas olvidados, encontré muerto de miedo a un ratón y ese cogí. Salí al jardín, me situé debajo de las ventanas de mi clase y llamé a la monja. Se lo enseñé y lo posé en la hierba. El bichito ni se movía. Estaba traumatizado con tanto ruido. Lo tuve que empujar para que buscara escondite entre los rosales.

—Fue uno de los mejores momentos de mi estancia en aquel colegio. Perdimos también la hora siguiente y eso me salvó de un suspenso seguro porque no había estudiado para el control de lengua. Y tú te convertiste en leyenda: la Cazadora.

—Perdimos unas cuantas clases ese año por culpa de los bichos, la mitad de las veces era mentira, pero alguna niña de repente se subía en la silla, comenzaba a gritar y allí me mandaban a por el ratón.

—Al regresar después de Semana Santa se acabó la fiesta. Una empresa de control de plagas fue la culpable, ya no pudimos volver a usar la excusa para pasar un buen rato. Yo estaba superorgullosa de ser tu hermana. Me imaginaba a las dos haciendo gamberradas juntas, mudándonos a Madrid, viviendo la vida loca, pero conociste a ese tonto y cambiaste. Siempre estabas con la canción de: «porque... dice que..., porque... opina que... porque... tiene razón». Estar al lado de ese imbécil te trastornó.

—Yo también lo creo. Pero ahora es cuando soy capaz de verlo. Lo que hace

el amor, te vuelve tonta. Todo me parecía bien y normal si venía de sus labios.

—Ahora está claro que el innumerable no te quería lo más mínimo. Y si te quería, lo hacía con un amor malo. Y tonto sí que fue y mucho al hacerte esas «putadillas». Nunca va a volver a tener la suerte de conocer a una mujer como tú, eso está claro.

—Te agradezco tus esfuerzos pero no son necesarios. Ya estoy curada de ese capullo y sé que solo podré encontrar algo igual o mejor. Peor es imposible. Y no estoy ya hablando de ponerme los cuernos, te hablo de riesgo de enfermedades. Yo tomaba la píldora para que él no tuviera que usar las gomitas que tanto le molestaban. A saber dónde metió su alegría. Por suerte los resultados de mis análisis fueron negativos.

—¿No dicen que todo el cosmos está conectado y todo lo que siembras lo recoges?

—Eso me parece a mí un corta y pega de refranes, pero entiendo lo que quieres decir.

—Que a un capullo que va por ahí haciendo daño le tienen que pagar con la misma moneda alguna vez en su vida, en algún momento sus acciones se volverán contra él. Espero que en este instante tenga un picor de huevos horrible y que su alegría esté mustia por mucho tiempo.

—¡Por mí como si se le cae!

—Vámonos a celebrar esta tarde que esa historia está enterrada. ¿Y qué mejor modo de hacerlo que comprando ropa? Y esta vez te vas a dejar aconsejar y vamos a meter algo de color en tu armario.

—Algo, pero mezclado con negro, que sea una transición, nada de una ruptura total.

—No te pongas a la defensiva. No pretendo que te vistas de modo que me tenga que esconder de ti por la vergüenza que me dé.

—Ja, ja, ja, confiaré en ti.

—Y después cenamos los cuatro por ahí. Ya se lo he dicho a mamá. Quiero estar con ellos pero no que se meta en la cocina a prepararme mis platos favoritos. Invito yo siempre y cuando sea pizza, hamburguesa o algo similar.

—Último exceso que pienso hacer, mañana vuelvo a la comida sana.

—¡Eso tú verás!, y luego en casa te pones cómoda y entras en la página y

figoneas. Mañana y pasado tendré complicado verte porque además de citas con amigas tengo visita al dentista y al ginecólogo.

—En eso no te envidio.

—Ni yo a mí si pudiera. El jueves desayunamos juntas y así me pones al día. Y volvemos aquí que está todo buenísimo.

«Señoras y señores, el avión con destino a la República de la nueva Marta efectuará su salida por la pista número dos. Les recordamos que en este vuelo no estará permitido llevar equipaje, la tripulación arrojará al océano cualquier bulto que se encuentre.»

Soy Susan, bonito nombre. A Mary le encanta todo aquello que tenga relación con el Reino Unido. La chica de la foto y yo nos parecemos y bastante. Es un buen modo de tantear a los chicos sin desvelar mi identidad.

- Treinta y un años.
- Tengo trabajo.
- Busco hacer nuevos amigos.
- Soltera.
- Sin hijos.
- Aficiones: leer, deporte, salir con amigos, pasear, música, conciertos, viajar.
- 170 cm, 60 kg, pelo y ojos castaños.
- Sobre mí: soy divertida, alegre y positiva y quiero conocer gente optimista.

¡Qué suerte!, por arte de magia y sin pasar por un torno de la inquisición tengo dos centímetros de más y dos kilos de menos. ¿Busco nuevos amigos? Depende cómo se mire es cierto, no quisiera tener un novio al que odiase. Mis aficiones son poco concretas, todos podemos sentirnos identificados con ellas, excepto en mi caso el deporte. Me gusta hacer ejercicio, pero disfrutando de un paseo, bailando, nadando... espero que nadie lo tome al pie de la letra porque no está en mis planes recorrer cien kilómetros en un día montada en una bicicleta. No voy a cambiar de momento nada, no es bueno precipitarse y

tampoco sé dónde se cambia. Es, como me advirtió mi hermana, algo realmente sencillo, me recuerda las páginas de venta de pisos que tantas veces revisé. Tengo visitas y puedo ver quiénes son. ¡Sorpresa!, algunos son guapos, aunque seguramente no sean sus fotos reales, espero que hayan seguido el mismo criterio que mi tía Mary y que sus fotos se parezcan a sus imágenes reales. También tengo mensajes, ocho, de los cuales seis son «holas», un «hola qué tal» y un «qué te cuentas».

Pincho en sus perfiles, hago una lectura rápida y no hay nada que me asuste demasiado. Eso es bueno, tenía serias dudas sobre lo que iba a leer, pero parecen personas normales. Yo lo soy, ellos también pueden serlo. Y si hay algún locuelo por ahí suelto no creo que se describa a sí mismo como: «Soy Saúl, un chico moreno con una mala ost... que no hay quien le aguante por las mañanas, tengo 33 años y estoy en lista de espera para que me realicen una lobotomía, mido 185 cm de pura rabia y peso 80 kg de ocasional paranoia. Conóceme, no te arrepentirás.»

Desde luego este es un nuevo mundo y muy extenso. Y yo soy una mujer con mucho sueño. Todavía no me he recuperado de los excesos del sábado y, aunque me he quejado en todos los idiomas que conozco, mi hermana no ha tenido clemencia esta tarde. ¡No sabía que sería tan difícil conseguir un *look* perfecto! Yo me vi aceptable con el tercer vestido, y lo hubiera comprado, pero para Mónica aceptable es una palabra que no existe cuando se trata de comprar ropa, hay que estar perfecta. Voy a tener unas cuantas citas, y la primera impresión es muy importante. Esa frasecita se me ha quedado grabada por todas las veces que me lo ha repetido cuando he protestado ante la montaña de ropa que me he tenido que poner en cada tienda.

Trabajar para ganar dinero cansa y bastante, pero no es comparable a lo fatigoso que resulta gastar el dinero conseguido comprando ropa, calzado y complementos teniendo al lado a una *personal shopper* aficionada pero con un entusiasmo que muchas profesionales quisieran para ellas. Pobre tarjeta de crédito, no ha dejado de entrar y salir de mi cartera. Esa sí que no se recupera hasta después de la paga extra.

El regalo de mi hermana ha sido toda una sorpresa y un detallazo porque he visto el precio y es algo caro para mi economía y también para la de ella. Un

conjunto de ropa interior de encaje negro. Me ha metido en la tienda con engaños para que me probase el sujetador que estaba en el escaparate y cuando ha comprobado qué talla me quedaba como un guante me lo ha robado del probador, añadido la braguita a juego y pagado antes de que yo saliese. Se supone que deberé usarlo en la cita buena; vamos, en la que sepa desde antes de vestirme que esa noche no me limitaré a charlar y tomar algo. Es una lástima porque pueden haber cambiado hasta las modas si lo dejo guardado esperando que llegue ese día.

No dejo de abrir la boca, pero ni mis enormes bostezos pueden con la gran curiosidad que esta página está generando en mí. Descubro que tengo una especie de bolsa de puntos que puedo canjear por «superpoderes». Mary me ha dejado tantos puntos que no me imagino cómo podré consumirlos.

Decido usar el de la invisibilidad, podré mirar otros perfiles sin que los chicos lo sepan. Vuelvo a revisar a quienes me han saludado y aprovecho para hacer lo mismo con otra gente. ¡Nunca hubiera adivinado la cantidad de hombres y mujeres que están inscritos! ¿Hay alguien que no lo esté?

Estoy en ese momento en que Morfeo amenaza con irse si no le ofrezco sitio donde quedarse acurrucadito a dormir a mi lado. No quiero pasar una noche de insomnio así que, muy a mi pesar, apago el portátil. Me sumerjo en un sueño donde las imágenes de hombres sonrientes se suceden, los holas me bombardean y las medidas, pesos, color de ojos y pelo y gustos los canta un niño de San Ildefonso con pantalón corto gris y jersey de pico azul marino.

¿Y si uno de los perfiles pertenece a Luis? Ese ha sido mi primer pensamiento consciente esta mañana al despertar. Idea que he rechazado al instante. ¿Para qué necesitaría Luis una ayuda para conocer chicas? Es guapo, simpático, tiene mucho desparpajo y trabaja detrás de un mostrador. Todas las mujeres que le quieran conocer lo tienen realmente fácil y barato, por dos euros conseguirán una cerveza y la posibilidad de tentarle si son listas. Pero tampoco debo descartarlo, puede ser que no encuentre a Luis pero sí que podría charlar con algún cliente y solo pensándolo me pongo nerviosa. Necesito a mi hermana y no voy a verla hasta el jueves. Decisión rápida: no

hacer nada hasta tener más datos. Pero sí que puedo continuar mirando en modo invisible.

Me descubro tarareando en la ducha, ni recuerdo el tiempo que hacía que no soltaba ni una nota, con lo que siempre me ha gustado cantar. Tengo como un gusanillo, la sensación de que algo me espera y me gusta, me hace sentir viva de nuevo.

Con esa tonta alegría salgo de casa. Espero el ascensor que está en marcha cantando bajito una canción que fue número uno cuando todavía pagábamos en pesetas, tendré que ponerme al día escuchando la radio. Entre mis escasos recuerdos de la noche del sábado aparecen pedacitos de una canción que en todos los bares sonaba. No puedo reproducirla, pero tengo más que unas pocas notas, pero sí que recuerdo perfectamente que todo el tiempo los cantantes dicen sus nombres. Eso no lo comprendo, que yo sepa los Rolling Stones no andan metiendo su nombre en los estribillos, ni Ana Torroja lo repetía en sus conciertos: «... hijo de la lunaaaaa... Mecano...», eso no existía. Lo hacen para rellenar, estoy segura. Estarán escribiendo la letra, les quedará un hueco y sin complicaciones, a poner nombre y apellidos y a cantarla por todo el mundo.

—Buenos días, Marta.

—Hola. —Qué guapo está, no debería pensar eso, Richard tiene a su amazona y yo me tengo que centrar en hombres solteros.

Está al lado de las escaleras mirando cómo unos sufridos camilleros están subiendo en una camilla a un hombre que tiene cara de enfurruñado.

—¿Qué tal vas, papá? ¿Todo bien?

—Sí, hijo, yo voy perfectamente pero me siento ridículo viendo cómo sudan estos dos chicos tan majos cargándome escaleras arriba.

Pues sí que deben de estar sudando porque se oyen sus resoplidos, por suerte el olor todavía no ha llegado a nuestro descansillo.

—Estoy con tu vecina, así que guarda tus quejas para cuando estemos solos.

Me gustaría marcharme pero Richard y mi sentido de la educación me obligan a quedarme. No sabía que mi guapo vecino, su mujer y su padre vivían en la misma casa.

—Muchacha, qué vergüenza que me tengas que conocer tumbado en esta camilla. Yo puedo caminar pero estos mozos, que tienen la desgracia de cargar

conmigo, están obligados a dejarme dentro de mi casa sin que mis pies toquen el suelo. —Padre e hijo se parecen tanto que resulta increíble.

—Ya te explicó tu médico que salías del hospital para continuar la recuperación en casa, no para irte de vinos, Marta, te presento a mi gruñón padre: Samuel.

—Encantada, me alegro de tener gente cerca, todos estos días me he sentido extraña al no escuchar nada por las noches.

—Espero que nos puedas oír todas las noches, eso sí, sin molestar.

La mujer que sube detrás de los camilleros lo hace colorada, tiene un cuerpo robusto y los kilos que le sobran le están haciendo sudar la gota gorda.

—Hola, Marta, ¿no?, me llamó Sonia antes de irse a Benidorm para que supiera que durante unos meses ibas a vivir en su piso. Me alegro, y en cuanto nos instalemos Samuel y yo te vienes una noche a cenar si tú quieres.

—¿Y a mí no me invitas, mamá?

—Tú tienes llaves de esta casa, Richard, puedes venir cuando quieras.

—¿Por qué has subido andando, mamá?

—Para acompañar a tu padre.

—No creo que se pudiera perder en las escaleras, mamá. Vienes resoplando más que los camilleros. Pareces un toro recién salido al albero.

—Bonito ejemplo para describir a tu madre. Lo recordaré cuando me pidas que prepare canelones.

—¡Pero si hace siglos que no los haces! Ya ni recuerdo cómo eran, menudos tiempos, Marta, se fueron y dudo que regresen. Se nos coló en el carro de la compra una chuleta sindicalista, amotinó al resto de las carnes que había en la nevera, organizó un golpe de Estado y ahora estamos dominados por sus leyes. Nada de carne, nada de pescado, que son parientes, huevos racionados porque son futuras carnes. Nos quedaba el azúcar pero mi padre es diabético así que, ¿qué nos queda?: fruta, verdura y poco más. Una pena, una pena...

Mi guapo vecino está abriendo la puerta y retirándose para que los camilleros puedan entrar con Samuel. Yo aprovecho estas maniobras para despedirme y meterme en el ascensor.

—Ya hablaremos, ahora tengo que marcharme para no llegar tarde al trabajo.

—Claro, hija, ya habrá tiempo. De aquí no nos vamos a mover en una temporada.

—Hasta luego, Marta. —Richard ha asomado su cabeza para dedicarme la mejor y más pícara de sus sonrisas. Menos mal que no está la amazona cerca, no quisiera ser el blanco de su ira y la tendría asegurada si hubiera visto los ojillos picarones con los que me ha despedido su maridito.

¡Qué pena!, Richard lo tiene todo; es guapo, atractivo, simpático, una voz preciosa. ¿Te imaginas, Marta, encontrarte con un chico como este en la página de contactos? Eso es imposible, no necesitan apuntarse para encontrar a la mujer que desean. Ahí estamos pares sueltos como yo, a los que un revés de la vida nos ha dejado bloqueados. Ya sé que mi hermana y mi tía también lo usan pero ellas son la excepción que confirma la regla, yo soy del tipo que más abunda.

Llego a la oficina con el móvil echando humo, el WhatsApp del grupo tiene varias entradas. En cuanto me siento, y compruebo, que como siempre aún no son las nueve, leo todos los mensajes. «Ayer me dejé el móvil olvidado en las oficinas de un cliente y cuando intenté recuperarlo la fábrica estaba cerrada. ¿Por qué no quisiste permanecer dentro del bar de Luis?»

Ya me parecía raro a mí que Nuria no me hubiera interrogado. «Debería haberte obligado a estar dentro con el frío que hacía fuera, hubiera sido muy sencillo con lo borracha que estabas, pero cuando amenazaste con agarrarte a la farola si insistíamos tuve claro que entre tú y él había algo que ni Andrea ni yo sabíamos.»

«Estoy aquí, chicas, vistiendo a estos dos diablillos para llevarlos a la guardería. No sé si llegaré antes de la hora de recogida porque el pequeño ha vomitado sobre su ropa recién puesta y el mayor ha sido solidario con el hermano y se ha puesto perdido con una galleta de chocolate que se supone era parte de mi desayuno. Cuando pueda vuelvo. Corto y cambio desde la guerra.»

«Joder, otro comunicado de esos y pido cita en una clínica para que me ligen las trompas, los saxos y los violines si es necesario. Gracias, amiga, porque me abres los ojos cada día, soy muy joven para esa tortura.»

«Mejor continuar como tías honorarias», escribo yo recordando nuestras últimas tardes en casa de Andrea.

«¡Ah!, estás ahí, creo que hay algo que deberías contarnos.»

«Está bien», contaré todo lo que se pueda, no voy a decirles las intenciones de Luis con su lengua en mi boca, ¿o sí?

«¿A las ocho donde siempre?» «Por mí perfecto», respondo yo, a mí no me espera nadie en casa, algo bueno tiene estar libre. Cuarenta minutos más tarde suena de nuevo la música: «¡Por finnnnnn! Estoy agotada, yo también me apunto, esta noche que les atienda su papi.» «Allí nos vemos entonces.»

Las horas siguientes pasan rápido, me desconcentro a menudo de lo que estoy haciendo y la razón es la página de contactos. Medito hasta las doce y por fin tomo la decisión de no contarles nada sobre mi incursión en ese «mundo» por el momento. Mi tía sabe que puedo estar usándolo aunque no me preguntará nada que me pueda incomodar y mi hermana regresará el domingo a Canarias así que tampoco podrá interrogarme.

¡La contraseña! No la cambié, menos mal que solo he estado mirando y aún no respondí a los saludos que recibí. En cuanto llegue a casa será lo primero que haga. La imagen de Richard acude a mi mente y me debo de quedar con cara de boba frente al ordenador porque Olga tiene que avisarme de que el jefe me está llamando a su despacho.

—¿Ha dicho de qué quiere hablar conmigo?

—Solo que cuando puedas vayas.

—¡Ah!, voy entonces, ya te contaré.

Qué raro, es él quien suele salir para, como dice el, mover un poco las piernas. Toco suavemente con los nudillos y entro con temor, tengo el presagio de que me espera una sorpresa y no sé si será buena o mala.

—¿Puede saberse? —Olga lo pregunta en un tono casi inaudible.

—Sí, necesito mirar unas cosas en el ordenador y enseguida te cuento. No es nada malo, así que tranquila.

Paso los siguientes minutos deslizando el ratón sobre la pantalla, mis sentimientos están revueltos y se pelean por dominar; de momento ganan con clara ventaja los nervios y el miedo. Pero la ilusión también quiere estar en primera fila y haciendo trampas la pongo en el primer puesto y le digo que de

ese pódium ni se le ocurra bajarse.

—Ya está. —He alejado mi silla para poder ver a Olga sin que la pantalla del ordenador se interponga entre nuestras miradas.

—¿Voy poniendo una botellita a enfriar para celebrarlo?

—Vamos a esperar un poco, siempre habrá tiempo. La asesoría de Santiago de la Fuente cerrará en unos meses.

—Lo conozco, es amigo y colega de nuestro jefe. Algunas veces les he oído hacerse consultas sobre alguna cuestión con Hacienda. Tiene la oficina en la calle San Fernando.

—Va a cambiar de profesión, hace meses sufrió un ictus y su movilidad ha quedado bastante limitada. Está transformando la casa familiar del valle de Pas en un hotel de esos que tanto gustan a los de Madrid, con su huerta, su gallinero...

—¿No me digas que nos vamos a hacer cargo de sus clientes?

—Eres lista, Olga, ja, ja, ja. Exacto, han llegado a un acuerdo y a partir del día uno de enero tendremos doscientas veintisiete nuevas empresas.

—Sabía que tenía mucho trabajo pero no imaginaba cuánto, no me extraña que le haya pasado factura, era un tipo demasiado exigente consigo mismo.

—Lo voy a conocer dentro de unos días. El lunes marcharé a Madrid. Tengo que acudir a las explicaciones del programa que usan ellos para la contabilidad y la elaboración de impuestos. El jefe ya tenía mucho interés en que cambiásemos porque es más completo y sus actualizaciones y servicio son, según él, las mejores del mercado.

—¿Y todo ese trabajo extra quién lo va a hacer? A mí me queda un año escaso para jubilarme.

—Nuestro jefe contratará a los dos empleados que tiene Santiago. El problema es dónde nos vamos a meter todos. Esta oficina no tiene suficiente espacio. Él se encargará de buscar un local mas grande, quizá se tarden meses, por lo que la oficina de la calle San Fernando permanecerá abierta el tiempo que sea necesario. De hecho ya ha acordado una renta para ese local. Yo iré todos los días y nuestro jefe también, tú puedes estar tranquila porque no vas a moverte de tu puesto.

—¡Qué alegría!, no me apetecía nada la idea de tener que andar de un lado a

otro todo el día.

—Me ha ofrecido un aumento de sueldo bastante considerable. Espero que no te disguste, Olga.

—Te ha ofrecido lo que te mereces. Y que tú seas quien asuma parte de esta responsabilidad es bueno, significa que confía en tu preparación. Mi vida laboral se está agotando y la quiero terminar tranquila. A ti te quedan muchos años para luchar y prosperar.

—¡Gracias, Olga!, estoy un poco asustada. Siempre he deseado aspirar a más; mejor sueldo, más responsabilidad, pero ahora me preocupa no ser capaz de hacerlo bien.

—Tonterías, tienes conocimientos, eres eficiente, sabes tratar con los clientes y eres muy ordenada, con esas armas no hay empresa ni contabilidad que se resista.

—¡Así será entonces!, ya puedes poner a enfriar el cava porque habrá que celebrarlo.

Ocho de la tarde, y como siempre soy la primera en llegar al bar. Menos mal que me conocen y me siento como en casa. Me incomoda mucho entrar en una cafetería, estar sola y no saber qué hacer.

—Hola. En cuanto Javier ha entrado por la puerta he dejado a Damián en sus brazos y le he explicado que ya están bañados y cenados. Solo tiene que ocuparse de jugar unos minutos con ellos y acostarlos. ¿No ha llegado Nuria?

—No, y yo acabo de llegar. Se nota que tenías ganas de quedarte sola porque nunca habías sido tan puntual.

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué es lo que tú no sabes bien? Porque seguro que yo te lo puedo explicar. Si se trata de una técnica sexual lo siento mucho pero tendrás que conformarte con la teoría, no me gustan las mujeres aunque sean un pivón como tú.

—Vienes contenta, ja, ja, ja. —Nuria casi siempre está de buen humor y nos lo contagia a Andrea y a mí—. Sentaos que hoy también invito yo, tengo algo que celebrar.

—¡Genial!, sea lo que sea que debamos celebrar. Aunque no será una estratagema para no hablarnos de Luis, ¿no?

—¡Uf!, lo había olvidado, habíamos quedado para hablar de él y de lo que pasó el sábado por la noche pero con la noticia que me han dado esta mañana lo había aparcado completamente.

—Opino —apunta Andrea— que lo primero es celebrar, después ya nos contarás que te traes entre manos con ese ligón.

—Levantemos las copas de vino, chin, chin. —Sí que tiene prisa Nuria por beber—. Bueno, somos todo oídos, cuenta...

—¿Otra ronda? A esta invito yo.

—Pídeme una Coca-Cola, Nuria, dos vinos está bien, tres es un comienzo de borrachera y un dolor de cabeza seguro. Y he dejado a los niños para una cita de chicas, no para volver a casa con las botas en la mano y el rímel corrido un día entre semana por la noche.

—Para mí otra, pero que sea *light*. —A ver si de una vez por todas reanudo el régimen.

—Yo continuaré con el vino, estáis hechas unas blandas, menos mal que estoy aquí para mantener el buen nombre de los Ángeles de Charlie. Vuelvo en un minuto. Ya nos hemos alegrado y brindado por tu ascenso bastante, ve preparando qué es lo que tienes que contarnos sobre Luis.

¿Y qué cuento? No hay mucho que decir, visto ahora es un coqueteo sin importancia. Lo suelto todo de un tirón, sin dejar ni una coma, y espero.

—Ya te dije yo que tenía que ser eso.

—¿Que tenía que ser qué? —Aquí la señorita Nuria hablando con Andrea como si yo no estuviese delante.

—¿No te acuerdas de nada? —Andrea me está asustando.

—¡Basta ya! Ya estáis contándome qué pasó.

—La culpa la tienen los mojitos. Fuimos a ese bar nuevo y te empeñaste en que lo tomáramos. Andrea y yo íbamos despacio porque estaba muy fuerte pero a ti, que ya venías contentilla, solo te faltó comerte los hierbajos del vaso.

—No me acuerdo. —Y estamos a miércoles, dudo mucho que recupere esas horas.

—Nuria y yo teníamos que ir al baño y había cola así que dijiste que nos esperabas fuera porque tenías mucho calor. Cuando salimos tenías a Luis hablándote al oído.

—Y no olvides su mano. Te sujetaba por la cadera. Parecía un león atrapando a su presa. —Nuria se relame frotándose las manos y nos tenemos que reír por lo realista que es su actuación.

—¿Os conté lo que me dijo?

—No, y mira que insistimos las dos. Ahí había tensión sexual y de la buena, y no te creas que solo estaba en él. Tú estabas más encendida que una bombilla.

—¡Qué vergüenza!

—De vergüenza nada. ¿Cuántos meses hace que no tienes una noche loca?, muchos, eso es necesario. Marta, o dejas salir el gas o la olla a presión estalla.

¡Señor, menudo ejemplo! ¿Tan evidente fue? y si tenía tantas ganas, ¿por qué me contuve?

—¿Y qué hicimos hasta que me trajiste a casa?

—Cuando Luis se marchó estuvimos hablando un rato con mi prima y sus amigas, después tú propusiste que fuéramos a tomar algo donde Luis, nos pareció bien y para allí fuimos las tres.

Estaba lanzada, y sin poder recordarlo. No hay derecho.

—Llegamos, encontramos hueco en la barra y ahí vimos a Luis, hablando con una rubia despampanante. Preguntaste qué queríamos tomar y pediste. Hasta ese momento habíamos tomado cervezas las tres en todos los bares y el mojito fue el único cambio que hicimos. Nuria y yo volvimos a las cervezas pero tú te pasaste a los chupitos y así acabaste dos horas después. En tu portal cantando no sé qué canción, porque no se te entendía nada y con los botines en la mano. Fin de la historia.

—Está claro que te enfadaste cuando le viste coqueteando con otra. —Será verdad lo que dice Andrea, aunque no sé por qué. Ya sé que Luis solo busca pasárselo bien.

—Lo mejor que pudo pasar fue verlo con otra, así me libré de cometer una tontería.

—No hiciste nada, eso está bien, pero si lo hubieras hecho también habría estado bien. A ver cuándo te quitas de una vez por todas esa especie de luto que llevas, mujer. Eres libre de hacer lo que te apetezca.

—Tienes razón, Nuria, la cuestión es que yo también me lo crea. —Me parece a mí que esa página de contactos va a echar humo esta noche. Dice el refrán que «la mancha de mora con otra se quita», y yo estoy dispuesta a encontrar moras aunque no sea la época. Pero lo haré en la intimidad, no quiero que me interroguen mis amigas cada cuarto de hora.

«Buenas noches, comenzamos este informativo con una noticia de última hora que acaba de llegar a nuestra redacción: la cántabra Marta Uslé ha anunciado su intención de tener una cita el próximo fin de semana. Se desconoce aún el nombre del sujeto que la acompañará. Les mantendremos informados.»

Dice el refrán que «mejor sola que mal acompañada». Yo estuve mal acompañada, aunque durante mucho tiempo no lo supe, y ahora estoy sola, y ni una cosa ni la otra. El refrán debería decir: «mejor dejar al que te acompaña mal a la primera ocasión y buscar un nuevo novio que sea un pivón». También se me ocurre: «si tienes un novio que te hace llorar, déjale sin dudarlo porque otro mejor estará por llegar». Saqué muy buenas notas en clases de lengua y haciendo pareados tuve un diez, ahí había algo y quien tuvo retuvo y deja, Marta, de pensar rimas que no van a llamar a tu puerta los chicos por generación espontánea, algo tendrás que poner de tu parte.

Me siento en el sofá con el portátil sobre las piernas. Me conecto, cambio la contraseña y comienzo el juego. De los ocho holas iniciales, cuatro de ellos han repetido hola con un interrogante. Interpreto que un modo de decir «¿oye, tú existes?, te he dicho hola y me gustaría una respuesta». También tengo varias visitas y tres nuevos saludos.

Cinco candidatos quedan descartados al mirar sus fotos. Tienen que ser ellos porque nadie pone una foto de alguien feo para ocultar su identidad. Aunque vete tú a saber lo que hoy en día es normal hacer, demasiados años fuera del mercado para conocer cuáles son las técnicas de ligoteo que hoy en día están de moda.

Hay una librería en el centro de Santander que vende revistas, algunas publicaciones las conozco, otras muchas no sé cómo se llaman pero tienen temáticas que me parecen «normales»: revistas de moda, de motos, de coches,

de viajes... y luego están los expositores de las revistas «raras», que para quien las edita y las compra contendrán una temática de lo más normalita pero están a años luz de mis gustos y aficiones.

Alguna vez he comprado alguna revista de recetas de cocina para mi madre. No he podido resistir la tentación y también he comprado dos o tres de casas de diseño. Me gusta ver lo que seguramente nunca pueda tener, las habitaciones con pocos muebles y grandes espacios, los baños con duchas de obra donde me imagino haciendo el amor con un hombre sexi, inteligente, cariñoso, con sentido del humor, lo que se dice «el paquete completo» hombre imposible de encontrar, en una casa que nunca veré más que en papel satinado, una crueldad de sueño.

Debería pasarme por allí y mirar si hay alguna publicación sobre cómo usar estas páginas de contactos. A estos chicos los he borrado y ahora no sé si me interesaría volver a mirarlos con más detenimiento. Quizá simplemente fueron espontáneos y pusieron una foto al azar, son guapos y lo que les ocurre es que no son muy fotogénicos. Sobre eso yo también puedo hablar y largo y tendido. Ni me reconozco en alguna de ellas. Tengo que mirar con quién he salido y el fondo de la fotografía para recordar que soy yo quien está ahí.

Yo no pondría nunca una de esas fotos en mi perfil, si ellos lo han hecho encuentro varias razones: son así de feos y los miro por donde los miro no vas a encontrar una belleza escondida en su rostro, o son poco fotogénicos y no les importa. Estos tampoco me interesan demasiado, si no les preocupa su imagen, a saber con qué vestimentas podrían aparecer en una cita. Y por último que se crean guapísimos, que me parece estupendo para su ego y lo serán para un sector de la población femenina, pero no para mí que soy la que tendría que ver su cara todos los días.

A mí no me gustan, por lo que uso el botón de eliminar conversación. Ni titubeo, tengo el superpoder de la invisibilidad y eso me da valor para continuar con el examen de los candidatos restantes.

Borro a otros tres con un solo gesto de mi dedo. No me fío de un tipo que escribe como si tuviera mucha prisa; «q tal wapi», no me quiero imaginar cómo será un hombre que se presenta de ese modo. No tengo control sobre la imagen que se forma en mi cabeza, muy a mi pesar le estoy visualizando:

músculos amontonados unos sobre otros, moreno brillante todo el año aunque estemos en diciembre, pantalón ajustado, camiseta ajustada con un escote que le llegue casi hasta el ombligo, ni un solo pelo desde el cuello hasta la punta del dedo gordo, cadena plateada al cuello con eslabones más gruesos que alubias. Corte de pelo con la última moda, cejas depiladas y tatuajes por todo su cuerpo.

¡Arg!, le acabo de imaginar seduciéndome, en bóxer. Lo lleva blanco para que resalte el moreno de su piel, tan justo que apenas puede formarse una tienda de campaña entre sus piernas, pero aun así su pene consigue estirar la tela, debe de tener también musculado su miembro. Se colgará pesas mirando películas porno para que su miembro se haga resistente. Tiene *piercings* en los pezones, ahí no pondría yo mis labios ni borracha, y tampoco tiraría del metal, me daría miedo que se desgarrase.

¿Tendrá ahí abajo también algún adorno?, ¿y en la lengua? ¡Uf!... ni loca dejaría yo que me hiciera nada, ¿y si se le engancha en alguna parte de mi cuerpo? ¿Y si esa parte es delicada y muy íntima y tenemos que llamar a emergencias para que nos desenganchen? Me están entrando sudores de pensarlo...

¡Cómo disminuye la lista! Solo tres, con fotos que probablemente serán falsas. Reviso su perfil y un chico más eliminado; mide menos que yo y eso no me entra a mí en la cabeza. No tengo nada en contra de los hombres cuya estatura es menor a la mía, del mismo modo que tampoco tengo nada en contra de las mujeres que son más altas que yo. Mi amiga Andrea, sin ir más lejos, mide seis centímetros más que yo y somos íntimas.

Pero no me seduce un hombre que sea más bajito que yo. Para eso soy bastante clásica, necesito que un hombre tenga un cuerpo mayor al mío. No necesito que sea un miembro de las fuerzas especiales y que tenga cinturón negro en cinco técnicas de defensa orientales. Pero sí que me gusta que pueda ser capaz de protegerme, aunque espero que nunca tenga necesidad de hacerlo.

No veo diferencias entre los dos restantes, son altos, delgados, les gustan los deportes (qué raro, aquí todos los hombres son deportistas, parece ser lo único que les gusta). Los dos tienen fotos que no podría criticar; morenos, sonrientes, pelo corto y oscuro; un físico bastante común entre los hombre con

los que me cruzo por la calle habitualmente. Uno de ellos vive en Santander y el otro a diez kilómetros. Mejor optar por el que no espero cruzarme todos los días por la calle si esto sale mal. ¡Te ha tocado a ti, Rubén!

Decido responder a su hola con otro hola mío. Al instante siento una sensación de nerviosismo en el estómago, respiro profundamente y pulso enviar. Ya está, he entrado en el juego. No está *on line*, ya lo verá. Todavía estoy pensando en lo que acabo de hacer cuando recibo el primer mensaje, no es de quien yo esperaba, es un nuevo visitante, estoy revisando su perfil cuando entran otros dos saludos. La razón enseguida aparece; he anulado mi invisibilidad y ahora saben que estoy conectada. No es mi foto, nadie sabe a quién está dirigiendo sus saludos, no arriesgo nada dejándome ver. Encuentro adictivo sentir cómo me buscan, que acepten mi físico, porque la chica de la foto y yo tenemos unos rasgos muy similares.

Y como guinda a este pastel Rubén contesta a mi «hola» con un «qué tal estás, Susan». Está ahí, al otro lado, y eso sí que resulta excitante. Contesto «muy bien, gracias» porque la educación es fundamental y porque no sé qué más poner. La hora siguiente se me escapa sin que me dé ni cuenta. No es su foto pero asegura que se parece bastante, el resto de su perfil es real. Aparejador con treinta y cinco años, trabaja donde reside y está deseando conocer chicas y quién sabe si alguna será su media naranja.

Tiene bastante tiempo libre ya que la mayoría de sus amigos tienen pareja, se han casado o lo harán en breve. Está harto de acudir solo a esas celebraciones. Le colocan en la mesa de los solteros con otros chicos y chicas que, como él, acuden también solos y resulta violento notar cómo sus amigos y amigas le empujan para que intime con otras mujeres, parecen celestinos y solo les falta ya sugerirle que se coloque para recoger el ramo que lance la novia.

Me río ante la imagen de Rubén alargando el brazo para coger al vuelo el ramo ante la cara de angustia de las mujeres. Yo he tenido suerte, en los meses que llevo sola no he tenido ninguna invitación y además de no tener que ponerme a recoger el ramo he salvado mi cartera.

La conversación es fluida, y muy a mi pesar me despido porque son las doce y todavía quedan dos días de trabajo. Prometemos continuar charlando y salgo

del programa con otras tantas visitas y saludos de chicos que se mantienen *on line*. Está claro que es la hora golfa pero yo no puedo perder más horas de sueño. Ya les contestaré otro día. Que mis primeras impresiones sobre Rubén me hayan hecho albergar ilusiones e imaginármelo como mi posible príncipe no le convierte en ello, de hecho podría transformarse en sapo y entonces tendría que continuar perdiendo horas de sueño las próximas noches.

¿Soy la única persona en España que tiene que levantarse pronto para ir a trabajar?

Estoy cansada, di unas cuantas vueltas anoche antes de poder conciliar el sueño. En cuanto salga del trabajo al mediodía me tumbaré a dormir aunque sea una hora. Recuerdo la cantidad de hombres que me saludaron y sonrío como tonta. ¡Vale!, ya sé que del mismo modo que han visitado mi perfil lo habrán hecho con otras quinientas chicas, pero me hace ilusión. Miro el reloj, si no pierdo tiempo podría sacar quince minutos antes de salir de casa para revisar si alguno más me ha visitado y sus perfiles.

Salto de la cama dejando la casa de mis sueños aparcada. Esto es el mundo real, soñar despierta siempre estará a mi alcance pero es hora de intentar que lo que deseo se convierta en mi vida y con ese impulso mental paso a la ducha canturreando.

Voy a estar en Madrid una semana. Tiempo de sobra para que se me pase la vergüenza si algo sale mal. Quiero una cita, está decidido. No quiero pasar otro sábado frente a la tele, o cenando en casa de mis padres, o buscando amigas que estén disponibles para salir.

Con la mente llena de imágenes sobre Rubén desayuno apoyada en la encimera de la cocina. Enciendo el ordenador para tenerlo preparado y me visto tarareando. Tengo veinte minutos, soy la mar de eficiente gestionando mi tiempo.

Si no recuerdo mal, cuando cerré el ordenador tenía nueve nuevos saludos y ahora hay trece. Esta red exige tiempo si lo que quieres es revisar los perfiles de todos los candidatos. Releo la conversación que mantuvimos Rubén y yo. Cuando estoy pensando en que no debo precipitarme salta el aviso de nuevo

mensaje, ¡y es de Rubén!

«Buenos días, espero que hayas dormido bien, yo no mucho porque estaba nervioso», ¡hummm qué tierno!, una persona sensible, que dice lo que piensa, acaba de ascender...

«He descansado poco», eso es cierto, pocas horas de sueño, y también he pensado en él. «Me gustaría conocerte mejor.» «A mí también.» Así de directos los dos, es probable que también haya salido de una relación dolorosa y quiera sentirse vivo de nuevo. «Podemos seguir conversando hoy si te parece.» «Me gustaría pero no puedo entrar en el programa en horas de trabajo.»

Tengo que estudiar mejor la página, ha tenido que decírmelo Rubén para darme cuenta de que se puede descargar la aplicación para el móvil. Me comprometo a hacerlo y me despido para ir contenta a trabajar.

—Buenos días, Marta, ¿esperas llamadas?

—¿Yo?, no, ¡ah!, lo dices porque llevo el móvil en la mano. Es para no olvidar que quedé en desayunar con mi hermana hoy y voy a mandarle un mensaje para recordárselo. —Es una mentira piadosa, mi hermana va a venir, ya me lo ha confirmado hace unos minutos. Lo que quiero es enviarle un mensaje a Rubén desde mi móvil con la aplicación recién instalada.

Aprovecho lo que he dicho y nada más sentarme le mando un saludo que me es correspondido al instante. Vuelvo a sonreír ante el desconcierto de Olga, que estoy segura estará pensando que es mentira lo que acabo de contarle. Me obligo a guardar el móvil dentro del bolso para no sucumbir a la tentación de mirar si tengo algún mensaje. Trabajo sin descanso las dos horas siguientes pero he de reconocer que siento el móvil, cómo me llama el muy cabr... me dice que le coja, encienda la pantalla y revise si Rubén me ha escrito. Yo resisto, pero me cuesta porque me lo está pidiendo con una vocecita...

—Buenos días, Olga, con tu permiso me llevo a mi hermana. Llevo horas pensando en la cafetería a la que Marta me llevó el lunes.

—Yo estoy a régimen así que aunque te lo suplique no me ofrezcas nada. Puedo tomar un café con leche desnatada y un panecillo de frutos secos. El

resto de la tienda está prohibida por el bien de las costuras de mis pantalones.

—¡Barata me sales!, no te preocupes que no te tentaré más de lo necesario.

Salimos riéndonos de la oficina y entramos en la cafetería en el momento en que las primeras gotas comienzan a mojar las aceras.

—Muy contenta te noto —me dice Mónica antes de meterse el primer bocado de tarta de almendras—, ¿está relacionado con algún hombre?

—He contactado con un chico a través de la página de encuentros a la que me apuntó tía Mary.

—¡No me jodas!, tenía mis dudas, parecías tan reacia que pensé que quizá nunca te atreverías. Cuéntame y no te dejes nada en el tintero.

—Mira, justo ahora me ha enviado un mensaje.

Le resumo lo poco que sé de Rubén y mi opinión de la página. Le enseño mi perfil y me hace sugerencias sobre cómo aprovechar el resto de los poderes que Mary ha dejado pagados.

—Un consejo te voy a dar, no me gusta hacer este papel pero como tengo experiencia no me queda más remedio; ese tal Rubén quizás es todo lo que dice ser y podría llegar a llamarle cuñado, pero también es probable que cuando lo veas te lleves una desilusión. Tómatelo con calma, hay de todo; gente buena y auténticos idiotas, en la misma proporción que puedes encontrar en un bar a las dos de la madrugada. Solo te lo digo para que no te desanimes si no das con tu príncipe azul en las primeras citas.

—Tienes razón, hemos intercambiado unas frases y ya me he montado mi película. —Soy medio tonta y mi hermana pequeña me lo acaba de recordar.

—No sabrás nada de ningún hombre hasta que tengas citas, y varias, del mismo modo que sucedería si lo conocieses en un gimnasio. Ellos van a hacer lo mismo contigo: examinarte.

—Cierto. Lo voy a hacer, estoy animada y actualmente podría ser el único aliciente en mi vida sentimental.

—Ya me ha contado mamá tus progresos en la empresa. Me alegro mucho, solo era cuestión de tiempo, Marta, eres muy eficiente y profesional y te lo mereces.

—Y tú eres la mejor hermana que tengo.

—¡Qué lista!, soy la única y voy a estar atenta aunque esté a miles de

kilómetros. Si necesitas algo no dudes en llamarme. Y tómatelo como un juego, así no sufrirás tanto.

Me despido volviendo al trabajo, pero antes de que Olga me pueda ver decido ser valiente y enviarle mi número de teléfono a Rubén tal y como me había sugerido. No recibo ningún wasap en horas y me siento un poco abatida. Tengo que obligarme a pensar que estamos trabajando y quizá no pueda disponer de su móvil o esté en una reunión.

Me concentro en trabajar recriminándome por ser tan poco profesional. No debería tocar el móvil en horario de oficina, y tampoco debería pensar tanto en alguien que no conozco. Me castigo quitándole el sonido al móvil y dejándolo dentro del bolsillo interior de mi bolso.

—¿Te ha hecho algo el móvil?, ¿alguien debería llamarte y no lo hace? Si es lo segundo dame su nombre y dirección y esta noche le hago una visita con mi bolso más grande.

—Ja, ja, ja. No sé si este invento ha sido un adelanto para la humanidad o un tipo de esclavitud.

—Menos mal que no se pueden enviar sentimientos ni empujones. De poder hacerse alguien quizás estaría ahora con un ojo morado.

—¡Noooo!, ha sido solo un momento tonto, uno de tantos.

—Tonto sí que es el que no te está atendiendo como mereces.

—Eso es verdad. Como no se dé prisa le borro de la lista. Y ahora voy a ver si me concentro y termino con este cliente antes de que llegue el jefe y me lo reclame.

Sin poder controlarme he sacado el móvil al entrar en el portal. Son casi las nueve y ni un solo mensaje de Rubén. En cuanto cene mi puré de verduras y mi yogur desnatado me conectaré y contactaré con otro chico. ¡Si lo que sobran son hombres!

—Hola, Marta, ¿qué tal?

—Hola —respondo automáticamente. Es Richard, antes de levantar la vista de la pantalla del móvil ya había reconocido su perfume y su voz me ha confirmado que voy a tener muy cerca a mi guapo vecino.

—Hola. —Ups la amazona. Buscaré una frase cortés para despedirme rápidamente.

—Bien, cansada, deseando llegar a casa para descansar.

No ha sido una frase suficientemente contundente por lo que veo. Richard mantiene la puerta del ascensor abierta y yo ya estoy dentro. Esto no pasaría si hubieran suprimido las puertas antiguas dejando únicamente las dos que se cierran automáticamente. Estoy prisionera y la amazona me está mirando con los brazos en jarras, lo cual me está provocando una ligera sensación de temor.

—¿En qué trabajas?, si es que puedo saberlo.

—Pásame las llaves del coche, te espero dentro. Hasta luego, Marta.

No entiendo a esta mujer, ¿será una trampa? Y la respuesta de Richard también me deja desconcertada, le ha lanzado las llaves sonriendo.

—Trabajo en una asesoría.

—Entonces quizá tenga que pedirte una cita para que me hagas la declaración de la renta. Yo para eso soy muy patoso.

—Todavía faltan bastantes meses, pero si llegada la fecha todavía estás interesado te la haré y sin cita. Se lo comentas a Sonia si yo ya no estoy aquí viviendo, ella me podrá localizar a través de mi madre.

—Si me das tu teléfono te hago una pérdida para que también tengas el mío, por si vuelves a salir y necesitas ayuda. También podríamos tomar un café.

Su sonrisa tiene poderes hipnóticos y por unos instantes solo soy capaz de pensar en lo bonito que suenan sus palabras formadas por esos labios que me muero por probar. Por suerte la cordura se impone. Tiene pareja y está a pocos metros, esperando sentada en el coche. Y yo estaría loca si aceptase cualquiera de sus propuestas.

—Espero no haberte asustado, si es así lo siento. No suelo ser tan osado pero me gustas. No sé si debería habértelo dicho pero no he podido evitarlo.

¡Menudo caradura!, me dan ganas de ponerle verde ahí mismo pero quiero mantener la tranquilidad durante el tiempo que viva en este piso y tampoco quiero que al regreso de Sonia y Antonio sus vecinos hablen mal de mí. Así que opto por una huida a terreno seguro.

—Me van a asignar nuevo número en unos días, ya hablaremos entonces. Ahora si me disculpas estoy muy cansada y tengo que poner una lavadora y tenderla antes de irme a dormir.

—Claro, perdona y buenas noches.

Libera la puerta y su cara mientras esta se cierra es todo un poema. Casi siento lástima por él, pero se queda en un casi, si quiere tener una aventura no seré yo quien se lo recrimine pero no quiero formar parte activa de su infidelidad. No sé si voy a ser capaz de mirar a la amazona sin poner cara de póker.

No entiendo a los hombres, reconozco que existe un componente morboso en actuar a escondidas, planificar lo prohibido, saber que tienes una vida paralela que tu pareja desconoce. Pero el daño que se puede infringir a otra persona, si esta se entera, es terrible, y debería servir para olvidar cualquier actuación y mantener la fantasía en donde no pueda escapar: en la mente.

Siento rabia porque Richard pertenezca al grupo de hombres que humillan a las mujeres con sus aventuras y al mismo tiempo me siento halagada por que se haya fijado en mí. Aunque solo quiera un revolcón de media hora sin otra despedida que no sea un «ha estado bien», me gusta que lo haya intentado conmigo y eso me hace sentir mal.

Con el móvil vibrando entro en casa, paso directamente al salón y me dejo caer sobre el mullido sillón de terciopelo. Ya no me parece tan feo, debe de ser la costumbre. Es Rubén, aclara los motivos por los cuales no me ha escrito ni una letra en todo el día. Se ha estado conteniendo para no resultar pesado. ¡Qué mono!

Hablamos tanto y de temas tan diversos que casi dejo el puré reducido a un fósil en el microondas porque al estar centrada en nuestra conversación pulso diez minutos en lugar del minuto que necesitaba para calentar la comida. Continuamos con nuestro intercambio de mensajes, a veces soy yo quien demora la respuesta al estar cepillándome los dientes y en otros casos es Rubén quien se disculpa por estar colgando la ropa recién lavada.

Vernos, tomar un café para conocernos, surge de un modo tan natural que dejamos la cita pactada para el sábado a las ocho de la tarde en una de las cafeterías cercanas a la zona de Cañadío. «Por si acaso nos gustamos», apunta Rubén, «y queremos cenar juntos y tomar alguna copa».

Me meto en la cama satisfecha por mi osadía. ¿Y si no se parece al chico de la foto?, ¿y si ha cambiado «accidentalmente» los números y mide veinte

centímetros menos y pesa veinte kilos más?, ¿y si es tal y como dice y es encantador y es el comienzo de algo maravilloso? Me duermo repasando todas las posibles variables, lo cual no me lleva a ningún destino porque no voy a saber nada hasta el sábado. Mi último pensamiento es para Richard.

«Abuelita, abuelita, qué dientes tan grandes tienes... son para comerte mejor.»

—Buenos días, Olga, por decir algo porque está cayendo y de qué manera.

Me había olvidado de que hoy es viernes y Luis siempre trae la documentación. Con su pinta de juerguista y vividor es el cliente más ordenado que tenemos. Da igual que tenga dos facturas que quinientas. Si no hay una causa importante que se lo impida, no falla ni un solo viernes.

Levanto la cabeza y lo que veo me tranquiliza, me está sonriendo, y aunque sé que tenemos que hablar, no me siento demasiado incómoda.

—Te voy a proponer un trueque: te entrego estas facturas y a cambio me llevo a Marta a tomar su café con leche desnatada y sacarina.

—Acepto —dice Olga alargando la mano para coger los papeles—, con una condición.

—¿Cuál?

—Que vuelva riéndose.

—Trato hecho. Aunque tenga que hacerle cosquillas, pero te prometo que entrará por esa puerta riéndose.

—Por si no lo habíais notado estoy aquí. —Me levanto atándome la gabardina hasta el cuello.

—Lo he notado muy bien, Marta. No cojas ese paraguas que yo tengo uno doble y sirve para taparnos los dos.

Aquí se aprovecha todo, pienso cogiendo mi bolso. Hasta un paraguas sirve de excusa para el acercamiento. Estoy tan contenta por tener mi cita para el sábado que nada me incomoda y acepto el brazo que Luis me ofrece para salir

a la calle protegidos bajo el enorme paraguas rojo de un campo de golf cuyo nombre ni siquiera acierto a pronunciar.

—Es de Escocia, el golf no es un deporte que me apasione pero sí lo hacen sus campos y este en concreto es una maravilla. Hasta el té con pastas tomé en su club, en una mesa con vistas al campo. Quería tener un recuerdo, pero uno que a mí me fuera útil y lo único que encontré fue este enorme paraguas. Y si esperas lo suficiente compruebas que todo tiene sentido, ahora te puedo tener muy cerquita gracias a él.

—Es más grande que una sombrilla —comento yo en un intento de desviar la conversación o al menos aligerarla—, yo no tengo fuerza para aguantarlo con este viento, es un paraguas de hombre, o de mujer culturista.

—Y tú no eres ni una cosa ni la otra, eres una mujer femenina y delicada.

La conversación se interrumpe al llegar a la cafetería. Luis me cede el paso y yo entro sintiendo un escalofrío por la diferencia de calor que hay entre el exterior y el interior del local. Luis me señala una mesa que hay en un rincón. Mi intención era tomar mi café en la barra pero no me cuesta nada decir que sí y dejo la gabardina en el respaldo de la silla para que suelte las gotitas que, incluso bajo el cobijo de la enorme sombrilla roja, han conseguido llegar a mi ropa.

—¿Qué tal estás?

—Bien, como siempre. —Ya sé yo por dónde viene esa pregunta pero tendrá que insistir más si quiere mis respuestas.

—Lo pregunto por el sábado pasado. He pensado en venir a verte todos los días pero tampoco quería resultar pesado, así que he aguantado hasta la llegada de mi día habitual de visita.

—Ya lo veo. —El camarero deja en la mesa mi café y su capuchino y se aleja silbando.

Un humor envidiable en este día de perros, me encanta la gente que es capaz de separar su estado de ánimo de la climatología. Yo estoy intentándolo, de hecho hoy no me está afectando lo más mínimo la humedad ni la oscuridad. A lo mejor ese camarero tiene también su perfil en la red social, y se lo pasa de lo lindo chateando y ligando en invierno. Y por esa razón le importa tres narices que los del tiempo hayan anunciado que la borrasca está muy a gusto

en el Cantábrico y que no se piensa mover durante varios días. Y que lo que está haciendo es guardarle el sitio a la ciclogénesis que se está formando en el Atlántico y que nos dejará, sin haberlo pedido, nieve, granizo, bajada brusca de las temperaturas y vientos de más de cien kilómetros por hora. Espero que no alcance Madrid.

—Me dejaste desconcertado Marta, te estaba esperando en el bar como tú sugeriste y cuando entraste ni respondiste a mi saludo.

—No te enfades por lo que voy a decirte: no recuerdo nada, ni de nosotros en concreto ni de nada en general. —Es la verdad, qué sentido tiene andarse con rodeos cuando lo cierto es que no tengo ni un solo dato de esas tres horas.

—¡Uf!... eso lo explica todo. Cuando hablamos sí te noté contentilla pero respondías bien así que no imaginé que estabas tan afectada por el alcohol.

—No recuerdo hablar contigo, ni ir a tu bar, ni beber tanto. El domingo por la mañana me desperté sintiéndome fatal y con la firme intención de no tomar más que dos copas en las próximas salidas.

Luis se ríe y aprovecha que yo también lo hago para rodear mi mano con las suyas. Son grandes y calientes y en otro momento me hubieran causado incomodidad o nerviosismo. Hoy, con mi mente concentrada en mi próxima cita, que su dedo (el gordo) acaricie mi piel me parece curioso pero no me altera.

—Podríamos retomarlo donde lo dejamos el sábado.

—Para eso tendría que saber primero qué es lo que hay que retomar.

Refréscame la memoria.

—Nos saludamos a la salida del bar de los mojitos. Yo había ido a pedir prestada una botella. Es una bebida que nadie toma, de hecho la botella que tenía en el bar la compré hace meses y todavía contenía líquido. El sábado una cuadrilla entera pidió un combinado con ese ingrediente y la vaciaron.

—No sabía que os prestaseis botellas.

—Generalmente compramos botellas suficientes de las bebidas más solicitadas pero alguna vez suceden cosas como estas y nos ayudamos si podemos.

—Me parece bien. —Como cuando la vecina te pide sal o un poquito de azúcar. Pero esto solo sucede en las películas. Nunca he visto a mi madre

tocando la puerta de la vecina para que le dé un huevo. Si no hay huevos se cena carne, o si no leche con galletas, que algo para echar a la boca siempre hay en la nevera.

—Nos saludamos y me contaste que estabas celebrando tu cumpleaños. Te sugerí que lo celebrásemos los dos juntos y te pareció buena idea.

—¿Qué tipo de celebración? —Esa palabra es muy poco concreta, puedes celebrar con unas amigas, con tu familia, o como me imagino celebrar al estilo de Luis, en la intimidad, muy cerquita y con poca ropa.

—Yo no sabía que era tu cumpleaños así que no tenía regalo para ti. Tuve que improvisar y me ofrecí a prepararte el desayuno y llevártelo a la cama: café, zumo de naranja y tortitas con nata y crema de chocolate.

—¿Y acepté? —Claro que lo hice, fui osada y me lancé.

—Sí —y el brillo habitual de sus ojos se intensifica—, todavía era pronto, tú querías estar más tiempo con tus amigas y yo tenía que volver al bar; hasta las cuatro suele haber mucha gente y no quería dejar solos a los dos camareros porque uno de ellos hace pocos días que ha empezado a trabajar y aún está un poquito verde.

—Te escucho y me parece imposible no recordar nada, pero así es.

—Ya te cuento yo el resto; a eso de las tres y media entrasteis las tres y os acercasteis a la barra a pedir. Yo estaba hablando con una amiga cuando te vi. Me despedí de ella para ir a tu encuentro pero tú me miraste con cara muy rara, cogiste tu bebida y saliste del bar. Pensé que me esperarías fuera porque dentro hacía mucho calor. Continué trabajando hasta que empezó a parecerme raro que no entraras a buscarme. Salí y ya no estabais.

No está en mi cabeza esa secuencia, pero como si lo estuviera, me enfadé porque estaría coqueteando con otra, que es lo que siempre hace y lo que está haciendo conmigo. Me fui porque me entró la cordura pero no se lo voy a decir, no tiene sentido.

—Muy callada te has quedado. ¿Intentas recordar o crees que lo que te estoy contando no es lo que sucedió?

—Te creo, ja, ja, ja. Mis amigas también me han contado algo parecido, pero sin incluir tu propuesta.

—Eso es porque te la hice muy cerquita de ese cuello tuyo tan bonito.

Otro intento; es lo que el mojito me hizo olvidar; que yo le gusto a Luis pero también le gusta María, Laura, Manuela...

Me gusta Luis, como me gustan algunos actores que veo en las películas. Es una ilusión, algo bonito con lo que soñar, pero la realidad se impone y no quiero tener nada que ver con Luis, ni con su modo de vida, ni con sus coqueteos que no pude ni borracha soportar.

—Tengo que volver al trabajo. Olga es muy buena y no me dirá nada pero no quiero abusar.

—Lo entiendo.

Se levanta y toma mi brazo para salir. Ha dejado de llover y lo agradezco. Mejor que haya espacio entre los dos para que no tenga excusa y vuelva a acercarse demasiado.

Caminamos en silencio los cincuenta metros que nos separan de la oficina. Se para frente a la entrada y me abre la puerta, casi estoy libre pero es un casi porque cuando voy a entrar me toma por el brazo suavemente.

—Podríamos quedar este sábado, una cita formal, tomar algo juntos, una cena en un lugar público, quizás un paseo si el tiempo lo permite.

Suena muy bien pero soy inmune a sus encantos. Incluso borracha pude darme cuenta a tiempo de qué tipo de hombre es Luis. Le gustan mucho las mujeres; todas las mujeres y sé que aunque ahora parece sincero en sus sentimientos yo siempre albergaría dudas.

—Lo siento, pero no puedo, el domingo tengo que coger el avión pronto. Estaré unos días en Madrid por trabajo y mi hermana también se volverá ese día a Canarias así que hemos quedado el sábado.

—¿A comer?

—Sí. —¡Joder!, acabo de meter la pata y hasta el muslo. Ahora me dirá que su propuesta se refería al sábado por la tarde y me tendrá acorralada.

—Podría recogerte a la hora que tú me dijese.

—He quedado con un amigo para tomar algo. Hace mucho que no lo veo y no me parece bien cancelarlo.

—¿Lo conozco?

—No creo, pero quién sabe. Gracias por el desayuno. —Huida hacia delante. Ni vuelvo la cabeza para que no me capture con la mirada y me

sonroje por la trama que he montado para no quedar con él.

Me siento y finjo estar muy ocupada ordenando facturas. Pero me distraigo con una inquietud que se acaba de instalar en mi cabeza. ¿Y si Rubén es amigo de Luis? No está bien lo que hice el sábado. Es un cliente y ahora me siento algo comprometida. Si me hubiese mantenido sonriente ante sus indirectas ahora no me pasaría esto. Esto te sucede, Marta, por jugar con fuego, tú te quemas siempre, no tienes la protección necesaria. Espero acordarme en lo sucesivo. Es improbable, pero no imposible que surja una situación similar con los nuevos clientes a los que empezaremos a tratar dentro de dos meses, pero mejor no olvidar esta experiencia.

Un mensaje de Rubén me hace relegar a Luis y sus atrevidas propuestas. Está nervioso por nuestra cita. Yo también empiezo a estarlo, no tengo hambre, y la dieta se ha vuelto sin darme cuenta muy fácil de seguir, llega la noche y me voy a la cama con un recuento de dos cafés con leche desnatada, un plátano y un yogur.

¡Sábado!, a las ocho ya estoy desesperada y salto de la cama. La comida en casa de mi madre para despedirnos de mi hermana va a ser muy dura, parece que me hubiesen colocado una puerta de hormigón en el estómago. Me resulta imposible tomar el café que acaba en la red general de saneamiento. Tendré que poner alguna excusa, un virus de estos invernales a los que mi madre responderá con una manzanilla.

Limpieza general, en algo me tengo que entretener. Dejo mi cuarto, la cocina, el baño, el pasillo y el salón brillantes y ordenados y reviso que tenga limpia la ropa que voy a meter en la maleta para mi estancia en Madrid. Plancho también algunas prendas y repaso que mi neceser contenga lo necesario para no tener que acudir a tiendas a comprar champú o pasta de dientes.

Los mensajes en el móvil se suceden. Mi hermana proponiéndome quedar antes para que le cuente mis avances con Rubén; acepto y resto una hora al tiempo que me queda antes de salir de casa. Andrea, que ha decidido que necesita renovar el vestuario y tiene que hacerlo hoy, antes de que se

arrepienta. Ha dejado de llover, de hecho anuncian una pequeña tregua hasta el lunes y Javier se llevará a los niños al parque. Resto otras dos horas, y por último resto otra media hora para la ducha, así que me queda media hora que decido rellenar revisando mi red social por pura curiosidad.

¡Guau!, veintisiete mensajes y más de noventa visitas. ¡Me encanta!, espera un poco, Marta, y no te emociones, esas visitas son como las miradas que yo dediqué el sábado por la noche a los chicos que había en los bares a los que entrábamos. También he mirado y bastante al que repara la fotocopidora de la oficina porque tiene un cuerpo de infarto y a los que corren con esas mallitas tan ajustadas. No sé si los hombres verán sexi a una mujer haciendo deporte pero a mí un hombre alto y delgado haciendo *running* y con su cuerpo musculado me parece mucho más atractivo que si fuera con traje conduciendo un deportivo.

A lo que iba que me despisto, las visitas son miradas, los mensajes son los que importan pero no voy a verlos, he quedado con Rubén y ni me parece bien ni me apetece conversar con otros chicos.

Otro mensaje ha entrado en el móvil, es Rubén que me da los buenos días. No ha dormido casi nada y está deseando que llegue la hora de nuestra cita. Yo también tengo nervios en el estómago y comparto con él estas sensaciones. Me gusta que sea sincero, que no oculte ningún sentimiento. Está preocupado por si no le gusto. ¡Qué tontería!, yo no soy tan superficial y si se parece al de la foto no tengo por qué preocuparme.

Le propongo que me envíe una foto, así será más fácil encontrarnos en la cafetería, pero opina que lo mejor es mantener la tensión hasta el final. Esta sensación de misterio, de dejarse llevar y ser valiente me gusta, me hace sentir libre y atrevida, por lo que no insisto nuevamente en ver su cara real. Intercambiamos tantos mensajes que cuando miro la hora compruebo que me quedan quince minutos.

Llego puntual pero Andrea ya está dentro de la tienda revisando los percheros de los abrigos. Dice que no tiene nada que ponerse, la última prenda «normal» la compró hace más de tres años, desde entonces sus únicas adquisiciones han sido ropas para mujer embarazada.

Ella dirá lo que quiera pero está, como siempre, guapísima. Hay gente que

sabe comprar, sabe cómo combinar y sabe llevar un trapito para que parezca sacado de un desfile de alta costura. Andrea tiene ese don, desde niña nos daba ideas sobre cómo peinarnos, con qué camiseta poner ese pantalón de color irreconocible que la tía de Nuria le había regalado por su cumpleaños para convertirlo en el *look* del verano o cómo invertir quince euros en unas alpargatas amarillas y ser las más *fashion* del barrio.

—¡Qué puntualidad!

—Javier se ha llevado a los niños pronto porque en casa estamos en movimiento desde antes de que saliera el sol. Al pequeño le está saliendo su primer diente y no ha parado de llorar. Nos hemos levantado tantas veces que al final me lo he traído a nuestra cama porque estaba helada con tanto paseíto. Ha dormido una hora seguida pero ha vuelto a llorar y ha despertado a Marcos. A las nueve ya habíamos desayunado los cuatro y a las diez no sabíamos qué hacer con ellos en casa. Menos mal que había quedado contigo, dar vueltas por ahí sola como una perdida no me gusta.

—Ya sé que se te pegan los hombres como si fueran moscas y tú, un tarrito de miel.

—Me siento muy violenta, Marta, no sé por qué lo hacen, chicas guapas hay muchas y yo no miro con ojitos picarones a nadie y tampoco me visto para pedir guerra.

—Tú eres guapa, Andrea, pero lo más atrayente de ti es tu sonrisa, en cuanto alguien te mira tú le sueltas tu sonrisa de anuncio de dentífrico, la ofreces a mujeres, niños y hombres y estos últimos no entienden que es solo cortesía.

—No puedo controlarlo, no me doy cuenta de que lo hago así que tú me dirás qué hago si voy sola; ¿me pongo un esparadrapo en la boca?

—¡Yo qué sé!, prueba a pensar en cosas desagradables.

—¿De qué tipo?

—A ver... a ese chico que se acerca, piensa que le huele el aliento a hígado.

—¡Qué asco, Marta!

—Pero da resultado, se ha marchado de la tienda.

—Así no puedo estar todo el tiempo, se me ha revuelto el estómago pensando en hígado, lo odio.

—Lo puedes usar únicamente cuando te sientas acorralada, será tu arma

secreta.

—Y tanto que secreta, porque tú me dirás a quién le puedo contar yo semejante sandez.

—¿Cuál es su secreto de seducción, señorita Andrea?: «El hígado.» Curiosa respuesta, ¿y cómo lo utiliza exactamente para que se fijen en usted? «En realidad lo uso para que seduzcan a otras.»

—Estás como una cabra, Marta, vas a tener razón en lo de esa casa, te está afectando, ja, ja, ja. Anda, ayúdame a cargar prendas que voy a dejar la tarjeta de crédito del mismo modo que dejé a Javier esta mañana; temblando.

Después de tres tiendas de ropa, dos de calzado y una visita a una cadena de ropa interior nos sentamos agotadas en un bar para reponer fuerzas.

—Me resultaría difícil decir qué cansa más; atender a los niños o ir de compras. Hora y media y necesito una siesta para reponerme.

—Tómate el resto del día, no creo que haya madre más sacrificada que tú. Y Javier es muy buen padre, se apañará perfectamente.

—Lo haría encantado, pero en este equipo de dos nos repartimos el trabajo y nunca abusamos el uno del otro, por eso funciona. Fui yo quien decidió dejar aparcado el trabajo para atender a nuestros hijos, y me parece un lujo poder hacerlo. Cuando Javier llega de trabajar, y ya sabes cuánto se está esforzando para captar nuevos clientes y afianzarse en un mercado donde la competencia es terrible, lo primero que hace es cambiarse se ropa y bañarlos, o jugar con ellos, darles la cena... lo que toque.

—Ya os he visto, y me dais mucha envidia de la buena. —Javier es un tipo estupendo, me cayó simpático desde el primer día en que Andrea nos lo presentó y se desvive por ella, lo cual no resulta difícil porque mi amiga es todo corazón y un bombón de mujer.

—Nos encontramos en muy buen momento y espero que dure muchos años. Damián cumplirá un año en primavera, extenderé a cuatro horas diarias su estancia en la guardería. He aceptado colaborar con una revista de moda.

—¡Felicidades!, me alegra mucho que hayas decidido volver a trabajar en lo que te gusta.

—De momento será un trabajo que haré desde casa, tendré que viajar un par de veces al mes a Madrid a la redacción, pero el resto del tiempo me podré

organizar libremente. Es una nueva sección y estoy ilusionada, si a los lectores les gustase la ampliarían y entonces no me quedaría más remedio que hacer algún viaje a Londres, Nueva York...

—Yo podría ser tu secretaria, pero pensándolo mejor voy a estar bastante liada con la absorción de los nuevos clientes, tendré que conformarme con escucharte.

—Es algo a largo plazo, quizá no cuaje, pero si lo hace hasta dentro de un año no haría ningún viaje, tiempo de sobra para poder organizar los itinerarios y hacerlo las tres juntas.

—¡Me encantaría!, me conformo con tres días en Nueva York. Solo de pensarlo ya me estoy emocionando.

—A mí lo que me está entrando es hambre. Las tortillas tienen una pinta estupenda, voy a pedir una de jamón y queso, ¿te animas?

—He desayunado bastante. —Mentira pero no me atrevo a contar nada de mi cita con Rubén, me da bastante vergüenza explicar cómo he contactado con él—. Yo con la cervecita con limón estoy servida. Voy al baño mientras pides.

Dos tragos he podido tomar, a este ritmo voy a perder todos los kilos que me sobran y también los que me hacen falta. ¿A nadie se le ha ocurrido montar una clínica de adelgazamiento utilizando este sistema? «Clínica de adelgazamiento La Nerviosa, le garantizamos que en quince días bajará todos los kilos que le estorban sin recurrir a ningún medicamento, solo notará algunos pequeños efectos secundarios como pérdida de sueño que se pasarán tan pronto termine nuestro tratamiento.»

¿Dónde están los baños en este bar, en el inframundo?, hay que bajar escaleras y cruzar un pasillo. No me siento cómoda, me está dando un poquito de aprensión pero considero una tontería dejarse llevar por esta sensación con la edad que tengo, así que entro bajándome los pantalones lo más rápido que puedo para terminar pronto y regresar al mundo de los vivos.

Tiro de la cisterna antes de acercarme, es una costumbre y una manía, siempre estará todo más higiénico si el agua arrastra «lo que sea» que pueda haber quedado ahí. Hago pis acompañada de unos extraños ruidos, y pensando qué pueden ser vuelvo a tirar como acto reflejo. Todavía con los pantalones en la rodilla observo con horror que el agua «no corre» en el sentido que debiera,

la taza del inodoro se está llenando, por lo que me termino de vestir a la velocidad del sonido y descorro el pestillo para salir corriendo.

¡Joder!, la puerta no se abre, el pomo gira sobre sí mismo pero no parece que enganche ningún muelle ni pieza, está suelto y el agua (y lo que no es agua) está comenzando a rebasar el borde.

Grito y golpeo la puerta. No se oye nada al otro lado y antes de que me alcance lo que no quiero ni mirar me siento sobre el lavabo con la esperanza de que aguante mi peso. La puerta tiene holgura en su parte inferior, algo positivo, no moriré ahogada, pero sí sepultada por los residuos sólidos que no pueden pasar por un hueco tan pequeño. El agua los arrastra hasta la puerta y si continúan agolpándose taponarán la salida, no me quedará otra opción que bajarme y moverlos con la escobilla del váter, que tiene el mango de un color parduzco bastante sospechoso.

Los minutos pasan y el agua que rebosa comienza a hacerlo más lentamente. Ha quedado un pequeño paso y por ahí se escapa. Andrea tendrá que acudir de un momento a otro, por muy tardona que me considere, diez minutos en el baño es mucho tiempo.

—Marta, ¿estás bien?

—Perfectamente, no comeré en un mes pero por lo demás estoy bien. Está atascada la puerta y la tubería también.

—Ya veo cómo está el suelo, subo a avisar y bajo de nuevo.

—Okey, yo me quedo aquí esperando. —Si pudiera irme ya lo habría hecho.

Treinta segundos más tarde se oyen pisadas y veo cómo se mueve el pomo hacia los dos lados.

—Señorita, apártese de la puerta lo que pueda que le voy a dar una patada, porque no hay modo de abrirla.

—Entendido. —Al menos el baño es de buen tamaño y la puerta queda lejos de donde yo estoy sentada. No tendré que meter mis botas entre la inmundicia.

El primer golpe deja la puerta donde estaba, al parecer eso solo sucede en las películas, esto es la vida real y el muchacho tendrá que esforzarse mucho más si quiere hacer saltar la puerta y liberarme. Otro minuto de espera y el nuevo golpe es mucho más fuerte que el primero, tanto que la puerta sí que salta de sus bisagras quedando únicamente sujeta de la superior.

—Hola, yo ya me he manchado los pies, lo mejor será que te saque en brazos para que no tengas que permanecer ni un segundo más aquí, el olor es mareante.

Asiento porque no me salen las palabras, este chico es enorme, no es lo que se dice un tipo guapo pero tiene una sincera sonrisa que compensa y me dejo transportar hasta una zona seca donde me deja en el suelo como si yo no pesara nada.

—Hola, soy el encargado de la cafetería. Lamento mucho lo sucedido, cualquier daño se lo abonaremos en cuanto nos lo indique. —El hombre que me ha hablado se está retorciendo las manos a causa de los nervios. Está en el primer tramo de las escaleras, parece que preparado por si tiene que huir ante mi ira. A mí solo me interesa salir y respirar aire no contaminado aunque el olorcillo nauseabundo se me ha colado en el cerebro y tendré que meterme a remojo en la bañera, echar sales de baño con olor a lavanda y enjabonar varias veces mi pelo para que esta experiencia se quede en un recuerdo.

—No me he manchado, creo, y de momento lo único que necesito es irme a mi casa. Si observo algún daño ya regresaré otro día a comunicarlo.

—Gracias y nuevamente ruego perdone lo sucedido. —El hombre se marcha a paso rápido buscando aire limpio y nosotros tres lo seguimos.

—Te doy las gracias por liberarme, está claro que tienes los músculos de las piernas en forma.

—Lo he encontrado yo en la calle —me comenta Andrea—, salí a buscar a la policía y casualmente pasó Fede, es monitor del gimnasio al que iba antes de empezar a perder la figura. Trabaja en la brigada municipal y como está de servicio sus botas de goma han sido tu salvación.

—Muchas gracias, Fede, por pasar delante de la cafetería y por conocer a mi amiga Andrea.

Salimos y aunque Andrea insiste en que no huelo mal yo no lo tengo tan claro y opto por irme a casa para rascarme la piel y cambiarme de ropa.

—¿A que es un encanto Fede?

—Sí, tiene cara de buena persona. Y un montón de fuerza.

—Solo tiene una peguita para nosotras las mujeres.

—¿No me digas que le gustan los chicos?

—Concretamente su chico, llevan juntos desde el instituto y son uña y carne.

—Cada día que pasa descubro que tengo menos posibilidades. Me marchó, ya os contaré qué tal por Madrid.

—Tú diviértete todas las noches, ni se te ocurra quedarte en el hotel si tienes posibilidad. Ya tendrás oportunidad de aburrirte a tu regreso, hasta Navidad esto queda muy triste.

Espero que el resto del día sea mejor, porque lo que es la mañana no puedo decir que esté resultando muy satisfactoria. Canelo el Martini con mi hermana con la promesa de que le contaré las causas después de comer y también le informaré sobre Rubén.

Llego justa de tiempo y con la piel y el pelo más limpio que si me lo hubiesen tratado en un centro de alta tecnología de esos que están esterilizados. No creo que haya resistido vivo ni un solo ácaro.

Cuento lo que me ha sucedido y resulta un pretexto muy creíble para rechazar los succulentos platos que mi madre ha preparado.

Paso a mi habitación con la excusa de buscar alguna ropa más de abrigo que llevar a mi nueva casa y mi hermana me sigue para ayudarme.

—Bueno, cuenta todo, de la «a» a la «z».

—Hemos quedado esta tarde en una cafetería del centro.

—¿Le has visto la cara?

—No, y él tampoco ha visto la mía.

—¿Y a quién le importa que él no te haya visto?, tú necesitas verle a él. Ahí has metido la pata.

—La foto de su perfil es parecida a su cara real. Eso al menos me ha dicho.

—Y tú, tonta de ti, te lo has creído. Espero que sea como dices pero no te aconsejo que lo vuelvas a hacer.

—Mujer, igual de desconfiado podría haber sido él.

—Y yo te repito que eres guapa, Marta, pero no sabes si él es igual de sincero que tú.

—En tres horas lo averiguaré, es muy majó, sensible, educado... de momento me gusta lo que he hablado con él.

—¿Dónde tienes los pies?, porque te los tendría que atar con una cuerda y pegarlos al suelo. Mañana no coincidiremos porque mi avión sale pronto pero

mándame un mensaje por la noche y de paso me envías una foto de él. Si me he equivocado me disculparé las veces que sea necesario.

Me despido de mi familia algo inquieta. Pero hoy, sábado por la tarde, tengo una cita y eso es lo que importa y levanto mi ánimo pensando en qué conjunto me pondré y cómo arreglaré mi pelo.

Me pongo toda la ropa que me eligió mi hermana porque ahí yo solo hice de maniquí y pagadora. ¡Qué buen gusto tiene la puñetera!, me siento cómoda y sexi con cada una de las prendas. Escojo, porque todo no puedo llevarlo puesto, un jersey de un color parecido al de la berenjena cuyo cuello es tan amplio que deja medio hombro y parte del escote al descubierto. El pantalón negro, cuando lo probé, no dejaba pasar la sangre de lo ajustado que me quedaba, ahora me siento estupendamente, en apariencia igual de justo pero sin resultar asfixiante. Los botines, que no me hicieron nada de gracia en el escaparate, llegan hasta los tobillos y son de ante negro y descubro encantada que me gustan.

La imagen que me devuelve el espejo soy yo, no me siento disfrazada, puedo caminar con paso firme porque el tacón no es alto aunque lo parezca. Saco de la bolsa la chaqueta de cuero negra que mi hermana se ha empeñado en que lleve hoy. La compró en un viaje a Londres y es perfecta para cualquier ropa, le da ese aire de niña mala y segura de sí misma que hoy necesito.

¡Pelo bonito!, le digo colocándome un mechón detrás de la oreja. Tiene mente, piensa y ha hecho bien en ser domable y secarse formando grandes rizos repartidos uniformemente. Sobre la taza del baño descansan las pinzas de alisar, ya que pensaba dejarlo más liso que el cabello de una japonesa. Las recojo informándole a mi cabello que siempre que sea tan obediente se librará de sentir los ciento ochenta grados de la maquineta.

Falta media hora, estoy vestida, pintada y peinada. La cazadora está colgada en una silla del salón para que no se deforme y mi nuevo y minúsculo bolsito negro con tachuelitas lleva lo imprescindible porque no entra más.

El bar está a cien metros, no llueve y caminaré pero me niego a llegar la primera. Me obligaré a salir de casa a menos cinco y si contamos el tiempo

que tardaré en cerrar con llave, llamar al ascensor, bajar, salir a la calle y caminar hasta allí debería llegar a y cinco. Más tarde no me lo permitirá mi estricto sentido de la puntualidad.

Unos minutos de *zapping*, nueva visita al baño porque los nervios me provocan ganas de orinar, del resto ni me acuerdo ya que he comido tan poco en toda la semana que debo de tener las paredes del estómago con telarañas. Dos vueltas a la casa controlando que todo esté en su sitio (como si no lo supiera pero, joder, este pu... reloj no se mueve) y para cuando me estoy planteando salir antes y dar dos vueltas a la manzana, ¡menos cinco!

Cerrando la puerta me suena el móvil, «acabo de llegar, estoy en la barra y he pedido una cerveza, no tengo flor en la mano pero me podrás reconocer porque he dejado mi móvil que es blanco al lado de la bebida».

Contesto dentro del ascensor «llego en cinco minutos, si no te encuentro te llamo». Siento calor, y no creo que sea por la temperatura exterior, son mis nervios. Me quito la chaqueta aun a riesgo de parecer una quinceañera que desea enseñar su ropita recién comprada. La mía es nueva pero no busco reconocimiento, lo que busco es aireación para no empezar a sudar y entrar oliendo como si hubiese corrido diez kilómetros.

El local está bastante lleno y en la barra hay bastantes personas, el corazón me golpea tan fuerte que temo desmayarme, pu... nervios. Contrólate, Marta, me repito como si de un mantra se tratase. Alguien está agitando el móvil ante mí y es blanco, me ha encontrado él primero y recorro su mano, brazo y hombro hasta llegar a su cara.

¿Primer pensamiento? Darme media vuelta y salir, borrar el día, porque no me gusta lo que veo.

—Hola, Marta, encantado, soy Rubén.

—Hola, Rubén. —Pues nadie lo diría, cabrón. A mí no me sale nada agradable que acompañar a mi saludo. Menudo bajón.

—¿Buscamos una mesa o prefieres que nos quedemos en la barra?

Tiene una voz agradable pero no viene a juego con su cara.

—La barra está bien. —Me siento más segura, no quiero tener que mirarle todo el tiempo a los ojos, me resulta violento.

—Estupendo, ¿qué quieres tomar?

—Un zumo de piña.

Busca al camarero con la mirada y lo observo. Es alto y parece delgado, aunque con la cazadora puesta no se pueda ver gran cosa. Moreno, pelo corto y liso, ojos marrones y ahí se acaba cualquier parecido con su foto de perfil. Eso hubiera sido como decir que todos los chinos se parecen porque tienen el pelo oscuro y los ojos rasgados.

—Eres muy guapa, más que la chica de la foto.

—Gracias. —Es que yo no he mentado, Rubén, y tú lo has hecho y a conciencia.

—¿Desilusionada al verme?

—No. —Deseando que este sea un sueño de esos malos que hacen que la mañana siguiente sea extraña y opresiva aunque sepas que no tienes razones reales para estar así porque solo ha sido una pesadilla.

—Me lo ha parecido, hablas muy poco.

—Estoy nerviosa.

—Yo también, pero si nos quedamos los dos callados esta cita sería muy rara, ¿verdad?

Tiene razón, me reprocho por dejarme arrastrar por mi superficialidad. Puede que su cara no se parezca a la que mi imaginación ha formado en mi mente. Pero ese ha sido mi error, componer un rostro tomando como referencia las cuatro conversaciones que hemos mantenido y mis ganas de que la realidad se correspondiera a mi hombre ideal.

—Es verdad, ja, ja, ja. —Lo voy a intentar, le miraré con detenimiento, seguro que es más atractivo que la opinión que he formado con el primer vistazo.

—¿Y qué tal has pasado la semana?, yo bastante nervioso, es mi primera cita, me apunté a la página hace un mes y hasta ahora no había conseguido cruzar más de dos frases.

—Mi semana ha sido también rara. —¡No puedo!, cuanto más lo miro más incómoda me siento. No puedo ser imparcial porque me siento defraudada y ello hace que lo vea con mis peores ojos.

—Hasta el hambre se me quitó pensando en cómo sería nuestro primer contacto.

A mí sí que se me ha hecho un nudo en el estómago, no sé si es su nariz, que es demasiado larga, o sus labios, mejor dicho su falta de labios, parece que le hubieran hecho el agujero para la boca con un bisturí. ¿Cómo voy a besar yo alguna vez eso?, sentiría como una culebrilla me estuviera haciendo una inspección en la boca, ¿qué mordisqueas ahí?, si no hay nada, solo los pelos de la barba que me pondrían los labios despellejados. Estoy rompiendo a sudar y no es por calor, es por la angustia de no saber cómo irme sin resultar descortés.

—Podríamos ir a cenar, ahora que ya he pasado el susto inicial me siento recuperado y hambriento. ¿Qué te gusta?, yo como de todo así que en ese aspecto no tendremos problemas.

¿Dos horas más con él?, no, no, no, se me va a terminar notando que no me gusta y cuanto antes acabemos menos doloroso será. Soy mala persona, superficial, frívola, fijándome solo en esa apertura por donde asoman sus dientes o en esa nariz superlativa. «Apéndice nasal», el que ideó el calificativo se inspiró en alguien como Rubén. Para salvar ese obstáculo hay que hacer juegos malabares si lo que quiere es besar. Eso es un peñón, y cuando se resfríe mejor ni lo imagino.

—Ahora lo hablamos, voy antes un momento al baño porque me parece que se me ha metido una pestaña.

—Si quieres te la quito yo.

Le acabo de ver dos pelillos asomando desbocados por un orificio de la nariz. ¡Uf!, y son bien hermosos y negros, parecen los dos cables de un enchufe. ¿No se ha mirado al espejo antes de salir de casa?, porque los tiene bien largos y esos no han podido crecerle en estas horas, esos llevan sus buenos días alimentándose para estar así de sanos y fuertes.

—Tu quédate en la barra que ahora mismo vuelvo. —Ni se te ocurra acercarte a mí.

—Como gustes.

Salgo para el baño resoplando. Pobrecillo, no me ha hecho nada pero aquí no hay *feeling*, al menos por mi parte. Antes de cerrar compruebo que la puerta abre y cierra sin problemas. ¡Lo que me faltaba hoy, quedarme de nuevo atascada dentro del baño de un bar!

Mojo mis manos y las paso por mi nuca. Me observo en el espejo. Estoy haciendo gestos con mis labios, escenificando un beso con Rubén. Giro a un lado la cabeza, me parece que es insuficiente, por lo que fuerzo el cuello y un «crash» de protesta de algún hueso me provoca una dentera que noto hasta en las muelas del juicio. ¡Lo siento, Rubén, pero nuestro amor es imposible, no estoy físicamente preparada para tu nariz!

Esto es ridículo, no le he dado tiempo y ya le estoy rechazando porque no se parece a mi actor favorito. ¿De qué sirve la hermosura si no la acompaña un poco de humanidad?, ¡qué bonito suena, Marta, dando consejos eres la leche! Veamos si puedo llevarlo a la práctica. Regaño a mi reflejo recordando que cuando conocí a mi ex no pensé en esos detalles. Y me respondo que por esa razón salí con él, porque no me pareció desagradable su cara.

—Ya pensaba que te habías escapado por la puerta trasera.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso? —Por ganas, Marta, por ganas. Me ofrece mi bebida y la tomo con cuidado de no tocar su mano. Está llena de pelos negros y fuertes. Eso se arreglaría con una depilación. Tendría que hipotecarse para el resto de su vida y pedirle a la Nasa que construyera un láser tamaño cohete espacial. Marta, eres bobá, el pelo no se elige, para muestra el que tú tienes en la cabeza. Aquí lo que estás buscando son excusas para rechazarle. «Marta, te deseo, hagamos el amor. Espera, Rubén, a que me ponga el traje de neopreno, no te acerques hasta que lo haga porque pinchas.»

—No te veo muy animada. Si quieres nos despedimos como amigos. No quiero que te quedes a mi lado ni un segundo más si no estás a gusto.

—Estoy bien, solo estoy preocupada por el viaje de mañana.

—¿Qué viaje?, cuéntame.

Se me ha escapado la excusa, y mira que lo he intentado pero no quiero estar ni un minuto más a su lado, le estoy cogiendo hasta manía y me parece tan injusto. Le cuento a grandes pinceladas los cambios que se avecinan en mi puesto de trabajo. Ahí no estoy exagerando, me da miedo sentirme desbordada, no poder tener todas las pelotitas en el aire y que alguna se me caiga; perder el control y que el trabajo me gobierne a mí.

—¿Vas a estar mucho tiempo en Madrid?

—Un par de semanas. —Mentira pero quiero sacar tiempo de donde sea.

—Podríamos vernos a tu regreso y celebrar tu ascenso.

—Claro, ya hablaremos.

He sonado patética, no le he convencido, pero disimula tomando su cerveza en la mano sin acercarla a su boca. Yo le imito y así pasan unos incómodos segundos hasta que decido romper este hielo antes de que nos congele a los dos.

—¡Ufff!, ¡menudo fallo!

—¿Qué ocurre?

—Menos mal que he hablado contigo del viaje. Me ha hecho recordar que tengo que pasar por la oficina para recoger el billete de avión y las carpetas del curso.

—¿Ahora?

—Pensaba hacerlo esta mañana pero tuve un problemilla y no pude. —Ni yo misma me elegiría en un *casting* para una película. Qué mal lo hago, pero quiero irme y lo quiero hacer ¡ya!

—Pero tu trabajo estará cerrado a estas horas.

—Tengo llaves. —Algo cierto, y separo del llavero la de la oficina para que compruebe lo que digo. ¿Y qué más da lo que le enseñe?, ni que él supiera cuál es la llave de mi trabajo. Yo lo que quiero es irme y no volver a verlo, y si es necesario le contaré la historia y qué puerta abre cada una de las siete llaves que guardo en el bolso.

—Si quieres voy contigo, me quedo fuera esperando y luego te acompaño a casa, si todavía tienes la maleta sin hacer y tu vuelo sale por la mañana no quiero ser el responsable de que te acuestes hoy muy tarde.

¡Joder, qué pena me da Rubén y qué mala osti... se me está poniendo por ser yo tan mala persona!

—Vivo muy cerca, y la oficina también está por esta zona, son dos pasos, ni te preocupes. —Ya puestos a dar palos, vamos directos a la cabeza, Marta, no te cortes.

—Yo me quedaré un ratito más, nadie me espera en casa y seguro que aparece algún amigo.

—Claro, venga, nos vemos. —Yo tampoco tengo a nadie, ni hoy ni nunca porque no pienso pasar por otra experiencia como esta en mi vida, aunque me

quede para vestir santos.

Salgo dando pasitos pequeños pero muy rápidos, así me parece que nadie notará que tengo prisa. En cuanto cruzo la calle y doblo la esquina suelto la respiración y corro hacia la seguridad; mi casa, donde me encierro. Saco el móvil del minibolsito y le quito el sonido, no quiero oír si me llama o me envía algún mensaje. Es la defensa del avestruz, esconder la cabeza para no ver el peligro.

«Medalla de oro a los cien metros femeninos con obstáculo de tacones y pantalón ajustado para la atleta Marta...»

«En breves momentos tomaremos tierra en el aeropuerto de Barajas. La temperatura es de doce grados y está lloviendo, el comandante y toda la tripulación le da las...», bla, bla, bla, menos hablar y aterriza de una vez, quiero montarme en el taxi, darle la dirección del hotel, registrarme, subir a la habitación, abrir el minibar, tomarme la botellita con mayor graduación que tengan, meterme en la cama y no despertar hasta mañana.

Eso es lo que quiero, pero no lo haré. Ordenaré mi ropa en el armario, conectaré mi ordenador a la red eléctrica, me pondré algo cómodo y saldré a caminar aunque para ello tenga que comprar un paraguas en una tienda de los chinos, de esas que tienen un horario más amplio que las farmacias de guardia.

Anoche no pude dormir por varios motivos, entre los cuales los nervios por el viaje no estaban en el «top 10». Maldita red social, no tendría que haberla usado, pero ya no puedo dar marcha atrás en el tiempo, solo puedo intentar olvidar la cita, lo mal que lo pasé, y la contraseña para no volver a caer en el mismo error.

Santander es una ciudad pequeña, es muy probable que me cruce con él y me da pavor pensar en que eso pueda suceder. ¿Y si trabaja para una empresa de las «nuevas» cuya fiscalidad vamos a gestionar? ¿Pero qué tonterías pienso, si él es un empleado no acudirá nunca al asesor! ¿Y si es autónomo, es su propio jefe y factura por sus peritaciones? No vive en Santander, y por comodidad la gente suele buscar un asesor cerca de su lugar de residencia o puesto de trabajo. ¿Y si me cruzo con él en un centro comercial? Mejor evitarlos durante

una temporada. ¿Hospital?: «¿Qué tal estás, Marta?» «Bien, Rubén, ¿y tú, cómo estás?» «Ya ves, aquí, esperando a que me reciba el Doctor Álvarez, no me llamaste y sé que fue por mi nariz, desde entonces estoy de baja por depresión.» No puedo ponerme enferma, ni acercarme a las sucursales bancarias, también debería evitar las librerías...

—¿Señorita, me dice la dirección?

—Perdón, Paseo de la Castellana, 152, es un hotel, voy a buscar el nombre...

—No hace falta, lo conozco, es el Aitana, va a estar muy cómoda.

—Eso me han dicho. ¿Cuánta distancia habrá desde el hotel hasta la plaza de España?

—Unos cinco kilómetros. ¿Piensa ir caminando?

—Seguramente, hoy no tengo planes, mañana comenzaré el cursillo y voy a tener que pasar muchas horas sentada, así que me vendrá bien moverme para hacer algo de ejercicio. —Cansaré mi cuerpo y encontraré el modo de agotar mi mente aunque para ello tenga que mirar todos los escaparates de la capital.

—Yo la teoría la entiendo, mi mujer me lo explica muchas veces, pero cuando llega la hora de pasar a la práctica siempre encuentro algo mejor que hacer y no voy a caminar. Y me hace mucha falta porque trabajando en un taxi estoy muchísimas horas al día sentado y tengo la espalda fastidiada.

Me ha tocado un taxista de esos de toda la vida que da gusto que te lleven; da conversación sin ser pesado y cuando me quiero dar cuenta el coche ya ha parado delante de la entrada del hotel.

Es el típico establecimiento de capital enfocado al cliente que acude por trabajo; paredes de madera, tonos oscuros y neutros, música suave de fondo... ambiente zen. Seguramente mañana me cruzaré con ejecutivos con traje y mujeres con maletines. Planta número cinco y habitación con vistas al paseo de la Castellana; no está nada mal para una chica de provincias. La cama es grande, las sábanas blancas, las almohadas esponjosas, y me están llamando, mi cuerpo reclama el descanso que le negué anoche. ¡Maldita cita!

Tengo que olvidar como sea. ¿Qué hora es?, la una y cuarto. ¡Hagamos un plan, Marta, que ya nos conocemos y te me vienes abajo! Soy la mujer de los planes, aunque luego me salga el tiro por la culata como anoche. ¡Fuera

recuerdo!, si inventasen una pastillita para olvidar meteduras de pata... porque mira que es puñetero el cerebro y sus neuronas de los coj... puedo pasar por el supermercado cuatro veces y olvidar comprar papel higiénico (con lo importante que ese producto es en nuestras vidas) y recordar, aunque no me interese, cada momento bochornoso de mi existencia.

¿Será un aviso para no volver a hacerlo? Será, pero debo de ser muy tontita porque vuelvo a caer. ¿Por qué me estoy preocupando tanto por lo que pasó anoche? Yo no hice nada malo, quedamos, Rubén se presentó con su boquita de bisturí, su nariz con hueso para un buen caldo y con sus vellosidades. No me gustó y punto, no tenía obligación alguna de aguantar al menos cuatro horas antes de despedirme. Él también podría haberse ido en el instante en que me conoció, si no lo hizo fue porque le interesó quedarse. La cita, el único modo de probar si había química, no era un compromiso, ¿por qué me siento entonces tan incómoda? Porque soy gilipollas. Ahí lo has clavado, Marta, que tenga que volar hasta Madrid para verlo claro demuestra que es cierta esa frase tan socorrida de las películas; «necesito pensar, aclarar mis ideas, me voy unos días a...». En muchas películas de amor uno de los dos se encuentra confuso, herido... y decide alejarse por un tiempo para poner orden en su cabeza. A mí siempre me ha parecido ridículo, vete a dar un paseo o quédate en tu casa, pero ¿qué le pasa a tu cerebro?, ¿comprende el aquí y el allí como un modo de pensar diferente? Ahora me ha demostrado que sí es cierto. En esta habitación del hotel lo tengo claro, me estoy preocupando más de Rubén, al que no conozco, que de mí misma, y esa fue la raíz de mi problema con mi ex, siempre complaciente, atenta a sus deseos y necesidades, y así me salió el plato; quemado y salado.

No sé cuántos kilómetros he caminado. Solo he parado para entrar en un bar, pedir un bocata de calamares, subir al baño, esperar a que me diesen el «curioso» modo de comer unas rabas y a seguir deambulando por Madrid confundida entre los turistas intentando romper con los dientes los aros de calamar. Al dar el primer mordisco metí en la boca un pedacito de pan y cuatro aros del cefalópodo del tamaño del cuello de un gato que fui incapaz de

seccionar con las paletas y que casi me cuestan la vida en medio de la plaza Mayor. ¡Por eso en el norte comemos los calamares en un plato y no dentro de un panecillo! Jodid... casi me ahogo y encima son congelados.

Si se empeñan en meterlos entre pan y pan podrían al menos haberlos troceado con una tijera, como hacía mi abuela cuando nos ponía la cena a mi hermana y a mí y tocaba filete con patatas. Sacaba una tijera y nos cortaba la carne en pedacitos pequeños, y en dos minutos habíamos dejado los platos limpios.

El móvil parpadea en la mesilla de noche. No he tenido valor para llevarlo conmigo pero debo llamar a mis padres y no quiero que se preocupen. Estoy relajada; agotada por el maratónico paseo y no quiero estropear el momento, así que oculto el móvil debajo de una de las almohadas para no verlo y siguiendo las indicaciones del teléfono de la habitación marco el número y espero.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿te dejaste olvidado el móvil?, te he llamado un par de veces.

—Lo olvidé en la habitación. He estado dando una vuelta para estirar las piernas.

—¿Y desde dónde me llamas? —Mi madre está en todo aunque parezca que no se entere de nada.

—Estoy utilizando el teléfono de la habitación. El móvil está actualizando una aplicación y no quería esperar a que finalizase para hablar contigo.

—¿Estás a gusto?

—Sí, es una habitación grande y todo es nuevo. El centro donde se impartirá el curso está muy cerca, por eso lo escogí, para poder ir caminando.

—Aliméntate bien, puedes adelgazar comiendo sano pero no dejes alimentos básicos por querer perder peso de un modo rápido. —Ahí mi madre es de lo más clásica, que sus niñas coman es una preocupación que nunca abandonará.

—No te inquietes, voy a alimentarme bien, y solo son cinco días, el sábado me tendrás ahí para comer. Llamaré el día antes para confirmar que llego a tiempo, ya sabes que en ocasiones hay cambios de última hora en los horarios de los vuelos.

— ¡Ahhh! Casi lo olvidaba, tu tía Mary ha llamado hoy y ha estado un rato

hablando por teléfono con tu padre. Seguramente coincidirá uno de los días contigo en Madrid, te buscará ella.

—Ya me gustaría, bueno, mamá, te dejo porque tengo que leer la carpeta que me enviaron del cursillo. Yo te iré llamando, un beso a los dos.

La hora siguiente se escapa entre papeles que me introducen en el programa que va a ser fijo un quebradero de cabeza, ya que no se parece en nada a los dos que hemos tenido en la oficina.

No tengo hambre, una sensación extraña para mí, y aunque recuerdo los consejos de mi madre sobre las vitaminas, las proteínas y demás elementos origen de la vida y parte fundamental de nuestra existencia actual, me desvisto y meto en la ducha para irme a la cama. Desayunaré en el hotel, y será todo un placer; con su zumito de naranja recién exprimido, sus dos tostadas con dosis individuales de mermeladas y mantequillas y un café humeante y con espumita.

Son las nueve, a esta hora solo deben de dormir los conejos, por lo que me siento en la cama con el mando de la tele en mi mano para comprobar si tendré la suerte de que emitan una película o documental decente que me permita acercarme a las once de la noche.

Encuentro un programa de viajes, me ha tocado Canadá y es un país que me cae simpático, de hecho no he oído nunca a nadie hablar mal de ese país, ni de su política ni de conflictos. Personalmente le tengo en la misma estantería mental que a Noruega y Finlandia.

El tiempo pasa volando cuando te distraes viendo, a través del objetivo de la cámara, bosques, bosques y más bosques, ríos con salmones y osos metidos en faena dándose un atracón de proteínas antes de hibernar.

Tengo que poner el despertador a las siete, quiero tener tiempo de sobra para arreglarme, bajar a desayunar, subir de nuevo a lavarme los dientes, y salir veinte minutos antes. Ayer revisé la distancia y no se tardan más de diez minutos pero soy tan asquerosamente prudente que duplico el tiempo «por si acaso». Seré la primera en llegar como casi siempre y me regañaré por tener que estar fingiendo que miro algo interesante para no sentirme demasiado incómoda, pero yo soy así y eso no lo cambia ni un terremoto.

El parpadeo del móvil continúa, espero que sean las llamadas perdidas de mi madre. Nadie puede comprobar si reviso mi propiedad y aun así siento

algo de malestar. Si tengo algún mensaje o llamada de Rubén me voy a sentir mal, ya me conozco, pero no puedo borrar sin ver así que respiro profundamente y voy a por ello.

Las llamadas perdidas son exclusivamente las que sabía, pero hay wasaps de dos conversaciones. ¡Ahí me han matado!, no se puede saber más sin abrir la aplicación. Lo hago con un ojo cerrado para minimizar impactos. Mi hermana y mi tía, suelta aire, Marta, que no te lo van a robar y además ese no te sirve ya para nada.

Hermana instalada y preguntando por mi llegada a Madrid y mi cita. A lo primero respondo que muy bien, y sobre lo segundo tecleo la palabra «desastre» que resume muy bien lo que fue mi cita con Rubén. No hay respuesta, estará liada y lo agradezco porque no tengo ganas de explayarme mucho. Mi tía Mary me confirma que probablemente el miércoles o el jueves acudirá a una reunión con representantes de varias delegaciones. Se trataría como siempre de una comida de negocios y tendría la tarde libre para irnos de tiendas.

No sé cómo consigue mantener ese tipín con tanta comida en restaurantes. ¿Sexo desenfrenado con hombres interesantes que conoce en la página de contactos? Seguro que ella sí tiene suerte, hay personas que nacen con estrella y otras, como yo, estrelladas. Respondo un «estupendo, yo no tengo nada que hacer ninguna de las tardes al salir del curso». Mi teléfono recibe un «ok, hablamos» desde alguna parte de España como respuesta y adiós de mi tía. Ella me buscará, como dijo mi madre, estará cenando con algún grupo de amigos.

Más tranquila después de limpiar los mensajes compruebo por última vez que mi despertador está activado y me voy deslizando en la cama hasta que los árboles de Canadá desaparecen. Antes de caer en el error de cerrar los ojos un momento que se podría convertir en varias horas apago la tele y desdoble la almohada para no amanecer con una tortícolis que competiría con la de la niña de *El exorcista*.

«Dos días horribles y aburridos.» Ese es el resumen que dejo en el chat de

grupo de mis amigas. No entiendo el programa, me suena pero no consigo captar la dinámica de trabajo. Los compañeros son correctos pero no he congeniado con nadie, por lo que a las siete, cuando acabamos, cada uno sale hacia su alojamiento con un hasta mañana como frase estrella.

«Otro día que pasó y a horrible y aburrido añadiré deprimente.» No tengo nada que contar a mis amigas, no me he cruzado con ningún personaje famoso, ni he entrado en ninguna tienda que pueda recomendar por su extravagancia, ni he tenido la suerte de conocer al hombre de mi vida. Esta ausencia de todo lo bueno tiene un único punto a favor; no he recibido ni un solo mensaje de Rubén. Es agua pasada, de hecho hoy solamente he recordado un par de veces ese abochornante encuentro.

¡Jueves por la tarde! Por fin he empezado a controlar el nuevo programa, mañana repaso general y el sábado estaré volando hacia el bucólico invierno del Cantábrico. Me apetece salir, pienso pulsando el botón de la quinta planta del ascensor del hotel, cuando el móvil se revuelve inquieto en el bolsillo de mi abrigo.

«¿Te puedo llamar?» «Sí», respondo saliendo del ascensor.

—¿Qué tal, guapa?, estoy llegando a Madrid, ¿en qué hotel estás alojada?

—Hola, tía, estoy en el Aitana del paseo de la Castellana.

—¿Cerca del campo de fútbol, no?

—Exacto.

—¿Estás ahí ahora?

—Sí, entrando en la habitación.

—En quince minutos me tienes ahí, si no tienes compromisos para esta noche podríamos cenar juntas.

—Tengo a un príncipe y a dos nobles de España esperando en la cafetería del hotel, pero por ti lo dejo todo.

—Mi sobrina se merece un rey, mándalos a paseo.

—¡Hecho!

—Ahí te quiero ver, con determinación, te llamaré en cuanto me registre.

—Estupendo, te espero.

Confío en que haya metido algo en la maleta que no desentone con mi brillante tía Mary. ¡Bingo!, el vestido negro que mi hermana me obligó a comprar está colgado de la percha. Por tener, tiene hasta la etiqueta con el precio. Parece un trapito, de hecho cuando me lo metió por encima de la cortinilla del probador pensé que era una pashmina. Es sencillo, pero sexi, mis botines negros y mi chaqueta de cuero, cinco minutos en el baño recordando los consejos de Andrea sobre maquillaje y estoy lista.

—¡Guau!, estás espectacular.

—Hola, tía, gracias. —Giro sobre mí exagerando como si estuviera en la semana de la moda de París, y remato con mano en la cadera y mirada de concentración.

—¿Qué has hecho con mi sobrina? Sal de su cuerpo pero déjasele como lo tiene ahora, ni se te ocurra cambiar nada.

—Ten cuidado que igual se introduce en ti.

—A mí no hay ente extraterrestre que me quiera, los volvería locos. Dame cinco minutos, sacaré la ropa de la maleta para que no se arrugue aún más, me retoco y nos vamos. No quiero perderme ni un segundo de mi tarde por Madrid con mi sobri. Una cosa te voy a pedir, yo te llamaré a ti Marta y tú a mí Mary.

—Entendido, Mary.

¿Dónde han quedado mis deprimentes sentimientos? Esos que he cultivado y cuidado durante estos días en Madrid, unos instantes con Mary y se han secado y marchitado. Necesito su fórmula, ser como ella, vivir a su manera.

—Muy pensativa estás, ¿algún problema? —Mary me está mirando apoyada en el marco de la puerta del baño. Me tiene calada desde hace muchos años y como me conoce mejor que yo misma no dudo en soltar el telegrama que está ahora saltando de neurona en neurona.

—El problema soy yo.

Mary coge la silla del escritorio y la sitúa delante de mí. Se sienta y espera. Estoy buscando palabras que den forma a lo que siento.

—Desde hace un año vivo en esta especie de limbo fangoso donde floto sin poder llegar a la orilla. ¿He sido demasiado poética en la descripción?

—Te he entendido perfectamente, ¿y hacia qué orilla te gustaría poder nadar? Podrías elegir la orilla que conociste con tu pareja o buscar una nueva.

—No quiero pisar nunca más esa tierra, quiero descubrir.

—No sabes el placer que me causa oír tu respuesta. Si ya sabes lo que quieres no tienes un problema, simplemente tienes que tomar unas pequeñas decisiones para llegar. Es algo parecido a ir de vacaciones, el problema surge cuando no tienes dinero, pero si ya lo tienes puedes escoger destino, hotel, restaurantes...

—¿Nunca has pensado dedicarte a la psicología?, eres realmente buena.

—¿Y que todo el mundo me llene la cabeza de sus rarezas?, no, gracias.

—¡Ya te digo! Ja, ja, ja.

—Anda, salgamos a la calle, tomemos un taxi que nos lleve a algún lugar bonito donde tomar algo antes de cenar. A ti lo que te pasa es la vida y hay que vivirla sin desperdiciar ni un segundo, así que levántate, ponte recta y a por ello.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir?

—Pido que seas tú quien elijas, ya sabes lo que me gusta y así no fallo. Nunca he comido en un japonés, solo conozco sushi.

—Muy bien, ¿y la bebida?

—Un refresco, por favor, algo de naranja, el cóctel del bar estaba buenísimo, parecía un zumo natural pero tenía bastante alcohol porque estoy un poquito mareada.

—Ya te noto, estás colorada. —Un camarero, que no sé cómo consigue ver algo con esos ojos tan rasgados, toma las indicaciones de Mary mientras yo observo el lugar.

—Es muy bonito este sitio, tiene pocas mesas y están colocadas de modo discreto. Todas están ocupadas.

—Hice la reserva el domingo, en cuanto hablé con tu padre busqué mi agenda y lo arreglé para poder sacar estas horas. Mi empresa está creciendo y tengo más viajes programados para los próximos meses que los que he realizado en los últimos tres años.

—A ti te gusta viajar.

—Pero no todo el tiempo, Marta. Hay días en los que me quedaría en mi casita tan feliz. Pero no me quejo, me gusta casi todo lo que hago así que me siento afortunada. Yo ya me conozco así que vamos a hablar de esa orilla.

—Me gustaría tener a alguien a mi lado, no te preocupes que no estoy pensando en «alguien» como el desgraciado aquel... pero sí quiero que un hombre se preocupe por mí, me diga lo bonita que soy de vez en cuando, me necesite en su vida y yo sienta la mía completa con su presencia.

—Me parece lo más normal del mundo, Marta, y la ciudad está llena de hombres que buscan lo mismo que tú. Solo hay que encontrar el apropiado.

—¿Solo?, es muy difícil. Ya lo intenté en esa página y miedo me está dando regresar a Santander y cruzármelo por la calle.

—¿Conociste a alguien?

—Sí, quedé con un chico y no me gustó nada. Lo pasé fatal, me quería ir sin dar explicaciones pero me miraba con carita de perrito abandonado y aguanté media hora hasta que ya no pude más y prácticamente salí huyendo.

—¿Y ese es todo el drama?, encontrar a alguien en el primer intento es como jugar a la lotería, bastante difícil. ¿Estás preocupada porque piensas que le hiciste daño? Tú le diste una oportunidad, otros hombres te la darán a ti y no les gustarás, y probando probando llegará un día en que te sientes frente a un hombre a quien le gustes y que a ti también te atraiga.

—Yo te entiendo pero no sé si seré capaz de repetir la experiencia.

—Por supuesto que puedes, tienes que querer y no ser tan exigente contigo misma. Si hubiera sido él quien te hubiera rechazado, ¿qué te parecería?

—Lo comprendería, yo no tengo que gustar a todo el mundo. Ya te entiendo, hay que tomárselo con más calma y con menos emotividad.

—Exacto, guarda tus sentimientos para quien los merezca, de momento céntrate en conocer gente, y las redes sociales te ofrecen una opción, ¿por qué no aprovecharla?

—Eso mismo dice mi hermana, os parecéis tanto...

—Nos pareceremos las tres si tú dejas de ser tan exigente contigo misma y aflojas un poquito.

—Voy a intentarlo. —De repente veo la luz, no se puede decir que provenga

de un sol gigante pero sí es una claridad nueva.

—Céntrate en una idea: se trata de conocer gente, solo eso, no son citas, eso surgirá cuando al conocer a alguien os gustéis, entonces podréis tener una cena romántica o un paseo por la playa.

—Poner distancia, voy a hacerlo.

—Chatear antes de conocerlos te servirá para saber aspectos de su vida que para ti son fundamentales. No garantizarán que por ello te guste cuando lo tengas delante. Para ello tiene que existir esa química que dicen y ni el más avanzado de los programas podrá darte esas pistas.

—Mi primer error fue no pedirle fotos reales. Me decepcionó tanto su aspecto al verlo que creo que no me fijé ni en cómo se expresaba.

—Para mí es fundamental. Tiene que ser agradable de trato, cariñoso, divertido... añade todos los adjetivos que se te ocurran, pero si no te gusta lo que ves de nada servirá lo demás. Tu cerebro lo colocará en la sección de «amigos» y de ahí no habrá ya quien lo mueva por muy encantador que resulte.

—No debo olvidar todo lo que estamos hablando esta noche, no quiero perder esta lucidez y dejarme arrastrar de nuevo por mi fatalismo.

—Dame tu mano izquierda.

La poso en la mesa donde ya solo quedan platos vacíos. Hemos dado cuenta de todas las exquisiteces de la cocina japonesa que a partir de ahora será una de mis favoritas. Mary se retira una pulsera de cuero rojo que tiene unas estrellitas plateadas incrustadas.

—Quiero que la lleves siempre contigo. Te la voy a colocar al lado del reloj para que la tengas que ver muchas veces al día y te recuerde esta conversación y lo lógicos que te parecieron mis argumentos.

—Gracias, no me la quitaré, puedes estar segura. —la rodeo con mi mano derecha mentalizando hasta las «comas» de nuestro diálogo.

—Y ahora levantemos nuestros impresionantes cuerpos porque los japoneses no nos podrán ofrecer ni la música ni el ambiente de los dos bares a los que voy a llevarte. No quiero que mires el reloj, te meterás a la cama a una hora que te permitirá estar atenta a tu último día de curso. Desayunaremos juntas y te aplicaré mi técnica secreta para aguantar despierta después de una noche de juerga.

—¿Cuál, café bien cargado?

—Eso son leyendas urbanas, ja, ja, ja. Puedes beberlo pero sí hay que tomar un zumo de naranja para desayunar, otro a media mañana y otro a la hora de comer.

—No sabía que tuviera la naranja la capacidad de despejar.

—¿Y quién ha dicho que la tenga?

—Entonces...

—Si tomas el café y todos los zumos tendrás ganas de ir al baño cada dos por tres, y entre que vas y vienes ya estarás despejada, ja, ja, ja.

—¡Mira que eres tonta!, me estás mandando al baño a orinar para que no me duerma, eso también lo podría hacer sin tomar tanto zumo.

—Ya te digo yo que no lo harías, la necesidad obliga.

—Vámonos y procura que no tenga que agotar las reservas de naranjas de Madrid. Voy a parar a ese taxi.

«Mírala, mírala, mírala, mírala, la puerta de Alcalá... Perdona la pregunta, pero es que soy de pueblo y no muy lista, ¿y dónde está la puerta?»

¡Por fin en casita!, o al menos en mi casita temporal. ¿Las personas que siempre alquilan llamarán también casa a su inmueble alquilado?, ¿sentirán que es «su» casa del mismo modo que lo hace quien se ha hipotecado de por vida con un banco para comprar ochenta metros cuadrados de ladrillo y hormigón? Yo olvidé, y me costó mucho esfuerzo, mi etapa como inquilina, incluyendo los recuerdos sobre si sentía que era mi casa o me sentía una extraña en ella. Era muy tonta yo en aquellos días. ¿Es el ascensor el que está pensando por mí? Es montarme en este y empezar a darle vueltas a todo, incluyendo las cosas más absurdas como este profundo pensamiento sobre la propiedad y los sentimientos que genera.

Un vistazo a mi reloj y un rápido cálculo me dicen que tengo tiempo de sobra para deshacer la maleta, descansar, y si me apetece hacer una visita a Andrea, que lleva dos días encerrada en su feudo atendiendo a sus hijos, que han cogido alguno de esos virus que circulan por las casas. Entran y salen de nuestros cuerpos cuando les da la gana y lo hacen tan rápidamente que ningún médico es capaz de ponerles nombre.

—Hola, vecina.

—¡Ah! —Joder qué susto me ha dado este hombre.

—Perdona, no quería asustarte. Pero he oído el ruido de unas llaves y tu puerta abrirse.

—Ya —Y...

—Llevas toda la semana fuera de casa y no quería dejar pasar la

oportunidad de verte, por si acaso te vuelves a marchar.

—He estado en Madrid por trabajo. —No sé para qué se lo he contado pero me pone nerviosa y de un modo muy agradable. Tiene puestos unos vaqueros y una sudadera descolorida y está para comérselo con esa barba de dos días que me gustaría tanto tocar.

—Está visto que no coincidimos. Yo estuve la semana pasada también un par de días fuera por trabajo.

—Suele pasar. —¡Por decir algo!, me está mirando con esos ojitos negros que parece que echasen chispitas y mis músculos faciales, hipnotizados los muy tontos, están formándose en la cara una sonrisa de oreja a oreja sin pedir permiso.

—¿Tendrás que regresar a Madrid?

—No, el curso ya terminó.

—¡Qué bien!, yo ahora dispondré también de algo más de tiempo libre. Estos últimos meses han sido una locura. Mi padre en rehabilitación, mi trabajo...

—Imagino. —Lo que imagino es cómo sería si me besara, algo delicado, no un asalto a mi boca; un roce, una caricia... Marta, despídete y métete en casa, en cualquier momento puede aparecer la amazona y lanzarte un rayo paralizante o usar cualquier otro de sus poderes.

—Bueno, no quiero molestarte más, ya veo que vienes con tu maleta, así que imagino que estarás cansada. Yo me quedaré hasta la noche con mis padres. Si te apetece tomar algo o ir a cenar solo tienes que tocar el timbre. Así de fácil, ja, ja, ja.

—Fácil es, tienes razón. Adiós.

Entro y cierro sin esperar su respuesta. El sonido de la otra puerta golpeando el marco se mezcla con el retumbar de mi corazón. ¡Me gusta mucho!, qué mala suerte la mía, tan cerca y tan lejos. Es guapo, simpático, tiene una voz que me provoca escalofríos y una sonrisa increíble, me está invitando a salir... si es que lo tiene todo... hasta mujer.

¿Y si tomase un refresco con él? ¿Estás loca, Marta?, has sido víctima y ahora quieres ser verdugo. Seguro que las otras no estaban pensando en mí cuando se restregaban contra mi ex. Es posible que no lo supieran, pero yo sí

lo sé y es lo que cuenta. No podría estar tranquila sabiendo que podría causar la ruptura de una pareja. ¡Olvidalo, Marta! ¡Lo intento, lo intento! ¿Cuántos meses más voy a padecer la tortura de verlo? Me acostumbraré, lo superaré y se convertirá en un vecino, de esos que ni frío ni calor. Como me lo encuentre todos los días no voy a necesitar ropa de abrigo porque ahora mismo juraría que me he sentado sobre un volcán.

Lavadora en marcha, calzado y utensilios de aseo guardados. Hasta dentro de hora y media no tengo nada que hacer. Enciendo la televisión y, como casi siempre me sucede, no encuentro ningún programa que me seduzca. Miro mi nueva pulsera y me acuerdo de la noche del jueves. Mary me presentó a varios amigos, se lo agradezco pero no podría recordar los nombres de ninguno de ellos. Lo que sí que podría hacer es un resumen de todos ellos: guapos, interesantes, educados, cultos... Me reí, bailé, tomé dos combinados exquisitos y sin darme cuenta el reloj fue desplazándose hasta que a las tres de la madrugada mi tía tuvo la sensata idea de pedir al camarero que llamase a un taxi para regresar a nuestro hotel.

Cuatro horas de sueño después y veinte minutos bajo la ducha, para conseguir que mis ojos no se cerrasen a cada descuido mío, y estaba pidiendo un café bien cargado y un zumo de naranja a la camarera que se había acercado a nuestra mesa para tomar nota de nuestro desayuno.

Ni cafés, porque tomé uno horrible en el descanso de diez minutos que hicimos en el cursillo a media mañana que por menos de un euro me dio en vasito de plástico una máquina, ni zumos, ni tortas, ni pellizcos. No me separé del sueño en toda la mañana. Por suerte el viernes la jornada fue continua y a las tres nos despedíamos del salón de reuniones donde durante cinco días un profesor muy eficiente se había encargado de meternos la información a presión en nuestras cabezas.

Siesta corta y cena de despedida. Lo que comenzó de un modo frío y forzado terminó con un karaoke donde competimos con un grupo de japoneses por el gallo más marcado. Ellos dirán lo que quieran pero nosotros ganamos por goleada.

Yo era la única chica del norte de España, a los japoneses tampoco era muy probable que los volviera a ver, así que tomé el primer chupito al que invitó el

restaurante después del postre y algo más confiada por el alcohol que inundó mi estómago pedí un ron con cola. Solo bebí esa copa, pero fue suficiente para soltarme y agarrar el micrófono como si me fuera la vida en ello.

Me gusta mucho cantar, lo haga bien o desafine es algo que me causa placer, me relaja, me hace sentir bien. Sin inhibiciones gracias al licor de miel y al ron escogí a Beyoncé, a Anastasia y a Queen, todo facilito y muy calmado, ja, ja, ja. ¿Se puede tener agujetas en el cuello causadas por cantar a grito pelado?

Sábado por la mañana, todo a la maleta, eso es fácil, no hay que doblar ni comprobar si todo lo necesario está dentro. Basta con mirar que no quede ni un calcetín en la habitación del hotel y que la maleta se cierra. Viaje cortito y sin complicaciones y estoy de vuelta a mi tierra.

Estoy cansada pero no puedo dormir, la cara de mi vecino no se esfuma de mi mente y me parece oír su voz. Menos mal que el teléfono suena. Es un mensaje de mi hermana, me gusta hablar con ella, no conozco a otra persona que pueda escribir tan rápido en un móvil como ella hace. Me agota, por dos palabras más ella escribe diez. La llamo porque no quiero ponerme nerviosa buscando las teclas y porque oír su voz supondrá una distracción.

—¿Ya instalada?

—Sí, he llegado de comer de casa de papá y mamá hace una hora.

—¿Y puedo saber con quién has quedado esta noche?

—¿Yo?, con nadie.

—¿No pensarás quedarte en casa un sábado por la noche?

—Igual me acerco hasta casa de Andrea y ceno con ellos.

—Eso lo puedes hacer un domingo pero hoy tienes que salir, Marta. Queda con alguno de los chicos que te han enviado mensaje. Seguro que más de uno, está deseando.

—Te recuerdo que son las siete menos cuarto en la península, no me da tiempo.

—No me vengas con excusas, inténtalo y comprobarás que es más fácil de lo que parece. Tu primera cita ya es historia, ahora que tienes claro que no debes

involucrarte sentimentalmente en el primer encuentro debería resultarte muy sencillo.

—Te voy a colgar, hermanita.

—¡Oye!, que no te he dicho nada malo para que te ofendas.

—Quiero colgar para coger mi ordenador, conectarme a la página y empezar a contestar a los mensajes. ¿No es eso lo que me habías propuesto?

—¡Milagro, milagro!, una hermana mayor haciendo caso de los consejos de la pequeña. Este hecho histórico lo tengo yo que poner en conocimiento de una revista científica.

—Anda, no seas payasa, que como me salga mal ya sabes a quién voy a echar yo las culpas.

—Serán solo tuyas por haber elegido mal. Un besito, hermanita, y que se te dé bien la cacería.

¿Cacería?, ¿es eso lo que voy a hacer, ir de caza? No tengo ningún problema, puedo hacerlo y sin remordimientos. En este mundo no me voy a quedar eternamente y de nada habrán servido mi absurdo sentido de «lo que está bien y lo que no se debe hacer». Cuando muera no tendrá ningún valor añadido que me haya preocupado siempre más del bienestar de los demás que del mío propio. La gente podrá decir: «Recuerdo a Marta, se estancó a los treinta por no herir a nadie, se aburrió, se deprimió y su vida acabó sin pena ni gloria, y ahora está muerta, menudo desperdicio.»

Primer filtro: buscar chicos con fotos reales, nada de «me parezco al de la foto», o «te aseguro que yo soy guapo». Tú enséñame cómo eres y si me gusta lo que veo continuamos hablando. Ese deberá ser el guion del cual intentaré no salirme.

Cuatro pretendientes cumplen con el primer requisito, o por lo menos lo ponen en sus datos, ya veríamos si dicen la verdad. Contesto a sus cuatro saludos y espero conectada. Dos de ellos hace más de veinticuatro horas que no han visitado la página, el tercero lo ha estado hace un par de horas y el último está activo. Me levanto a por un zumo y regreso a comprobar resultados. Tengo un mensaje y no es de ninguno de los cuatro.

Hombre de treinta y siete años. Ochenta kilos de peso y un metro y ochenta y ocho centímetros de altura. Moreno de ojos verdes. No hay foto. Correspondo

a su saludo y espero. Se alegra de mi respuesta, veremos si te alegras tanto cuando te pida la foto porque la conversación se acabará si no me enseñas tu cara. Me esquivo diciéndome que es de Madrid, que hace cinco meses le destinaron a Cantabria y que se siente muy solo. No me extraña, yo estoy en mi tierra, tengo a mi familia y a mis amigas y también me siento sola en muchos momentos. Insisto en la foto, como razonamiento escribo que de nada servirá la conversación si no nos gusta lo que veamos. Tengo razón y no puede negármela y accede a pasármela en privado. ¡Ah!, ya veo la opción, no sabía que podías dejar que te vieran durante unos instantes, ¡menudo invento!

Tengo diez segundos para verlo, me concentro para no perder detalle. Es guapo, al menos en la foto me lo parece, es un primer plano riéndose con una playa de aguas azules de fondo. Pide que yo haga lo mismo. Me parece justo aunque no me gusta. Escojo una que me sacó mi hermana en las últimas navidades a traición. No estoy mirando al objetivo, debía de estar pensando en algo muy agradable porque tengo una media sonrisa y ojitos soñadores.

«Qué guapa», me dice al instante, «quiero conocerte». Ni me lo pienso y contesto que yo también y que esta noche no tengo compromisos. Quedar a las nueve en la puerta del Ayuntamiento es cuestión de dos o tres intercambios y ya tengo plan para esta noche. Por no darnos ni nos hemos pasado nuestros teléfonos móviles. Mejor así, nada de riesgos, como debe ser.

Me arreglo con calma, ni miro el reloj. Si llego tarde que espere, de eso se trata, ¿no?, de dejar que todo fluya como si nosotros no estuviésemos buscando nada en concreto, solo dejándonos llevar. Escojo una de mis canciones favoritas, me pongo los cascos y entro en mi habitación para elegir modelito.

Carlos, ese es su nombre, no debo olvidar lo único que sé de mi cita. Eso y que si no es un sinvergüenza y me ha mentado es un chico guapo y alto. Llegaré dos minutos tarde, me está costando mucho dejar pasar el tiempo, tanto que me he quedado mirando cómo los segundos transcurrían en la entrada de casa hasta que las nueve menos cinco me han dado el pistoletazo de salida. Al cerrar con llave no he podido evitar mirar la puerta de mi vecino. Reconozco que me hubiera gustado que Richard me viese, me mirase de arriba abajo, me repitiese su deseo de estar conmigo. Entro desilusionada en el ascensor. ¿Qué

esperabas, Marta?, le has rechazado porque tiene pareja y es con ella con quien debe estar y no contigo siendo infiel.

Todavía pensando en Richard y en su voz me encuentro con un brazo que agitándose me hace señales, es Carlos, no ha mentido, es el chico de la foto y suelto el aire que he estado conteniendo preparándome para un posible engaño.

—Hola —me dice sonriente al tiempo que me da dos besos a los que yo respondo con alegría—, qué guapa eres, en la foto que me mandaste estabas muy bien, pero en persona debo decir que has superado mis expectativas.

—Gracias —le respondo halagada. Un punto más para Carlos. ¿A qué mujer no le gusta que le digan un piropo?

—Bueno, tú dirás hacia dónde vamos. Yo no conozco nada, estos meses he estado encerrado la mayor parte del día entre ordenadores sin ver la luz y cuando llegaba a casa estaba tan cansado que no me apetecía conocer la ciudad. Solo tenía ganas de tumbarme en la playa en verano y pasear por algún bosque ahora en otoño, cuando los árboles tienen unos colores magníficos.

—¿Pero algo habrás visto?

—Un par de domingos me he animado y he aparcado cerca del Palacio de la Magdalena. Es un lugar precioso, pero he tenido la mala suerte de conocerlo lloviendo y me parece a mí que me he perdido la mitad de su belleza.

—Seguro que la próxima vez tendrás más suerte y hará mejor tiempo.

—Me pongo en tus manos, tú serás mi guía. Y un buen momento para empezar tu trabajo es ahora, enséñame dónde se puede tomar algo y cenar. Llévanos y del resto me encargo yo.

Carlos es muy natural expresándose, quizá demasiado, hace muchos gestos y mueve los brazos con energía para enfatizar cada palabra y ya me ha tocado tres veces. Me tiene un poco desconcertada, estará nervioso y así lo manifiesta. No empieces, Marta, a sacarle faltas porque no las tiene, si fuera muy callado también te habría parecido raro, dedícate a buscar un lugar agradable y esfuérate por ser tan natural como él.

—Vamos a Cañadío.

—¿Está muy lejos?, lo pregunto para mover el coche, lo tengo debajo de nuestros pies, en el parking.

—No está lejos pero los del tiempo han anunciado lluvia y yo no he traído paraguas.

—Yo tampoco tengo. Siempre aparco el coche debajo de casa o en la puerta del trabajo y hasta ahora no me he mojado demasiado.

—¡Qué suerte!, encontrar en Santander dónde aparcar no me parece a mí tan fácil.

—No vivo en Santander. Lo puse en mi perfil porque en realidad estoy muy cerquita. Vivo en Solares, lo que en Madrid sería un barrio de la capital. Trabajo en las nuevas oficinas del banco.

—Ya sé dónde me dices, es el pueblo más cercano.

—Está a cinco minutos andando, pero ir y volver en coche y hacerlo sin atascos, sin miedo a no encontrar aparcamiento, poder bajar la ventanilla del coche sin oler el humo de los tubos de escape de los camiones, eso es maravilloso ja, ja, ja, para alguien de Madrid.

—Me hago una idea. Si quieres vamos caminando y si llueve volvemos en taxi. También hay un parking allí así que como prefieras.

—Me gustaría dar un paseo, caminar con compañía es algo de lo que no he disfrutado desde hace mucho tiempo y si además es una mujer bella y simpática no quisiera privarme de ese placer.

—Gracias. —No te voy a privar, Carlos, aunque me siento extraña caminando con un desconocido por las calles de mi ciudad.

Nuestro paso es tranquilo, Carlos habla sobre él por los codos, nunca había recibido tanta información sobre alguien en tan poco tiempo. Me resulta imposible seguir el ritmo de su conversación. Alterna sus declaraciones con las preguntas que me dirige casi sin tomar aire y tengo que concentrarme para saber cuándo me está contando algo y cuándo me lo está preguntando.

—Te estoy volviendo loca, ¿verdad?, no te dé vergüenza y mándame callar cuando quieras. Mis amigos lo hacen constantemente. No me doy cuenta.

—Eres muy espontáneo.

—Soy natural, detesto a la gente que muestra una cara cuando en su interior está pensando lo contrario. En algún momento todos sacamos a la luz nuestra verdadera personalidad y es mejor darse a conocer desde el minuto cero.

—Estoy de acuerdo. —No del todo, me ha agarrado del brazo

constantemente, me ha tomado la mano al pasar el semáforo como si yo fuera una niña pequeña y me ha pasado su brazo sobre mi cuello para «ayudarme» a esquivar a dos niños que pasaban corriendo sin ver contra quién se podían chocar.

—Tengo hambre, ¿vamos a ir a algún lugar con comida típica de Cantabria?

—Los bares de la zona ofrecen pinchos, es comida internacional, ofrecen desde la típica tortilla hasta hamburguesillas, tostas, cazuelitas...

—Lo preguntaba porque estoy enganchado al cocido montañés. Suelo ir a comer a un bar donde me siento como en casa. La dueña cocina para chuparse los dedos y en el menú del día los viernes ofrece cocido. Yo lo pido siempre. Un día me regaló un táper con un par de raciones para el fin de semana. No tuve fuerza de voluntad y esa misma noche cené más de la mitad... ni te cuento qué noche pasé.

—Me imagino que te sentirías muy pesado, es una comida muy intensa y nada aconsejable si te vas a ir a la cama nada más tomarla.

—Casi aciertas, empieza con «p» pero de pedorro, yo creo que mis ruidos los escuchó el resto de la vecindad.

¿He oído bien?, ¿me está diciendo que se ha tirado pedos? Eres demasiado natural, Carlos, porque pedos tiraremos todos, pero decírmelo, y en la primera cita, es ser más natural que las vacas del campo, que según van caminado por los prados van dejando sus regalitos en forma de pastelitos recién horneados.

—¿Te he escandalizado?, perdona, no era mi intención, es un acto de nuestro cuerpo y me parece una tontería ocultarlo, en mi casa nunca cierro la puerta del baño. —Y me lo dice sonriente. A mí no me causa gracia la escena que se acaba de formar en mi cabeza, él sentado en la taza del baño con su ropa interior a los pies...

—Yo cierro la puerta. —Y no quiero hablar más del asunto.

—Yo respetaré tu modo de actuar, Marta, y cuando entre en el baño arrimaré la puerta porque sé que no te agrada.

—Gracias. —Menos mal que llegamos al bar. Con tanta gente dentro y la música sonando alta la conversación tendrá que suavizarse.

—¡Qué bien se está aquí dentro!, desde que llegué noto humedad hasta dentro del coche. Y me parece que algunos días siento un frío que no se

corresponde con la temperatura que marcan los termómetros. En Madrid el clima es más seco y tapándote bien puedes salir a la calle, pero aquí el viento parece que estuviera mojado, y la ropa que cuelgo no se seca en días...

¡Cuánto habla!, y no le importa charlar sobre el tiempo, sobre su trabajo, sobre la comida y los efectos gaseosos que le producen ciertos alimentos... El volumen de la música tampoco es obstáculo para él, habla tan alto que me están retumbando los oídos. Y si yo le oigo tan bien el resto del bar también se estará enterando de nuestra conversación, incluyendo los datos más íntimos que tengo la desgracia de escuchar.

Me obligo a compartir media hora más con Carlos para confirmar si todo lo que sospecho es una verdad más grande que un templo; que este hombre no es para mí y como no cambie de actitud no creo que lo sea para muchas otras mujeres. Rectifico: será perfecto para una mujer sorda, o una que todavía hable más que él...

Entramos a cenar en un bar con una barra a rebosar de pinchos. Carlos tiene la extraña habilidad de localizar al instante todos aquellos que tienen morcilla, cebolla, chorizo... yo disimulo picoteando un pincho de setas con jamón. Cada vez que me habla todos los aromas de lo que está ingiriendo van directos a mi nariz y me empiezo a marear. ¡Como para dar un beso a su boca!, ni cepillándose los dientes con lejía eliminaría en horas ese olor.

Me quiero ir a mi casa, será guapo, alto y con buen cuerpo pero no le aguanto. ¿Salir él y yo?, ni loca, a este hombre no le destinaron a Santander, no le aguantaban y le echaron de Madrid, buscaron todos los posibles destinos y le plantaron en uno de los puntos más lejanos. ¡Qué mala gente, Algeciras está más lejos! Pero no seré yo quien le aguante, lo siento por la próxima chica con quien se cite, pero ahí se las arregle con esta cotorra.

—Salgo fuera un segundo, tengo una llamada perdida de mi hermana. —Sin sentir remordimientos por la mentira que voy a decir he sacado el móvil de mi pequeño bolso de tachuelas y he mirado la pantalla.

—Claro, atiende a la familia, yo voy a pagar y en cuanto vuelvas nos vamos.

—Vale. —De eso nada, en cuanto entre será para despedirme y salir pitando hacia mi casa.

«Es una lástima, lo estábamos pasando muy bien», me dice el muy

inconsciente. Yo respondo con una sonrisa mecánica y salgo oyendo cómo me pide el número de teléfono para volver a quedar. Tengo la excusa de la música para no volver la cabeza y seguir caminando. ¿Hacia dónde se supone que lo hago?, hacia la parada de taxi más cercana para ir al hospital donde están examinando a mi padre de un dolor en el pecho muy fuerte.

«¡Lástima, Carlos!, no has sido seleccionado pero no te preocupes que de este concurso nadie se va con las manos vacías, nuestra azafata te hará entrega de un vale para comer durante un mes cocido montañés en tu restaurante favorito.»

—Dime que me has cogido el teléfono porque te has acercado a la cocina a por un vaso de agua. Y dime que ese vaso de agua lo necesitabas porque tienes la garganta seca de tanto como has jadeado y gritado esta noche.

—Lo confieso: he jadeado y he gritado esta noche.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Entonces no te has levantado a por agua y no tienes la garganta seca por gritar. Eres incapaz de soltar un grito en plena noche por no molestar a los vecinos.

—Nos podíamos haber ahorrado esta conversación, Mónica. Ya sabías las repuestas.

—Tenía un noventa y nueve por ciento de certeza pero ese uno por ciento restante me tenía intrigada. Dime al menos que quedaste con alguien.

Me siento en el sofá. Nunca había intercambiado tantas palabras con mi hermana al teléfono y me parece curioso que lo estemos haciendo a causa de su interés por mi vida sexual.

—Quedé con un chico. Solo te diré que fue un desastre. No quiero recordarlo.

—Ja, ja, ja, ¿era feo?

—No, al contrario, era guapo y alto y un auténtico petardo. Me marché sin apenas despedirme.

—¿Le diste tu teléfono?

—Me lo pidió pero me hice la tonta.

—Algo has aprendido al menos. Entonces olvídale y si vuelve a escribirte a tu perfil le bloqueas y fin del problema.

—Yo ya era tonta, eso no tenía que aprenderlo.

—¿No te habrás desanimado, verdad? Si lo piensas bien es gracioso, guapo y petardo, ya ves que hay combinaciones de todo tipo.

—Lo será para ti, a mí que me hablara de sus flatulencias no me hizo ni pizca de gracia.

—¡No me jodas! Ja, ja, ja. Piensa en positivo, el siguiente no podrá ser peor y si lo es al menos ya estarás curada de espanto.

—No estoy muy animada, para todo hay que tener suerte y no parece que yo la vaya a tener.

—Tonterías, tómate unos días de descanso en lo que a buscar novios se refiere y ya verás cómo te vuelves a sentir con ganas.

Miro la pulsera roja que me regaló Mary. Ella no se rendiría tan fácilmente y yo debería tener algo de su sangre corriendo por estas venas que veo en mi brazo. Prueba es que ya he quedado con dos chicos, eso no lo haría una mujer cobarde. Ellos se apuntan porque quieren conocer chicas. Yo busco un chico compatible conmigo. Si no hay conexión ninguno de los dos deberíamos echarnos las manos a la cabeza.

¿Me preocupa entonces que se pueda hablar de mí?, ¿que mis citas se conozcan y hablen entre ellos sobre si les parecí guapa, fea, interesante, tonta...? Ya sería difícil, aunque no imposible. ¿Qué es peor: sentir soledad o que hablen de mí?, sin duda sentir soledad, esa no se va aunque te encierres en casa o te cambies de ciudad.

—Lo pensaré, pero no garantizo nada. Ya te mandaré un mensaje si hago diana.

—Vale, fea, encima que me preocupo por ti. A las hermanas mayores no hay quien os entienda.

—Cuídate, canaria, un beso.

¿Me estaré trastornando?, han pasado solo varias horas desde mi cita con

«Don Pedorro y sin sentir vergüenza por admitirlo porque es algo natural» y estoy de nuevo sentada con el portátil sobre mis piernas. Me ha escrito, y tiene el valor de preguntarme si vamos a quedar de nuevo. No voy a contestarle, tampoco a bloquearle, estoy en modo invisible. Esperaré a que él se canse y me olvide. Yo también tengo que olvidarle a él y sus naturalidades.

Me lo imagino, muy a mi pesar, en la cama con una chica que no soy yo. Están haciendo el amor apasionadamente, en postura del misionero. Ambos se mueven frenéticamente, ella tiene un orgasmo que le hace emitir un grito contenido y él se tira un pedo modalidad trombón que también le debe dar mucho gusto porque cierra los ojos y se muerde el labio inferior para amortiguar sus suspiros.

Ahí tengo la respuesta, claro que estoy volviéndome loca, no me explico otra razón para que mi mente imagine semejante escena. Céntrate, Marta, y si todavía te queda algo de cordura, utilízala para encontrar a un hombre normal.

Michael, treinta y cinco años, natural de Austria, químico. Sus ojos, verdes como las esmeraldas, es lo que exclusivamente deja ver en su foto. Son preciosos e hipnóticos, tanto que no me permiten revisar a más candidatos. Se define como un hombre tranquilo, conciliador, a quien le gusta pasear, la playa y la montaña. Ni una referencia a los deportes. «No quiero estar solo, quiero compartir mi vida con una mujer a quien amar, respetar y con quien pueda reírme.» Es una buena frase, yo también quiero lo mismo. Respondo a su saludo y comenzamos a hablar.

—Olga, no olvides que esta tarde tengo que ir a la otra asesoría. Espero no demorarme más de una hora y prefiero ir a las cuatro. Me daría más pereza salir de aquí de noche.

—No te preocupes, yo me ocupo. Y no vengas corriendo que ya te conozco. Si acuden muchos clientes tienen unas sillas muy cómodas donde pueden sentarse a esperar.

—Necesito ver qué tipo de empresas vamos a contabilizar, quizás hay alguna actividad que no hemos tratado nunca y es mejor estar preparados. Se trata de hacerme una idea. En cuanto termine me tienes de vuelta.

Salgo respirando hondo. Lo que Olga no sabe es que he quedado en una cafetería a medio camino para conocer a Michael. Trabaja en turno de noche y se ha mostrado impaciente por conocerme. Yo no tenía intención de citarme con nadie entre semana, quería darme tiempo, no sentir que estoy haciendo el Tour de Francia y que cada día me toca una etapa. Michael ha insistido, yo me he resistido pero caminando hacia el bar donde nos conoceremos pienso que debe de tener buenos conocimientos de pesca de río. Me ha lanzado el anzuelo con un cebo irresistible: no quiere perder un solo día si es que estamos hechos el uno para el otro.

¿Y si no lo estamos?, la respuesta en cinco minutos. Es muy alto, un metro y noventa y un centímetros, pelo rubio, delgado y fibroso. No es probable que haya muchos hombres en la cafetería con esas características. En nuestras conversaciones se ha mostrado como una persona con los pies en la tierra, con gustos bastantes normales, responsable y discreto.

¿Y cómo un austriaco se establece en el norte de España y acaba trabajando en una fábrica de repostería? Sus padres han tenido autocaravana desde que era un niño. Todos los veranos viajaba con ellos y con su hermana conociendo Europa. Con doce años recorrieron la costa desde Hendaya hasta Oporto. Fue un viaje mágico, en Austria no hay mar y hasta esa fecha solo había conocido el Mediterráneo, hermoso pero muy diferente del Cantábrico. Aquí una misma playa puede parecer el Caribe un día de sol y al siguiente mostrar un aspecto totalmente diferente si ha entrado una borrasca. El color del mar se vuelve gris, las olas dejan miles de minúsculas partículas de agua en suspensión, y si estás en la orilla literalmente respiras el mar.

«Vuestro mar está vivo», me dijo el lunes. «Si te acercas y te quedas muy quieto mirando y escuchando lo puedes oír.» Por supuesto que puedes oír y escuchar ruidos; los de las olas, el viento, las gaviotas chillando...yo comparto en parte su visión del mar. A veces es amable y otras parece tan enfadado que el simple hecho de estar a pocos metros de la orilla ya me genera una sensación extraña. Es una especie de latido vital, una fuerza que me recuerda nuestra precariedad en este mundo. Podemos hacer grandes planes, pensar que nuestra vida es compleja, imaginarnos nuestro futuro como si fuese un hecho cierto, pero nuestra existencia es frágil y simple por mucho que algunos se

empeñen en demostrar que tenemos algún tipo de control sobre nuestro destino.

Según Michael, y me fiaré ya que yo no he conocido a ningún austriaco anteriormente, los adolescentes de su país son más independientes, y con dieciocho años regresó con una mochila y un saco de dormir a España porque le gustaba la comida, el carácter y las fiestas. En sucesivos viajes descubrió Andalucía, las discotecas de Valencia y las fiestas de San Fermín. Se enamoró de una compañera de facultad y durante cinco años compartió vivienda en su país con su novia. Cuando la relación se terminó se despidió de su trabajo y volvió a España sin rumbo fijo.

Trabajó de camarero, de guía turístico, recogiendo fruta en Lérida y haciendo la vendimia en La Rioja. Cuando a finales de septiembre este último trabajo se terminó tomó un autobús hasta San Sebastián. En Málaga había trabajado varios meses con Gorka, un donostiarra con el que había forjado una amistad profunda. Le había invitado a conocer su ciudad en varias ocasiones y después de trabajar duro todo el verano se merecía unas vacaciones. Además quería volver a la costa norte, vivir a orillas del mar, levantarse por las mañanas con el ruido de las olas, escuchar a las gaviotas... como en sus recuerdos.

Y una cosa había llevado a otra, un empleo en Bilbao le había facilitado contactos para trabajar en la industria alimentaria y sus estudios de química hicieron el resto. En Cantabria encontró un buen puesto. Hace unos meses compró una casita cerca del mar, a pocos kilómetros de Santander. Solo faltaba una mujer en su vida, alguien que quisiera mirar junto a él las olas en invierno y las puestas de sol en verano.

Yo también quiero tener alguien a mi lado. Y no me importa si miramos el mar, las montañas, la pantalla del cine o las ofertas de leche del supermercado. Y voy a averiguar si esa persona es Michael en unos instantes ya que estoy poniendo un pie dentro de la cafetería. Hay bastantes personas, más de las que me esperaba encontrar. Pero no veo ninguna cabeza rubia, ni alta ni baja. Soy la primera en llegar y pediré una consumición para esperarle.

—Hola, Marta.

Preciosa voz, es profunda, envolvente, y con un acento cuyo origen nunca

hubiera adivinado. Mi cita ha llegado y es hora de darse la vuelta y buscar esos preciosos ojos verdes.

—Hola, Michael, encantada. —Esto es una frase hecha, y como tal no se toca, pero no sé si estoy encantada, decepcionada o asustada.

¿Ya están realizando trasplante de ojos?, los que me miraban en su perfil están instalados en un rostro equivocado. Son unos ojos profundos, serenos, misteriosos, y algún otro adjetivo más que ahora no se me ocurre y ahí encajados están pidiendo a gritos que alguien los libere.

—Has pasado a mi lado y no me has reconocido.

¡Qué voz!, si cerrase mis ojos sería el hombre perfecto pero de vez en cuando tendría que abrirlos y ahí se acabaría la magia. No puede negar lo alto que es. Tengo mis dudas sobre si es muy delgado o directamente tiene el calificativo de esquelético, para saberlo habría que esperar al verano, cuando el calor le obligase a quitarse esas ropas tan ¿extrañas? que hacen que unos cuantos pares de ojos estén ahora mismo mirando sin disimulo alguno.

—Tú sí que no has tenido problema en localizarme.

—He memorizado tu cara estos días, he mirado tu foto muchas veces, Marta.

—Yo también. —He mirado sus ojos, lo único que se veía en la foto.

Recordatorio número uno para cuando llegue a casa: sacar la sartén de freír huevos y darme con ella en la cabeza. Comprobar si mis neuronas empiezan a entender que lo que ellas imaginan y la realidad no tienen por qué coincidir. Recordatorio número dos: si todavía no han cambiado de modo de pensar alternar la sartén de mano y darme otro sartenazo para dejar las cosas claras.

—Qué bien, ¿qué pensabas pedir?, si quieres nos sentamos en una mesa, yo creo que estaremos más cómodos. ¿Has comido?

—Un refresco de naranja. No he comido. —Es muy agradable escucharle y de momento su conversación es normal. Sentado llamará menos la atención su *look* negro total y si se quita la especie de gabardina de cuero negra, que parece sacada de la película *Mad Max el guerrero de la carretera*, mejor aún.

—Yo tampoco, y desde aquí me iré directamente al trabajo. ¿Pregunto qué podemos comer?

—Bien, a mí me gusta de todo así que te dejo libertad de elección. —Espero que no sea un bar de esos que solo hacen raciones de cosas que están dentro

de las tripas de la vaca o del cerdo. Unos callos de vez en cuando me gustan, sus vecinos de barrio estarán buenísimos pero a mí me da aprensión comer corazón, mollejas y cosas similares.

—Me lo pones fácil entonces, ahora vuelvo.

Me quedo sentada observándolo. Dice que he pasado a su lado y no lo he visto. Normal, yo buscaba a alguien rubio, y para mí eso significa tener pelo en la cabeza y que este tenga un tono muy claro. Las cuatro pelusas que tiene en la zona de la nuca son rubias pero son tan pocas y finas que no destacan.

Si en lugar de su maravillosa voz tuviese una más agresiva, y con acento alemán, entonces parecería un miembro de las SS. Su larguísima prenda de cuero tapa casi por completo unas botas de militar. ¡Si va a trabajar dentro de una fábrica de alimentos!, ¿qué hacen dentro, guerra de magdalenas?

Y luego dicen que las mujeres estamos preocupadas por nuestra imagen. Aquí, el Michael, también lo está y mucho. ¿Para qué poner el resto de su cara en la foto cuando lo único reseñable son sus ojos? Es lo que diría mi madre una cara «chupada». Ahí no hay un gramo de grasa, la piel se desliza sobre los huesos de los pómulos y el puente de su importante nariz pugna por romper la fina piel que recubre el apéndice.

Si el resto de su cuerpo está tan delgado como su cara presagia, este hombre desnudo tiene que ser todo un poema, y no estoy pensando en uno de Rubén Darío. Tan alto, tan blanco, tan delgado, ya se me está asustando la zona íntima solo de imaginarlo, como para hacerlo realidad. Se cerraría a cal y canto con un cartel fuera que pondría «cerrado por vacaciones».

—¿Te importa mucho si la ensalada no contiene cebolla?

—Ningún problema —le respondo pensando que al menos el mal aliento no será la causa de que esta cita no tenga un final feliz.

—Croquetas, rabas, albóndigas, pimientos rellenos de bacalao, revueltos... no me acuerdo del resto de los platos que me ha nombrado.

—Cualquiera de los que has dicho estará bien, pero no pidas mucho pensando en mí, estoy acostumbrándome a comer ensaladas y no quisiera estropear lo conseguido hasta ahora.

—No te preocupes, yo como por dos. —Pues nadie lo diría, ¿dónde lo metes, Michael?, podrías compartir con el resto de los mortales esa virtud. Me

conformaría con comer por una y engordar por media.

Regresa a la barra y lo veo conversar con el camarero. Si se quitase esa gabardina de cuero y se pusiera una capa también podría pasar por el conde Drácula, o por un cazavampiros.

Y si vistiera una sotana sería un sacerdote que realiza exorcismos, también podría pasar por un poeta atormentado que vive en un páramo desolado... No consigo imaginarlo en bañador haciendo surf, ni haciendo una barbacoa, ni riéndose a mandíbula batiente viendo la última comedia del verano.

Me dijo que buscaba una mujer con quien poder mirar el mar. Yo tendría que tener su mano entre las mías para hacerlo. Me serviría para no olvidar su presencia. Mirar las olas distrae, su sonido, su ritmo, su olor... relaja tanto que podría no acordarme de su compañía y darme el susto de mi vida ante su siniestra cara.

Mal empezamos esto, Marta. Seguro que cuando sonría la primera vez su cara cambiará y ya no te parecerá tan siniestro. ¿Es la ropa la que le da ese aspecto tan oscuro?, ¿o es él, con su cara y su modo de expresarse, quien hace que una ropa negra parezca sacada de un atrezo para una película de hombres duros que luchan contra licántropos? Lo curioso es que no siento aversión. Estoy buscando cómo mejorar su aspecto, cómo realizar cambios que hagan que se acerque a lo que yo consideraría normal. Un poco de sol en esa piel, una boina para tapar algo esa calva tan brillante, una ropa en tonos más alegres, diez kilitos repartidos uniformemente... y tendría a otro hombre delante porque Michael se habría marchado aterrorizado si supiera lo que estoy pensando.

—Tendremos que esperar unos minutos. La ayudante de la cocinera se ha puesto mala de repente y por eso tardarán un poco en servirnos.

—No hay problema, yo tengo tiempo. —Michael tiene algo que le hace agradable. Curioso en un hombre con esa apariencia, pero me siento cómoda a su lado. El resto de los clientes del bar, que ya lo han mirado por todas las esquinas, han regresado a sus propios intereses, y que no continúen observándolo como si estuviera recién llegado del espacio ayuda bastante a normalizar la situación.

Se quita la larga prenda y la deja doblada sobre el respaldo de la silla.

Camisa negra de manga larga, pañuelo negro envolviendo el cuello, pantalón negro ajustado con los bajos metidos por dentro de las botas de militar... sí que está flaco, parece una vara de avellana.

Es demasiado blanco, su piel no debe de haber recibido nunca ni un rayo de sol. Me dijo que le encanta el mar, se acercará a verlo cuando está nublado porque ni en las manos hay rastro alguno de color. Sus dedos son muy largos y vienen a juego del resto de su cuerpo; son huesos, articulaciones, tendones y piel recubriendo el mecanismo. Una cosa buena acabo de encontrar, tiene unas uñas muy cuidadas. La vida sí que te da sorpresas, me centraré en estos pequeños detalles. No son razón para enamorarse pero unas uñas llenas de suciedad sí que podrían ser causa de desamor.

—¿Ya tienes una opinión sobre mí que yo pueda saber?

—¿Perdona?

—Pregunto si ya has determinado si lo que ves te gusta o por el contrario estás deseando salir huyendo.

Me mira con sus increíbles ojos verdes y me desarma, tomo aire y comienzo a hablar.

—No he sentido nada en el estómago cuando nos hemos conocido si es que estás interesado en saberlo. Tienes un físico y un modo de vestir muy alejado del que yo estoy acostumbrada a ver.

—Quiero que sepas, aunque no estés interesada, que yo sí que he sentido algo en el estómago cuando nos hemos conocido. Tienes un modo de vestir muy habitual en las chicas de esta ciudad y una cara muy bien hecha a juego de un cuerpo que no he tenido el placer de ver pero seguro que está en consonancia con lo poco que puedo vislumbrar.

—Muchas gracias.

—¿Es imprescindible que notes algo en el estómago para saber si esa persona te gusta o podría llegar a gustarte?

—No lo sé, no me enamoro cada quince días, por lo que desconozco si no sentir nada es prueba irrefutable de que no va a haber atracción futura.

—Buena respuesta. —Michael esboza una mueca que se quiere parecer a una media sonrisa.

—No he salido huyendo, algo que sí he hecho en mis anteriores citas.

—Entonces me doy por satisfecho. ¿Y cómo una chica tan educada como tú tuvo el valor de infringir las normas de la cortesía y huir de sus citas?

Sin darme cuenta le estoy contando a Michael cosas que ni mis amigas saben. Escucha tan bien y me hace las preguntas perfectas que cuando llegan los cafés le he confesado mi vida y él no ha soltado ni prenda sobre la suya.

—Lo siento, te he contado un montón de tonterías y no te he dejado hablar.

—Tranquila, lo has hecho porque lo necesitabas y yo he escuchado porque he querido. Me podría haber marchado, huir con alguna excusa pero no me apetecía.

—Gracias por no hacerlo aunque me lo haya merecido.

—Si quieres nos intercambiamos nuestros teléfonos.

—Buena idea.

—No te voy a acosar, ni siquiera a llamar. Te lo estoy ofreciendo como amigo, porque opino que hoy he conocido a una amiga y si me necesitas aquí me tendrás.

—Muchas gracias, Michael, yo también te considero ya mi amigo. Lamento que no haya existido atracción porque eres un chico estupendo.

—Más lo siento yo, créeme, pero no se puede obligar al corazón.

Nos despedimos, y lo hago tranquila, la primera cita en la que me despido con un beso sincero en la mejilla es un alivio para mis nervios y un aliciente para no desistir.

«Había una vez, en un reino muy lejano, una hermosa princesa. Y estaba harta de que le presentasen a príncipes de brillante armadura porque ella le había echado el ojo al leñador del pueblo...»

«Sábado sabadete, cena y cita con un nuevo amiguete.» Esa podría ser mi aportación al refranero nacional. Estoy intentado pintarme la raya de ambos ojos y que no se note mucho la diferencia entre ambos. Es algo que nunca he conseguido. Dice Andrea que es cuestión de practicar. Tengo mucho tiempo libre, de hecho he tenido todo el sábado libre para hacerlo. Pero me ha dado pereza levantarme del sofá. Mirando la tele, esa caja tonta que al perder sus volúmenes pasó hace mucho tiempo a ser sobre, he aprendido dos cosas nuevas: ser malo te hace mucho más resistente a los golpes y los estadounidenses necesitan siempre una caja de cartón para guardar todos sus objetos personales cuando los despiden del trabajo.

Estoy convencida de que las dos películas que han ocupado mi tarde fueron escritas por el mismo director, filmadas por el mismo equipo y con actores sospechosamente parecidos. Al nuevo vecino, un malo en toda regla, la protagonista le parte un jarrón en la cabeza y, aunque queda aturdido unos tres segundos, se incorpora para continuar persiguiéndola. Eso no pasa si eres buena persona, yo me mareo si me incorporo muy bruscamente y nadie me ha dado un golpe. Si lo hicieran me tendrían que levantar del suelo los camilleros. Para todo hay que valer en la vida y los buenos somos tiernos hasta para sentir el dolor.

El asunto de las cajas es un clásico en las películas. ¿Cuántos objetos personales acostumbran llevar al trabajo los estadounidenses?: la foto, la pelota de béisbol, un montón de libros, cuadernos, un pisapapeles, una taza de

esas que usan los ingleses para tomar el té y entra medio litro... eso no es normal. Y menos aún es usar una caja de cartón para transportarlo cuando te echan. Porque si se van por propia voluntad quizá lo metan todo en una bolsa con asas. Pero en ese país el mismo día en que dejan de trabajar se convierten en pobres y ni tienen ahorros en el banco, ni seguro médico que les cubra si cogen un catarro, ni casa propia, ni coche, nada... así que tienen que utilizar una caja de cartón de las que puedes encontrar en los contenedores cercanos a los supermercados para hacer la mudanza.

Ha sido una tarde muy instructiva, por lo que no podía perder el tiempo pintándome la raya del ojo una y otra vez hasta conseguir hacerla idéntica en ambos luceros. Va a tener que quedar bien al primer intento. Ya estoy vestida para salir, tengo un cuarto de hora de tiempo si quiero llegar a mi nueva cita puntual.

Aitor, treinta y nueve años, natural de Bilbao y residente en Noja. Divorciado, si lo hubiera sabido el jueves no estaría ahora intentando parecer una mujer misteriosa. El muy pillín me lo ha dicho hace tres horas. Un pequeño detalle que se le había olvidado. Divorciado es lo mismo que decir: he tenido pareja, «un papel no hace que estés más unida a otra persona», me ha dicho para quitarle importancia al asunto. Es un formalismo, pero me hubiera gustado saberlo desde el principio.

Aitor vive en el apartamento de veraneo que compartía con su mujer. Noja es un pueblo costero precioso; casas de indianos, prados verdes donde las vacas pastan ajenas a si la bolsa sube o se desploma en Tokio, playas idílicas y multitud de urbanizaciones con apartamentos comprados por veraneantes en su mayoría procedentes del Bizkaia.

Cuando se separaron ella se quedó con la vivienda de Bilbao y él con la de Noja, donde actualmente reside. Es ingeniero y trabaja en una refinería que hay en Muskiz, «esa que tiene la chimenea con llamas», me dice. Como para no recordarla, todavía hoy en día, cuando paso por la autovía para ir a Bilbao busco el color azulado de sus lenguas de fuego.

Desde su casa hasta el trabajo hay bastantes kilómetros, le comenté. Dice no importarle porque está tranquilo donde reside, en verano hay bastante bullicio pero el resto del año es el lugar perfecto para vivir si te gusta la naturaleza. Le

encanta caminar y me sugiere que lo hagamos juntos. Ya veremos, yo me conformaría con salir de la cafetería donde hemos quedado andando tranquilamente.

No quiero agotar los bares donde citarme con mis posibles caballeros andantes, así que he propuesto una cadena de esas que hacen bocaditos de mil y un tipos. Siempre está muy concurrido pero a las ocho y media de la tarde espero que haya algún huequito donde poder sentarnos mientras nos conocemos.

Aitor no sabe dónde está pero le doy como referencia un hotel que está en la misma acera y un parking subterráneo donde puede dejar estacionado su coche. Me acerco y compruebo desde la calle que ya hay bastantes mesas ocupadas, así que espero que sea puntual porque a mí no me gusta entrar y esperar sola en ese tipo de establecimientos donde todos están acompañados.

Hace un frío horrible y me subo el cuello de la chaqueta intentando tapar todas las vías de acceso por donde puede entrar el aire frío a mi cuerpo. Si mi vista no me engaña es puntual como me prometió y viene caminando por la acera. Es fuerte sin llegar a parecer gordo, alto, ancho... vamos, lo que viene a ser un vasco que por algo se apellida Magunagoikoetxea.

—Has elegido un buen sitio para quedar, he encontrado el hotel y el parking a la primera.

—Gracias, como me dijiste que apenas conocías Santander me pareció la mejor opción, ¿entramos o buscamos otro sitio?

—Entramos, cualquier lugar es bueno para charlar.

Me cede el paso al local. Le señalo una mesa para dos que está situada al lado de una columna. Asiente con la cabeza y nos acomodamos.

—Hay que pedir en la barra, ¿qué quieres tomar?

—Un refresco de naranja.

—Ahora vuelvo.

Aprovecho para curiosear, pelo negro y ondulado, bastantes canas en las sienes. Cejas pobladas y ojos oscuros. Tiene cara de noble, de juerguista, de gustarle ir al fútbol, de cenar chuletón con patatas y pimientos, de llevar camisa de cuadros con las mangas remangadas.

—Aquí tienes. Eres muy guapa, Marta, aunque imagino que estarás cansada

de oírlo.

—Gracias, tú también lo eres. —Está bien, y tengo que contestar al cumplido que para algo fui a un colegio de monjas.

—¿Cómo pensabas, mejor, peor?, las fotos no tenían muy buena calidad.

—Igual que en las fotos. —Me sonrío y parece un niño grande. Me gusta lo que veo.

—Bueno, cuéntame qué buscas, qué cualidades tendría que reunir un hombre para ser tu pareja ideal.

—No lo he pensado, imagino que la sinceridad es la más primordial.

—Ya...

Una despedida de solteros, imposible equivocarse observando las ropas que viste uno de los chicos que acaba de entrar en el local. Vestido de torero, y en tono rosa fucsia para que se le vea bien. Cuento quince incluyendo al del traje de luces, no sé dónde piensan meterse, todas las mesas tienen clientes. Se acercan a la nuestra y ahí veo la jugada. Una avanzadilla había ocupado varias mesas y puesto ropa en sillas para que parecieran ocupadas. Juntando las mesas se van colocando todos juntos como sardinillas en lata pero ahí están, sentados y haciendo más ruido que los niños de un colegio en el recreo.

Es curioso celebrar una despedida de soltero en un bar de bocadillos a un euro pero me parece estupendo. Fin de semana en Ibiza, escapada a Nueva York, Miconos... esos viajes tan guais que hoy en día están tan de moda para celebrar que alguien decide firmar unos papeles que le comprometerán con otra persona son una ruina para gente como yo, y opino que se alejan bastante de la realidad de simples mortales que ganamos un sueldo normalito al mes.

Si en un año tienes cuatro despedidas de esas olvídate de ahorrar algo para comprarte un utilitario de segunda mano, o para simplemente irte de vacaciones a conocer por ejemplo Florencia. Todo el dinero se escapará y ni te darás apenas cuenta porque habrá que pagar entre todas la parte de avión, estancia, comidas y bebidas de la novia, comprarle regalo de amigas, disfrazarla con algo ridículo y a la vuelta hacer regalo de bodas a cuenta de lo que cobres el próximo mes.

—¿En qué piensas?, te has quedado muy callada.

—Nada, perdona, me he distraído con la llegada del torero.

—Son muy escandalosos, ¿buscamos un lugar más tranquilo?

—Será lo mejor, cada vez que brindan me salpican gotitas de cerveza.

Está lloviendo, ¡qué raro!, y los dos sin paraguas, parecemos de Almería. A pocos metros una cafetería es nuestro refugio, un lugar tranquilo donde no creo que pueda entrar gente como esa.

—¡Qué paz!, estoy mayor para aguantar tanto jaleo.

—Hay que estar metidos en el ambiente para no apreciar el ruido que hacen.

—Yo ahora valoro mucho la tranquilidad. Quiero decirte algo que te he ocultado, Marta.

—¿Qué? —Por su cara es importante, ni un triste taco se me viene a la cabeza, ¿es que no queda ni un hombre libre normal?

—Te dije que estaba divorciado, pero no te conté que tengo hijos.

—¿Hijos? —Plural, al menos dos y no está en mis planes ejercer de madrastra.

—Trillizos. Pensé que si te lo contaba no querrías conocerme.

Por supuesto que la palabra trillizos hubiese sido la última de nuestra conversación. No nos conocemos, no hay ningún tipo de relación de amistad y menos sentimientos, por lo que lo siento mucho, Aitor, pero no estoy preparada para involucrarme contigo y con tus trillizos.

—Por la cara que pones no vas a darme una oportunidad, ¿verdad?

—No tengo hijos Aitor, todavía no he sentido la llamada de la maternidad. No estoy preparada para los hijos de otra persona, y tres son multitud.

—¡Dímelo a mí!, me vuelven loco y soy su padre. Te entiendo, pero vi tu foto y me gustaste tanto que olvidé que mujeres como tú son zona prohibida para hombres como yo.

—Que yo no quiera arriesgarme no significa que no existan otras mujeres que sí lo deseen. —Qué menos que despedirme elegantemente, aunque no me imagino qué chica en su sano juicio querría compartir su tiempo con trillizos.

—Tampoco están conmigo todos los días. Viven con su madre y voy todos los miércoles a verlos a la salida del colegio. Les doy la merienda y paso con ellos la tarde. A las ocho los dejo en su casa. Dos fines de semana de cada mes los pasan en Noja. Los recojo el viernes por la tarde y nos quedamos juntos hasta el domingo por la noche.

—Claro. —A mí no me importa su convenio regulador, pero el pobre hombre quiere explicar que tiene tiempo para una relación y habrá que dejarle hablar un ratito y darle ánimos.

—Aunque últimamente pasamos mucho tiempo juntos los cuatro. Mi exmujer se ha echado un novio que la tiene «loca» y se van por ahí como dos tortolitos casi todos los fines de semana. Quiere tener días libres para viajar en moto con su «muchacho», que tiene veintisiete años. Dice que ella les cuida veinticinco días de cada mes y eso no es justo. Amenaza con solicitar un cambio en nuestro acuerdo y que vivan dos semanas completas con cada progenitor si yo no accedo a pasar más sábados y domingos con ellos.

—Ya... —A ver cuándo encuentro yo un hueco en esta conversación para poner punto y final y marcharme a mi casa, donde no hay niños esperándome ni exmaridos.

—Ella sabe perfectamente que me tiene atrapado. Si mis hijos tuviesen que vivir conmigo yo tendría que alquilar cerca del colegio y poner a la venta el apartamento de Noja. Pago manutención y una hipoteca por el coche. Imposible soportar por mucho tiempo el alquiler de una vivienda con espacio suficiente para vivir los cuatro. Además tendría que contratar a alguien que los llevase al colegio y los recogiese. Mi horario de trabajo no es compatible con el de ellos. A mí no me salen las cuentas.

—Claro. —Hasta yo me estoy empezando a agobiar y no es mi vida. Igual tengo que darle las gracias a Aitor por contarme su situación. Ya no me siento tan desdichada. Él sí que está agobiado. Lo siento mucho pero no voy a compartir, bajo ningún concepto, la carga que deben de suponer tres niños.

—Te estoy asustando, ¿verdad? También hay momentos muy buenos, Marta. Cuando por la mañana entran corriendo en mi habitación y se meten en la cama los tres y hacemos guerra de almohadas, me lo paso yo mejor que ellos.

Lo que me faltaba, tener que dormir con un ojo abierto, atenta a que en cualquier momento puedan saltar sobre mí tres niños con armas blandas.

—¿Qué edad tienen? —¿Y para qué pregunto?, si no tengo intención alguna de conocerlos.

—En febrero cumplirán cinco años.

¡Por favor!, es una pesadilla, estoy tratando de multiplicar por tres el

esfuerzo que supone distraer a Marcos y recoger la estela de caos y destrucción que deja a su paso y no soy capaz. Mi mente no está preparada, digamos que es un esfuerzo similar al de intentar visualizar lo que realmente supone tener la fortuna de cualquiera de las diez personas más ricas del mundo.

—Con esa edad imagino que jugarán mucho los tres.

—Sí, y también se pelean mucho los tres. Siempre quieren el mismo juguete.

Creo que he oído suficiente, Aitor parece un tipo encantador pero yo no quiero niños a mi alrededor, por lo que volveré a recurrir a la socorrida excusa del mensaje en mi móvil para poner punto y final a esta instructiva charla sobre divorcios, acuerdos e hijos. A mi familia le está pasando de todo últimamente y ellos sin enterarse, ja, ja, ja.

—¡Fíjate qué coincidencia!, tú hablándome de tus hijos y mi hermana está dando a luz a mi primer sobrino.

—¿Te acerco al hospital?

—Muchas gracias por el ofrecimiento pero mis padres pasarán en dos minutos por la calle donde vivo, así que mejor me voy con ellos. Desde el parking donde tienes el coche es muy fácil salir de Santander hacia Noja. Desde el hospital es más complicado.

—Como quieras. —Pobre hombre, tiene aspecto de derrotado, pero él se repondrá, está acostumbrado a ser fuerte, tiene a sus trillizos.

—Ya hablaremos, salgo corriendo que mi madre estará nerviosísima.

—Por supuesto, dale a tu hermana la enhorabuena de mi parte.

¡Sí!, le digo corriendo hacia mi casa. Un premio es lo que tendrán que darme como siga interpretando e inventándome acontecimientos familiares para escurrir el bulto.

—Nunca había visto a una mujer caminar tan rápido con tacones.

—¡Ah! —Que se me sale el corazón por la boca.

—Soy Richard, ya sabes, el vecino, y te aseguro que soy totalmente inofensivo.

Tengo la mano en el pecho, y desconozco por qué lo hago, de nada me sirve

notar los latidos desbocados pero parece que tranquiliza, así que la mantengo respirando profundamente.

—Si me dejas un pequeño huequito yo abriré la puerta para que pasemos los dos y me cuentes por qué te has asustado tanto.

Me hago a un lado, Richard se acerca y noto su sensual olor, algo extraño, nunca había sentido que un hombre oliese bien; lo contrario unas cuantas veces por desgracia. El portal está oscuro y la única luz es la que se escapa por las ranuras de la cabina del ascensor.

—No hay luz ni en el portal ni en la caja de la escalera. Se habrán saltado los automáticos. Creo recordar que mi padre tiene llave del cuartito donde están los mecanismos.

—¿Y el ascensor funciona? —Yo me quiero meter debajo de las sábanas y convertirme en Blancanieves; dormir hasta que un príncipe azul me despierte. Llegar a casa después de huir de una cita que ha sido un fracaso y encontrarme con Richard es muy cruel para mi pobre corazón.

—Sí, lo he usado para bajar la basura ahora mismo. ¿Nos arriesgamos?

—Sí. —En penumbra su voz resulta aún más profunda que mis recuerdos.

—¿Qué concepto tendrías de mí si supieras que desearía que el ascensor se parase con nosotros dos dentro?

—Espero que no tengas poderes y que se pare en la quinta planta y no antes.

—Eres muy dura conmigo, Marta.

Abro la puerta y paso. Richard entra detrás de mí con carita de apenado.

—Son las diez, mi padre ya ha hecho sus ejercicios de rehabilitación y está estudiando el periódico deportivo, mi madre a punto de ver una película de esas románticas que tanto le gustan. ¿Y tú?

—Yo voy a mi casa.

—¿Has cenado?

—No. —Tenía que haber dicho que sí pero esto de ser sincera me ha traído y traerá bastantes problemas en la vida.

—Yo tampoco. Mis padres se han puesto los dos a dieta y solo toman fruta para cenar. Pensaba hacerme un bocadillo y comerlo solo en la cocina ojeando internet. ¿No te doy ni un poquito de pena?

—Un poquito —respondo sonriendo. No puedo resistirme y he decidido que

tampoco quiero estar sola. No hay nada malo en cenar en compañía, solo cenar y charlar, eso hacen los amigos y los vecinos.

—¡Por fin!, he conseguido una sonrisa tuya, con tu permiso voy a pulsar el botón del ascensor.

—Sí, perdona. —Intento apartarme para que su brazo no me toque pero la cabina se ha vuelto minúscula y el aliento de Richard me provoca un hormigueo que se desplaza por mi piel desde mi cuello hasta mi estómago.

—Voy a entrar un segundo en casa, necesito mi chaqueta y también le preguntaré a mi padre por la luz de la escalera. ¿Necesitas entrar en tu casa?

—No.

—Toma. —Me pone un móvil en la mano—. Enfoca, por favor, a la cerradura, no la puedo ver.

Entra, enciende la luz del recibidor y me cede el paso. Yo prefiero quedarme fuera y niego con la cabeza.

—Somos gente normal, solo cenamos vecinos una vez al mes y eso ya lo hicimos el jueves.

—Lo anotaré en mi agenda para no estar cerca en vuestra próxima cena caníbal. Esperaré aquí si no te importa.

—No te escapes, salgo en un segundo.

Busco en mi bolsito mi móvil, que vibra impaciente. Nuevos correos es cuanto puedo ver porque Richard ya está cerrando la puerta con su cazadora de cuero negro en la mano y una sonrisa deslumbrante.

—Tenía miedo de que huyeras y he corrido por casa con la consiguiente sospecha de mi madre. Cuando una mujer tiene el primer hijo la CIA contacta con ella y recibe un curso intensivo. Una de las asignaturas es aprender a disimular. Monta antes de que le dé tiempo a mirar por la mirilla, que es un artilugio que solo ellas utilizan.

Entro riéndome con la ayuda de Richard, quien ha colocado sus manos en mis brazos y me está empujando haciendo el tonto.

—¡Casi a salvo!, estará observando por la ventana del salón. No le daremos ese gusto.

Me enseña una pequeña llave con un identificador azul. Escrita a mano la palabra «contadores» lo dice todo.

—Vamos a mirar ahora, no sea que alguien al entrar se dé un golpe y tengamos un problema. Voy a poner la aplicación de linterna en el móvil para que me alumbres.

Le enfoco y abre la diminuta puerta que se esconde en el hueco de la escalera. Los automáticos están en la pared izquierda y hasta yo, que soy bastante ignorante en cuestiones de electricidad, puedo ver que tienen la patilla hacia abajo. Un gesto y la luz reaparece.

—¿Sabes qué estoy pensando? —me dice retirando la llave de la cerradura y volviéndose hacia mí.

—¿Que si ha fallado la luz habrá que llamar a un electricista para que encuentre la causa y la repare antes de que vuelva a suceder?

—Además, ja, ja, ja.

—Tendrás que contármelo, dejé en el taller mi lector de pensamientos porque me estaba dando problemas.

—Claro... yo te lo contaré, esto y todos los demás pensamientos que te conciernan hasta que tengas reparado el aparatito ese. Pienso que he hecho lo correcto pero no lo que quería. A oscuras tendría más oportunidades para acercarme a ti. Te pones a la defensiva en cuanto te miro o intento tocarte castamente.

—Yo no lo hago a propósito pero tú...

—Déjame soñar un ratito más, no quiero que tu respuesta estropee este momento, ten piedad de mi corazón.

Voy a tener piedad, pero de mi corazón. Quiero disfrutar de su compañía, soñar que no hay un pero, que todo está bien, que no hago daño a nadie porque solo se tratará de cenar aunque los dos sepamos que hay más.

—Tengo hambre.

—Tus dos palabras han sonado a música, ¿alguna preferencia o quieres que te sorprenda?

—Te cedo las riendas, tú camina y yo te seguiré.

—Hummm, me encanta tu confianza en mí. ¿Puedes andar unas manzanas con esos bonitos tacones o prefieres que pidamos un taxi?

—Me gusta pasear, y más cuando la luna está llena.

—Te voy a llevar a un sitio que han abierto hoy al mediodía, así que dudo

mucho que hayas podido comer en él.

—Eso ya te lo confirmo yo. —Ni loca le pienso contar nada sobre mi encuentro con Aitor y sus trillizos, en primer lugar porque estoy cavando un agujero muy profundo donde meter a Aitor y a su vida familiar. Y en segundo lugar porque ese bar al que fuimos ya era viejo cuando yo acudía de niña con mis padres a comer rabas.

—Mi primo y dos socios han abierto un restaurante en la calle Burgos. La carta está llena de pequeñas raciones que son obras de arte, y los postres son impresionantes.

—¡Estoy convencida!, ¿a qué esperamos?

—Ja, ja, ja, me encantas.

—Muchas gracias. —«Y a mí tú también», se queda enganchado entre mis dientes.

Caminamos por la calle y me siento demasiado bien, vamos a cenar, dos vecinos con hambre, eso es lo que somos. ¿A quién quieres engañar, Marta?, hambre sí que tienes pero de su boca, de acercar tu rostro a su cuello, de oler su piel, de sentir su pulso... Me habla y me cuesta concentrarme en sus palabras, suenan como música, una melodía dulce que pone color a la noche.

—Felicitas a tu primo y a sus socios. La cena me ha encantado y los postres han superado a mi imaginación. Volveré.

—¿Sola?, te recuerdo que he sido yo quien te ha descubierto esta joya y deberías concederme ciertos derechos.

—Te los has ganado. Lo he pasado muy bien a tu lado y prueba es que los camareros están recogiendo y mirándonos con cara suplicante. No nos han llamado la atención por ser quien eres pero tenemos que levantarnos.

Richard se disculpa para entrar en la cocina y despedirse de su primo. Las dos horas que ha avanzado el reloj han sido perfectas, no he notado ningún gesto ni actitud que me haya hecho sentir desagrado.

En ningún momento ha nombrado a su pareja, y lo ha evitado con tanta naturalidad que me resulta sorprendente cómo puede hablar como si no existiera, pero así es y me dejó engañar. Durante estas horas la amazona ha

estado muy ocupada salvando al mundo en los comics de aventuras, Richard ha sido un hombre libre y yo una chica feliz por tener su compañía.

Hemos hablado de nuestras profesiones; yo le he contado los cambios que va a experimentar mi puesto de trabajo y él me ha expuesto la tensión que supone en numerosos momentos su trabajo en el hospital. Es traumatólogo y atiende urgencias, por lo que casi nunca hay calma.

Cuando a su padre le atropelló un camión que se saltó un semáforo en verde y lo vio en la camilla con el gesto contraído y la pierna en una postura imposible, se le olvidó todo lo que había aprendido y se sintió niño; su padre estaba a su merced y si lo hacía mal podría quedar inválido. Sus compañeros tuvieron que ayudarle a dar las primeras órdenes, a él todos los años en la universidad se le habían borrado de golpe. Hasta que pasaron unos minutos no recuperó su confianza y comenzó a ver la pierna como lo que era, una urgencia que necesitaría toda su concentración para que volviese a estar sana y funcional.

Volvemos caminando sin prisa, no quiero entrar en casa y Richard tampoco. Nos paramos en los escaparates, hasta las llaves inglesas de la ferretería nos parecen interesantes. Pero nuestro tiempo se acaba, me parece tan corta la distancia entre el restaurante y nuestra casa que me planteo sugerirle que busquemos un lugar para tomar un café. No quiero abrir una puerta que luego no pueda cerrar y eso es un símil perfecto para describir lo que pasaría si intimásemos más, me conquistaría y ya no tendría fuerza de voluntad para rechazarlo si insistiese. Es probable que Richard también esté cavilando porque los últimos pasos los damos en silencio, llegando al portal, donde la luz termina por enterrar la magia.

—Quédate quieta un minuto, Marta, aquí mi madre no tiene micrófonos y quiero decirte algo.

Me quedo paralizada; por sus palabras y por su mano en la mía. No quiero ese cubo de agua fría, y sé dónde están los hielos, en las palabras que dirá sobre su mujer. No concibo que Richard pueda compaginar ambas vidas, la suya como hombre comprometido y su intento de seducción hacia mí.

Espero conteniendo el aire, anticipándome para adoptar un gesto que demuestre naturalidad, hemos cenado, muchos amigos lo hacen sin que exista

un componente sexual.

—He deseado estar contigo desde el día en que te conocí. Aunque tenía bastante prisa porque llegaba tarde al trabajo, no creas que no me fijé en ti, no me preguntes qué ropa llevabas pero recuerdo tu olor, tus labios...

Se está acercando demasiado y no para decirme lo que yo esperaba oír. La pared está de su parte y no me deja interponer más espacio entre los dos. Estamos a pocos centímetros y los ojos de Richard ya no me miran, están concentrados en mis labios. Quiero que me bese, una sola vez antes de ir a mi casa a lamentarme de mi mala suerte en el amor.

—¿Puedo besarte?

¿Me pide permiso? «Sí», grita mi corazón a mi cerebro, «concédete un beso», solo lo sabréis los dos. Pero mi parte racional es poderosa, le da una sacudida a mi corazón para que reaccione y se hace con el control.

—Richard, no está bien, tu mujer...

—¿Qué mujer? —Su mano acaricia la mía, desconocía que sus dedos en mi mano pudieran transmitir tanto deseo.

—La tuya, Richard.

—Yo no estoy casado ni tengo pareja. ¿Por qué has sacado esas conclusiones?

—La chica de pelo largo con la que te he visto, ¿no es tu novia?

—Ja, ja, ja, es mi hermana, y tengo otra más pequeña que está en Roma con una beca Erasmus. No es la primera vez que piensan que no somos familia pero nadie había supuesto que yo me dedicaría a intentar seducir a una mujer que piensa que estoy comprometido con otra.

—No os parecéis en nada. —Me estoy sintiendo ridícula, Richard me está diciendo la verdad, lo noto, no ha dejado de tocarme con sus dedos y su cuerpo permanece muy cerca del mío. De tener un lugar para escaparme lo haría ahora mismo. Noto las mejillas ardiendo y zumbidos en los oídos.

—Tiene tres años más que yo y cuando me quería hacer rabiar me decía que yo era adoptado porque no me parecía a ella. Y no veas los berrinches que me llevaba pensando que debía de ser cierto. Un día, cuando salía del colegio me choqué con un hombre. Me reconoció por lo que me parecía a mi padre, ahí se acabaron todos mis disgustos; ella se parece a la familia de mi madre, yo no

puedo negar que soy hijo de mi padre. Y ahora que hemos aclarado esta cuestión sobre parentescos, ¿puedo besarte?

—Sí —susurro con las piernas temblando.

Sus labios son suaves y se posan tan delicadamente sobre los míos que temo sea una alucinación. Mi mano, sin pedirme permiso, está sobre su mejilla y me confirma que está sucediendo, no es un sueño. Que nadie me pregunte cómo he llegado a estar dentro del ascensor sin retirar mi boca de la suya. Su lengua está en las comisuras de mis labios, delineándolos y sus brazos, aunque no ejercen presión, mantienen muy cerca nuestros cuerpos.

Su sabor, indeterminado pero muy cierto, me embriaga y me abandono a esta deliciosa sensación que quisiera se extendiera eternamente. Pero la oscilación de la cabina nos recuerda que ya hemos llegado y si nos quedamos dentro es probable que otro vecino nos encuentre besándonos, por lo que separamos lentamente nuestras bocas.

Su frente se posa sobre la mía, he dejado caer mis brazos y sus manos recorren mi cuerpo desde los hombros hasta las muñecas. Estoy seducida, y no tengo fuerza de voluntad para levantar las manos y colocarlas sobre su pecho. Simplemente me concentro en respirar.

—Mañana trabajo y no tendré un día libre hasta el jueves. Me gustaría verte, ¿puedo llamarte?

—Sí —estoy en modo automático, sin control sobre el cerebro.

—Te llamaré entonces. Ahora deberás obligarme a soltarte y a dejarte ir. Yo no puedo hacerlo.

—Bien. —Me suelto con dificultad, no quiero ir al frío, quiero permanecer en el calor, entre sus brazos.

—Que descanses, Marta.

—Tú también, Richard.

«Richard, ¿quieres jugar conmigo en la piscina de la casa de mis sueños con vistas al mar infinito?, el agua está deliciosa y yo estoy desnuda...»

—¡Ayyyyy!, mi rodilla.

Menudo modo de comenzar un lunes, en el suelo, con un pie enroscado en la sábana y un golpe en una rodilla que me va a dejar un bonito moratón. Ha sido la noche más larga de mi existencia. He oído la voz de Richard constantemente, de hecho me ha despertado en varias ocasiones. Era tan real que he llegado a poner un vaso de agua en la pared del pasillo como modo casero de ejercer de espía. He presionado tanto el vaso contra mi oreja que me he dejado una marca que todavía me está doliendo. A la quinta vez que me he despertado sofocada he tenido que reconocer que su voz solo estaba en mi cabeza y sus manos no estaban por ahí abajo... ahí continúo con restricción de visitas.

... No tiene novia, no tiene novia... Que alguien le ponga música a esta canción porque la voy a cantar muchas veces hoy. El estribillo es pegadizo: ... y yo le gusto, y yo le gusto... y ahí va la frase final: ... y me va a llamaaaaaarrrrrrr...

—¡Mi teléfono! —No nos intercambiamos nuestros números. No voy a llamar a su puerta, es probable que no viva con sus padres, que solo aparezca de visita y lo haga para vigilar la recuperación de su padre. No te pongas nerviosa, Marta, que él te ha buscado todos estos días y lo hará para pedirte el número. Ponte un café bien cargadito y date un casta ducha, que el día va a ser muy largo y no te conviene entretenerte con el gel de baño fantaseando con Richard.

Revuelvo distraída el azúcar, es tanto café el que me he servido que necesito endulzarlo para poder tomarlo. Las vueltas que da la vida, el que dijo por primera vez este dicho sí que sabía de qué estaba hablando. Retrocedamos: engañada por mi ex me vuelvo a casa de mis padres, mi madre le cuenta a Sonia mi situación, me ofrece el piso, mi tía me regala un perfil en una red de contactos, Rubén es un mentirosillo y salto a Carlos el pedorro, y al austriaco flaco y al vasco; este hombretón que al desvelarme el pequeño detalle de tener trillizos hizo que volviera corriendo a mi casa para encontrarme a solas con Richard.

Empecemos: no puedo dar las gracias a mi ex, me hizo tanto daño que de momento no buscaré la maleta por el fondo de la bahía de Santander, que continúe ahí unos cuantos lustros más. Gracias a mi madre por contárselo a Sonia, gracias a los bailes de salón, gracias a mi tía por ser tan moderna, a mi hermana por empujarme a vivir la vida, a Luis, que también ha tenido su importancia, por estar ligando con esa rubia, a Rubén por tener un concepto bastante equivocado de su físico y a Madrid sobre todo: GRACIAS, MADRID, por desterrar a Carlos por exuberante, desbordante y pesado. Y no olvido a la exmujer de Aitor por ser tan fecunda y tener un parto múltiple. Gracias a todas las citas porque fueron necesarias para sentirme tan cansada de estar sola que ese sentimiento superó mi temor a cometer un error con Richard. Y, que no se me olvide, gracias al automático de la caja de la escalera que se estropeó en el momento justo, cuando Richard y yo entrábamos en el portal.

También podría hacer una lista con todas las zancadillas que me ha puesto la vida. Pero prefiero agradecer, seguro que con pensamientos positivos genero buenas vibraciones y propicio buenos momentos. Mi teléfono vibra, uno que ya ha comenzado a estar en sintonía con mi estado de ánimo. Son los mensajes de mi red social. A mí ahora no me importan, que escriban cuanto quieran, no tengo tiempo para ellos, espero estar muy ocupada de aquí en adelante.

Me gusta mucho Richard, todo en él me parece perfecto; su voz, su modo de mirarme, su olor, su sabor...Y ese envoltorio tan bonito guarda una mente inteligente, atenta, divertida... Estoy en las nubes, espero que sean bien espesas y aguanten mi peso porque de aquí no quiero bajar.

Hoy todo es perfecto: la ducha es buena, mi pelo es bueno, la nueva marca

de café es un grato descubrimiento. Nunca me había dado cuenta de lo suave que tengo la piel, ¿la tendrán así el resto de las mujeres? Y este piso tiene en realidad muchas posibilidades. Se podría tirar el tabique que limita recibidor y salón. De ese modo el pasillo ya no parecería tan largo. Una mano de pintura, estores y venecianas en las paredes, fuera alfombras turcas, persas y afganas. Pocos muebles y de líneas modernas y esto sería un chollo para cualquiera. ¡Me apunto al pisazo en el centro de Santander y con vistas a la bahía! Ya no recuerdo por qué me parecía tan deprimente el otoño. ¿Tuve realmente ese sentimiento?

Amanece despejado, el día promete, un poco de viento sur y me pondría a bailar sevillanas si supiera pero como no tengo ni la más remota idea pongo música y muevo la cabeza como si fuera un perrito de esos que todavía se pueden ver en algunos coches. Llego a la oficina puntual y sonrío a Olga al entrar.

—Bueno días, Marta, espera que saque las gafas de sol y me las ponga para mirarte, estás deslumbrante, y te has puesto un vestido verde, no hay pantalón negro, no me lo puedo creer.

—Estoy contenta, para qué negarlo.

—¿Y esa alegría, tiene algo que ver con tu estancia en Madrid?

—No. —Lo había olvidado, he estado fuera una semana y he entrado en la oficina como si el viernes la hubiese cerrado con Olga a mi lado—. ¿Ha llegado el jefe?

—Antes que yo, está nervioso por los cambios. Ha salido a tomar un café con Ramón Salcines.

—¿Ramón aquí a las nueve de la mañana?, qué raro.

—El dueño no le renovará el alquiler de la zapatería. Quiere vender el local y Ramón está volviendo loco al jefe. Le va a hacer una oferta esta mañana y todavía está indeciso. Estaba esperando en la puerta a que yo abriese y en cuanto ha entrado ha preguntado por el jefe, y juntos se han ido. Ya te digo yo que cuando regrese va a hacerlo de un humor de perros. Tiene la mesa llena de papeles y pensaba ir a la Seguridad Social a resolver algunos asuntos. Me temo que hoy se le estropeó el plan. Pero cuéntame, algo muy bueno tiene que haberte sucedido porque lo llevas escrito en la cara.

—He conocido a un chico. Bueno, ya nos conocíamos pero el sábado cenamos juntos.

—Y tú estás encantada de la vida, no hace falta que lo jures porque te brillan los ojos. Me alegro mucho, no hace falta recordarte lo que te quiero y me gustaría que entrases todos los días con esta cara de felicidad.

—Gracias, Olga, estamos conociéndonos así que voy a intentar ser prudente y no hacerme ilusiones.

—La prudencia está bien pero no te prives de ningún momento por ser demasiado precavida, la vida pasa muy rápido y te lo digo por experiencia.

El ruido de la puerta al abrirse interrumpe nuestra conversación. La mañana del lunes resulta agotadora; muchos clientes y casi todos con problemas importantes. Ni café, ni descanso, solo nos quedamos solas en dos ocasiones que aprovechamos para tomar unos tragos de agua. Al mediodía paso rápidamente por casa a coger mi bolsa de gimnasia. Estoy decidida a seguir una rutina y he comprado una ensalada que trae hasta el aliño y un tenedor de plástico.

Me pongo en manos del entrenador a quien pido clemencia, no quiero quedar paralizada por las agujetas, prefiero empezar poco a poco. Uno de mis planes a corto plazo es besar a Richard y tocarle, que él me recorra con sus manos y me abrace y quiero sentir placer no pinchazos allá donde me sujete.

No tengo necesidad de mentir al explicarle al entrenador que hace años acudí a otro gimnasio durante una temporada y el primer día realicé todos los ejercicios que me impuso el monitor, aunque a mí me parecieron muy exigentes para una chica como yo, que desde el colegio no había vuelto a hacer una abdominal.

El resto de la semana fue un auténtico infierno. Tuve que sobornar a mi hermana para que me calzase y cuando tenía que ir al baño, después de aguantar hasta que me dolía, literalmente me dejaba caer ya que sentía las piernas como si mil agujas se clavasen en mi piel y no podía doblarlas. Tantos impactos recibió el inodoro que se aflojó su unión con el suelo y mi padre tuvo que volver a afianzarlo.

Ahora tengo un puesto de trabajo que me exige mantener una buena presencia y no quiero que los clientes me vean caminar como si pisara huevos

cuando me levante para ir al almacén. Eso es cierto como que me llamo Marta y me preocupa casi tanto como que Richard no me oiga quejarme cuando me acerque a su pecho. No se muestra muy convencido, pero acepta rebajar en intensidad la tabla de ejercicios que me impone para la primera semana.

Se acerca al primer aparato y me hace una demostración. En sus piernas aparecen tantos músculos que literalmente se sobreponen buscando espacio. Para mí que son demasiados, una pierna no tiene tantos, ahí debe de haber un trasplante, un aumento, como las prótesis de los pechos de las mujeres para aumentar talla. Me fijo en cómo lo hace, baja sus comprimidas piernas y me dice que como le he pedido suavidad solo deberé hacer veinte repeticiones.

¿Veinte?, ¿suavidad?, ¡muchacho!, tú y yo no estamos hablando el mismo idioma o yo me he explicado mal. Quiero ponerme en forma, no salir en un escenario con un minibikini color amarillo limón, con un sospechoso moreno en tono chocolate con leche extrafino, mostrando unos glúteos tan apretados que fácilmente podrían partir nueces y sonriendo como si me acabase de tocar la lotería.

Lo que a mí me parecía excesivo se confirma cuando a los cinco minutos estoy jadeando como pez fuera del agua. Mis muslos «arden» y he bautizado al «press de banca» como aparato del infierno.

Parezco un bicho raro. Todas las chicas llevan ropa ajustada y llamativa. Mi camiseta de algodón es holgada, tiene un dibujo de Pluto y me llega casi hasta las rodillas, por lo que cumple muy bien su función de tapar el culote negro que tiene al menos diez años.

Observo a quien tengo más cerca. Es una mujer despampanante; top rosa fosforito, culote negro muy corto con rayas rosas fosforito a los lados y deportivas negras con el logo de la marca en el tono rosa que tanto le gusta. Tiene el pelo negro, brillante y liso y lo lleva atado en una coleta alta. Está maquillada, estoy segura, de un modo sutil pero ahí se podrían contar por lo menos tres productos; rímel, colorete y brillo de labios.

Me está mirando como si yo fuese una extraterrestre o peor aún una osada por entrar en una zona reservada para el olimpo de las diosas. Menos mal que tengo en mi muñeca izquierda una pulsera con la llave de la taquilla, de lo contrario seguramente habría llamado ya a recepción para echarme por

colarme. Yo he pagado mi bono, bonita, y cuando encuentre un top que tape mi tripilla y mis caderas estaré igual de monísima que tú.

Un chico se acerca, ella se levanta del aparato y le da un beso. Parece una despedida ya que se marcha hacia los vestuarios lanzándome una mirada que podría tener dos posibles interpretaciones: mira a mi novio; un tío bueno al que tú nunca podrás tener, o mira a mi novio, pero en la distancia, ni se te ocurra intentar nada con él si no quieres sentir en tus carnes mi ira.

Mírame como te dé la gana, pero vete al vestuario ya. Así no tendremos que cruzarnos dentro porque estoy segura de que serás de las típicas totalmente depiladas, morena sin marca alguna y con tatuajes en la espalda y en la ingle. Te encantará pasearte desnuda, aunque no venga a cuento y no tengo interés alguno en comprobar si llevas un tanga de hilo de aguja, que seguro que además te sienta de maravilla.

Tengo que descansar al acabar la décima repetición. Desconozco cuántos minutos puede permanecer el cerebro sin oxígeno. No quiero tener daños irreversibles y hacer el ejercicio y respirar al mismo tiempo es incompatible, o una cosa o la otra.

Por fijar la vista en algún punto mientras recupero el aliento obtengo la sorpresa de ver que el novio de la susodicha no lleva ropa interior. El pantalón que lleva es de una tela muy fina y brillante y marca su aparato reproductor. He tenido que sobrepasar los treinta para comprobar que los negros la tendrán enorme como dice la leyenda, porque nunca se la he visto a ninguno, pero aquí el blanquito tiene para regalar y todavía le sobraría.

Me ha pillado mirándole y me pongo roja, pero como ya estoy como un cangrejo hervido por el esfuerzo no creo que pueda notarse. No obstante me levanto para alejarme del señor liana entre las piernas. No tengo ganas de que la señorita «estoy más buena que un queso, tía, o sea, ¿vale?» salga y me vea con su novio superdotado cerca y me monte un escándalo. Este lugar es un pozo de sorpresas, por las tardes debe de estar más animado que un bar a las dos de la madrugada.

Encuentro un hueco en la pared de las mancuernas. Solo hay un chico y tiene un aspecto bastante normal así que me acerco sin miedo. Busco las de cinco kilos y no están. Cogeré las de un kilo menos, no va a existir tanta diferencia.

—Espera, que yo ya estoy terminando.

—Ah, gracias, no te preocupes, cogeré otras.

—¿Es tu primer día? Lo pregunto porque yo siempre acudo a esta hora y nunca te había visto.

—Sí. —Esta conversación es curiosa porque nos estamos mirando a través del espejo, vamos, que casi somos tres, lo que se dice un triángulo amoroso en el argot de los guionistas de cine.

Ya estoy de nuevo desvariando, aunque tengo eximente y es el extraño olor que me está rodeando. Es horrible pero no consigo distinguir por qué elementos está causado.

—Toma, ya terminé, si Nacho te dice algo es mejor hacerle caso, al menos los primeros días. Cuando lleves más tiempo te dejará libre y podrás adaptar los ejercicios a tu gusto.

—Me está mirando, así que voy a hacerte caso y hacer los ejercicios, estoy intentando pasar desapercibida porque así nadie se fijará en la horrible forma física que tengo.

—¡Exagerada!, estás estupenda. —Estoy encantada con mi próxima cita con Richard pero un cumplido siempre se agradece.

Es cierto que el monitor me está mirando, como es cierto que las mancuernas están mojadas ¡argggg! y que debe de ser sudor del último usuario, el chico del piropo. Anoto lavarme las manos antes de pasar al siguiente ejercicio y comprarme unos guantes para no tener contacto directo con ningún aparato del gimnasio.

Empiezo a elevar los brazos y resulta una bendición. Como no puedo respirar tampoco puedo oler lo que desprenden sus axilas. ¡Por favor!, ahí tiene dos mofetas y bien grandes, por cierto.

Se ha quedado cerca haciendo una especie de estiramientos con los brazos. Me alejo disimuladamente y ahí está mi error, al dejar de mover las pesas he vuelto a respirar y es horrible, nauseabundo, mil veces peor que el olor que salía del baño atascado.

Utilizo el espejo del trío amoroso para mirarlo. Nadie lo diría, tiene cara de chico bueno pero viene con sorpresa. A ver cómo le explicas a un muchacho como este que cuando te desmayas al hacer el amor no es por el éxtasis que él

te proporciona, sino por el olor que desprende. ¡Como para hacerlo en Sevilla, en el mes de julio y sin aire acondicionado!, acaba con todo el barrio.

El futuro de este chico está en el ártico, viviendo en un entorno de menos treinta grados, en culturas donde la palabra sudor no tiene nombre porque desconocen que el cuerpo lo pueda producir. Ahí podría tener hasta familia si me apuras. Aquí lo tiene jod... a no ser que encuentre a alguien sin olfato o a una mujer a la que le excite olérselo. Tiene que ser algún componente de esa mezcla letal lo que me está alterando porque, además de estar perdiendo el control de mis pensamientos, me estoy mareando.

Siguiente ejercicio: prensa para glúteos. Ahí voy a dar yo la vida. Me coloco en la máquina; tumbada boca abajo en un banco con agarres a ambos lados. Los pies hay que deslizarlos por debajo de los dos rodillos, al intentar llevar los talones hacia el culo es donde se produce el esfuerzo y el culo se pone duro como el de Jennifer López.

Me preparo, tomo aire y empiezo. Jod... ¿De qué peso estoy tirando hacia arriba? Si parece que tuviera un soplete en el culo dorándomelo como a un pollo en un asador. Vuelvo a intentarlo, empiezo a entender por qué siendo una zona con músculos que se pueden ejercitar las famosas pasen por quirófano para elevarlo. La madre que la p... a la máquina de los co... Ahí, Marta, con alegría, tú dale al taco o a lo que quieras pero levanta las piernas porque no tienes dinero para cirugías.

—Así te vas a dañar la espalda. Prueba ahora. —Nacho me ha puesto una mano en el culo y está apretando con fuerza para que no pueda elevar las caderas al hacer el ejercicio. Compruebo que efectivamente esos músculos que vi en su brazo deben de ser todos suyos porque me clava el pubis contra el banco y eso duele. ¡Estupendo!, ahora me duele por delante y por detrás.

—No debes separar tu cuerpo del banco, Marta. Te podrías lesionar la zona lumbar. Los primeros días todas las chicas tendéis a subir el culo tanto que parece una boya.

—Entendido —resoplo.

Se marcha con su minipantalón y su casi camiseta, porque no comprendo para qué se pone eso que tiene un escote en el pecho que le llega hasta la tercera abdominal, unos tirantes del ancho de la tira de un sujetador y una sisa

que le llega hasta las costillas flotantes.

Yo quería bajarme de la presa de glúteos, esa era mi intención pero al intentarlo las piernas no me responden y directamente me caigo con muy poca gracia y mucho dolor. Suficiente por hoy, si ya me está doliendo cada músculo de mi cuerpo me puedo hacer una idea de lo que sentiré esta noche.

Me ducho satisfecha por mi hercúleo esfuerzo. He superado el primer día, el más difícil y me prometo acudir de lunes a jueves, tengo que ser firme, nada de sofá al mediodía, aquí es donde debo estar y aunque tenga que sufrir dolor y mal olor me prometo cumplir aunque nieve.

La cafetería del gimnasio tiene las mesas llenas, una de las chicas con las que he coincidido en los vestuarios me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—Te hacemos un hueco.

—Gracias —contesto encantada—, ya me veía comiendo la ensalada sentada en un banco del vestuario.

—Si hace falta sacamos el banco a la cafetería, ja, ja, ja. Me llamo Arantza. ¿Vas a venir todos los días?

—Hoy tengo esa intención, espero no desinflarme.

—No lo hagas, aquí lo pasamos muy bien.

—Para mí ha sido una experiencia digamos bastante dura.

—Es tu primer día, Nacho te habrá tocado el culo, ¿verdad?

—Pues sí, y ya veo que no he sido la única.

—Lo hace con todas y da resultado. Ya verás cómo mañana no separas ni un milímetro tus caderas del banco.

—Como si tengo que pegármelas con cola pero no quiero volver a notar su fuerza. Me duele más ahí delante que todos los músculos juntos.

—Recuerdo esa sensación. Te voy a presentar al resto de las chicas.

Arantza es un torbellino. Vasca de nacimiento y cántabra de adopción, es muy abierta y simpática y gracias a ella me encuentro como en mi casa hablando y riendo con cinco chicas. Todas tienen trabajos similares al mío en cuanto a horarios así que dedican los mediodías a hacer gimnasia y a pasar un buen rato. La especialidad de la cafetería son los batidos de frutas naturales, tienen cinco variedades, una para cada día de la semana, dejándome aconsejar

pido el de frutas del bosque; antioxidante. Quitará el óxido, eso no lo discuto, pero lo mejor de todo es lo bueno que está.

A las cuatro menos cuarto nos despedimos con la promesa de ser constantes y acudir todos los días que podamos para mantener este cuerpo de infarto que nos ha regalado la naturaleza. Y lo haré directamente desde mi trabajo, nada de pasar por casa a coger la bolsa. Así llegaré a la misma hora que ellas y haremos los ejercicios juntas. Estaremos, como dijo Arantza, igual que si estuviéramos en un bar a las tres de la madrugada, haciendo un círculo, para que ningún musculitos se pueda acercarse demasiado.

¡Parece que el rumbo de mi vida ha cambiado y ahora estoy viajando por el hermoso país de los buenos momentos! Tengo una cita en el aire y el apoyo que necesitaba para hacer ejercicio. La melodía de los Ángeles de Charlie me sorprende. Andrea me pide que la ayude con Marcos. Me gustaría ir directamente desde mi trabajo a casa para que Richard me localice, pero Andrea es mi amiga y en mi pacto conmigo misma las amigas son sagradas y siempre debo tener hueco para ellas. Nunca dejaré que un hombre gobierne de nuevo mi vida. Aunque tenga muchas ganas de ser gobernada en ciertos momentos que podrían ser muy placenteros...

Contesto con un «por supuesto, cuenta conmigo» y me despido. La tarde resulta igual de estresante, ¿pero qué hay, una radiación de rayos gamma? Algunos tienen muy mal carácter, deberían ir a un gimnasio, pasar una horita resoplando, tumbarse diez minutos en la sauna y... y luego irse a su casa y cenar tranquilitos, un vasito de leche calentita y a dormir como unos angelitos. Y dejar de dar guerra a la gente que no le ha hecho ningún daño, pero que como están detrás de un mostrador o de una mesa trabajando no se pueden escapar y son utilizados como saco de boxeo.

—¡Menudo lunes!, si el resto de la semana va a ser igual que alguien me avise y traigo un termo con un cóctel de tilas y valerianas.

—¿Para nosotras o para los clientes? —Me imagino a Olga ofreciendo una tacita de infusión humeante a cada cliente que entre y me da la risa.

—Para nosotras, lo que nos faltaba, ofrecerles a ellos té y pastas. Más de

dos y tres estarían como clavos todas las tardes. Capaces de traer factura por día.

—¿Y si compráramos unas velas de esas aromáticas? Algo relajante, algún efecto tendrían.

—Tamaño cirio de catedral, uno a cada lado de la puerta. —Olga está suelta y yo me encuentro en un estado parecido, con necesidad de vaciar toda la tensión acumulada—. Y así podríamos usarlas para darles con ellos en la cabeza si se ponen muy tontos.

—Tengo una idea mejor: dos difusores encima de la puerta, conectados con unos pulsadores situados debajo de nuestras mesas.

—Continúa... —Olga me está poniendo cara de ser miembro de una banda de atracadores y yo bajo más la voz para darle realismo a mi magnífico plan.

—Una pulsación y el cliente recibiría una dosis concentrada de tila sobre su cabeza. Con eso los que son un poco puntillosos quedarían relajados. Pero resultaría insuficiente para los casos más graves.

—Claro, ¿y con esos qué haríamos?

—Pulsar una segunda vez.

—¿Para darles más tila?

—No, para fumigarles con humo de porrete de marihuana. Quedarían más felices que unos niños con bicicleta nueva.

—Y nosotras también, un día como estos y acabaríamos todos bailando la conga en ropa interior alrededor de los escritorios. Porque existen dos posibilidades; que los clientes se pusieran alegres y lo vieran todo de color de rosa o que nosotras nos autofumigásemos para que no nos alterasen sus quejas.

—Ya veo que a ti te está apeteciendo sentir la felicidad esa tonta que da el porrete.

—Ahí me has pillado, Marta, no quiero morirme sin probarlo, ja, ja, ja.

—Yo alguna calada ya di en la Universidad, pero me sentó fatal así que se me fueron las ganas de repetir experiencia.

—Yo no puedo opinar, pero cualquier día de estos le digo al hijo de mi hermana pequeña que me líe uno. Se piensa que no se entera nadie porque abre las ventanas, pero hasta yo noto cómo huele al entrar en casa.

—Yo te fumigaría, pero sin coger vicio, eh, una vez por semana y a ser

posible los viernes a las cuatro, cuando se cierra la oficina.

—No estaría mal, pero le tendría que decir a mi costilla que me viniera a recoger, cuando me tomo un Martini Mariano me tiene que coger del brazo porque no consigo caminar recta y justito llego a casa para tumbarme en el sofá.

—Buenas tardes.

—Hola, Enrique. —Se acabó el descanso. Este cliente es la guinda del pastel. Nunca levanta la voz y parece una bellísima persona, pero tiene más veneno que mil serpientes juntas. Es capaz de ser hiriente sin dejar de sonreír, vamos, como diría mi madre «una joyita». Lo atenderé yo, hoy me siento capaz de todo, incluso de aguantar a Enrique. No va a ser peor que el chico del gimnasio, el de las axilas letales cuya frase favorita es: «no sé qué les doy pero las dejo tan satisfechas que sienten la pequeña muerte cuando hacen el amor conmigo».

—¿Dónde está Marcos?, ¿se ha escondido?, voy a buscarlo.

—No creo que puedas encontrarlo, Marcos sabe esconderse muy bien. — Andrea me señala con el dedo la mesa del salón.

—Empezaré por el salón. ¿A ver detrás de un sofá?, nada, ¿a ver detrás de la tele?, nada, ¿y detrás de la puerta?, nada. Mira que se ha escondido bien este niño. Espera, me falta un sitio... voy a mirar debajo de la mesa...

—¡Aaaaah!

—¡Qué susto! —Marcos ha salido de debajo de la mesa agitando los brazos y yo creo que consigo un papel bastante creíble, corriendo hasta ponerme detrás de Andrea con cara de espanto.

—Marta —me susurra Andrea disimuladamente—, necesito unos minutos a solas con Damián, tiene las uñas de las manos más largas que una folclórica y se ha puesto la cara que parece que se haya peleado en un mercadillo por una braga de lunares.

—Muy bien, Marcos, ahora me toca a mí. Yo me esconderé y tú me tendrás que encontrar. Oye, mami, tú ve arriba y esperas a que mi amigo y yo terminemos de jugar, no queremos que nadie nos moleste.

Andrea desaparece y Marcos y yo vamos encontrando todos los huecos de la planta baja donde nuestros cuerpos pueden esconderse. Tengo que decir que alguno de los lugares elegidos por Marcos me despista; detrás de la lámpara del salón, con medio cuerpo debajo de la silla de la cocina, tumbado en el sofá... me encanta esa inocencia, y riéndonos los dos nos encuentra Javier.

—Hola, Marta, hola, cariño.

—Papá —Marcos se agarra a su pierna chillando de alegría.

—Papá necesita ducharse, dame cinco minutos y jugaré contigo a indios y a vaqueros.

—¿Qué te parece si buscamos un buen escondite, uno que tu padre ni se imagine, y nos escondemos los dos juntitos para que tu papi nos busque?

—¡Sí! —grita Marcos, parece que no sabe comunicarse a menos volumen.

—Venga, papá, sube para que no veas dónde nos escondemos. —Y mientras veo desaparecer a Javier empiezo a pensar dónde podemos entrar los dos sin que mi cuerpo tenga que encogerse o retorcerse.

¡¡Por fin en casa! No he oído nada al llegar al descansillo, incluso me he hecho la remolona fingiendo buscar las llaves del piso en el fondo del bolso. He cerrado la puerta con fuerza para hacerme notar y he esperado en el recibidor al sonido del timbre. No están y me siento algo desilusionada. Quería verlo. Recuerdo que tenía que trabajar. Los médicos pueden tener horarios nocturnos y con ese consuelo programo el microondas para que descongele un tarro con puré de verduras. Me pongo ropa cómoda y meto en la lavadora todo lo que he ensuciado en el gimnasio.

Las dos horas siguientes las paso procurando no hacer ruido para poder escuchar cualquier sonido de la vivienda de mis vecinos. El silencio es absoluto y me voy a la cama dándome razones para esperar confiada.

Martes, me duele todo, voy a concretar: todo menos el pelo. Parece como si el colchón me hubiera absorbido. No tengo fuerza para levantarme, pero hay que trabajar y me obligo posando los pies al borde de la cama. Haciendo un

esfuerzo considerable el resto de mi cuerpo me acompaña de mala gana hasta la cocina. Va a ser muy duro hacer todos los ejercicios de la tabla pero he prometido a las chicas que iría y eso voy a hacer.

El día acaba como ha empezado, sin rastros de Richard, con todos mis músculos doloridos y con la taza del baño demostrando que es una campeona, que quien la instaló lo hizo a conciencia y era un buen profesional, porque puedo descender hasta cierta altura pero los centímetros finales tengo que dejar caer mi cuerpo y de momento no he notado que se haya despegado del suelo.

Son tan intensas las agujetas que siento en las piernas y en el culo que me planteo incluso orinar de pie como los hombres. Imposible en la posición que adoptan ellos, malo sería si pudiera, eso significaría que entre las piernas tendría algo más que la «huchita» que decía mi tía. Pruebo a meter la taza del inodoro entre mis piernas pero otro aparatito infernal del gimnasio se encargó de hacer que tampoco pueda separarlas más de veinte centímetros sin ver todas las estrellas del firmamento conocidas además de tres nuevas que no se descubrirán hasta dentro de varios años. No hace falta un telescopio más potente, ya les confirmo yo a los que escudriñan el universo que dos nuevas estrellas se acaban de formar y un agujero negro se ha tragado a la tercera que pasó despistadamente a su lado.

Miércoles, mis agujetas han aumentado, difícil imaginar aún más dolor pero confirmo que es posible. Entro en el gimnasio algo recelosa. El monitor me asegura, por medio de una explicación sobre microrroturas fibrilares que no llego a comprender, que incluso haciendo gimnasia hoy a la noche debería sentirme mucho mejor. Las chicas asienten y si ellas lo dicen las creeré porque de Nacho ya no me fío, le encanta verme arrastrándome de una máquina a otra, estoy segura. Ellas tienen más antigüedad que yo en esto de ser una *sex symbol* y hago el resto del recorrido intentando que mi mente se separe de mi cuerpo para no sentir parte del espantoso dolor que supone cada movimiento. Solo lo consigo cuando pienso en Richard y en las sensaciones que mi cuerpo sintió al contacto con el suyo. Cuando llego a casa por la noche me parece sentir algo

de mejoría, pero estoy deprimida, mis esperanzas se están agotando, así que cuando la puerta de mi vecino se abre y sale Richard apenas tengo tiempo para cambiar la cara triste por una sonriente.

—En cuanto pueda te llamo.

Lo veo desaparecer bajando las escaleras de dos en dos sin mirar atrás. No sé para qué me he esforzado en mostrar alegría, ahora tengo que volver a poner cara de pena. Está claro que me ha evitado y tratando de asimilar este nuevo golpe me encierro en mi casa a rumiar mis penas.

Tiene que tener una explicación, y me reiré por estos momentos de angustia que estoy pasando. Pero como no se me ocurre ninguna que justifique su silencio y posterior huida me mantengo firme en mi abatimiento. ¿Cómo que en cuanto pueda te llamo?, si no tiene mi número. Ni siquiera se ha preocupado en preparar una frase por si nos cruzábamos. Me ha mirado a los ojos como si yo fuera una extraña.

Se ha arrepentido y ahora tendré que pasar por el trago de verlo, y no será como antes, nos besamos y me susurró al oído. Me duele, cierro las puertas y las ventanas pero el dolor se cuela por las rendijas, inunda mi alma y se hace fuerte en mi corazón. De nada sirven los intentos de mi mente por rechazar el asalto, el músculo parece haberse convertido en una fortaleza inexpugnable y resiste todas las hordas de razones que se me ocurren para aligerar la sensación de pánico que lanza en cada latido. Hoy dormiré muy poco.

¡Odio este jueves!, las horas se han convertido en siglos y yo he envejecido al compás de cada minuto. Ni llamadas, ni movimientos en la puerta de mis vecinos. Hoy, según me dijo Richard, tenía el día libre, debería estar llamando a mi puerta para explicarse, para tranquilizarme. Pero estoy sola, y me tapo con mi colcha de Ikea sintiendo cómo el dolor va siendo sustituido por un tipo de rabia que nunca antes había percibido. Quiero que llegue pronto el día, necesito descansar para que las ideas que comienzan a agolparse en mi cabeza tomen forma. Cierro los ojos y espero.

¡«La venganza es un plato que se sirve frío. Yo estoy a dieta y tampoco tengo ni un restaurante ni invitados a los que dar de comer. Venganza queda fuera de la carta, olvido es lo que se servirá de entrante...»

—Buenos días, Nuria.

—Lo serán para ti, bonita. Son las ocho de la mañana.

—Gracias por la información horaria, pero de momento mi sueldo mileurista me permite cambiarle la pila a mi reloj, ¿te he despertado?

—Hasta que me toque la lotería, algo que estoy segura pasará cualquier día de estos, tendré que vivir de mi trabajo. Me he levantado hace media hora pero todavía estoy enfadada con el mundo por ser tan cruel conmigo y alejarme de mi querido Morfeo cuando estoy siempre en lo mejor del sueño.

Yo también estoy enfadada hoy, rabiosa, impaciente, nerviosa...

—¿Tendrás tiempo para hacerle un favor a una amiga esta tarde? Necesito tu ayuda y la de Andrea.

—Eso ni se pregunta. Yo no tengo problemas de horarios, siempre y cuando sea a partir de las seis, antes imposible.

—Entonces voy a llamar a Andrea. Le propondré hora y con lo que me diga te mandaré un mensaje, ¿te parece?

—Me parece. Ya me has dejado intrigada. Cuéntame algo, dame una pista al menos.

—Prepara tu cámara de fotos, en cuanto pueda te confirmo. Besos.

—¡Oye...! —La protesta de Nuria es anulada por el botón rojo de mi móvil.

Miro la hora, voy a ducharme y a desayunar antes de llamar a mi amiga la supermamá. Cambio de planes, «¿te puedo llamar?, no es urgente así que tranquila». Si ve mi mensaje podrá contestarme sin que yo haya sido la

responsable del despertar enfurruñado de sus hijos.

—¿Te ha pasado algo, Marta?

—No, y te lo he escrito: no era urgente. ¿Tus niños están bien?

—Perfectamente, ¿tengo que empezar a preocuparme?, ¿algún virus?, no me jodas que visito más al pediatra que a mi madre.

—¿Podríamos ir Nuria y yo a tu casa hoy por la tarde?, serían treinta minutos, máximo una hora y Nuria me ha dicho que tendría libertad a partir de las seis de la tarde.

—Podéis venir las dos siempre que queráis, para eso no tienes que llamarme.

—Tengo que preguntar, no conozco tus planes.

—Toma nota que ya te los digo yo ahora mismo: niños, niños y niños. Javier llegará a eso de las siete, siempre estaremos mejor si podemos dejar a Marcos y Damián a su cargo.

—Entonces, y para asegurar, ¿qué te parece si aparecemos a eso de las siete y media?

—Perfecto, prepararé café.

—No lo hagas, no te metas en la cocina, por favor. No vamos a poder tomar nada.

—¡Chica, qué misterio!

—A las siete y media se desvelará, hasta luego y gracias.

«A las siete y media en casa de Andrea, no olvides tu cámara de fotos.»

—Marta.

—Te abro.

—Hola, mujer misteriosa. —Ya sabía yo que Nuria acudiría antes, a esta le pueden las ganas de saber.

—Hola, chicas, qué silencio.

—Javier se ha llevado a los niños a cenar a casa de sus padres.

Estamos solas así que puedes hablar con tranquilidad.

—No era necesario, no vamos a montar una orgía.

—Tranquila, ya nos conoce de sobra. Pero con tanto trabajo y llegando a

casa tan tarde algunas semanas no puede visitar a sus padres tanto como quisiera. Marcos y Damián ya están bañados y con el pijama puesto. Solo tendrá que ocuparse de que cenén y sus padres estarán encantados de ver a sus nietos. Y cuando vuelva con ellos estarán, si hay suerte, cansados y se dormirán al instante.

Entramos en el salón y poso la mochila en una silla.

—No tienes poderes, Nuria, no insistas porque no vas a poder traspasar la lona. Ya te digo yo lo que hay dentro: maquillajes, cepillos, barras de labios, sombras... he dado vuelta a mi cesta de potingues.

—¡Ah!, ¿sales hoy?

—No, pero espero hacerlo en breve. ¿Tendremos una hora al menos, Andrea?

—¿Solas las tres?, por supuesto, y dos también. Se han marchado hace diez minutos.

—Necesito que me saques una foto de rostro. Y para salir guapa necesito que me pongas guapa. ¿Y para qué necesito esta foto?, para ponerla en mi perfil en una red social de contactos. —Eso no se lo esperaban, sonrío imaginando que un ligero toque en el brazo de Nuria y Andrea y estas caerían al suelo cual estatuas de sal.

—¿Cómo?, repítelo porque me parece que he entendido mal. ¿Vas a buscar ligue por internet? —Menuda cara la de Nuria.

—Sí y cierra la boca que se te ha olvidado.

—Me parece estupendo, solo me sorprende que tú la uses. Pero, vamos, que te animo a ello, es el futuro de las relaciones.

—A mí también me parece genial, Marta, cuenta conmigo, y no solo para maquillarte, si hay que echar un ojo a los pretendientes también me apunto, ja, ja, ja.

—Creo que esa decisión será un acto íntimo. —Me da vergüenza contar mis experiencias anteriores y mi fracaso con Richard, me duele y solo quiero mirar hacia delante.

—¡Tranquila, chiquilla!, somos amigas, pero no, ni a Andrea ni a mí nos apetece lo más mínimo que nos describas cómo te masajea los pechos un guapo mozalbetes.

—Serás payasa. —Nuria siempre pensando en tetas—. Quiero poner una buena foto, una en la que se me reconozca pero que al mismo tiempo saque mis virtudes. Ya sabéis, soy muy poco fotogénica y siempre aparezco en todas con los ojos medio cerrados o con la boca abierta.

—Te voy a sacar tantas veces como sea necesario hasta captar una imagen perfecta de ti, Marta, por eso no te preocupes.

—Antes de ir al estudio fotográfico de la Señorita Nuria tendrás que ponerte en mis manos, soy la Madame Andrea y dejaré tu pelo y tu rostro divino de la muerte.

—Quítate ese jersey antes de maquillarte, no vas a llevarlo puesto. Andrea, déjale una camisa o una camiseta con el cuello muy grande.

—¡Alto ahí, Nuria!, se trata de una foto de cara, no quiero que me saques tirada en la cama como Dios me trajo al mundo.

—¡Eh!, ¿te imaginas?, buena idea, podrías colocarte de modo que no se viera nada y todo se sugiriera... hummm...

—Ya estás quitando esa idea de tu cabeza. Díselo, Andrea, quiero encontrar un compañero, no anunciar mis servicios como mujer alegre. ¿Qué tipo de chicos me escribirían entonces?, no lo quiero ni pensar.

—No me asustes a la niña, Nuria, que imagino lo que le habrá costado dar este paso.

—Es una pena, tienes un cuerpo perfecto para ese tipo de fotos, con formas redondeadas.

—Como si tiene más curvas que un puerto de montaña. De cuello hacia arriba será tu zona de trabajo, ni un centímetro más.

—Entendido, *froilan* Marta. Pero no quiero que en tu cuello aparezca ese jersey, así que hazme caso y quítatelo.

Me pongo en sus manos, y la siguiente media hora transcurre en la cocina de la Madame Andrea. Me pulveriza el pelo con agua para poder domarlo con cepillo y secador, y aunque no me lo puedo ver, lo noto flotando sobre mis hombros y espalda.

En una bandeja dispone todos los productos que he traído y tras unos segundos de supervisión con el ceño bien prieto selecciona lo que va a usar dejando a un lado el resto.

—¿Cómo la ves, Nuria?

—Espectacular, yo no la tocaría más, tengo ya la foto en mente y va a quedar increíble.

—Gracias por confiar en Madame Andrea, vuelva cuando quiera.

—Quítate esa camisa y vamos al piso de arriba.

Obedezco algo nerviosa. Si por esto ya me estoy alterando a saber cómo tendré el cuerpo cuando cuelgue la foto en mi perfil. Esta noche tampoco voy a dormir, eso ya lo sé yo.

—Quiero que te mires en el espejo. —Es uno de madera envejecida que cubre una pared del pasillo. Siempre me ha parecido que sería el que yo usaría en una película sobre mundos paralelos, con seres mágicos, planetas con tres lunas, caballos con alas...

—Pero este espejo es de cuerpo entero, Nuria.

—Tú no te preocupes, solo aparecerá tu cara y tu cuello, ni un centímetro más. Quiero que gires la cabeza a tu derecha, así, solo un poco, ahora mírate, como si solo tú supieras un gran secreto, algo que te hace poderosa...

Lo intento, noto a Nuria a mi lado tratando de sacar lo mejor de mí y me esfuerzo, pienso en mi secreto, en mi plan para ser feliz, para gobernar mi destino y me imagino encontrando alguien especial, alguien como Richard... mierda, no debería haber aparecido en mi mente. Se supone que está en la p... maleta haciéndose un hueco al lado del idiota de mi ex.

—La tengo, estoy segura, ya puedes dejar de mirar. Vamos a verlas. He traído mi portátil, a ver si también a ti te gusta.

Me vuelvo a poner la camisa de regreso al salón, y mientras Nuria conecta su cámara al ordenador yo meto en mi mochila mis pinturas de guerra. De repente noto la piel fría, y la sensación se está extendiendo a mi cerebro. Andrea me está mirando y no puedo evitar la pregunta:

—¿Crees que hago bien?, ¿tú qué harías?

—Si yo pudiera ayudarte apuntándome lo habría hecho. Si vas por la calle y alguien te pregunta por tu estado, ¿qué haces?, ¿mientes o dices que estas soltera?

—Soltera y sin compromiso, no tengo razón para ocultarlo.

—Entonces no lo hagas. Vamos a ver esa foto.

Nuria viene sonriendo con el portátil abierto en sus brazos, me da cierto pudor mirarme, verme según los ojos de mi amiga. Descubrir a una desconocida.

—Estás preciosa, me encanta, Nuria. —Andrea está abrazándome, pero yo no consigo decir palabra alguna. Soy yo, no cabe duda, pero parezco otra, serena, segura, tranquila; a mí también me encanta.

—Tengo total confianza en vosotras, por eso estamos aquí, pero os habéis superado. Ahora tengo una duda, ¿se harán una idea equivocada sobre mí?

—Eres tú, Marta, es una foto que no engaña. —Nuria está retocando el brillo y haciendo pruebas de color—. Me planto, creo que está perfecta, enseñame el tamaño de la foto de perfil para decidir si la amplío más.

—¿Quieres que entre en mi perfil?, me da algo de vergüenza.

—Nos cuentas que estás apuntada, nos pides una foto, ¿si ya lo sabemos todo!

—Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. Coge el portátil y entra.

—Ahí lo tienes.

—Se parece algo a ti, pero tú eres mucho más guapa.

—Y vosotras, muy buenas amigas, porque a mí me parece que la de la foto no tiene nada que envidiarme.

—Al grano que esa chica no nos interesa lo más mínimo. Ves, ya no está. Dame un minuto... ahora estás tú, mucho mejor. Oye, tienes un montón de visitas y mensajes. Toma el ordenador porque no quiero mirar más, me estás dando algo de envidia.

—¿Yo a ti? —No entiendo nada.

—Cuando conoces a un chico, los primeros sentimientos son muy especiales y únicos. Esos nervios, esa magia se desgasta con cada nuevo encuentro y es algo que echo de menos.

—Yo también, la estabilidad sentimental es algo maravilloso y yo quiero con locura a Javier, pero de vez en cuando recuerdo el día en que nos dimos el primer beso o su primera caricia y reconozco que siento nostalgia de esos momentos. Voy un segundo a la cocina, tengo una botella de sidra en la nevera, hay que brindar.

—Buena idea, hay que celebrarlo, y cuando tengas un novio monumento volveremos a brindar. Un consejo, yo que tú cambiaría el nombre por el tuyo real, con tu foto puesta no tiene sentido ocultar ese dato.

—En cuanto vuelva a casa haré los cambios que me falten, y revisaré qué chicos me han estado mirando. Andrea, dame ese vaso que lo necesito. Acabo de ponerme a la venta y saberlo me está poniendo atacada.

—Mira que eres exagerada, vive tu vida a tu manera y deja de pensar en qué opinarán de ti los demás. Solo los que no tienen vida propia pasan el tiempo observando la de los demás y esa gente ni nos interesa ni nos importa. ¡Por Marta!

—Ahí lo has clavado, Nuria. ¡Por Marta!

—¡Por los Ángeles de Charlie! —Y lo tomo sin respirar para que me calme, o al menos atonte algo, la vibración que noto en todo mi cuerpo—. Ya está hecho, lo que tenga que ser será.

—¡Qué emocionante! —Nuria se frota las manos—. Nos contarás tus avances, ¿no?

—Mira que eres cotilla, ya sabe cómo encontrarnos así que no la busques que es mayorcita para que la interrogues cada dos días.

—¡Uf! Yo no pienso tener hijos, cómo os ponéis de sosas las madres. No quiero detalles, si das alguno te escucharé encantada, pero si quieres mi consejo para elegir entre los cientos de candidatos que van a llamar a tu puerta no dudes en buscarme.

—Mira, Nuria, una cosita te voy a decir, de sosa nada, a mí me gustaría saber más que a ti, pero me aguantaré y conformaré con lo que Marta quiera contarnos. ¿La has oído? Que me he vuelto una sosa...

—No te piques, rubia, que era una broma, y lléname la copa de nuevo que esa botella tiene que quedar vacía para que dé buena suerte.

—¿Ah sí?, no sabía yo eso.

—Ni yo, Marta, pero como pongas esa cara a tus pretendientes vas a tenerlos a todos en palmitas.

—¿Y eso? —No entiendo nada, o se me ha subido el poco alcohol que tiene la sidra a la cabeza o Nuria está también burlándose de mí.

—Esa carita de no haber roto nunca un plato, Marta, a los hombres les gusta

la candidez, por si no te habías enterado.

—Entonces no tendré problemas para ligar, últimamente estoy más tonta que una amapola, así me va la vida.

—Tú no eres una amapola, ellos sí que son unos capullos y de cardo borriquero. Brindemos por los hombres buenos, guapos, altos, esculturales, cariñosos, amables y sensibles que hay en el mundo y que van a hacer cola para conquistarte. —Andrea levanta nuevamente la copa y las tres brindamos con alegría, parece tan sencillo...

Las diez y nueve minutos y el piso de mis vecinos continúa más silencioso que una tumba. ¿Habrá pasado algo?, es probable, pero no sería excusa para dejarme así de plantada. ¡Fuera Richard!, a este le saco yo de mi cabeza aunque sea a patadas. Quiero encender mi portátil, comer un pedazo de la pizza de cuatro quesos que me he regalado de camino a casa y ver mi cuenta.

Tecleo mi correo electrónico, mi contraseña y cierro un ojo. Así el impacto de lo que me encuentre será menor. Visitas hay muchas, normal, pienso, desde el sábado pasado no he entrado en la página. Mensajes, eso es lo que me importa, hay once, y dos de ellos son de hace pocos minutos.

No me lo puedo creer, me ha escrito un polaco, en inglés, pero desde Polonia porque es ahí donde dice que vive, ¿pero qué piensa este muchacho, que voy a lanzarme a una aventura a miles de kilómetros de distancia? Ni que estuviera loca, no me han salido bien mis intentos con especímenes locales como para plantearme en serio esta propuesta.

Otro pretendiente tiene diecinueve años. Me halaga y no puedo evitar contestar «gracias por tu interés, pero ya ves que soy mucho mayor que tú así que tendrás que seguir buscando». La cuestión es que el chaval está para untar pan, no recuerdo yo a muchachos como esos cuando yo tenía esa edad. Curioseo sus fotos y no tienen desperdicio, doy fe de que no le falta ni un músculo y los tiene todos pero que muy bien colocados.

«¿Te importa la diferencia de edad?» Buena pregunta. «Yo estoy buscando a alguien de mi edad, pero me parece muy bien que tú estés interesado en una mujer mayor que tú.» He sido clara y educada, repaso por última vez sus fotos porque el muchacho lo merece y paso a ver otros perfiles. «Yo estoy buscando a una mujer, no a una mujer de... años, pensaba que a estas alturas cuestiones

como la diferencia de edad ya estaban superadas.» Menudo gol que me ha metido aquí mister tableta de chocolate con leche y almendras. Por supuesto que no tengo prejuicios, yo no juzgo a la gente y me parece estupendo que una mujer de cuarenta se pasee con uno de veinte pero yo no me imagino a mí charlando con Nick y su mente de diecinueve añitos. Aunque me puedo hacer una idea de lo agradable que sería tener su cuerpo cerca... Hummm.

Continúo repasando a mis pretendientes, y me apunto recordar a este muchacho para contárselo a mis amigas; llegar y tener un admirador de diecinueve años me ha dado una especie de empujón anímico. Inconscientemente me paro en una foto de un chico saliendo del mar con una tabla de surf. Otra tableta de chocolate, está claro que he visto la primera y quiero más, si es que a mí el dulce me vuelve loca. Veintinueve años, de Soto de la Marina, ingeniero, un metro ochenta y siete, y ochenta y tres kilos. Hasta ahora vamos bien, le gusta salir con amigos, un montón de deportes, y su «hola ¿qué tal estás preciosa?» me parece razonable. Contesto y paso al siguiente candidato.

«Has cambiado tu foto, ¿alguna de las dos eres tú?» Aquí lo tienes, Marta, ahora debes ser lista si lo que quieres es mantener su interés. «La chica que mira al espejo, esa soy yo», contengo la respiración, «me encanta, ¿el resto de los datos son ciertos?», «sí». Actualmente peso lo que puso mi tía y no he mentado en lo que yo he añadido. «Me gustaría verte, hoy tengo cena de colegas pero estoy libre mañana.» ¡Joder!, esto es llegar y dar en la diana. «A mí también me gustaría conocerte», porque eso es lo que voy a hacer, ni más ni menos. Paso de intercambiar mensajes, no sirven para nada si físicamente no es de mi agrado. Es cierto que la comida entra por los ojos, mañana miraré y si me gusta lo que veo ya pensaremos en lo demás.

«Muy callada te has quedado.» Es Nick, que hace un nuevo intento por captar mi interés. «Me gusta, no lo puedo negar, que un chico tan guapo como tú se fije en mí, pero de momento continuaré buscando a alguien de mi edad.» Pulso «enter» y compruebo mi frase, he escrito «de momento», eso es peligroso, significa que no lo descarto. Estoy como una cabra. «Piénsalo y si cambias de idea me avisas.» «Gracias», me desconecto y apago mi portátil. Tengo lo que buscaba, una cita para mañana a las siete con Andrés y no quiero

más tentaciones.

—Hola, perdona el retraso, pero he estado ayudando a un amigo a hacer la mudanza y se nos ha complicado la tarde. Cuando me he dado cuenta de la hora le he dejado plantado con las cajas en la puerta de su casa.

—Hola, no importa, acabo de llegar. —Bueno llevo diez minutos de espera y ya estaba a punto de marcharme, pero eso me lo guardo, no es cuestión de empezar una posible relación lanzando pullitas.

—¡Qué guapa eres!

—Tú también eres muy guapo.

—Gracias, ja, ja, ja, ¿ya has pedido?

—Sí, estoy tomando un refresco. ¿Qué te pido?

—Tranquila, yo me ocupo.

Parece que de repente el bar se ha llenado y nos han echado literalmente de la barra. Andrés ocupa un pequeño hueco que ha quedado libre y yo aprovecho para mirar. Es alto y esbelto. Su foto no engañaba, los pantalones vaqueros le sientan de maravilla y la cazadora de motorista deja intuir unos hombros anchos y fuertes. Tiene cara de anuncio de cuchillas de afeitar.

—Por fin, pareces más alta de lo que ponías en tu perfil.

—Son los tacones. —Los botines tienen un tacón de aguja de ocho centímetros a los cuales no estoy acostumbrada. Son un suplicio pero aguantaré estoicamente, me gusta mucho cómo me quedan y cuando los guarde en su caja no volverán a salir hasta dentro de unos meses, cuando haya olvidado alguna de las ampollas que, por lo que me laten los dedos gordos, ya se estarán empezando a formar.

—No soporto que me mientan. Yo no engaño, mi foto, mis datos, mi edad, todo es real. Pero hay chicas que dicen que pesan sesenta y cuando las ves son noventa. No lo entiendo, no se pueden ocultar esos detalles en una cita.

—Imagino que creerán que su aspecto dejará de tener importancia cuando las conozcas.

—Yo no puedo resistirlo, y no porque pesen noventa kilos, su mentira es lo que me pone de muy mal humor por lo que la cita se reduce a hola y adiós.

Pero contigo estoy encantado.

Me mira sonriente de arriba abajo, me parece descubrir un brillo sucio en sus ojos pero deben de ser mis nervios porque ya no hay nada, solo su sonrisa de dentífrico. Charlamos sobre nuestros trabajos y sobre el gimnasio. Este tema resulta un filón. Andrés es bastante maniático en cuanto a hacer deporte se refiere. Surf en verano, snow en invierno, mountain bike con amiguets, musculación entre uno y otro. No sé de dónde ha sacado tiempo para ayudar a su amigo y quedar conmigo. Es un placer verlo, así que vivan los gimnasios y los deportes extremos.

—¿Vamos a otro, o pedimos aquí de nuevo?

—¿Qué? —Me he distraído imaginando cómo sería tocar esos abdominales.

—Mi vaso está vacío y al tuyo poco le falta, propongo ir a otro sitio.

—Claro, pero solo si me dejas pagar la próxima ronda.

—Ningún problema, creo en la igualdad entre hombres y mujeres, al menos en lo que a economía se refiere, en otras cuestiones no estoy de acuerdo, no es aplicable para mí.

—¿A qué te refieres? —Otra vez esa sensación, como si me estuviese evaluando con la mirada, pensando si mi cuerpo realmente vale lo que parece.

—Salgamos, por favor, aquí dentro hace demasiado calor. Busquemos un lugar menos saturado y allí seguiremos hablando.

—Sí.

Esa especie de alarma interna que todos tenemos ha saltado en mi estómago. Es ahí donde noto cuándo algo está mal, aunque todavía no sepa la razón, Andrés oculta algo y mi instinto me dice que no me va a gustar.

—¿Qué te parece si entramos en este? Yo no he probado bocado desde la una y aquí ponen unas patatas con salsas para untar buenísimas, ¿las has pedido alguna vez?

—No, no sabía que las tenían. —Lo miro, de nuevo está el chico de anuncio de barba rebelde, mis anteriores fracasos me han vuelto excesivamente precavida y recelosa—. Yo también tengo hambre.

—¡Una mujer que afirma tener hambre y quiere comer! Hoy es mi día de suerte. ¿Y las croquetas de la abuela?

—Tampoco, ja, ja, ja, no he comido aquí nunca, así que todo lo que

propongas será desconocido para mí.

—La carta de raciones es demasiado extensa, otro día pediremos las empanadillas de gambas. Mira, una mesa libre, ¿por qué no te sientas mientras lo encargo?

—Voy, pero no pagues, recuerda que esta vez me toca a mí.

—Entendido, pero corre que nos la ocupan.

Me siento obedientemente y feliz como un bebé, ha dicho «la próxima vez», así que él también está interesado en mí. ¿Cuántos meses necesitaré para ponerme en forma? Si hace tanto deporte yo no quiero ser una mujer florero y esperarle en la toalla mientras coge olas, ni sentarme en una cafetería de una estación de esquí con un chocolate caliente mientras Andrés desciende ante la admiración de otras chicas. Tendré que hablar con mi monitor y ponerme en sus manos, pedirle una tabla de ejercicios para hacer los fines de semana...

—Aquí tienes tu caña, enseguida nos acercarán la comida.

—Gracias. —Qué guapo es.

—Marta, cuéntame cosas de ti, qué te gusta hacer, qué buscas en un hombre...

—De momento tú tienes todo lo que estoy buscando: una persona educada, que me guste físicamente, a quien yo le guste, con quien pueda conversar, tomar algo y comer...

—Yo también estoy muy a gusto a tu lado. Hablar contigo resulta fácil, me siento bien. Pero imagino que además de lo que has dicho también desearías tener algo de intimidad.

—Sí, ¿tú no la buscas? —Ya me parecía a mí raro que Andrés fuera normal, aquí hay algo y no creo que tarde mucho en enterarme.

—Por supuesto que necesito esa intimidad, para mí es una parte muy importante de una relación.

—Estoy de acuerdo. Tiene que existir lo que suele llamarse «química». — ¿Será que le gusta mucho el sexo?

—Sí, eso es imprescindible, no ando buscando alguien que no me atraiga.

—Menos mal, ja, ja, ja.

—Yo prefiero hablar sobre mis gustos y necesidades antes de ilusionarme. Que mi pareja acepte mi sexualidad y la disfrute es fundamental.

—A mí me gusta el sexo. —Pensaba añadir que soy curiosa, estoy abierta a nuevas experiencias siempre y cuando sean admitidas por ambos, y confesar que estoy terriblemente necesitada, tanto que ya no sé si recordaré cómo se hace. Pero no puedo, estamos hablando de nosotros, y es una parte demasiado íntima para compartirla con alguien a quien he conocido hace una hora. Déjame conocerte, Andrés, y te prometo que vas a tener mucho sexo, al menos durante una temporada, hasta que haya compensado tantísimos meses de sequía.

—Eso está muy bien, ¿y qué tipo de relaciones sexuales te gustan?

—Me parece un poco violento contarte qué me gusta hacer y que me hagan. No soy ninguna moji-gata si es esa posibilidad la que te está preocupando.

—Perdona, no quería ofenderte.

—No lo has hecho, pregúntame, me da algo de corte hablar de ello, pero me parece muy razonable, es mejor hacerlo ahora, como si hablásemos de qué deportes nos gustan o de qué comidas. En este caso es hasta más importante saber los gustos del otro ya que es una actividad que requiere la colaboración de los dos.

—Tú lo has dicho. Hace falta que el hombre y la mujer estén de acuerdo y sientan placer con lo que hagan.

—Nuestra mente es el órgano sexual, nuestro cuerpo responde y creo que es igual de importante dar placer como recibirlo. Ver cómo la otra persona disfruta con lo que hacemos es algo muy estimulante. —Jod... me he metido de lleno en el asunto, parezco una ponente dando una charla. A ver qué me responde Andrés porque no quisiera que profundizáramos mucho, estoy empezando a notar mucho calor en la cara.

—Esa es la cuestión que te quiero explicar, quiero saber si lo que a mí me gusta en el sexo también te gustaría a ti, si te causaría placer hacerlo. No quiero que te asustes, pero si no es algo con lo que disfrutas, entonces no tendrá sentido que sigamos viéndonos.

—Cuéntamelo. —¿Le gustará dominar o los tríos?

Algo muy importante tiene que ser para que lo anteponga a todo lo demás. A mí los tríos no me gustan, ¡qué sé yo si me gustan o no!, nunca lo he probado ni tengo intención de que una mano de mujer con uñas largas pintadas de rojo me

toquen ni un pelo de la cabeza, así que mucho menos toleraría que se posase en otras partes de mi cuerpo.

¿Dos hombres para mí? ¡Hummm!, la idea abstracta es atrayente pero en idea se queda, podría relajarme y mucho con cuatro manos acariciándome pero como segundo plato esos dos chicos pedirían una compensación ante tal dedicación y solo pensarlo cierro las piernas involuntariamente. Ahí abajo solo hay sitio para un hombre.

¿Le gustarán las películas porno?, ¿será fetichista?, ¿será un mirón?, ¿se excitará solo haciéndolo en lugares públicos?, ¿necesitará hacerlo cinco veces al día? Espero que no porque un sábado de pasión sería recibido con alegría, pero un lunes por la mañana a mí no se me acerca nadie a no ser que sea festivo.

—¿Te gusta dominar o prefieres que te sometan?

—Creo que hay momentos para todo, Andrés.

—¿Te gusta recibir azotes?

—No están mal, siempre y cuando no sean dolorosos.

—¿Sientes placer cuando los recibes?

—Sí. —Qué vergüenza, pero no voy a mentir, es estimulante.

—A mí también me excita recibirlos. ¿Te gustaría azotarme, Marta?

—Si a ti te gusta no tendría inconveniente. Sí me gustaría, aunque dudo mucho que pudieras sentir algo, estás muy musculado y yo apenas tengo fuerza.

—Hay látigos, fustas, objetos creados para ello.

—Entonces no habría problema. Tú me dirías qué fuerza tengo que aplicar. Sí me gustaría darte algunos latigazos. —¡Ahí te quiero ver, Marta, lanzándote a la piscina llena de tiburones!, ¿pero cuándo has cogido tú un látigo en tu vida y menos para azotar a tu amante? Él no ha dicho nada sobre darme a mí latigazos así que todo sería cuestión de acostumbrarse.

—No serían solamente unos latigazos, soy sumiso. Para disfrutar necesito que mi pareja me domine, me humille. Me gustaría ser más flexible en mis gustos pero, aunque lo he intentado en varias ocasiones, solo me excito cuando siento que le pertenezco a alguien, que esa persona tiene el control, que es ella quien me manda...

—Yo no tendría problemas en darte alguna indicación. —Pedirle que me

bese, que me toque, que sea rudo o tierno, a darle esas órdenes podría acostumbrarme perfectamente. Estoy pensando en dónde le diría que colocase su boca y su lengua y me estoy empezando a poner nerviosa y de un modo muy grato.

—¿Conoces algo sobre la sumisión?

—He visto algo en la televisión. Uno ejerce de dueño, de amo, y la otra parte obedece y así obtienen los dos placer.

Lo que he visto no me ha gustado. No me ha parecido desagradable, me ha parecido muy lícito. Pero es como el pepino, a mí no me gusta, no quiero comerlo pero no por eso voy cerrando los ojos y tapándome la nariz cuando veo uno. El ejemplo no ha sido el más acertado, pero es el único que se me ha ocurrido.

En el reportaje aparecía el ama, como así la llamaba el tipo velludo que estaba de rodillas y que llevaba una especie de pasamontañas de cuero, cadenas en el pecho y un tanga de plástico que le quedaba pequeño. La mujer, vestida de cuero negro, tiraba de la cadena y el hombre avanzaba despacito. A mí tanta ropa ajustada me generó un picor instantáneo en las piernas y dolor en los pies al imaginarme dentro de esos tacones de doce centímetros. La siguiente escena ya me pareció algo más desconcertante. El hombre, ahora erguido, estaba atado a una especie de cruz gigante. Su peludo culo estaba rojo porque la mujer se estaba aplicando y de lo lindo a dejárselo de ese color a base de golpecitos con una especie de espada de madera.

El hombre lo estaba disfrutando porque pedía más a grito pelado. La mujer se acercó a la cruz de madera y quien estuviese grabando también lo hizo. El ama le preguntó si estaba excitado y el hombre educadamente respondió que mucho. La mujer cogió un consolador de una repisa y ahí se terminó todo, porque cambié de canal. No creo que continuasen filmando cómo el ama hacía uso del utensilio pero por si acaso me puse a ver *Los Simpson*. No me gustó, ni me excité, ni pensé en ningún momento que esa mujer podría ser yo.

Imagino que habrá diferentes modos de vivir ese tipo de sexualidad. Habrá hombres que tengan ideas más ligeras y otros que quieran llevarlo al límite. Todavía tengo alguna posibilidad.

—Yo soy sumiso. Me gusta llevar una mordaza y una correa al cuello,

Marta. Quiero que me pasees, que me ordenes, quiero que me castigues si no obedezco. Quiero que seas mi dueña, que claves tus tacones en mi sexo si me porto mal. Que mi pene se excite solo si tú das permiso. No puedo mantener otro tipo de relaciones. Lo he intentado pero no siento nada.

Me arden las mejillas, los ojos de Andrés se han vuelto líquidos y me miran suplicantes. Parece fácil de realizar, yo dominando a mi chico, haciendo realidad sus deseos y una parte de los míos. Marta, tú sí que estás soñando si piensas que coger una fusta y dar latigazos en el culo a un hombre vestido de cuero que te sigue a cuatro patas es algo fácil. Yo me excitaría pidiéndole a Andrés que me bese los pechos, no ordenándole que venga a rastras para hacerlo.

Cada uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo y pedir que la otra persona se lo haga si ambos lo han pactado. A mí me parece estupendo pero, ¿Andrés?, es un chico anuncio, masculino, viril, ¿cómo es posible? Tengo que ampliar mi campo de visión, el aspecto físico de una persona no va unido a prácticas sexuales y el macizo que tengo delante es la prueba de ello.

—No lo pienses más, Marta, no se puede forzar, si a ti te gustase hacerlo ya habrías buscado cómo llevar a cabo tus fantasías. Algunas chicas lo han intentado y a las pocas semanas hemos terminado discutiendo. Yo no voy a cambiar, siempre he sido así, es mi naturaleza y es evidente que la tuya tiene gustos diferentes.

—No sé qué decir.

—No lo digas, vamos a terminar las raciones al menos.

—Miraré cómo tú comes, a mí se me ha quitado el hambre. Voy a pagar.

—Tenía que decírtelo, mejor hacerlo antes de encariñarnos. Y quédate quieta que ya está pagado. Para eso soy muy tradicional.

—Ya veo, tradicional para pagar, práctico exponiéndome tus gustos...

—Realista, intenta cenar algo, nos hemos hecho amigos y eso es positivo.

—Ja, ja, ja, lo intentaré, dime si pica mucho alguna de las salsas.

—Arriésgate.

—Ya he tenido mi dosis de aventura hoy, hasta mañana no me toca de nuevo.

No tengo ganas pero me esfuerzo por tomar algún bocado. Miro a Andrés y pienso nuevamente en su modo de vivir su sexualidad. Yo no podría disfrutar

tratándolo como él desea, es una lástima, lo tenía casi todo...

«*And the Oscar goes to...* Marta, por su magnífica actuación como mujer derrotada caminando hacia su casa...»

¡Joder!, qué poco mundo conozco. Menuda sorpresa, estoy tan alucinada que ni pena llego a sentir por mi mala suerte. ¿Y ahora qué hago?, son las diez y media de la noche y ya estoy de vuelta en casa. Me niego, yo quiero salir un sábado y hacerlo por mí misma, no depender de mis amigas, quiero ser independiente y audaz y no se me ocurre mejor modo que sacando una botella de vino que compré el otro día y sentándome de nuevo frente a mi ordenador. ¡Algún descosido quedará libre, digo yo! No quiero desvestirme, retirarme el maquillaje, no quiero ir a la cama para soñar de nuevo con la jod... casa de mis sueños.

Mal comienzo, el corcho se parte y queda flotando en pequeños trozos dentro de la botella. Saco un colador y lo coloco sobre una copa de color ámbar que he encontrado en el mueble del salón. No hay ni una triste copa de cristal transparente, parece que estoy tomando una poción del mago Merlín, pero me niego a tomar el vino en un vaso de agua.

Retiro el frutero de la mesa del salón. El melocotón de plástico cae rodando y al cogerlo me da dentera, tiene pelo y restos de polvo a partes iguales. Lo dejo sobre el racimo de uvas verdes de goma y el plátano de plástico brillante y paso por el baño para lavarme las manos mientras el portátil carga los programas. Me siento y compruebo que el reloj de la pantalla me está diciendo que tengo que esperar un poco más. No me extraña, he cogido desprevenido al aparato, habría pensado que no volvería a poner mis deditos de princesa en sus teclas buscando a mi príncipe azul. Tendré que contarle al ordenador que

no encuentro ni un pu... príncipe. Aquí solo abundan los sapos y a mí de princesa poco me queda con tanto taco como estoy soltando por la boca. Aguardo desenfocando la vista aún impactada por la confesión de Andrés. Y de repente surge un recuerdo.

Hace un par de Nocheviejas, cuando salía del baño de un bar a altas horas de la noche, me cerró el paso una chica. Tenía un aspecto «normal», vamos que su vestimenta y su peinado no me dieron pista alguna sobre lo que a continuación sucedió. Llevaba una camiseta roja de manga larga y un escote en forma de pico. Recuerdo que era rubia, su piel era muy clara, iba a decirle que me dejase pasar porque pensaba que se había quedado absorta esperando a que alguna amiga saliese del baño. Le toqué en el brazo, levantó la cabeza y me sonrió. «Hola», me dijo y acto seguido se levantó la camiseta hasta dejar al descubierto su sujetador y sin que me diera tiempo a pensar por qué lo hacía comenzó a pellizcarse los pezones por encima de la fina tela de su ropa interior. ¿Y qué es lo primero que pensé?, que se trataba de una broma, de un gusto cuestionable, pero era Nochevieja y casi todos bebemos, algunos bastante y otros demasiado.

Llegó otra chica y mi exhibicionista se cubrió y se hizo a un lado para que la nueva usuaria del baño pudiera pasar. Yo intenté aprovechar el momento para salir de esa embarazosa situación pero me cogió por el brazo. «Lo siento», me dijo, «vale», contesté yo con un nuevo intento de evasión. «No se me ocurrió otro modo de entrarte», me dijo con un gesto que poco se parecía al que me había puesto para sobarse la delantera.

La cuestión es que yo le gustaba, llevaba toda la noche vigilándome y el cava se había encargado de soltarle la lengua y las manos. Le expliqué brevemente que a mí no me atraían las mujeres, y que si me gustasen ella sería una buena candidata porque era muy guapa. Con esa especie de disculpa por mi parte salí corriendo buscando la protección de mi ex y del resto de la cuadrilla. Ver a aquella chica tirándose de los pezones y haciéndolo para excitarme me puso muy nerviosa, pero no en el sentido que la pobre mujer querría. Conozco a parejas de lesbianas y me parece estupendo, de hecho me es indiferente lo que cada uno haga en su tiempo libre. Yo creo que si un hombre se hubiera bajado los pantalones y empezado a darle ánimos a su

alegría delante de mí me hubiera puesto igual de nerviosa y encima le habría llamado «guarro». Dos bares más tarde conté la anécdota y todos nos reímos sin darle más importancia, aunque yo tuve un ojo alerta el resto de la noche por si volvía a acorralarme para enseñarme su ropa interior.

Me siento recordando que de todo tiene que haber y no debo presuponer que la mayoría de los hombres pueden ser compatibles con mis gustos. Si pienso en negativo y no me hago ilusiones seguramente me podría llegar incluso a divertir con mis citas. Voy a intentarlo. Cinco tentativas y a cuál más desastrosa. ¿Cómo será el siguiente? ¡Vete a saber, Marta!, mejor no adelantarse, que vengan las sorpresas, ¿no dicen que para besar al príncipe azul hay que besar primero a muchos sapos? ¿Alguien podría decirme qué número podrían caer en la palabra «muchos»: diez, cien?, ¿está viva quien inventó la frase?, ¿encontró, después de desperdiciar tanto beso a su media naranja? Porque eso no se piensa en dos días, a esa mujer le debieron de salir las cosas pero que muy mal.

Cinco mensajes de Nick y enviados hace pocos minutos. Ahora está desconectado, mejor, así no me verá. He abandonado definitivamente el modo invisible, de poco sirve si lo que deseo es que me escriban, para eso nada mejor que enseñar mis cartas; escalera de buen humor, dobles parejas de ganas de agrandar, y póker de disponibilidad.

Primer mensaje: «¿Continúas por ahí?, mi propuesta sigue en pie.»

Segundo mensaje: «No te veo conectada pero volverás, todas lo hacéis porque buscáis al hombre equivocado.»

Tercer mensaje: «Y es el hombre equivocado porque estás buscando a alguien con características que tú crees que son las idóneas para ti, y en el sexo y en el amor no hay que encasillarse, hay que dejarse llevar y descubrir.»

Cuarto mensaje: «No sé qué buscas, de amor no entiendo, quizá pasar un tiempo a tu lado me enseñase ese sentimiento. Lo que sí te puedo asegurar es que podría hacerte el amor durante horas, una vez por cada hora que marque el reloj.»

Quinto mensaje: «Y en cada ocasión te esperaré, no sería rápido ni brusco, te daría en cada momento el ritmo que tu cuerpo necesite, nada me gusta más que mirar a una mujer cuando tiene un orgasmo, sabiendo que soy yo quien se

lo ha provocado.»

¿Cómo que uno por cada hora que marque el reloj? Eso no es posible, el reloj marca horas todo el tiempo, ¿es Nick uno de esos hombres leyenda que es capaz de excitarse siempre como si fuera siempre la primera vez y mantener el mismo ímpetu a las doce de la noche que a las cinco de la madrugada?

Haberlos los habrá pero a mí tanta hormona desatada me da más miedo que deseo. Sexo salvaje una vez, dos veces, tres veces... eso es el sueño de cualquier mujer (el mío al menos lo es). Pero cuatro veces, cinco veces, seis... en una misma noche, eso es demasiado, en el sexto sentiría un montón, pero de escozor, ¿y cuándo dormiríamos? No quiero probar tu potencia, Nick, no tengo fondo para ese tipo de carreras, yo ando buscando cien metros lisos, doscientos, podría llegar hasta mil quinientos, pero los maratones no me interesan.

Borro todos sus mensajes riéndome porque pienso que este Nick ha echado toda la carne en el asador, eso sí que es no tener abuela. Alguna le responderá porque querrá probar si todo lo que dice es cierto. Ya me fijaré si estos días me cruzo con alguna que camine como si se acabase de bajar de un caballo o que sale de una farmacia con pomada para aliviar la irritación.

¡Sorpresa!, hay chicos conectados, no soy la única marginada. Es un consuelo. Nick vuelve a la carga, ha continuado enviándome argumentos para que salga con él, ¡qué majete!, es listo, sabe decirme lo que no puedo rebatir, pero muy mal me tengo que ver para salir con alguien de diecinueve años y que piensa que mi mayor deseo en esta vida es batir mi récord de orgasmos en una noche. Incluso los tendría aunque yo no los buscara, porque insiste en explicarme que me despertaría en medio de la noche con una parte de él dentro de mí y que me haría gritar de placer. Dos buenos gritos te daría yo para mandarte a tomar viento fresco si te dedicases todas las noches a «despertarme» de esa manera. Menudo asalto y no con pistola precisamente.

«Buenas noches. ¿Qué hace una chica tan guapa como tú en esta selva?» Yo lo llamaría jungla, con sus insectos gigantes, sus depredadores y su fango. «Lo mismo que haces tú, buscar.» O estoy hablando con un caballo, porque eso es

lo que aparece en su foto, o es un hombre que se oculta. «Tú me estás viendo, creo que es justo que yo también pueda ver tu cara.» «Tengo rostro, créeme, y nadie se ha asustado al verlo.» Mira tú qué tipo tan listo. De eso nada, o se muestra o le bloqueo; sábado por la noche, y de vuelta de una experiencia cuanto menos impactante y me van a mí a marear. «La cuestión es que yo quiero verlo, si no te muestras no continuaré esta conversación.»

Silencio y desconexión. Peor para él y mejor para mí, pero no lo entiendo, cómo pretende que dedique tiempo a alguien cuyo sexo desconozco. «Te mando una foto por privado», ¡bien jugado, Marta! He aguantado la presión y ha cedido. Estoy que me salgo en el ciberespacio ligón. Llega la foto y no puedo ponerle pegas. Su cara es seria, cuando le hicieron la instantánea no estaba atento a la cámara. Es un rostro clásico, pelo castaño cortado a capas, raya a un lado y patillas cortas. Sus ojos parecen claros pero la calidad de la foto no permite averiguar su color. Ni rastro de barba, camisa azul celeste abierta y chaqueta azul marino. Se llama Iván, y está cenando con dos amigos en un restaurante muy conocido y apreciado de Santander.

Quedará libre en media hora. Le abandonarán para irse pronto a la cama ya que van a hacer una ruta en bicicleta. Él arrastra una lesión que se lo impide por lo que me propone tomar algo. ¡J...!, he conseguido reducir el taco a su primera letra, unos pocos días más y lo tendré dominado y arrinconado. ¿Qué les pasa a los hombres con el deporte?, ¿es que no saben hacer otra cosa?, ¿ni hablar de otra cosa? Voy a tener que ver la sección deportiva de las noticias de la televisión para poder tener tema de conversación.

«Sé que parece una locura, contactar y quedar, pero ¿no sería algo increíble que nos viésemos y pudiéramos pasar un buen rato charlando en lugar de estar cada uno en nuestra casa viendo la tele?

Miro mi prestado salón; el sofá de terciopelo, las cortinas de terciopelo, los tapetes, los adornos, los floreros, las alfombras, el melocotón peludo... y digo que sí. Otra locura más que añadir a la lista, lo peor que puede pasar es que vuelva a entrar en casa dentro de media hora. ¿Lo mejor?, se sabrá dentro de cuarenta minutos ya que hemos acordado que me esperará con su coche aparcado delante de la sucursal bancaria que hay a la vuelta de la manzana.

Me retoco el maquillaje, pulso todos los canales de televisión y compruebo

que los sábados por la noche no están hechos para quedarse en el sofá tapada con una manta viendo una buena película. Menos mal que he quedado con Iván.

Acudo puntual, no he sido capaz de llegar tarde. Un enorme todoterreno de marca alemana está aparcado delante del banco en doble fila. Mucha coincidencia o es mi cita que también es puntual hasta dar asco. Ya tenemos algo en común.

—Hola, Marta. —Iván, porque lo he reconocido al bajarse del coche, está abriéndome la puerta del copiloto para que suba. Me gusta ese detalle, no quiero que un hombre se bata en duelo por mí, pero ciertos detalles de galantería me parecen muy bonitos y aquí mi cita se ha ganado un punto nada más comenzar. Me da un ligero beso en la mejilla al que yo correspondo con idéntico gesto.

—Hola. —Si por fuera el coche parecía grande por dentro es aún más impresionante. El asiento de cuero está calefactado y me atrapa sin que ponga resistencia alguna por lo cómodo que es.

La música que suena es una melodía que he oído en algún sitio; película, anuncio... una voz de hombre profunda que canta al amor y le pide a su chica que nunca se aleje de su lado. No sé si es un montaje para impresionarme pero funciona, soy una sentimental y muerdo el anzuelo mirándolo para tragármelo enterito.

—Nunca antes había subido a un coche tan grande.

—Paso muchas horas al día conduciendo a causa de mi trabajo. Y necesitaba un coche con tracción a las cuatro ruedas, potente, con un maletero grande y que pudiera usarlo también en mi vida privada sin que pareciese que acababa de dejar al rebaño pastando en las montañas.

—Si tienes un rebaño puedo asegurar que con este coche no te has acercado a verlo, está muy limpio y huele muy bien.

—Eso es porque esta mañana he dedicado dos horas a retirar todos los restos de barro del interior. Ni te imaginas cómo estaba.

Iván conduce tranquilo en dirección al Sardinero. Inspira confianza, tiene un hablar pausado y aunque pienso que los que tienen cara de buenos pueden ser asesinos en serie, no hago preguntas sobre cuál será nuestro destino. ¿No es algo muy osado que me haya montado en un coche de un desconocido y por la

noche?, ¿me estaré pasando de atrevida? Si quedar con alguien a quien acabas de digamos «conocer» por internet ya supone asumir un riesgo, subirse en su coche podría ser una imprudencia por mi parte.

Lo miro y me devuelve una sonrisa, yo por si acaso reviso posibles materiales arrojadizos a los que echar mano en caso de necesidad. ¡Pues sí que ha limpiado a conciencia! No hay ni una pelotilla de papel. Nos mantenemos dentro del núcleo urbano así que me obligo a relajarme. Ya sería el colmo topar con un psicópata y me tocaría mucho los bemoles ser yo la elegida. Vamos, que lo mejor que puede hacer Iván es ser un buen chico si lo que quiere es conservar su alegría y a los dos acompañantes que viven en su entrepierna por muchos años. Y con esta autoentrega de ánimos y valentía, que de nada me serviría si tuviera que enfrentarme a un ataque real, pero me ha dado una absurda sensación de seguridad, busco tema de conversación.

El tiempo queda descartado, ya hablamos demasiado de ese asunto los habitantes del norte. Del coche ya no hay mucho más que decir. Tampoco quiero empezar a preguntarle sobre su trabajo, si lo hablamos todo dentro del coche en el bar tendríamos que pedir unas cartas para pasar el tiempo.

En cuanto toma el desvío intuyo el lugar al que nos dirigimos. Una cafetería con terraza. Hay algunas mesas ocupadas porque la noche no es muy fría y sobre todo porque están encendidas las estufas. La iluminación es suave e indirecta y se puede tomar una copa charlando sin tener que forzar la voz.

—¿Crees que estarás bien si nos sentamos fuera o prefieres entrar? —Iván ha sacado una gruesa chaqueta del maletero pero mi cazadora de cuero no conserva bien mi calor corporal, solo es buena si hace viento.

—Si quieres pruebo, si noto mucho frío te aviso y buscamos mesa dentro.

—Por supuesto. Se trata de que estés cómoda, por nada quisiera hacerte pasar un mal rato en nuestra primera cita.

Eso de primera cita ha sonado muy convencional. Iván parece sentirse como en su casa en este tipo de ambientes; clientela que toma sus copas sentados, personas tranquilas, quizás algo distantes, y que siempre mantienen las formas. Ni se te ocurra poner pegas, Marta, estamos en el lugar correcto y con un hombre que de momento no ha cometido ninguna torpeza.

Las sillas tienen mantas de cuadros escoceses dobladas en el respaldo. Esa

sí que me parece una buena idea. La mesa elegida por Iván está apartada, no es que estemos fuera del alcance visual del resto de los clientes pero sí que hay una especie de atmósfera de intimidad. Me siento y noto la manta apoyándose con delicadeza sobre mis hombros. Es una sensación placentera, tanto que casi se me escapa un gemido.

—¿Qué te apetece tomar, Marta? —me pregunta Iván sonriendo ante mi gesto. Tiene modales exquisitos pero masculinos, es muy agradable estar a su lado, unos pocos minutos han bastado para notar cómo me cuida. Se comportará de modo idéntico con todas las mujeres que tenga a su lado pero ahora estoy yo y lo disfruto.

—¿Has tomado café?

—No, pensaba pedir alguna especialidad de la casa.

—Buena idea, yo haré lo mismo.

El camarero se aleja con nuestro pedido, me ha costado decidirme, y le observo marcharse pensando que tendré que volver si quiero descubrir el resto de los sabores que ofrece la carta de cafés. Cuando me giro tengo a Iván mirándome y muy próximo, me parece que ha acercado su silla a la mía.

—Has resultado una sorpresa —me dice poniendo su mano sobre la mía—. No creía que hubiera mujeres guapas y elegantes en esta página. De hecho esta noche, mientras mis amigos discutían sobre la ruta a seguir en bicicleta estuve a punto de borrar la aplicación para no volver a caer en el mismo error. Casualmente tu foto apareció entre las más populares y ahora tengo que reconocer que el error hubiera sido borrar antes de conocerte.

—¿Malas experiencias?

—Mucho, y no estoy criticando a las chicas, quizá solo teníamos modos diferentes de ver la vida. Pero mis intentos anteriores han sido digamos «peculiares». No sabía que hubiese mujeres con tantos tatuajes, ni que el Muay Thai femenino tuviese representante nacional cántabra... en fin, ahora no merece la pena recordar, estoy a tu lado y doy por buenas todas esas experiencias si me han llevado hasta ti.

—Muchas gracias. Yo también me alegro.

—Cuéntame, si no te incomoda, cómo alguien como tú se ha apuntado a esta página y ha tenido la valentía de poner su foto.

—No me importa explicarlo. Tuve pareja, se acabó y me quedé sola. Mis amigas son fabulosas pero tienen sus propias vidas, no tengo posibilidad de conocer a nivel personal a muchos chicos y este último año ha sido bastante duro en el terreno sentimental. Mi tía me apuntó como regalo de cumpleaños.

—¿Sí?, tu tía me cae genial, ja, ja, ja.

—Mi tía cae bien a todo el mundo. La quiero un montón.

—Yo no tengo la suerte de tener una tía como la tuya. En mi caso me apunté yo solito, y ya ves que no me atreví a poner mi foto.

—¿Y por qué un caballo?

—Es *Mercury*, tiene tres años y es lo único que conservo de mi matrimonio.

—¿Has estado casado?

—Cuatro años y medio. La convivencia nos demostró que no estábamos hechos el uno para el otro. Nos separamos amistosamente y volví a mi vida pero ya no era la de antes.

—Te entiendo.

—Sí, el entorno es el mismo pero yo no era el mismo ni mis oportunidades las mismas, por eso decidí abrir nuevos horizontes.

—Por lo que cuentas estamos en situaciones muy similares. —Me gusta, una persona como yo, buscando encontrar de nuevo el camino, intentaré averiguar hacia dónde quiere ir.

—Me considero un tío normal, trabajador, amigo para cuando me necesitan, tranquilo, con las ideas claras. No quiero estar solo, Marta, quiero compartir mi vida, o al menos parte de ella, con una mujer, despertarme por las mañanas y que alguien me sonría, tener ilusión por llegar a casa, hacer planes de viajes...

¡Por favor, qué bonito suena eso, me lo pido! Iván es guapo, educado, interesante... lo tiene todo. Lo único que falta en esta fórmula es que me atraiga porque no siento nada cuando lo miro. Tampoco es para alarmarse, lo acabo de conocer y después de citarme con varios chicos y tener tan malas experiencias lo normal es que mi cerebro se haya vuelto precavido.

«¿Para qué voy a hacerte sufrir, Marta, si todavía no sabes nada de él? ¿No entiendes que estoy intentando protegerte hasta que aprendas a ser más racional y menos pasional? Relájate y disfruta de la noche y de la compañía.»

Gracias, cerebro, lo intentaré, menos mal que tienes esa parte que va por libre, que me muestra otro modo de ver las cosas. Continúa así, yo te animo, no me dejes sola con mi corazón porque el pobre está tan machacado que ya no puede ver con claridad.

—A mí me pareces muy normal, de momento no he visto ningún tic raro y has pronunciado correctamente todas las palabras.

—Ja, ja, ja, espero no equivocarme en ninguna, no sea que pienses que soy un psicópata y me dejes plantado.

—No lo haría, a los psicópatas no les gusta que se den cuenta de que lo son, disimularía y esperaría la ocasión para despedirme amistosamente. ¿Y puedo saber qué trabajo es el que requiere un coche tan grande como este?

—Por supuesto, soy arquitecto. Diseño casas y casi todos mis proyectos se realizan en terrenos donde en invierno sin un coche con tracción total no podría llegar.

—¿Ah sí?, ¡qué interesante! —Un arquitecto, alguien cuya mente realiza los diseños con los que yo sueño despierta. Parece una señal del destino.

—A mí me apasiona mi trabajo. Además tengo la gran suerte de poder dedicarme casi en exclusividad a proyectos de casas unifamiliares en zonas rurales. De hecho mi último cliente, por el que tenía esta mañana el coche más sucio que si hubiera corrido el París-Dakar es un hombre de Madrid. Ha comprado las ruinas de una casa de campo a las afueras de Cabezón de la Sal. La vivienda está en una ladera y el camino para llegar tiene bastante pendiente. Es un proyecto precioso pero cada vez que voy regreso con cien kilos de barro pegado a los bajos del coche. No hay carretera asfaltada, será uno de los últimos trabajos que se realicen y te puedes hacer una idea de cómo está todo en aquella zona en invierno.

—Y buscaste un coche para llegar cómodo al trabajo.

—Por supuesto, ja, ja, ja, podría haber comprado otro más pequeño y económico, pero me acababa de separar, fui entrando en concesionarios, fui añadiendo centímetros al coche, y euros también, y al final salí con el que tengo y un montón de cuotas por pagar.

—Es muy bonito y muy cómodo. Yo no tengo coche, de momento no lo necesito y no tiene sentido que compre uno para dejarlo aparcado durante

semanas. Mi padre apenas lo usa así que cuando me hace falta se lo tomo prestado.

—Haces bien, mi coche y mi caballo son mis únicas posesiones. Me gustaría hacerme mi propia casa pero hasta la fecha no he visto ningún paisaje que realmente me atraiga, así que vivo en un piso de alquiler.

—Yo en un piso prestado.

—¿Cómo es eso?

—Los dueños pasan el invierno en el sur y yo en su vivienda, querían a alguien que les cuidase la casa y esa soy yo, la señorita responsable.

—No lo digas en ese tono. A mí me gustan las personas responsables. Tú, por ejemplo, me gustas.

¡Ufffff!, directo a mi parte sensible. Iván me está mirando, su gesto parece sincero. Creo que espera una respuesta y yo, que además de responsable quiero ser cortés siempre con todo el mundo, respondo automáticamente.

—A mí también me gustas. —Marta eres tonta, ¿por qué has dicho eso? Acláralo ahora mismo—. Eres educado, inteligente, guapo... cualquier mujer con dos dedos de frente se sentiría a gusto a tu lado. —Espero que así haya quedado claro que ha sido un «me gustas» ligero, no un «me gustas» como sentimiento intenso.

—Tranquila, te he entendido. Y eso también me gusta de ti; has intentado ser cortés pero tu sentido de la responsabilidad te ha obligado a matizar tus palabras. Nos acabamos de conocer, démonos tiempo si te parece bien.

—Me parece perfecto.

—¿Estas cómoda aquí o prefieres que cambiemos de sitio?

—Estoy bien, la manta es todo un acierto.

—Me están dando ganas a mí de quitarme la chaqueta y ponerme la manta encima.

—Ja, ja, ja, ¿y a qué esperas?

—Tienes razón, pura lógica, no espero nada, bueno sí, a que tú me lo dijeras. —Se quita la chaqueta y se envuelve en la manta de cuadros verdes y azules—. ¡Qué cómodo!, como estar en el sillón de casa. Si cerca de ti me siento bien, me puedo imaginar lo que sentiría si una manta nos tapase a los dos. No te incomodes, ha sido un pensamiento que se ha escapado.

—Estoy bien. Es agradable saber que provoco pensamientos positivos.

—Unos cuantos, Marta... me gustaría tomar una copa, solo una porque tengo que llevarte sana y salva a tu piso prestado. ¿Te apetece?

—Sí, es sábado y mañana no madrugo así que no tengo prisa, una copa estaría genial.

Conversar con Iván es fácil, escucha, opina, tiene las ideas muy claras sobre lo que quiere hacer con su vida. Le apasiona su trabajo y a mí me gusta escuchar, por lo que nuestras copas quedan vacías sin que el tiempo haya pesado entre los dos.

—Me gustaría volver a verte si te parece bien. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien al lado de una mujer.

—A mí también se me ha pasado el tiempo volando, Iván.

—Mañana es el cumpleaños de mi sobrino y le he prometido que, además de comer juntos, iremos a ver a *Mercury*. Le llevaremos zanahorias y un pedazo de tarta. Me gustaría poder cancelar mi superplan pero no puedo.

—¡Ni lo pienses!, no todos los días cumple años tu sobrino. Podemos vernos otro día. No voy a mudarme de provincia. —Pero necesito unas horas de calma alejada de los hombres en general y de Iván en particular.

—Tienes razón y perdona, no suelo ser tan lanzado pero contigo no sé qué me ha pasado, no quiero separarme de ti.

Regresamos charlando, algo que resulta muy fácil ya que es muy buen conversador.

Rodea el coche para abrirme la puerta. ¡Qué detalle!, lo tiene todo y lo que yo tengo que tener es paciencia. Estoy comparándolo con Richard, quien me cautivó desde el primer momento en que lo vi. Seguramente mi atontamiento no me dejó ver a la persona que se escondía detrás de esa bonita sonrisa, una que no tuvo en cuenta mis sentimientos cuando decidió que yo había dejado de interesarle. Con Iván me siento segura, tranquila, protegida y daré oportunidad al tiempo para que haga su trabajo y la magia del amor se instale en mí.

—Toma mi tarjeta, las llevo en el coche, ja, ja, ja, no pienses que estoy vendiéndote mi trabajo.

—En cuanto llegue a casa te enviaré un wasap para que tengas también mi número.

—¡Estupendo!, así nos mantendremos comunicados. Espero no resultarte demasiado pesado, si ves que me paso me paras los pies.

—Tranquilo, ja, ja, ja. —Imagino que son frases hechas, modos de rellenar la conversación. Alguien como Iván resultando pesado por medio de mensajitos es algo que no puedo imaginar.

—Te acompaño hasta tu portal.

—No hace falta, está a la vuelta de la esquina.

—Podría haber aparcado delante de haberlo sabido.

—Tengo una vecina muy cotilla y con insomnio, de momento es mejor que no te vea. —Mentira piadosa al sacco, treinta años cargando con él casi vacío y en dos meses lo estoy llenando a pasos agigantados.

—Entiendo, toca a una por portal, es una norma de edificación, no se puede incumplir.

—Ja, ja, ja, veo que conoces algo el tema. Por eso nos vamos a despedir aquí.

—Claro, no quiero ser el causante de los chismorreos durante varios días.

Iván se acerca, bastante, demasiado para mi gusto. No creo que se atreva a besarme, yo no le he dado argumentos para ello pero vete tú a saber, los hombres son una caja de sorpresas aunque la sabiduría popular haya dicho hasta la saciedad que «a las mujeres no hay quien nos entienda».

—He estado muy a gusto a tu lado, Marta. Has convertido un sábado sin perspectivas en una ilusión y te lo agradezco.

—Yo también he disfrutado de tu compañía y de la manta. —Quitando hierro al asunto porque la cosa se está poniendo un poquito seria y no es así como quiero terminar la noche.

—No sabes cuánto me alegro. —Su beso en mi mejilla no lo esperaba y resulta delicioso. Se ha acercado a mí lentamente y he podido oler su perfume y escuchar su respiración.

—Y yo —acierto a decir con vocecita de no haber roto un plato en mi vida.

—Mándame ese mensaje para saber que estás bien en tu casa.

—Bien.

Entro en el portal y saco mi móvil del bolso en el tiempo que tarda el ascensor en llegar a la planta baja. En el trayecto memorizo su nombre y su

número y en cuento cierro la puerta de casa le busco en contactos del WhatsApp. Una foto de una maqueta me hace sonreír. Ha quedado muy claro cuánto le gusta su profesión. Le envió un emoticono con una sonrisa amplia y al momento recibo otro por su parte.

«¿Consulta del doctor Saiz de Madariaga?, necesito cita para una revisión de la vista. Me parece que necesito gafas porque tengo delante de mí al hombre perfecto y no veo estrellitas ni destellos cuando lo miro...»

Domingo, nueve y cuarto de la mañana y llueve. Esta palabra se queda corta, está diluviando y el viento es tan fuerte que lanza las gotas contra los cristales del salón en ráfagas. El sonido es tan parecido al del granizo que solo mirando a la calle confirmo que todavía no ha llegado el invierno.

El cielo está gris, tanto que las farolas, que deben de tener sistema de fotocélula para regularse continúan encendidas. Busco mi móvil para sacar una foto que remitir a mi hermana. «Mira qué bonito día. ¿Ese sofá tuyo es muy incómodo?» Pulso enviar y es cuando veo el mensaje de Iván. «Buenos y lluviosos días. Si el tiempo no da tregua mi sobrino no va a poder montar hoy a *Mercury*. Habrá que buscar plan alternativo.» ¿Distraer a un niño un día como hoy?, complicado, imagino. «Hola, lo que veo desde mi ventana son nubes, nubes y más nubes, como meteoróloga aficionada mi previsión es clara: agua y viento para rato.»

Vivir en el norte de España significa, entre otras cosas, no poder hacer planes a largo plazo si estos consisten en alguna actividad al aire libre. Hay que aprovechar el momento, y hoy por desgracia es día de estar a cubierto. Lo primero es desayunar, con calma, que ya lo he hecho a salto de mata el resto de la semana. Y no voy a hacerlo en la cocina, con la lámpara encendida como si fuera de noche, porque la poca luz que dejan pasar las nubes se reduce aún más al descender por el patio. Es mi día libre en cuanto a comidas se refiere, ahora podría estar untando mantequilla a un par de tostadas para después coronarlas con mermelada de cereza. Pero Iván ha aparecido, como si de un

holograma se tratase, apoyado en la puerta de la nevera cuando iba a sacar los ingredientes para preparar mi desayuno de seiscientos calorías. «¿Te he dicho que me gustas mucho?, y tu cuerpo, delgado pero con formas de mujer, tuvo mi cerebro distraído buena parte de la noche», me encanta esta frase incluso habiéndola imaginado yo. Me apoyo en la mesa de la cocina y pienso cuál sería mi respuesta perfecta: «yo también medité sobre ti cuando estaba en mi cama», y lo acompañaría de una media sonrisa que forzaría a Iván a preguntarme: «¿Ah sí, y puedo saber qué fue exactamente lo que meditaste sobre mí?» Bien, ya lo tengo donde yo quiero, concentrado en mi respuesta: «Pensé en que es una lástima estar casi en invierno, con tanta ropa apenas pude ver tu cuerpo.»

Mi Iván imaginario se separaría de la nevera y se acercaría desabrochándose los botones de la camisa y... ¡suficiente, Marta!, lo has clavado, lo tienes en el bote imaginario ese donde guardas todas estas inteligentes y sensuales conversaciones. Que no sé para qué las guardas tan cuidadosamente, si cuando hace falta decirlas desaparecen sin dejar rastro y solo respondes «sí», «no».

Iván se esfuma y yo me olvido de la mantequilla y la mermelada. Las tostadas irán a la boca solitas, sin nada que les dé alegría. Para compensarme añadiré media cucharadita más de azúcar al café con leche para que tenga algo de sabor. Y con esta triste bandeja me siento en el sofá para que la televisión me haga compañía mientras desayuno.

La mujer que aparece sentada hablando a cámara parece necesitar más compañía que yo, hablando sobre el precio de la cebada y de una bacteria que transporta un insecto y que está matando algunos olivos centenarios del sur de Italia. El pequeño reportaje es ameno y oyendo quejarse en italiano acabo la primera tostada. La recuperación del barbecho ya no me interesa y a la pobre mujer yo diría que tampoco, el tono de su voz es tan lineal y sus gestos son tan económicos que no sé cómo se mantiene sentada, hasta a mí me está entrando sueño al escucharla.

Repaso el resto de los canales de televisión: recopilación de caídas de modelos y famosos en los escenarios, crímenes de hace treinta años en Detroit y que fueron resueltos gracias a una prueba de ADN, una misa, una carrera de

motos y una película de vaqueros. Mientras tomo el último sorbo de leche se me plantea una duda: ¿cuántos millones de películas de vaqueros se rodaron hace cincuenta años?, ¿realmente existieron tantos pueblos en el centro de Estados Unidos con ese aspecto?, ¿y qué coj... hacían viviendo entre polvo? Hoy en día lo entendería, si todas las tierras fértiles están ya ocupadas lo único que podría hacer un colono sería irse donde nadie quiere estar; al desierto. Pero hace más de cien años, cuando Estados Unidos estaba prácticamente despoblado de emigrantes, ¿quién elegiría como hogar el medio de la nada, sin agua, sin vegetación, y con un montón de indios alrededor intentando echarles de sus tierras?

Si la historia se desarrolló como las películas describen, en el territorio que hoy conocemos como los Estados Unidos de América vivían los indios y siempre en núcleos pequeños. Los colonos, gente de muy diversa condición, llegaron desde Europa a la costa este. Imagino que los primeros millares ocuparon las mejores tierras y a los siguientes no les quedó otro remedio que adentrarse en el continente para poder sobrevivir.

¿Pero quedarse en la peor zona?, ¿por qué? Ponte a recorrer miles de kilómetros, arrastra a tus hijos, a la suegra, por montañas y valles para... ¿plantarte en el desierto y rodeado de indios hostiles? Está claro que nadie les había contado que después de meses de viajes podrían llegar a la costa oeste, que es un lugar más amable para vivir. A algún hombre, porque fijo que fue a algún lumbreras que estaba intentando sacarse con la lengua un trozo de carne seca de entre los dientes, el sol debió de achicharrarle la única neurona que le quedaba, se bajó del caballo y dijo: «Esta es la tierra prometida, no continuemos caminando porque esto es todo lo que vamos a encontrar.» Los demás hombres de la caravana, intoxicados con tanto polvo, consiguieron pensar: «Puede ser... puede ser... por algo lo dirá...» Y ahí se quedaron, ellos creyendo que habían descubierto la tierra prometida y ellas pensando que se iban a pasar todo el día escoba en mano para retirar todo el polvo y barro seco que se iba a colar hasta el fondo de la casa. Seguro que el felpudo lo inventó alguna mujer de aquellas. Los humanos somos muy raros.

«¿Te animas a venir a la piscina?, estaremos allí a eso de las once y media.» Es Andrea quien me lanza esta oferta. «Cuenta conmigo», respondo aunque la piscina climatizada no es una de mis pasiones. El gorro me molesta y el olor a cloro me hace estornudar. «¿Pero qué hacéis despiertas a esas horas, y planeando ir a la piscina?, ¿no sería mejor quedar para tomar un aperitivo y unas rabitas? Conmigo no contéis para compartir agua y mocos con cincuenta niños. Eso sí, como buena amiga que soy, os deseo que lo paséis divinamente.»

Yo tampoco iría si tuviera un plan mejor, pero entiendo a Andrea y a sus niños, y también a otras tantas familias que acuden cada domingo que hace malo a las piscinas climatizadas para ocupar parte del tiempo en un lugar donde los chiquillos disfruten y se cansen para poder afrontar la tarde en casa con mayor probabilidad de éxito.

—¿Marta?, soy la vecina del cuarto.

¿Me están llamando a la puerta?, ¿y es la vecina del cuarto, a quien no he visto en mi vida? Observo por la mirilla y la señora que veo en el descansillo no medirá más de metro y medio. La evalúo y la considero inofensiva. Podría llevar una pistola o un spray de pimienta en el bolsillo del delantal pero me arriesgaré.

—Buenos días —digo subiéndome la cremallera de la chaqueta de chándal.

—Hola, guapa. Vivo debajo. He esperado a oírte caminar por la casa para subir a entregarte esto.

Del peligroso bolsillo del delantal saca una carta. La recojo sorprendida, solo pone mi nombre con letra escrita a mano.

—Ayer tocó a mi puerta Richard y me dijo que te la diese en su nombre, quise preguntarle por sus padres pero andaba con tanta prisa que no llegué a entender lo que respondió. Se metió en el ascensor antes de que pudiera pedirle que repitiese lo que me había dicho.

—¡Ah! —logro decir mirando a la diminuta señora que me sonrío con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Son muy buena gente. Es una lástima lo que le pasó al padre. No sé si se han marchado de vacaciones porque hace días que no los veo. ¿Tú los has oído?

—No, pero tampoco estoy mucho en casa así que no podría jurarlo.

—En fin, ya nos enteraremos. Te dejo para que llames a Richard tranquila.

—Adiós.

Abro el sobre que contiene un folio doblado. Si esta es la letra de Richard solo puedo decir que hasta su modo de escribir es bonito. «Por favor, llámame cuando puedas», y un número de teléfono con su firma debajo. Yo esperaba leer algo diferente. Todavía albergaba esperanzas, pero estas cinco palabras me han dejado más fría que un polo de limón.

¡La vecina del cuarto ya sabía lo que ponía!, menuda cotilla, «llama a Richard», me dice la muy caradura. ¡Ahora mismo y te lo cuento con pelos y señales!, no te jod...

Doy vueltas por la casa con la escueta carta en la mano. ¿Llamarle?, ¿para qué?, ¿para escuchar una explicación que no me guste? No quiero, bueno, sí deseo llamarle, a quién quiero engañar. Me gustaría oír su voz, saber que me ha echado de menos, oír una explicación que lo deje libre de culpa. Desafortunadamente no creo que exista ese argumento perfecto. Me vio, me tuvo cara a cara, podría haberse parado diez segundos, y no lo hizo, me dejó con la palabra en la boca y dos semanas y media es mucho tiempo para mantener la boca ocupada, así que la carta se quedará en la mesa del salón, para que repose como los vinos.

—Los domingos por la tarde son deprimentes.

—¿A qué te refieres, mamá?, ¿a lo pronto que anochece, a la lluvia que nos obliga a estar en casa? Yo puedo añadir que tengo que trabajar el lunes y que todas las tardes deberé acudir a la asesoría que vamos a gestionar a partir de enero. Menos mal que el gimnasio está a mitad de camino entre ambos lugares, no me daría tiempo a ir al mediodía si no fuera así.

—Ya sé que a ti tiene que parecerle todavía peor que a mí, pero cada uno se queja de lo que sufre. Tu padre se quedará dormido como un bendito en el sofá y a mí no me quedará más remedio que pasar la tarde viendo la tele y leyendo el periódico. Y como casi siempre suele ocurrir la única película decente que pondrán será la de la noche, cuando esté hasta la coronilla de mirar la caja

boba y solo me apetezca irme a la cama.

—¿Dónde está el periódico, en la mesa del salón?

—Sí.

—Ahora vuelvo.

Yo tampoco me quiero quedar toda la tarde viendo historias sobre infancias destruidas, vecinas asesinas, padrastros que esconden un turbulento pasado... ¿estas películas las venden por kilos? «Hola, aquí una cadena de televisión española, por favor, póngame dos contenedores de historias sobre adolescentes raptadas, uno de asesinos de barrio residencial, tres de historias de amor rancio que se desarrollen en Alemania y cuatro de amantes que se vuelven locas cuando ellos se niegan a abandonar a sus esposas.»

—Hay una comedia romántica. Tenemos sesión a las cinco y a las siete y media. Vayamos a verla y pasemos la tarde.

—Imagino que tu padre no querrá venir pero se lo voy a decir por si acaso.

Mi madre ha salido de la cocina con otra cara. ¡Hombres!, con lo fácil que se nos contenta y lo difícil que lo ponéis siempre.

—Ya sabía yo que no iba a querer, si está ya medio dormido y todavía no ha finalizado la sección de deportes de las noticias. Vamos a terminar de recoger, tenemos tiempo de ver la sesión de las cinco. Dice tu padre que cuando salgamos del cine le llamemos y nos pasa a recoger en coche porque hace días que no lo mueve y se va a descargar la batería.

—¡Qué romántico, mamá!, ja, ja, ja. Va a ir a buscarte en coche para que no se estropee.

—Yo ya pasé esa época, niña, ja, ja, ja, por mí como si viene porque hay un jugador famoso en la puerta del cine.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco. Tenemos autobús dentro de media hora. Tiempo de sobra para que mientras tú te preparas yo deje limpia la cocina.

—Así da gusto, hija.

—A mí me ha gustado la película, ¿y a ti, mamá?

—Mucho, y tiene final feliz. Me han parecido muy acertadas las canciones.

—Las conocía casi todas, las buscaré esta noche y te las pasaré para que las tengas en el teléfono y puedas escucharlas cuando vayas a pasear sola.

—Gracias, hija. Tenemos que llamar a tu padre para que nos recoja.

—Ahora le llamo, primero vamos a sentarnos a tomar algo que estoy viendo cómo queda una mesa libre en la cafetería.

—Buena idea, así no estaremos esperándolo como dos estatuas.

—Hola, Marta, menuda coincidencia.

Esa voz... es Iván, estoy segura. Estamos pasando por delante de la hamburguesería camino de nuestra mesa. No me había fijado en quiénes están sentados ya que creo que todos en esta sección están acompañados de chiquillos.

—Sí, no hubiera imaginado encontrarte aquí comiendo hamburguesa con doble de queso y patatas fritas con ketchup.

—Estoy con mi sobrino. Como montar a *Mercury* quedó descartado quise ofrecerle una sorpresa de consolación. Después de comer todos en familia busqué películas infantiles y aquí estamos, tío y sobrino reponiendo fuerzas después de dos horas viendo dibujos animados. Es el que se acerca con el helado. ¿Y tú?, si es que puedo saberlo.

—Por supuesto, he venido con mi madre, esa que responde a mi saludo. Hemos visto una comedia romántica y vamos a esperar a mi padre. Va a venir a buscarnos.

—Nosotros nos iremos enseguida, me gustaría llevaros si no tenéis inconveniente.

—No te molestes, mi padre me dejará a mí en mi casa y luego se irán a la suya. Muchas vueltas por la ciudad. Además estás con tu sobrino.

—Déjame hacerlo, he pensado mucho en ti hoy y me gustaría disfrutar unos minutos más de tu compañía. Mi hermana vive cerca de tu casa. Podríamos dejar a tu madre, después a mi sobrino favorito y luego a ti.

—Soy tu sobrino favorito porque no tienes otro, tío.

—Tú siempre lo serás, Jacobo, aunque llegue a tener cincuenta más. Te voy a presentar a una amiga, se llama Marta.

—Hola. —Jacobo me ofrece su mano. Me parece un gesto simpático para un niño que no creo que supere los diez años.

—Hola, Jacobo. Tu tío insiste así que si a ti no te parece mal cuando terminéis la merienda nos acercará al centro a mi madre y a mí.

—Bien —contesta el niño metiéndose la primera cucharada de helado con trocitos de cookies en la boca.

—Entonces no hay más que hablar. Tomad tranquilas lo que queráis que nosotros no tenemos prisa. Cuando tú quieras nos iremos.

Regreso a mi mesa justo en el momento en que el camarero está preguntando a mi madre qué desea tomar. Me mira sonriendo y yo la ignoro mientras pido mi consumición.

—Qué guapo, ¿algún cliente?

—Es un amigo, mamá, que me he dado cuenta de cómo me hacías la pregunta pero al revés.

—¿Yo, al revés?

—Sí, tú, y no pongas cara de no saber de qué te hablo, ja, ja, ja. Es un chico que he conocido hace poco —y tan poco, menos de veinticuatro horas pero eso a mi madre no se lo pienso contar— y se ha ofrecido a llevarnos a nuestras casas.

—Qué amable, ¿y ese niño?

—Su sobrino, mamá, ¿pensabas que era su hijo?, yo con hombres casados no quiero líos.

—Podía también estar divorciado, hija.

—Podía, pero de momento no entra en mis planes buscar un hombre con ese tipo de pasado. Aunque nunca se sabe dónde estará el destino.

—Cierto. No lo conozco, pero lo que veo me gusta mucho.

Menuda casualidad. La primera vez que vengo con mi madre al cine un domingo por la tarde y pasamos delante de Iván a quien conocí anoche. Muevo la cucharilla dentro de la taza de la infusión. Me pone nerviosa mi madre, bueno, ella no, la situación, pero ya no hay marcha atrás, le he dicho que sí y lo mejor será hacerlo cuanto antes.

Me vuelvo y observo cómo Iván está jugando con su sobrino, en su mesa ya no están las bandejas con comida y unas pequeñas figuritas de papel están distribuidas por las cuatro esquinas. Iván levanta la cabeza y me mira sonriente. Su gesto con las cejas es claro, me está preguntando si queremos

irnos ya. Yo le respondo afirmando con la cabeza.

Llamo al camarero para pagar nuestra consumición. Ya está abonada.

Le recrimino arrugando la frente mientras me pongo la chaqueta.

Salimos del parking del centro comercial en silencio. Mi madre ha insistido en que yo monte en el asiento del copiloto. Rompe este incómodo momento preguntando a Jacobo por la película. Lo que en un principio es una pregunta de cortesía se está transformado en una conversación de lo más animada entre ambos. Iván mira hacia delante sonriendo y yo le imito porque me resulta gracioso el modo tan claro que tiene el sobrino de explicarse y cómo mi madre muestra un interés que parece totalmente sincero. Doy las indicaciones necesarias para llegar a casa de mis padres y mi madre se despide no sin antes asegurarle a Jacobo que en cuanto tenga oportunidad irá a ver la película que el niño tan bien le ha recomendado.

La hermana y su marido viven a dos calles de mi casa. Iván espera en doble fila hasta que recibe la confirmación de que el chiquillo está ya en la vivienda.

—Bueno, por fin solos. Lo siento, así dicho parece que estaba deseando deshacerme de mi sobrino y de tu madre y no es así. Pero sí que tenía ganas de tener unos minutos a solas a tu lado. —Iván ha estacionado delante de la sucursal bancaria en doble fila. Como siempre no hay ni un hueco libre.

—En esta calle es casi imposible encontrar un aparcamiento. Juraría que muchos coches hace meses que no los mueven.

—Entonces lo puedo dejar en el parking. Si te apetece podemos tomar algo en una cafetería ya que pasear no es posible con esta lluvia. Me gustaría subir a tu casa pero ni es el momento ni tú me lo has pedido.

—No es mi casa, y además de no ser como tú bien dices el momento, tampoco lo haría por respeto a los amigos de mis padres.

—Me parece que acabas de descartar también mi piso.

—De momento sí, aparca y busquemos una cafetería.

—Tengo otra idea, ¿por qué no vamos al Sardinero y tomamos algo en uno de los bares de la playa? Aunque es de noche se pueden ver las olas cuando rompen contra el muro del paseo.

—¿No habrá aviso por mareas fuertes?, no quisiera probar la temperatura del mar Cantábrico en Noviembre, solo con pensarlo ya me dan escalofríos.

—No he oído nada, es solo lluvia y viento, Marta, y si vemos cualquier riesgo nos damos media vuelta.

—Vamos entonces. —Estoy cómoda con Iván a mi lado y no quiero renunciar a los buenos momentos.

Fuera llueve, lo hace suavemente, y el ruido de las gotas en los cristales del enorme coche no molesta, dentro la temperatura es perfecta, mi compañía también lo es y parece que estuviera en una burbuja de paz.

Queda claro al llegar a la playa que no es un destino estrella los domingos por la noche en otoño. Hay aparcamientos libres cada pocos coches. Justo delante de la cafetería hay dos huecos que Iván aprovecha. Antes de que me pueda quitar el cinturón ya está bajando y abriendo el portón trasero. Espero a que se acerque, me gusta sentirme mimada.

—Está dejando de llover, solo tengo este paraguas pero te taparé hasta la entrada del local.

—Gracias, solo son dos gotas, y a mi pelo le gusta la lluvia.

—No sabía, siempre he visto a las mujeres protegerse de la lluvia para que su pelo no se estropee.

—Eso es porque se lo alisan y la lluvia vuelve a rizarlo. Yo no le he hecho nada a mi pelo, solo secarlo al aire.

—Me gusta tu pelo, Marta. —Iván se ha parado en la acera, y gira su cuerpo hacía mí colocándose muy cerca. Levanta una mano y me toca un mechón—. Es suave y huele muy bien.

—Gracias —acierto a decir. Me podría acostumbrar a tanto piropo.

—Y tu voz también es suave, como terciopelo.

Reanuda el paso concediéndome una tregua emocional. Otro halago más y mi cara se habría puesto más encendida que una hoguera.

La cafetería tiene pocos clientes, no me extraña lo más mínimo. Yo estoy aquí porque tengo chófer personal, de lo contrario estaría ahora en mi supersalón, planchando la ropa de la semana, con la televisión encendida y pensando en que el fin de semana se termina siempre demasiado rápido y sin pena ni gloria. Tengo que rectificar, conocer a Iván ha supuesto que la balanza se haya inclinado hacia la gloria.

Sentados en una mesa al lado de la cristalera Iván me cuenta cómo ha sido

su día y yo le explico mi experiencia como monitora de natación aficionada en la piscina climatizada. Sobre el tiempo que hemos estado dentro de las salas de cine nuestras experiencias han sido totalmente opuestas; yo me he reído con la película y me han emocionado algunas escenas y él se ha aburrido con la película y se ha quedado dormido la mayor parte del tiempo.

El tiempo pasa rápidamente en buena compañía, pienso mirando el reloj. Las nueve y media. Hubiera jurado que nos habíamos sentado hace unos minutos.

—¿A qué hora te levantas para ir a trabajar?

—A las ocho, no entro hasta las nueve y mi oficina está muy cerca de casa, así que tengo tiempo de sobra.

—Te he visto mirando el reloj, cuando quieras nos vamos.

—Estoy muy bien aquí sentada hablando contigo y mirando cómo las olas vienen y van pero tendría que estar ahora en casa planchando. Entre el gimnasio al mediodía y acudir a la otra asesoría por las tardes llegaré a casa cansada y con ganas de cenar algo e irme a la cama. Mi sueldo aumentará en enero, pero no creo que por ello deje yo de ser quien planche mi ropa, estoy acostumbrada y solo dedico una hora a la semana.

—Yo no podría vivir sin Inés. Poder, podría, pero la mayor parte del tiempo me vestiría con camisas arrugadas. Cuando tengo un encargo me dedico en cuerpo y alma a desarrollarlo. Las mañanas las suelo organizar para revisar las obras que tengo en curso. Por las tardes es cuando me gusta centrarme en los nuevos diseños y tranquilamente puedo estar hasta las once o doce trabajando.

—¿Inés? —Imagino que será la persona que tiene contratada para limpiar su casa. De lo contrario sería una persona a la que odiar y mucho, en cuerpo y alma.

—La conozco desde que era niño. Mis padres tenían una tienda de decoración y no podían atendernos a la salida del colegio. Inés se encargaba de recogernos, darnos la merienda y llevarnos a las actividades extraescolares. Desde entonces siempre ha estado vinculada a mi familia. Actualmente se reparte entre la casa de mi madre, la de mi hermana y la mía.

—¿Y tu padre?

—Está un poco lejos para que pueda ir a plancharle los pantalones. Vive en Estados Unidos. Mis padres se separaron hace unos años y él se fue a vivir allí con la causante de esa separación. No debería hablar así de Eloise. Ella no rompió nada.

—Lo siento, no tenía que haber preguntado.

—No te preocupes, ni mi hermana ni yo tenemos problemas por ello actualmente. Fue duro cuando sucedió pero ahora le entiendo. Se enamoró de otra mujer y fue valiente. Mi madre sufrió mucho y durante unos años culpé a mi padre por todo el daño que había causado. Después entendí que el amor es un derecho, no una obligación. Ahora mi madre tiene un compañero y es muy feliz.

—Me alegro. —Tiene razón, pienso, dejando que mi mirada se pierda entre la espuma que las farolas del paseo ilumina.

—Me gusta mucho cómo te vistes y no quiero que cambies de *look* llevando toda la ropa arrugada así que, con mucho pesar por mi parte, te acercaré a casa.

Ha dejado de llover y huele a salitre y a limpio. Aspiro fuerte buscando la luna que me ha parecido ver escondida entre las nubes.

—¿Te gusta esta sensación, como si alguien hubiera pasado un trapo por el aire y lo hubiera limpiado?, a mí sí.

—Sí, parece que se puede pensar mejor, que la lluvia se lleva las ideas que están borrosas dejando solo claridad.

—Te entiendo, de hecho acabo de ver algo con mucha claridad.

—¿Qué? —le pregunto bajando la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Que me gustas mucho, Marta, que estoy deseando probar tus labios y si tú no me lo impides es lo que voy a hacer ahora.

Se acerca lentamente, dándome tiempo para negarme si no lo deseo pero no tengo por qué hacerlo, yo también quiero probar y como muestra de mi buena voluntad acerco también mi cara a la suya.

Su boca es suave, sus labios están calientes y son hábiles. Cierro los ojos intentando concentrar lo que siento. Espero sentir campanillas en mis oídos y un ligero temblor de tierra, pero a mis oídos solo llega el sonido del mar y si hay terremoto debe de ser muy bajo en la escala de Richter, o mi capacidad de

percepción ha sido anulada por la evolución de la especie.

Se separa y me mira. ¿Hay deseo en sus ojos?, no lo sé, está nervioso y sus manos lo demuestran frotando mis brazos. Respondo con una sonrisa que espero interprete como una muestra del placer que me ha causado besarnos. Me ha gustado, no ha sido como yo esperaba y deseaba, pero ha sido agradable.

—Te llevaré a casa y quizá regrese a darme un largo paseo, ja, ja, ja.

—Te acompañaría en ese paseo pero la plancha me espera y tiene poder de sobra para calmar y aburrir al más valiente.

—Puedo intentarlo. Siempre me quedaría el recurso de usarla como medida disuasoria.

—Creo que encontrarás otros métodos menos radicales, ja, ja, ja. —Ha mirado hacia su pantalón y sin poder evitarlo también llevo mis ojos a esa zona. ¡Ups! Mejor vuelvo a mirar hacia arriba.

—Marta, sube al coche antes de que me transforme en hombre lobo.

—Sí, señor —me gusta su sentido del humor, ya pensaba que no lo tendría y supone una alegría descubrir que estaba equivocada.

Con las calles casi desiertas y todos los semáforos en verde llegamos a mi casa en un tiempo récord. Iván ha posado su mano derecha sobre la mía en todos los tramos donde ha necesitado solo una mano para llevar el volante.

—Ha sido un placer estar a tu lado.

—Ha sido recíproco —respondo soltándome el cinturón—. No bajes, por favor, porque seguro que nos volveríamos a distraer.

—A mí me ha gustado mucho distraerme contigo pero tienes razón, de momento no más distracción. Hablamos, ¿te parece?

—Sí, me gustaría.

—Que descanses, Marta.

—Lo mismo te deseo.

Entro en casa recordando la secuencia del paseo. Iván lo tiene todo: es guapo, educado, inteligente... no entiendo por qué su beso no ha excitado mi cuerpo como lo hizo el de Richard. Alguna explicación tiene que tener. Busca, Marta, que mientras te quitas la ropa puedes hacerlo.

Hacía meses que nadie me besaba y ese primer contacto podría compararse

al primer bocado de pizza, que siempre sabe delicioso. Cuando Richard se acercó no estaba esperando un despliegue de cohetes al notar su boca. Con Iván esperaba mucho. Algo similar sucede con las películas; si todos hablan de lo que se han reído al verla al acudir esperas que todo el tiempo se te salten las lágrimas de tanta carcajada y, claro, ante un listón tan alto en el momento en que no se cumplen las expectativas la película defrauda.

Si Iván hubiera sido el primero en besarme los sentimientos de mareo y de frenesí los hubiera sentido con él. Tengo que ser paciente y pronunciando mentalmente esas palabras varias veces coloco la tabla de planchar delante de la televisión. Mañana será otro día.

«Ha elegido a Iván, en cuanto retire su tarjeta podrá iniciar el repostaje, muchas gracias por confiar en el combustible que más se adapta a sus necesidades: fiable, fuerte, y con garantía... esperamos volver a verla...»

—Yo me quedaría con Iván. Sin dudarlo.

—¿Por qué?, y no lo digas así, Nuria, que parece que Marta estuviera probándose zapatos.

—¿No has escuchado que Richard es médico y que trabaja en Urgencias del hospital?, ¿has salido alguna vez con un médico de Urgencias, Andrea?

—No, pero imagino que respirarán oxígeno como todos, listilla.

—¿Recuerdas a Dany, el que llevaba siempre una visera?

—Yo sí me acuerdo, salisteis un par de meses. —Era un muchacho muy agradable, pero parecía que estaba siempre algo ausente—. Eso fue hace unos cuatro años.

—Premio para Marta, el mismo. Cuando nos conocimos estaba haciendo las prácticas de Pediatría en Urgencias del hospital y siempre parecía un zombi. Estoy segura de que nuestra relación no funcionó por sus horarios. Tenía turnos de trabajo de veinticuatro horas y cuando salía estaba más dormido que despierto. Por eso llevaba la visera, le molestaba la luz, se mantenía despierto a base de cafés. Yo creo que alguna vez se durmió besándome, con eso te lo digo todo.

—No creo que sea una razón a tener en cuenta para valorar si esa persona merece la pena. No estamos hablando de un terrorista, Nuria.

—Por supuesto que no es razón, ninguna lo será para ti ni para mí porque no somos Marta, ni estamos saliendo con un hombre y pensando en si hacemos bien o por el contrario tendríamos que llamar al otro, al que nos dejó plantada

y que ahora quiere recuperar el tiempo y hacer como si no hubiera pasado nada.

—Chicas, estoy aquí. —Están tan concentradas que me parece que se han olvidado de que la cita en el miniapartamento de Nuria es una reunión de urgencia de los Ángeles de Charlie para que resuelvan mis dudas.

—Lo sabemos, cariño —responde Andrea abrazándome.

—Hemos escuchado desde la primera letra hasta la última y seguiremos escuchándote hasta que el cansancio nos venza. Entonces nos dormiremos y continuaremos mañana por la mañana.

Nuria está abriendo el sofá cama del minisalón.

—No te burles —le digo a Nuria sacándole la lengua.

—No lo hago y lo sabes muy bien. Solo le estoy quitando tensión a la situación.

—Lo que imagino que Nuria ha querido decir, con poco acierto por su parte, es que nosotras te escucharemos siempre que lo necesites, pero no podemos elegir por ti. ¿Verdad, Nuria?

—Verdad verdadera. Yo puedo imaginarme lo que tú me cuentas, pero no puedo vivirlo, ni tampoco puedo sentir como tú lo harías. A mí Richard me cae mal porque te ha hecho daño. Iván me cae bien porque te cuida. Eso es lo que puedo decir.

—Han pasado tres semanas desde que lo vi, y en mi cabeza es como si hubiesen pasado segundos. Si cierro los ojos lo oigo, hasta le puedo oler. Creo que está interfiriendo en mi relación con Iván. No me deja apreciarle al cien por cien.

—¿Y por qué no lo llamas? Te dejó su teléfono, escucha su explicación, comprueba qué sucede si estáis cerca de nuevo.

—Tienes razón, pero me da miedo, no lo llamé en su momento, ahora que han pasado días me da hasta vergüenza hacerlo. No creo que me atreva. Gracias, chicas, me hacía falta hablar, tenía que contarle aunque fuera para oírme en voz alta.

—Habla todo lo que necesites, ni haciéndolo durante años llegarás a mi nivel. Imposible que me superes en horas, yo me he quejado tanto de mi culo y mis tetas que te harían falta tres vidas para conseguirlo. Y sobre quedarte a

dormir no era broma. No te vayas a casa, este es un piso de tamaño casa de muñecas pero entramos los tres, y si Andrea también quiere quedarse entraremos los cuatro. Este sofá cama me costó una pasta, es muy cómodo y amplio y Ángel no nos molestará. Hemos comprado una televisión para la habitación, se dormirá con el mando en la mano viendo alguna serie de asesinatos difíciles de resolver.

—Gracias, Nuria, pero no es necesario, estoy mejor. Continúo sin saber qué hacer pero no me encuentro tan agobiada.

—También puedes quedarte en mi casa, y venir tú también, Nuria...

—O ir las tres al piso de Marta, estamos aquí, ¿qué piensas, hacer un tour por Santander?

—Me voy a cenar a casa de mis padres, hace días que no los veo, como estos dos fines de semana he estado con Iván...

—Hummm.

—No ha habido «hummm», Nuria; besos, caricias, pero sin llegar a más. Ya os he contado que es un hombre paciente.

—Valóralo como algo positivo, que sea capaz de pensar por sí mismo, sin caer en el chantaje del tirano que vive en su entrepierna, es todo un logro y algo difícil de encontrar hoy en día.

—Pero habrás comprobado si se excita, ¿no? Que se controle está muy bien pero que sea funcional también es un detalle importante.

—Es funcional, te lo aseguro, Nuria, y no se hable más de esta cuestión sobre su anatomía que no es lo que yo he venido a exponer.

—Soy tu amiga y me preocupo por tu bienestar. Si tienes que elegir hay que conocer las virtudes de cada uno de ellos.

—Te confirmo que los dos son perfectamente normales en ese aspecto. No he podido comprobarlo pero a menos que se hayan colocado una prótesis con mando a distancia a mí me pareció que por ahí abajo no les faltaba nada.

—Entonces no tienes ningún problema, Marta, quédate con los dos, uno los días pares y otro los impares. Y las fiestas las repartes como hacen los que se divorcian con los hijos: Nochebuena con Richard y Nochevieja con Iván.

—Me marchó, dale recuerdos a Ángel de mi parte y dile también que te dé una buena sesión de sexo esta noche porque la necesitas para calmar esa

cabeza tuya.

—Salgo contigo. Gracias por la merienda, Nuria, ha sido toda una experiencia degustar tantos tipos de chocolatinas y chucherías.

—Era gabinete de crisis, y esas negociaciones necesitan azúcar, no leche desnatada. Cuenta conmigo para lo que necesites, me encanta además que tengas a dos hombres a tus pies. No dudes que le pediré a mi chico que me ofrezca una maratón nocturno de sexo y lujuria porque mi vida sentimental me está pareciendo de lo más sosa esta noche. Le diré a Ángel que se disfrace, él será un escocés del clan McSexy y yo una inglesa de la nobleza que no ha conocido todavía varón.

—¿Y eso va a ser esta noche? —Andrea pregunta con cara de «no me lo puedo creer».

—En cuanto os marchéis y deje preparado algo decente que ponerme mañana para ir al trabajo.

—No sé para qué he preguntado, ahora tendré esa imagen durante horas en el cerebro.

—Aprovéchala —le suelta Nuria a Andrea—, haz también tú lo mismo. Javier podría ser un agente secreto del gobierno y tú la profesora de inglés de sus hijos. Eso es lo que él piensa, pero eres ladrona de fórmulas de laboratorio. Un grupo de hombres poderosos y con buen corazón se reunió en una casa de los Alpes hace un año y transfirieron millones de dólares a una cuenta suiza. Contrataron a un equipo del que tú formas parte y desde entonces os dedicáis a buscar remedios contra las enfermedades que asolan a millones de personas, robáis los medicamentos que hoy en día solo se suministran a los ricos y colgáis su fórmula en Internet.

—Javier llegará a casa cansado, yo también lo estaré, Tendremos que acostar a los niños, esperar a que se duerman y entonces, contarle esta historia, si no se duerme mientras le pongo en situación ya me daré por satisfecha.

—¡Encima que te propongo un escenario fácil! Tienes hasta las pistolas de goma espuma de Marcos, mientras lo vas contando te sueltas la melena, te desabrochas dos botones de tu camisa y le pasas a él una pistola, y ahí empieza el juego.

—Bueno, pensándolo bien, no parece tan mala idea, Javier podría estar en el despacho, que sería el cuarto de los trastos del garaje, yo bajaría sigilosamente pero él sería más rápido que yo y a oscuras me desarmaría y con su mano en mi boca me pondría contra la pared.

—¡Suficiente!, no quiero oír ni una palabra más de vuestras fantasías. Me marcho a mi casa. De momento no quiero pensar en hombres durante unas horas. Me colapsan la cabeza, primero porque no los tengo y ahora porque los que tengo ocupan gran parte de mis neuronas y no me dejan discurrir con claridad. Ahí os quedáis con vuestros hombres misteriosos.

—Espera, mujer, que ya te he dicho que me marchaba contigo, ja, ja, ja.

Una enorme ducha de obra, con un suelo antideslizante en color gris claro. Una pared, que hace la función de mampara, de un metro noventa de alto impide que el agua se pueda escapar al suelo del baño. No hay puerta, no es necesario, el espacio es grande y como la ducha está situada al lado contrario a la entrada no sale ni una gota.

El agua de lluvia que brota del mecanismo del techo se puede seleccionar, desde finas gotas hasta una lluvia intensa. Me podría quedar durante horas debajo, sintiendo cómo resbala el agua por mi piel, y si mi chico está detrás de mí, enjabonándose con sus manos, siendo minucioso allí donde los pliegues de la piel lo requieren...

¡No puedo!, ni esa satisfacción me puedo permitir, ahora tengo dos posibles caras para mi hombre ideal y eso me desconcentra. Cuando no había nadie en mi vida era fácil pasear por la casa de mis sueños. Mi hombre ideal me seguía adonde yo fuera, me decía lo que yo quería oír en cada momento. Se vestía como a mí me gustaba, me tocaba donde yo necesitaba. Pero no tenía rostro, solo un cuerpo de infarto y una voz masculina.

No sé adónde se fue ese hombre, pero ya no está en la casa. Ha debido de encontrar otra novia o casa mejor donde vivir, llevo días buscándolo y he mirado en todos los rincones, hasta debajo de la cama. Y eso ha sido una verdadera molestia porque la cama de mis sueños es una estructura compacta que se apoya totalmente en el suelo y he tenido que cambiar de diseño para

poder buscar debajo.

Ni pelusillas encontré, es lo que tiene una casa construida con los sueños, no hay polvo, no huele mal cuando cocinas pescado, no se ven las marcas de los dedos en los cristales, no hay pelos en el lavabo. Por no haber no hay ahora ni chico guapo e interesante.

Podría ponerla en venta, o derribarla, pero ya no encuentro sentido a esta construcción. Richard no puede alojarse, rechazó la invitación que le hice y, aunque quiere explicarme por qué me causó ese desaire no puedo dejarle pasar. No me atrevería a invitar a Iván, él diseña viviendas, la mía está en el aire, es pura magia, no puedo sentarle en el sofá porque no estoy segura de si aguantaría su peso.

¡Se acabó el tiempo!, hora de levantarse para ir a trabajar. Me quedo mirando cómo la taza con el café gira en el microondas. Hablar con mis amigas ayer fue una necesidad. Habían bromeado en nuestro chat de grupo con mis avances en la página de contactos, y yo les había contestado siempre con respuestas vagas. Pero lo que desconocían era la relación que me unió de un modo muy breve al hijo de mis vecinos.

Como bien dijeron ellas no busqué consejo, solo ser escuchada, la decisión solo podré tomarla yo aunque cada día que pasa siento más nítidamente que permanecer con Iván es como elegir comer un chocolate a la taza frío. Será chocolate caliente, eso no lo pongo en duda, pero en mi boca es hielo y ¿a quién le gusta un chocolate frío y lleno de grumos? Una vez probé uno que se deslizó por mi garganta, suave, como terciopelo y con un sabor tan intenso que quedó grabado en mi paladar de un modo imborrable.

Tómate el café con leche desnatada, Marta, y la tostada a palo seco que es todo lo que vas a desayunar para mantenerte en forma.

—¿Qué tal vas, hermanita? Me ha dicho mamá que se te está poniendo un tipín increíble.

—Hola, Mónica, y una cara muy triste. Estoy en la cocina, con la luz dada porque parece una cueva, tomándome un supercafé aguado con dos gotitas de leche desnatada y una tostada disecada que me está haciendo un *peeling* en la garganta al pasar.

—¿Merece la pena?

—Sin dudarlo. Me siento bien, más ligera. Además en el gimnasio ya no siento agujetas. Y me ha picado el gusanillo ese del deporte. Van a tener razón los hombres cuando dicen que es una de las actividades que más les gusta hacer.

—Por eso te llamo a estas horas. Yo voy a estar todo el mes en turno de tarde. A las diez termino y como no me espera nadie en casa con la cena caliente me quedo con los compañeros a tomar algo. Nunca llego a casa antes de las doce. Y si tú no has cambiado de costumbres a esas horas estarás en tu segundo sueño.

—Ahora más que nunca, acabo cansadísima. Estamos preparando en el trabajo la llegada de las nuevas contabilidades. Entre semana me mantengo a base de lechuga y poco más para estar libre de regímenes los fines de semana. El monitor del gimnasio se encarga de agotarme las pocas energías que me quedan. Literalmente me arrastro a la cama cada noche.

—¿Nuevas citas con chicos?, ¿alguno que haya dejado huella en tu piel aunque sea en forma de mordisco?

—Algo hay, pero todavía es pronto para contarlo. ¿Vendrás para Navidad?

—Ya me gustaría, tendré libre dos días en Nochebuena pero los vuelos están por las nubes. Demasiado caros para mi bolsillo teniendo en cuenta que sería llegar al aeropuerto, ir a casa de papá y mamá, cenar, comer el día de Navidad y volver al día siguiente prontito porque entro a trabajar a las dos.

—La verdad es que es mucho lío para tan poco tiempo.

—Bueno, guapísima, te dejo que andarás liada. Cuéntame algo... envíame algún wasap de vez en cuando que me tienes en contactos.

—Me acuerdo de ti cada vez que veo tu foto de perfil, tus piernas en la tumbona tomando el sol.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, busca un destino exótico con ese hombre misterioso y sácate una foto.

—Es lo que estaba pensando antes de que tú llamases. Que tengas buen día, un besito, hermana.

—Otro para ti y recuerdos para tu amante.

¡Amante!, me voy a preparar que no tengo ganas de pensar más en lo mismo. La solución vendrá por sí sola, me niego a pensar más en hombres en lo que

resta de semana. Cuando llegue el viernes a las cuatro de la tarde renovaré conversaciones diplomáticas conmigo misma.

—Te he traído capuchino descafeinado, Olga. Lo he pedido tan caliente que me estoy quemando las manos, pasándolo de una a otra. Una cosa te digo: menudo invento, no he sentido nada de frío.

—Gracias, Marta, falta me hace. Me parece que estoy cogiendo un resfriado porque no entro hoy en calor y me duele todo el cuerpo.

—Si no te encuentras bien márchate a casa. El jefe no te va a decir nada, tú nunca faltas al trabajo si no es por una causa justificada.

—¿Quién de las dos está mala? —El jefe es bastante hipocondriaco y en cuanto oye hablar de virus echa el cuello hacia atrás interponiendo más espacio entre su nariz y el posible foco.

—Olga.

—Estoy bien, solo son unas molestias. Luego me tumbaré un rato en casa y como nueva.

—Mejor te tumbas ahora mismo y más nueva estarás a la tarde, y si lo necesitas tómate también libre el resto del día. Dentro de un par de semanas os necesitaré a las dos al cien por cien, no quiero microbios en mi oficina. Marcho a Hacienda, Marta, imagino que no llegaré a tiempo, a la tarde nos vemos.

—Sin problema, adiós. —El jefe abandona la oficina en un tiempo récord y Olga y yo nos miramos sonriéndonos—. Ya has escuchado, a casa y rapidito.

—Está bien, me marchó pero a la tarde volveré. ¡Ah!, se me olvidaba, ha entrado un chico preguntando por ti.

—¿Te dijo su nombre?

—No se lo pregunté, le dije que volverías en media hora y me contestó que pasaría de nuevo.

—¿Y cómo era?

—Muy guapo y muy educado.

—Gracias por la información adicional. Y además de eso, ¿te fijaste en algo más?, ¿te dijo por qué preguntaba por mí?

—Salió tan rápido que no me dio tiempo. Llevaba una carpeta así que será algún cliente de la otra asesoría. O un posible nuevo cliente que sabe tu nombre porque otro se lo ha dicho como referencia. Me marchó entonces, cualquier problema me avisas y vuelvo, tardaría diez minutos.

—Tranquila, con este frío hoy no asoman ni los clientes más pesados.

Miro el reloj y compruebo que tengo hora y cuarto para terminar de archivar la contabilidad de una empresa. Odio llegar por la tarde y encontrar la mesa llena de papeles. También necesito hacer unas cuantas llamadas. Hay gente que se empeña en meter facturas de mariscadas entre los papeles de su negocio. Si tienes una peluquería a ver cómo le explicas al inspector de Hacienda que es habitual que invites a tus amigos a comer centollo para exponerles las nuevas técnicas de alisado japonés.

Tomo el teléfono y la agenda. No hay nadie y mejor anular ese trabajo de la lista de pendientes. Escucharé como siempre las sorpresas de algunos y algunas: «¿No entra un masaje con chocolate como gasto de mi actividad?, me duele mucho la espalda de estar tantas horas sentado.» «No, Adrián, ya sé que te dolerá, como a mí, por permanecer mucho tiempo delante de un ordenador, pero no puedes deducir el IVA del masaje.»

—Hola.

—Hola —¡Richard! No necesito levantar la vista de la letra «c» de la agenda de teléfonos de clientes para confirmar que esa voz ha salido de la boca de mi vecino.

—Mi madre ha llamado a Sonia para preguntarle la dirección de la asesoría.

—Ya...

—No quiero molestarte en tu trabajo, si no puedes hablar ahora podríamos vernos cuando termines, o a la hora que tú me digas.

Lo miro y siento dolor y ganas de llorar. Esta es la parte que trato de evitar, sentir que una persona me afecte tanto que se haga cierta esa expresión de «me duele el corazón». No está sonriente, es la segunda ocasión en la que su cara no muestra esa sonrisa que me cautivó desde el minuto cero. Pero la primera vez que me miró serio sus ojos echaban chispas, sus labios estaban entreabiertos y todo su cuerpo me transmitía el deseo que sentía por mí. Ahora está triste y quiero que pase todo de una vez, no quiero recibir el dolor por

capítulos.

—Ahora no hay nadie, estoy sola en la oficina. Cuéntame para qué has venido.

—No me llamaste y Anita me ha dicho que te dio mi nota.

—¿La vecina?, sí que me dio un papel donde ponía un número de teléfono y la palabra «llámame».

—No podía explicar en un folio lo que había pasado, y tampoco quería contárselo a Anita porque me pediría mil explicaciones, y como vive sola y tiene mucho tiempo libre cualquier excusa es buena para tocar la puerta de mis padres.

—Claro.

—Pero no me has llamado en todos estos días y al final he decidido acudir yo.

—No tienes que justificarte. —Primera mentira que sale sin pedir permiso.

—Yo opino lo contrario. Quiero que sepas por qué desaparecí, quiero que entiendas que no fue un capricho, Marta, mira, aquí traigo los papeles del...

—Buenos días, Marta.

—Buenos días, Luis. —El que faltaba, me tendría que haber encontrado enferma, así ahora estaría en mi sofá de terciopelo, con todos los huesos doliéndome pero la mente tranquila.

Se miran y por cómo se saludan queda claro que no se conocen. Pero el instinto primitivo de los hombres debe de estar trasmitiéndose sin alteraciones de generación en generación. Se marcan, no saben qué papel tiene el otro en mi vida pero no se gustan.

—Dime, Luis, ¿me traes documentación?

—No, hoy es jueves, necesito ver unas facturas para poder reclamarle a un proveedor. Esperaré a que termines.

—Yo ya me iba —responde Richard con aspecto derrotado—. Me llamas, por favor, cuando puedas y hablamos.

—Claro, te llamo, hasta luego.

Richard se marcha y Luis le sigue con la mirada hasta que desaparece de nuestro campo de visión.

—¿No es un cliente, verdad?

—No

—Le gustas.

—Bueno, a ver, cuéntame qué factura necesitas ver.

—Y mucho, Marta.

—¿Hablamos de este trimestre o del pasado?

—Hablamos de ti, Marta.

—Tú hablas de mí, yo estoy centrada en tus facturas.

—Esas pueden esperar unos minutos. —Me coge de las manos y me empuja suavemente hasta que mis piernas chocan contra mi mesa.

—Quédate aquí quietita, no des más vueltas por la oficina.

—No me había dado cuenta. No me moveré más aunque no sé cómo podré coger tu carpeta si no me puedo separar de la mesa.

—Escucha un minuto. Verlo me ha recordado a varios hombres. A menudo sus novias coquetean conmigo, en algunas ocasiones solo son flirteos pero otras veces es algo más serio, han discutido y ellas intentan hacerles daño. Ahí entro yo, un hombre con fama de buscar solo sexo sin compromiso.

—Yo no estaba coqueteando contigo, de hecho estábamos solos él y yo antes de llegar tú.

—Pero su cara de dolor es la misma, Marta. A ese chico le importas y mucho.

—No me siento cómoda hablando de él y menos contigo.

—¿Porque intenté que vinieras a mi casa? Yo soy así, Marta, me rechazaste y lo acepté. Me escoció un poquito pero estoy recuperado. Te considero una amiga, una de las pocas de las que puedo presumir y como tal te diré que ese hombre está loquito por ti. Y por cómo le miraste tú también tienes sentimientos hacia él.

—Es algo complicado. —Y tiene nombre y apellidos: Iván Solana—. Y no puedo contarle.

—No voy a insistir, ja, ja, ja, no me gustan los amigos pesados.

—Gracias, Luis, has hecho un buen trabajo como amigo mío. Volvamos a lo que te ha traído aquí. ¿Qué proveedor es, y en qué fecha tengo que buscar?

—Suministros de hostelería Ganzo y son dos facturas, la de marzo y la de junio de este año.

Saco la carpeta correspondiente a esas fechas y paso las facturas buscando las dos que Luis necesita. Es un acto mecánico, y mi mente repite la escena una y otra vez; las palabras de Richard, mis respuestas, sus gestos, el tono de su voz y lo que Luis ha visto al mirarle.

«Siempre toca, siempre toca, a euro la papeleta, a euro la papeleta, señora: ¿no quiere probar suerte? Es la tómbola de la bolita, y usted se lleva premio seguro. Siempre toca, siempre toca...»

Perros meneando el rabo se saludan aprovechando que sus dueños también lo hacen. *Runners* por doquier van sorteando a quienes, como yo, caminan sin prisa, disfrutando de una mañana tan esplendida que podría ser fácilmente de abril. El viento sur ha puesto patas arriba la ciudad y cualquier excusa es buena para salir y disfrutar del calor.

El termómetro de una farmacia cercana alcanza los veintiún grados, y estamos a dieciocho de diciembre. Un día increíble pero no comenzará como yo hubiera deseado.

Tengo la cabeza llena de palabras pero desconozco el orden que deben seguir para transmitir la idea sin dañar en exceso. Un perrito de raza bulldog francés se mete entre mis piernas buscando refugio. No me extraña, yo también lo haría si fuera él y se me acercase un dogo de Burdeos.

«Es muy bueno, solo quiere jugar», le dice la dueña del enorme perro al del bulldog francés. ¿Y a mí, que estoy delante de un can que pesa más que yo y que tiene la cabeza más grande que una sandía de diez kilos, no me dice nada?, ¿yo no tengo que tener miedo? La verdad es que tiene cara de bonachón, me está mirando con unos ojitos que lo dicen todo: «Qué le voy a hacer, tengo aspecto de brutote pero soy todo amor, te estoy sonriendo, ¿no lo notas?»

Al bulldog francés, una raza con un corazón fuerte y a las pruebas me remito porque no ha quedado fulminado patas arriba del susto, le puede la curiosidad y rodea al tipo de aspecto duro y ojitos tiernos para olerle el culo, lo cual resulta complicado por la diferencia de altura de los dos perros. Aprovecho

ese momento para hacerme a un lado y continuar mi paseo.

Sería una guarrada que los humanos utilizásemos ese sistema para saludarnos y exponer nuestras emociones, pero hay que reconocer que es un método práctico, rápido y fiable.

Práctico porque no habría que mirar a los ojos de la otra persona y por tanto no habría que esforzarse en poner buena cara. Rápido porque no harían falta frases hechas de relleno, una buena aspiración de aire y ya estaría todo «hablado». Y fiable porque enseñar al esfínter a mentir me parece a mí un «pelín» difícil.

El blanqueamiento de ano, del que oí hablar el otro día en la televisión, estaría entonces más que justificado, sería como tener unos dientes sanos y brillantes. También existirían productos para el buen aliento, y adornos para embellecerlo porque habría que dejarlo al aire y eso además sería bastante duro en invierno, ir por ahí con una apertura en la ropa y todo el viento colándose. ¿Y si te sientes deprimida y no quieres hablar con nadie?, chaqueta hasta las rodillas y pasando de todo el mundo ese día.

¿Y qué sucedería si dentro del ascensor de un centro comercial a una chica guapa se le caen las llaves del coche? La novia del macizo de turno podría interpretarlo como una treta de la mujer para un primer contacto con su novio. Y sería genial si fuese esa la intención de quien ha dejado caer las llaves. Pero, ¿y si la chica solo desea recoger sus llaves porque realmente se le han escurrido de los dedos al intentar descolgar el móvil? ¿Y si levanta la cabeza y comprueba que todos los hombres están girándose todo lo que pueden para colocar sus culotes cerca de las llaves? Si yo fuera ella le daría un puntapié a las llaves cuando la puerta del ascensor se abriese, sería como un gol de vaselina para salvar el hueco y evitar que cayeran al foso.

Estoy loca, y esta es la prueba de que mi trastorno está afectando mi capacidad de razonar. Me he imaginado personas haciendo el amor sobre colchas de raso de color rosa, a un tipo que por orgasmos suelta ventosidades... pero hombres y mujeres oliéndose la retaguardia para saber si son compatibles y pueden pararse a hablar o a jugar es demasiado, Marta. Y para confirmar que lo que tengo es algo preocupante he llegado al final del muelle, por donde entran los barcos en el puerto deportivo, y no me he

enterado.

Me toco la pulsera de mi tía Mary. Ella es la razón por la que estoy caminando frente al paseo Pereda, entre tanta malla ajustada, deportistas sudorosos y perros babeantes. He quedado con Iván dentro de media hora. Un sábado a las nueve y media de la mañana no es lo que se podría calificar como un momento idóneo para decirle que no quiero volver a citarme con él.

Llegan hoy los clientes de uno de sus proyectos y quieren ver sobre el terreno alguna de las modificaciones que Iván les sugirió, por medio de una recreación, para aprovechar mejor el desnivel de la finca. Le propuse vernos después de que volviera de trabajar, no me parece muy justo darle malas noticias y enviarle con sus clientes, pero ha insistido tanto que aquí estoy dando vueltas, intentando encontrar las palabras que menos hieran.

Ver a Richard fue una revelación y me hizo pensar detenidamente en lo que siento cuando estoy con Iván: tranquilidad. No quiero que este sentimiento sea el que perciba cuando esté con un hombre con quien acabo de empezar una relación. Quiero pasión, necesito esos nervios recorriendo mi cuerpo, sentir el latido de mi corazón dentro de mis oídos... Y permanecer tiempo al lado de un hombre que no los provoca en mi cuerpo acabaría deteriorando la relación porque ahora sé que no es un espejismo, esa sensación es muy real y quiero sentirla de nuevo.

—Hola, Marta.

—Hola. —Me ha dado un beso en la mejilla, debo de tener peor cara de la que imaginaba aunque he tratado de sonreír con naturalidad.

—¿Te pido un café?

—No, gracias, ya he tomado en casa, prefiero una infusión. —Será lo mejor para calmar mis nervios.

—Hace mucho calor, es este viento sur, me da dolor de cabeza.

—A mí me gusta. —La palabra adecuada es «encanta» pero no sería correcto mostrar tanta alegría en este momento y debo preparar el escenario para que la frase no desentone.

Ni sé por dónde empezar, una hora paseando y solo he divagado. No he confeccionado ni un pequeño discurso para explicarle lo tonta que soy por dejarle cuando él es un hombre maravilloso que solo me ha aportado buenos

momentos. Aclararle que en ningún momento ha hecho o dicho algo inapropiado que haya desencadenado mi falta de interés en esta relación. Soy yo únicamente la responsable de esta ruptura, algo que en un futuro seguro lamentaré. No puedo saber si con el tiempo me arrepentiré de lo que voy a decirle ahora, pero que él piense que será así me parece una mentira piadosa que podría aligerar la mala noticia.

El camarero acerca mi té y yo aprovecho que Iván está pagando la cuenta para mirarlo. Está serio, demasiado, seguramente esté preocupado con asuntos de los que hablará con su cliente. Debería posponerlo para otro momento, no quiero hacerle mayor daño que el estrictamente necesario y a saber con qué estado de ánimo puede salir hacia su cita de trabajo después de saber lo que pienso.

—No deberíamos haber quedado ahora, podríamos haberlo hecho por la tarde, cuando terminases tu reunión. ¿Te parece bien a las cinco?

—Marta, hay algo que quiero decirte, llevo días pensándolo y no puedo esperar más.

—¿De qué se trata? —Menos mal que no le he dicho yo nada, debe de ser algo muy importante porque su mirada es muy seria.

—Eres una mujer increíble, tienes todas las cualidades que busco en una pareja: guapa, inteligente, divertida, sexi...

—Gracias. —No sé si estas palabras son un cumplido o voy a escuchar en breves instantes algo muy extraño.

—Y sé que me voy a arrepentir toda mi vida de lo que te voy a decir.

¡Que me va a dejar!, está diciendo las palabras que yo tenía preparadas para adornar el punto y final a esta relación. Una hora desgastando suela, esquivando a ciclistas novatos, divagando sobre perros y personas oliéndose el «ojete» y haciendo chirriar mis neuronas, y todo para nada.

¡Hay que joderse!, prometo que este será mi último insulto porque, aunque hace días que ya no verbalizo ni pienso tacos, hoy tengo que permitirme pensarlo porque es increíble, ¡se me ha adelantado!

¿Y qué es este sentimiento que noto? Alivio, eso está claro, pero también un poquito de desilusión porque saber que yo no soy su mujer ideal joroba y bastante. ¡Qué complicado es el cerebro humano!, quiero dejarle, no quiero

herirle, me deja el a mí y esto tampoco me satisface porque mi ego, que es un hijo p... se queja. Se supone que yo sí debería haber provocado un terremoto en su corazón, pero no ha sentido ni un pequeño mareo. ¿Dónde está el botón de apagado de la mente?, porque de vez en cuando no estaría mal quedarnos un ratito sin pensar, sin sentir...

—Sé que te dolerá pero creo que lo mejor para ambos será no volver a vernos.

—¡Ah! —Lo ha dicho, ¡me ha dejado! Pues sí que había que joderse... y yo preocupándome por cómo enfocarlo.

—Lo siento, Marta, no quería hacerte daño.

—Tranquilo, estoy bien.

—¿Segura?, como has puesto esa cara...

—Ha sido la impresión, no me lo esperaba. —Se me ha debido de quedar la mandíbula desencajada porque me cuesta cerrarla.

—No quisiera perder tu amistad.

—Yo tampoco la tuya. —Un arquitecto amigo sería una maravilla si algún día pudiera pagar la casa de mis sueños.

—¿No me preguntas las razones?, pensaba que tendrías interés.

—Creo saber la respuesta. Todo es perfecto pero nos falta esa chispa que hace que el mundo desaparezca cuando nos besamos.

Iván se queda callado mirándome. ¿Debería haberme expresado con tanta claridad? Si para él ha sido la causa nuestra amistad se fortalecerá. Si hay otra razón me estaré quedando sin arquitecto.

—Tú también lo notabas, ¿verdad?

—Sí. —Menuda cara de alivio se le está formando en la cara.

—No se puede forzar, ¿verdad? Lo he intentado, y de hecho me ha gustado mucho besarte, pero siento que no es suficiente.

—Yo también opino igual. —Ni una palabra extra, estamos hablando de los dos y no voy a decir nada que pueda resultar hiriente.

—Tengo que irme ya si no quiero llegar tarde a mi cita. Te llamaré la semana que viene para saber de ti si no te molesta.

—Al contrario, me alegrará oírte, Iván, cuídate.

—Sí, y tú también. Adiós.

Cruza la calle montando al coche, me mira antes de meterse dentro y me despido nuevamente. No ha sido doloroso, ha resultado un alivio si no tengo en cuenta ese ligero amargor que me ha provocado mi coquetería. Me muero de sueño, toda la noche dando vueltas en la cama pensando, escogiendo qué palabras decir, cómo plantearlo y me ha dejado él a mí primero, ja, ja, ja, y no tengo delante a nadie a quien contárselo.

El aire caliente acaricia mi cara, respiro profundamente y me acerco al muelle. Miro distraída el agua tocándome como en tantas ocasiones la pulsera de Mary. Ahora veo la otra orilla, y no me refiero a la del otro lado de la bahía. Quiero a Richard, y escucharé sus disculpas y me disculparé también por no haberle llamado.

Aceptaré que solo nos hace daño lo que amamos, y es probable que me vuelva a herir pero no quiero perderme ni un minuto. Intentaré que sean buenos momentos, pero me arriesgaré a sentir también los malos, ya que ambos parecen ir irremediablemente unidos.

—Buenos días, Marta.

—Buenos días. —¿Anita?, la vecina que me entregó el papel con el teléfono de Richard.

—¿De dar un paseo?, yo he salido a por el pan y una docena de huevos. Esta tarde vendrá mi nieto a visitarme y voy a dejar preparada una quesada. Pero en cuanto limpie la cocina me marcharé a tomar algo con mi amiga, una viuda como yo, vive en el próximo portal y juntas pasamos mejor el tiempo.

—Me parece muy bien. —¿Qué pasa con el ascensor que no se mueve?, ¿habrán dejado las puertas abiertas o se habrá estropeado?

—¿Llamaste a Richard?

—¿Perdón? —Menuda cotilla.

—Si todavía no lo has hecho deberías llamarle. Hace unos días tocó a mi puerta para preguntarme si yo te había entregado la nota. Me hizo repetir las palabras que te dije varias veces. No se fiaba, yo le contesté que estoy arrugada como una ciruela pasa pero la cabeza aún me funciona perfectamente.

—No le llamé —le digo distraída.

—Ese muchacho te quiere, no le hagas sufrir más.

—No lo haré. —Yo tampoco sufriré más—. Por fin está aquí el ascensor.

—Menos mal, yo camino bien si voy a mi ritmo pero subir escaleras es un auténtico suplicio para mis caderas. Estoy en lista de espera para que me coloquen prótesis en las dos. Cualquiera día de estos me llamarán. Espero tus visitas cuando esté convaleciente.

—Por supuesto, si todavía estoy aquí viviendo.

—Bueno, Marta, voy a hacer la quesada antes de que cambie el viento.

—Sí, hay que aprovechar lo que dure, hasta luego.

¿Dónde dejé el papel?, creo que no lo tiré. Entro en casa pensando en las opciones que tengo para localizarlo. Hace muchos días que no se oye ni un solo ruido en la vivienda. Podría ir a Urgencias y preguntar por el doctor Richard. No sé su apellido, eso quizá tendría arreglo. Miraría en los buzones, hay propietarios que tienen puesto su nombre y apellidos. Un obstáculo resuelto, pero entrar caminando tranquilamente en el hospital, sin brecha en la cabeza, ni cara de sufrimiento, e intentar ver a un médico que quizás esté operando a alguien que se ha caído de un andamio sería un poquito extraño. ¿Qué le diría a la enfermera?: «Mira, dile por favor que salga, solo será un minuto.» O también podría redactar una notita: «¿Te importaría entrar en el quirófano número cuatro y entregársela en mano al que está operando a un chiquillo que se ha partido el brazo por soltar las manos del manillar de la bicicleta bajando una cuesta?, acabo de comprar la libreta y el bolígrafo en el “Todo a cien” de la esquina así que entra sin miedo que no tiene microbios.»

Otra opción más tradicional sería que mi madre buscara a Sonia y le pidiese el teléfono de la vecina. Por nada del mundo quisiera tener que recurrir a contactar con la madre de Richard, no se me ocurre qué mentira podría justificar que yo necesitase el número de teléfono de su hijo, y la verdad no me atrevería a contársela.

Si el papelito aparece no será necesario recurrir a embustes para hablar con Richard. El salón es el primer lugar donde buscaré. El sofá solo tiene los botones de siempre, ni rastro. Levanto el ordenador de la mesa y tampoco hay nada. En el suelo no aparece. Intenta recordar, Marta, cuando te lo dio Anita, ¿adónde fuiste?

¿Al baño a lavarme los dientes? Pocos lugares para dejar un papel, pero la búsqueda es rápida: la cestita de las gomas de pelo. No está y me da rabia no encontrarlo. Yo, que todo lo guardo, que ordeno hasta la basura, y he tirado el único papel importante. ¿La habitación?, ni encima de la colcha, ni sobre la mesita, ni en la mesa de estudio, el suelo está limpio...

Me cambio de ropa maldiciendo mi falta de previsión. Hago una bola con mi camiseta y recojo también las toallas del baño para poner la lavadora. Estoy agobiada pero mantengo la capacidad de razonar y este calor hará que la colada se seque rápidamente por lo que entro en la cocina con las prendas en mi mano cuando mi vista se fija en el frutero de la mesa. ¡La nota!, uno de los bordes del papel asoma entre las manzanas.

Mi corazón comienza a latir desbocado. Ahora no tengo excusa y sí que tengo dos opciones: llamarle y escribir mi futuro o tirar el papel y continuar con la búsqueda. ¿Seguir buscando, para qué?, quiero oír a Richard, pasear cogidos de la mano, despertarme sin tener que soñar con la casa de mis sueños porque mi realidad es mejor.

—¿Diga?

—Hola, soy Marta.

—Hola, Marta...

La línea queda en silencio, me he precipitado llamando y ahora no sé qué decirle, cómo explicarle que sí quiero oír lo que intentó decirme en la oficina.

—¿Estás ocupado? Si es así te puedo llamar en otro momento.

—No estoy ocupado, ¿y tú qué estás haciendo?

—En casa, estoy poniendo la... un segundo que voy a mirar quién está llamando a la puerta.

Como no sea Anita que viene a charlar un rato...

—¡Richard!

Tiene el teléfono en una mano y un manojito de llaves en la otra. Me está mirando como si quisiera memorizar mis rasgos. No puedo hablar, mi mente está centrada en tomar aire y expulsarlo. Dos pasos suyos hacia mí tienen como respuesta instantánea dos míos hacia atrás.

El mueble del recibidor me corta el paso y observo sin reaccionar cómo Richard cierra la puerta de la calle y con dos nuevos pasos queda a escasos

centímetros de mi cuerpo.

Alarga una mano y deja su móvil en el granito gris. Al hacerlo su brazo roza mi cuerpo y me arranca un pequeño suspiro. Repite el movimiento con el otro brazo para dejar sus llaves. Y por último me quita mi móvil para depositarlo al lado del suyo.

Nuestras miradas se mantienen, su boca está seria pero sus ojos me hablan y me confirman que no tengo un recuerdo distorsionado de aquella noche en el portal, cuando me besó sentí que mi sangre fluía rápida por mi sistema circulatorio, fui consciente de todo el aire que mis pulmones aspiraban; me sentí viva.

Los primeros síntomas ya los estoy notando; hormiguelo en las manos, mis latidos resuenan en los oídos y su olor ha anulado todos los demás. Levanta una mano y la acerca a mi cara, su mano está caliente y es delicioso sentirla en mi mejilla acariciándome.

Los centímetros que nos separaban desaparecen cuando su boca toca la mía. Mi cuerpo reconoce sus labios y se prepara para recibirlo, como si fuese agua y estuviese sedienta intento acercarme aún más. Necesito tocarlo, sentir cómo su cuerpo reacciona al contacto con el mío.

Mi piel se eriza donde él posa sus manos y cuando su beso se hace más profundo aparece un temblor, una ligera vibración en el suelo, como si acabase de bajarme de un barco y la tierra firme es la que parece que se mueve.

—¿Estás sola?

—Sí. —Su voz es grave y las dos palabras, que ha dicho cerca de mi oído, han provocado un escalofrío en la piel de mi espalda. Como si se tratara de una ola ha recorrido mi cuerpo hasta chocarse contra mi nuca.

Aleja su cuerpo del mío unos centímetros y recoge las llaves y el móvil para guardarlos en los bolsillos del pantalón sin dejar de mirarme. Su boca está curvada, una pequeña sonrisa que guarda un mundo de promesas que estoy deseando descubrir.

—¿Has quedado con alguien?

—No. —Dos letras, pero me parece la respuesta más extensa que necesita esa pregunta.

—Ve a por una chaqueta y a por tu bolso. —Richard tiene mi móvil en la mano, recalca sus palabras con un gesto de su cabeza hacia el pasillo. Yo obedezco encantada.

Regreso poniéndome la chaqueta. La puerta ya está abierta y al salir también lo está el ascensor. Aquí hay mucha prisa, y lo habrá llamado en los segundos que he tardado en ir hasta la habitación.

El trayecto del ascensor es corto pero ese tiempo también se puede aprovechar y Richard tiene una buena idea pasando sus dedos por mi nariz, bajando hasta mis labios y rodeando mi barbilla. Si fuese una gata estaría maullando de gusto. Como no lo soy suspiro de placer cerrando los ojos para concentrarme mejor en mi sentido del tacto.

El viento sur continúa soplando y mi piel, que está muy sensible, se revuelve a su contacto. El coche está cerca, Richard mantiene la puerta del copiloto abierta y me sonrío mientras yo me dejo caer en el asiento.

No sé hacia dónde nos dirigimos, no estoy prestando atención a las calles que atravesamos, ni a los semáforos donde tenemos que pararnos, solo me importa lo que estoy sintiendo; mi corazón latiendo con alegría, nuestras respiraciones, el tacto de los dedos de Richard que posa sobre mi mano cuando esperamos a que suban al autobús los pasajeros que esperaban en la marquesina.

Miro los edificios alrededor de donde Richard está aparcando y solo puedo decir que son de reciente construcción. De Santander creo que no hemos salido porque no hemos atravesado zona verde. Pero hasta ahí podría concretar ya que mi mente ha estado y continúa centrada en otras cuestiones que están muy alejadas de rutas o ubicaciones. La puerta se abre y Richard extiende su mano hacia la mía.

—¿Confías en mí?

—Sí.

El ascensor para en la quinta planta, la última, y sin soltarme la mano Richard abre la puerta. Entramos y observo sonriendo cómo hace girar la llave por el interior de la puerta. Sus ojos me devuelven la sonrisa al comprobar que no nuestro temor alguno por estar «encerrada» con él.

Pasillo, puerta, sofá, habitación, ahí nos detenemos, la cama es grande y los

rayos del sol entran valientes por la cristalera que tiene la persiana levantada haciendo que el color blanco del nórdico se convierta en dorado.

Sin tener aprendido un guion nos vamos turnando para quitarnos la ropa, dejándola tirada a nuestros pies, lanzándola lejos cuando se enreda y se convierte en un obstáculo para poder sentirnos. Descubro que la magia sí existe, y es una fórmula que solo quienes se aman llegan a conocer y a generar. Me susurra palabras que no necesito identificar, las noto en mi corazón, en sus besos, en sus caricias. Retirándome el pelo para colocarme un mechón detrás de mi oreja me está contado todo porque su mirada me habla y la mía le contesta que este momento es el que siempre he buscado.

Completamente desnudos, sin nada que separe nuestros cuerpos, nos dejamos caer sobre las frescas sábanas, el edredón está enrollado a nuestros pies, sentimos calor, lo generamos con nuestro roce. Mis labios se separan y le dicen bajito frases que hacen que nuestras respiraciones se vayan haciendo cada vez más rápidas y superficiales.

Richard se sienta sobre sus piernas y me observa, en este momento no siento vergüenza alguna y lo miro atrevida. Está deslizando sus ojos por mi cuerpo y yo también aprovecho estos segundos para contemplar su belleza, sus anchos hombros, su pecho fuerte, el vello, que ya he podido tocar y que es suave y cubre sus pectorales. Su sexo, que me parece hermoso, y que demuestra el enorme grado de excitación que yo también estoy experimentando.

Cuando nuestras miradas se conectan sobran ya las palabras y levanto los brazos para que la magia continúe.

Me despierto feliz, porque esa es la palabra que resume cómo me siento entre los brazos de Richard, que me besa la frente y a quien devuelvo el beso en los labios. Nuestros cuerpos están cubiertos por el edredón, y no recuerdo haber sido yo quien lo recogió del suelo, ni cómo llegué a quedarme dormida. Pero sí que tengo muy presente cada uno de sus besos, de sus gestos, de sus suspiros, todo lo que importa está grabado en mi corazón y esa es mi felicidad.

Miro a mi alrededor, la habitación tiene las paredes blancas. Además de la cama hay una mesilla de madera blanca a un lado y un taburete alto al otro. Un

perchero de acero inoxidable y unas baldas del mismo material hacen las funciones de armario. No hay cortinas ni estores. Me tapo hasta el cuello. Menudo espectáculo habremos dado a los vecinos.

—Tranquila, no puede vernos nadie. Puedes acercarte sin miedo y comprobarlo.

Soy curiosa y venciendo los restos de vergüenza que repentinamente siento al pensar que me va a ver caminando desnuda me incorporo y me acerco al gran ventanal. Veo una terraza bastante profunda que es parte de la vivienda. Las cumbres de un tejado me confirman que hay un edificio construido enfrente y detrás de él hay señales de otras edificaciones porque puedo contar tres chimeneas de aireación.

—Estamos en el edificio situado en la parte más alta de la ladera, en la última planta y con una terraza de cuatro metros de profundidad. Nadie nos puede ver. Y mira, se ve el mar. Cuando duermo puedo ver el cielo y si hay luna llena se ilumina la habitación.

Ha pasado sus brazos por mi cintura y me retira el pelo del cuello para depositarme una senda de besos desde mi oreja hasta la clavícula. La sensación resulta deliciosa y me quedo muy quieta para que no se detenga.

—¿Y dónde estamos?

—Cerca del faro. Esta zona es muy tranquila, yo pensaba que demasiado. Vine con el agente de la inmobiliaria porque insistió mucho. Recuerdo que cuando entramos y subió las persianas el sol inundó todas las estancias. Entramos en esta habitación y me imaginé a mí despertándome cada mañana con la luz natural. Le dije al banco que la quería y la compramos a medias. De momento no me he arrepentido, voy andando a la playa, suelo acercarme al faro cuando quiero despejar la cabeza...

—No tener a nadie enfrente y poder disfrutar así del sol es maravilloso.

—Es pequeño pero para una persona sola es suficiente, y para dos también...

La invitación ha quedado suspendida en el aire. No he visto la cocina, ni el salón, no he salido a la terraza... no ha sido necesario para sentir que es la casa de mis sueños porque es aquí donde me imagino cada mañana, al lado de Richard, entre sus brazos, notando su respiración y su cuerpo cerca del mío.

—Es perfecto.

Me abraza con fuerza y me hace sentir tan bien que podría estar horas sin moverme.

—Siento mucho lo que pasó. Tendría que haber reaccionado, te hice daño al no ofrecerte una explicación. Debería haberme parado cuando nos encontramos en la escalera, contarte lo que estaba sucediendo, pero no podía pensar con claridad.

—Yo también me comporté como una tonta. Debería haberte llamado cuando Anita me dio tu nota. Estaba tan dolida que no podía razonar, considerar que algo de gravedad podría haber sucedido.

—¿Puedo contártelo ahora?

—No es necesario, Richard.

—Para mí sí que lo es, volvamos a la cama.

—Sí.

—Al despedirnos y entrar en casa de mis padres hacía mucho calor. Mi madre había subido el termostato de la calefacción porque mi padre se había quejado de frío todo el día. Había engordado varios kilos en el hospital y creía que la dieta de lechuga y pechuga a la plancha era la responsable de sentir ese frío. Me quedé a dormir con ellos porque mi turno comenzaba a las seis. A media mañana me llamó mi madre, mi padre tenía fiebre. Esa misma tarde le ingresamos. La analítica descubrió que tenía infección. Tenía la zona de la cicatriz de la pierna muy caliente y roja. ¡Yo le había operado!

Se queda callado y me duele imaginar lo que debió de sentir. Ahora entiendo su cara de concentración y que bajase las escaleras de ese modo tan precipitado.

—¿Ahora está bien?

—Sí, es probable que el lunes le den el alta si las pruebas confirman que no hay rastro alguno de infección. Tiene de compañero de habitación a un muchacho de diecinueve años que también ha tenido la misma complicación.

—¿También le habías operado tú?

—No, estaba de guardia una compañera. Entró en Urgencias dos días después que mi padre con los mismos síntomas. Se había partido un hueso de una mano esquiando y también había sido necesario implantarle un clavo para asegurar la recuperación. Otros tres casos en el resto de España confirmaron

que no estaban adecuadamente esterilizados por el laboratorio que los fabricó.

—Sería un alivio enorme para ti saber que tú habías hecho bien tu trabajo.

—Lo fue, aunque apenas tuve tiempo de alegrarme ya que la infección se había extendido. Había ido a casa de mis padres a recoger ropa para que mi madre se cambiara, pues desde que le ingresaron no se había separado de él, cuando me llamaron para comunicarme el súbito empeoramiento. Por eso salía con tanta prisa y bloqueado, no entendía por qué no mejoraba si hacía días que tomaba antibióticos.

—Normal que no te parases a hablar conmigo. Debería haber confiado en ti, en lo que sentí la noche en que cenamos juntos. Sé que no es excusa pero desde que me engañó un hombre me volví desconfiada. Lo siento mucho, Richard.

—Y yo, amor mío. Lamento haberte lastimado. Me acerqué a tu trabajo con el informe del médico para que comprobaras que no era una mentira. Y hoy, cuando me has llamado por teléfono estaba subiendo en el ascensor para llamar a tu puerta. —Nos abrazamos haciendo desaparecer ese doloroso recuerdo para siempre de nuestras vidas.

—Está anocheciendo.

—Hummm, ¿y no te parece un momento mágico para hacer el amor?

—Me parece a mí que todos los momentos son buenos para ti, Richard, y reconozco que también me estás convenciendo con esa mirada, pero...

—¿Ya hay un pero?, ¡si nos acabamos de conocer!, ¿demasiado cansada?

—No.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Te has aburrido ya de mí?

—No.

—Me rindo, las mujeres sois un misterio.

—Tengo mucha hambre. Hoy solo he tomado un té con leche.

—¡Uffff, qué alivio!, eso tiene solución, ya estaba empezando a pensar en todo lo que podría hacer para retenerte.

—Un poco de pan y un pedazo de queso y seré tuya.

—Entonces vamos a la cocina a preparar algo, yo también estoy hambriento

aunque estaba dispuesto a no hacer caso a mi estómago con tal de no separarme de ti.

—No había pensado en irme, Richard. Mañana es domingo y yo al menos no tengo que trabajar.

—Mi turno empezará el lunes a las ocho y media de la mañana. Podremos incluso tomar el primer café juntos.

—¿Sí?

—Claro, como tú tendrás media hora más que yo me levantaré, me ducharé y desayunaremos juntos antes de salir hacia el hospital. Podrías ducharte cuando yo me haya ido, y llevarte luego mi coche para ir a tu trabajo. Yo no lo necesitaré, un colega pasará a recogerme, vive muy cerquita de aquí.

—¿Quieres que desayune en esta casa?

—Quiero que lo hagamos juntos, los dos, el lunes, el martes, en enero, en diciembre y donde sea, porque donde estés tú estará mi casa. ¿Y tú, lo quieres?

—Sí. —Estoy flotando, y menos mal que hay un techo sobre mi cabeza para evitar que me eleve hasta la estratosfera—. He dejado la lavadora puesta y no tengo nada limpio que ponerme.

—Iremos, pero mañana, hay tiempo, no necesitarás ropa esta noche.

Ya sé cuál será la primera prenda que meta en mi maleta; el conjunto de ropa interior que me regaló mi hermana...

«Y fueron felices y comieron... pero no fueron perdices porque a ninguno de los dos les gustan, y encontrar una comida que rime con felices es difícil. ¿Qué os parece?: “y vivieron enamoraos y desayunaron sobaos”, que por algo estamos en Cantabria.»

Cristina Rodríguez Trueba nació en Portugalete y reside desde hace años en Laredo. Le gusta ir al monte, los animales (todos), el chocolate y sobre todo escribir. Si hay que buscar un culpable sería Julio Verne. Sus aventuras le cautivaron cuando con diez años sus padres compraron una colección con veinte novelas mágicas. Han pasado muchos años desde que descubrió que leer es soñar despierta y escribir es compartir sus propios sueños. Escritora incansable, ha obtenido con *¿Confías en mí?* el primer Premio Best-Seller (2017), convocado por el sello Caligrama de Penguin Random House.

Edición en formato digital: octubre de 2018.

© 2016, Cristina Rodríguez Trueba.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona.

Diseño de portada: Book & Look

Ilustración / Fotografía de portada: © Shutterstock.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9070-751-7

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

¿Confías en mí?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Sobre este libro

Sobre Cristina Rodríguez Trueba

Créditos